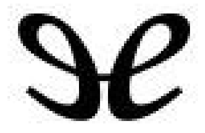
JOHN DOUGLAS
MARK OLSHAKER

MINDHUNTER



CAZADOR DE MENTES

«Con Douglas entendemos por qué hay monstruos.»
— **Patricia Cornwell**



¿CÓMO NOS ANTICIPAMOS A LOS LOCOS SI NO SABEMOS CÓMO PIENSAN?

Mindhunter es la historia contada en primera persona de John Douglas, el hombre que revolucionó las técnicas para estudiar las mentes de los criminales en serie. Durante veinticinco años como agente especial del FBI, Douglas contribuyó a resolver los casos más difíciles, con aciertos asombrosos, como el que le llevó a anticipar la personalidad de un asesino de niños en Atlanta, contradiciendo las opiniones de sus colegas.

Este libro no es solo el relato de su carrera, sino una escalofriante exploración de las mentes de los asesinos en serie, basada en sus interrogatorios a personajes como David Berkowitz, el «Hijo de Sam»; Charles Manson; Ed Kemper, el «Asesino de colegialas», que comenzó su carrera criminal a los catorce años; o Ted Bundy.

No es de extrañar que el relato del primer perfilador de criminales de la historia se haya convertido en un libro de referencia para cineastas como David Fincher —director de la serie de Netflix *Mindhunter*— o haya servido de inspiración para crear personajes como el del agente especial Jack Crawford en *El silencio de los corderos*.

John Douglas & Mark Olshaker

Mindhunter. Cazador de mentes

ePub r1.0
Titivillus 14-03-2018

Título original: *Mindhunter. Inside the FBI elite serial crime unit*
John Douglas & Mark Olshaker, 1995
Traducción: Ana Guelbenzu

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para los hombres y mujeres
de las Unidades de apoyo del FBI de ciencias del comportamiento
y de investigación del FBI, de Quantico, Virginia, anteriores y actuales,
y los colegas exploradores, compañeros de viaje.

Las malas acciones,
aunque toda la tierra las oculte,
se descubren al fin a la vista humana.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Hamlet*

Nota de los autores

Este libro es producto de un trabajo en equipo, y no podría haberse escrito sin el tremendo talento y dedicación de cada miembro que lo conforma. Las directoras son nuestra editora, Lisa Drew, y nuestra coordinadora de proyecto y «productora ejecutiva» (además de ser la esposa de Mark), Carolyn Olshaker. Ambas compartieron desde el principio nuestra visión y nos proporcionaron la fuerza, la confianza, el amor y los buenos consejos que nos han nutrido para realizar el esfuerzo de llevarlo a cabo. Queremos expresar también nuestra más profunda gratitud y admiración a Ann Hennigan, nuestra excelente investigadora; Marysue Rucci, la competente, infatigable y siempre alegre asistente de Lisa; y a nuestro agente, Jay Acton, que fue el primero en reconocer el potencial de lo que queríamos hacer y convertirlo en una realidad.

Nuestro especial agradecimiento para el padre de John, Jack Douglas, por todos sus recuerdos, por documentar con tanto esmero la carrera de su hijo y facilitarnos tanto el trabajo; y al padre de Mark, Bennett Olshaker, médico, por sus consejos y orientación en temas de medicina forense, psiquiatría y derecho. Ambos somos muy afortunados de tener las familias que tenemos, y su amor y generosidad siempre están con nosotros.

Finalmente, queremos expresar nuestro aprecio, admiración y sincera gratitud a todos los colegas de John de la Academia del FBI en Quantico. Su carácter y colaboración hizo posible la carrera que recrea este libro, y por eso está dedicado a ellos.

JOHN DOUGLAS y MARK OLSHAKER,
Julio de 1995

Prólogo
Esto debe de ser el infierno

«Esto debe de ser el infierno».

Era la única explicación lógica. Estaba atado y desnudo. El dolor era insoportable. Algún tipo de cuchilla me estaba lacerando los brazos y las piernas. Me habían penetrado por todos los orificios de mi cuerpo. Tenía una mordaza metida en la garganta que me estaba provocando asfixia. Me habían introducido objetos punzantes en el pene y el recto, sentía que me estaban partiendo por la mitad. Estaba empapado en sudor. Entonces me di cuenta de lo que estaba ocurriendo: me estaban torturando hasta la muerte todos los asesinos, violadores y pederastas a los que había encerrado a lo largo de mi carrera. Ahora era yo la víctima y no podía defenderme.

Sabía cómo funcionaban esos tipos, lo había visto infinidad de veces. Sentían la necesidad de manipular y dominar a su presa. Querían poder decidir si su víctima debía vivir o no, o cómo moriría. Me mantendrían con vida mientras el cuerpo aguantara, me reanimarían cuando me desmayara o estuviera a punto de morir, siempre infligiendo el máximo dolor y sufrimiento posibles. Algunos podían continuar días así.

Querían demostrarme que tenían el control absoluto, que me encontraba completamente a su merced. Cuanto más gritaba y suplicaba alivio, más alimentaba y fomentaba sus oscuras fantasías. Les encantaría que implorara por mi vida o sufriera una regresión y llamara a mi mamá o a mi papá.

Era mi recompensa por seis años a la caza de los peores hombres sobre la faz de la Tierra.

Tenía el corazón acelerado, estaba ardiendo. Sentí un horrible pinchazo cuando siguieron introduciendo el palo afilado en el pene. Todo mi cuerpo sufría convulsiones en la agonía.

«Por favor, Señor, si aún estoy vivo, deja que muera rápido. Y si estoy muerto, líbrame deprisa de las torturas del infierno».

Entonces vi una intensa luz clara blanca, como la que ve la gente en el momento de morir. Esperaba ver a Cristo, o ángeles, o el demonio, también había oído eso. Pero lo único que veía era una clara luz blanca.

Sin embargo, oí una voz de consuelo y apaciguamiento, el sonido más tranquilizador que había oído jamás.

«John, no te preocupes. Estamos intentando que estés mejor».

Es lo último que recordé.

—John, ¿me oyes? No te preocupes. Tranquilo, estás en el hospital. Estás muy

enfermo, pero estamos intentando que mejores. —Eso me dijo la enfermera. No sabía si yo podía oírla o no, pero no paraba de repetirlo, con ternura, una y otra vez.

Pese a que en ese momento no tenía ni idea, me encontraba en la unidad de cuidados intensivos del Swedish Hospital en Seattle, en coma, y me mantenían con vida de forma artificial. Tenía los brazos y las piernas sujetos con correas, y el cuerpo atravesado por tubos, mangueras y líneas intravenosas. No confiaban en que sobreviviera. Era principios de diciembre de 1983, y tenía treinta y ocho años.

La historia empieza tres semanas antes, al otro lado del país. Estaba en Nueva York, hablando sobre perfiles de personalidades criminales ante un público de unos trescientos cincuenta miembros de la policía de Nueva York, la policía de tráfico y los departamentos de policía del condado de Nassau y Suffolk, en Long Island. Había dado esa conferencia cientos de veces y podía hacerlo con el piloto automático.

De pronto, mi mente empezó a vagar. Era consciente de que aún estaba hablando, pero había empezado a notar un sudor frío y me preguntaba cómo demonios iba a manejar todos esos casos. Estaba terminando con el caso del asesino de niños Wayne Williams en Atlanta y los asesinatos raciales «del calibre 22» de Búfalo. Me habían incorporado en el caso del «Asesino del Sendero» en San Francisco. Estaba asesorando a Scotland Yard en la investigación del «Destripador de Yorkshire» en Inglaterra. Iba y volvía a Alaska para trabajar en el caso Robert Hansen, donde un panadero de Anchorage raptaba a prostitutas, las llevaba al bosque y las cazaba. Tenía un pirómano en serie que atacaba sinagogas en Hartford, Connecticut. Y tenía que volar a Seattle al cabo de dos semanas para asesorar al operativo de Green River en lo que se estaba convirtiendo en el mayor asesino en serie de la historia de Estados Unidos, que atacaba principalmente a prostitutas y gente que pasaba por el corredor entre Seattle y Tacoma.

Durante los seis años anteriores había desarrollado un nuevo enfoque del análisis de crímenes, y era el único de la Unidad de Ciencia del Comportamiento que trabajaba en casos a jornada completa. Los demás miembros de la unidad eran principalmente profesores. Gestionaba unos ciento cincuenta casos activos a la vez sin ayuda, y me ausentaba del despacho de la Academia del FBI en Quantico, Virginia, unos ciento veinticinco días al año. La presión sobre la policía local por parte de la sociedad y las familias de las víctimas, hacia las que siempre sentía una enorme empatía, era tremenda. Intentaba establecer prioridades en la carga de trabajo, pero me llegaban nuevas solicitudes a diario. Mis auxiliares en Quantico solían decirme que era como un chapero: no sabía decir que no a mis clientes.

Durante la conferencia en Nueva York seguí hablando de tipos de personalidades criminales, pero mi cabeza volvía a Seattle. Sabía que no todos en el operativo me querían allí, era habitual. Como en todos los casos importantes a los que me incorporaba para ofrecer un servicio nuevo que la mayoría de agentes y muchos funcionarios de oficina aún consideraban cercano a la brujería, sabía que tenía que «venderme». Debía sonar convincente sin parecer engreído o prepotente. Tenía que

hacerles saber que pensaba que habían hecho un trabajo exhaustivo y profesional, y a la vez intentar convencer a los escépticos de que el FBI podía ser de ayuda. Tal vez lo más desalentador, a diferencia de un agente del FBI tradicional que trataba con «son los hechos, señora», mi trabajo implicaba enfrentarme a «opiniones». Vivía con la presión constante de que, si me equivocaba, podía desviar mucho una investigación y provocar la muerte de más personas. Además, perjudicaría el nuevo programa sobre perfiles de personalidad criminal y análisis de crímenes que intentaba sacar adelante.

Luego estaban los viajes en sí. Había estado en Alaska en numerosas ocasiones, cruzando cuatro husos horarios, enlazando con un viaje aterrador cerca del agua para aterrizar a oscuras y prácticamente nada más llegar reunirme con la policía, volver al avión y regresar a Seattle.

El ataque de ansiedad duró tal vez un minuto. No paraba de repetirme: «Eh, Douglas, reorganízate. Recupera el control». Lo logré. No creo que nadie en la sala notara que pasaba algo, pero yo tenía la sensación de que iba a ocurrirme algo trágico.

No podía deshacerme de esa premonición, así que cuando regresé a Quantico fui a la oficina de personal y me hice un seguro de vida adicional y un seguro de protección de mis ingresos si quedaba impedido. No sé por qué lo hice exactamente, salvo por esa vaga pero potente sensación de miedo. Físicamente estaba agotado: hacía demasiado deporte y probablemente bebía más de lo que debía para aplacar el estrés. Me costaba dormir, y cuando conciliaba el sueño a menudo me despertaba el grito de alguien que necesitaba mi ayuda inmediata. Cuando volvía a dormir, intentaba forzarme a soñar con el caso con la esperanza de que el sueño me diera alguna pista sobre él. Visto ahora, es fácil ver lo que me iba a pasar, pero en ese momento no me parecía que pudiera hacer nada para evitarlo.

Justo antes de salir hacia el aeropuerto algo me hizo parar en la escuela de primaria donde mi mujer, Pam, enseñaba a leer y escribir a alumnos con discapacidades, para contarle lo del seguro extra.

—¿Por qué me lo cuentas? —me preguntó, muy preocupada. Yo notaba un dolor horrible en la sien derecha, y me dijo que tenía los ojos inyectados en sangre y la mirada extraña.

—Solo quería que lo supieras todo antes de irme —contesté. En ese momento teníamos dos hijas pequeñas. Erika tenía ocho años y Lauren tres.

Para el viaje a Seattle me llevé a dos nuevos agentes especiales, Blaine McIlwain y Ron Walker, para introducirlos en el caso. Llegamos a Seattle esa noche y nos registramos en el hotel Hilton del centro. Mientras deshacía la maleta me di cuenta de que solo llevaba un zapato negro. O no había metido el otro en el equipaje o lo había perdido por el camino. Iba a hacer una presentación en el departamento de policía del condado de King la mañana siguiente, y decidí que no podía hacerlo sin mis zapatos negros. Siempre me había gustado vestir bien, y la fatiga y el estrés hicieron que me obsesionara con llevar zapatos negros con el traje. Así que me adentré en las calles

del centro y estuve dando vueltas hasta que encontré una zapatería abierta y volví al hotel, aún más agotado, con un buen par de zapatos negros.

Al día siguiente por la mañana, un miércoles, hice la presentación ante la policía y un equipo que incluía a representantes del puerto de Seattle y dos psicólogos locales que ayudaban en la investigación. Todo el mundo estaba interesado en mi perfil del asesino, si podía haber más de un agresor, y qué tipo de individuo podía o podían ser. Intenté hacerles entender que en ese tipo de casos el perfil no era tan importante. Estaba bastante seguro de qué tipo de persona sería el asesino, pero también de que habría muchos hombres que encajarían en la descripción.

Les dije que en ese continuo ciclo de asesinatos era más importante empezar a ser «proactivos» y utilizar los recursos de la policía y los medios para intentar atraer al tipo hacia una trampa. Por ejemplo, propuse que la policía iniciara una serie de reuniones comunitarias para «comentar» los crímenes. Tenía una certeza razonable de que el asesino aparecería en una o varias de esas reuniones. También pensaba que ayudaría a responder la pregunta de si nos enfrentábamos a más de un agresor. Otra estratagema que quería que probara la policía era anunciar en prensa que había testigos de uno de los raptos. Creía que eso haría que el asesino elaborara su propia «estrategia proactiva» y acabara explicando por qué podrían haberlo visto en las inmediaciones. De lo que más seguro estaba es de que, quienquiera que fuese el que estuviera detrás de esos asesinatos, no iba a quemarse.

A continuación, asesoré al equipo sobre cómo interrogar a potenciales sospechosos, los que tenían ellos y la multitud de locos tristes que aparecían en un caso de alto calado. McIlwain, Walker y yo nos pasamos el resto del día de ruta por los lugares donde habían aparecido los cadáveres, y para cuando llegué al hotel aquella tarde estaba para el arrastre.

Tomando unas copas en el bar del hotel, donde intentábamos relajarnos del día, les dije a Blaine y Ron que no me encontraba bien. Aún me dolía la cabeza, aunque podía ser cosa del resfriado, y les pedí que me sustituyeran al día siguiente con la policía. Pensé que me encontraría mejor si pasaba la jornada en cama, así que cuando les di las buenas noches puse el cartel de «No molestar» en la puerta y les dije a mis dos asistentes que me reuniría con ellos el viernes por la mañana.

Solo recuerdo encontrarme fatal, sentarme en el borde de la cama y empezar a desvestirme. Mis dos compañeros volvieron al juzgado del condado de King el jueves para seguir con las estrategias que yo había esbozado el día anterior. Como les pedí, me dejaron tranquilo todo el día para intentar superar el resfriado durmiendo.

Al ver que no aparecía a desayunar el viernes por la mañana, empezaron a preocuparse. Llamaron a mi habitación, pero no contesté. Fueron a la habitación y llamaron a la puerta. Nada.

Alarmados, bajaron a recepción y pidieron una llave. Subieron, abrieron la puerta y la cadena de seguridad estaba puesta. Oyeron un leve gemido dentro de la estancia.

Le dieron una patada a la puerta e irrumpieron en la habitación. Me encontraron

en el suelo en lo que describieron como una postura «de rana», medio vestido, en apariencia intentando llegar al teléfono. El lado izquierdo del cuerpo sufría convulsiones, y Blaine dijo que estaba «ardiendo».

El hotel llamó al Swedish Hospital, que envió una ambulancia en el acto. Entre tanto, Blaine y Ron estuvieron al teléfono con el servicio de emergencias, dándoles mis constantes vitales. La temperatura era de 42 grados, y el pulso de 220. Tenía el lado izquierdo paralizado, y en la ambulancia seguía sufriendo ataques. En el informe médico se dice que tenía «ojos de muñeco»: abiertos, fijos y desenfocados.

En cuanto llegamos al hospital me envolvieron en hielo y empezaron a darme grandes dosis intravenosas de fenobarbital en un intento de controlar los ataques. El médico les dijo a Blaine y Ron que prácticamente podría dormir a la ciudad de Seattle entera con lo que me estaban dando.

También informó a los dos agentes de que, pese a los esfuerzos de todos los implicados, probablemente moriría. Un TAC demostró que el lado derecho del cerebro se había rasgado y había sufrido una hemorragia por la fiebre alta.

—En pocas palabras —les dijo el médico—, se le ha frito el cerebro.

Era el 2 de diciembre de 1983. Mi nuevo seguro había entrado en vigor el día antes.

Mi jefe de unidad, Roger Depue, fue en persona a la escuela de Pam para darle la noticia. Luego ella y mi padre, Jack, volaron a Seattle para estar conmigo y dejaron a las niñas con mi madre, Dolores. Dos agentes de la sede de Seattle del FBI, Rick Mathers y John Biner, los recogieron en el aeropuerto y los llevaron directamente al hospital. Entonces supieron la gravedad del caso. Los médicos intentaron preparar a Pam para mi muerte y le dijeron que, aunque sobreviviera, probablemente quedaría ciego y en estado vegetativo. Ella, como católica, llamó a un cura para que me diera la extremaunción, pero cuando supo que yo era presbiteriano se negó a hacerlo. Así que Blaine y Ron lo echaron y buscaron a otro cura con menos remilgos. Le pidieron que viniera a rezar por mí.

Estuve toda la semana en coma, entre la vida y la muerte. Las normas de la unidad de cuidados intensivos solo permitían visitas de familiares, así que mis colegas de Quantico y Rick Mathers y los demás de la sede de Seattle se convirtieron de pronto en familiares cercanos. «Tienen una familia muy grande», le comentó una enfermera a Pam con ironía.

En cierto sentido, la idea de «gran familia» no era del todo una broma. En Quantico, varios colegas, liderados por Bill Hagmaier, de la Unidad de Ciencias del Comportamiento, y Tom Columbell, de la Academia Nacional, hicieron una recolecta para que Pam y mi padre se pudieran quedar en Seattle conmigo. En poco tiempo consiguieron donaciones de agentes de policía de todo el país. Al mismo tiempo, se hicieron los preparativos para trasladar mi cuerpo a Virginia y enterrarlo en el cementerio militar de Quantico.

Hacia finales de la primera semana, Pam, mi padre, los agentes y el cura formaron

un círculo alrededor de mi cama cogidos de las manos, tomaron las mías y rezaron por mí. Aquella noche salí del coma.

Recuerdo sorprenderme de ver a Pam y a mi padre, y sentirme confuso sobre dónde estaba. Al principio no podía hablar, tenía el lado izquierdo de la cara caído y aún tenía una parálisis extendida en el lado izquierdo. Cuando recuperé el habla, al principio era poco clara. Al cabo de un tiempo pude mover la pierna, y poco a poco fui recuperando más movilidad. Me dolía la garganta por el tubo de la respiración artificial. Cambiaron del fenobarbital al Dilantin para controlar los ataques. Después de todas las pruebas, ecografías y punciones lumbares, finalmente nos dieron un diagnóstico clínico: encefalitis viral provocada o complicada por el estrés y mi estado general, debilitado y vulnerable. Tenía suerte de seguir con vida.

La recuperación fue dolorosa y desalentadora. Tuve que aprender a caminar de nuevo. Tenía problemas de memoria. Para ayudarme a recordar el nombre del médico de cabecera, Siegal[1], Pam me trajo una figurilla de una gaviota hecha con conchas sobre una base de corcho. La siguiente vez que me visitó el médico para hacer una revisión de mi estado mental y me preguntó si recordaba cómo se llamaba, le dije:

—Claro, doctor Gaviota.

Pese al maravilloso apoyo que estaba recibiendo, sentía una frustración enorme con la rehabilitación. Nunca fui persona de estar sentado sin hacer nada o tomarme las cosas con calma. El director del FBI, William Webster, me llamó para animarme. Le dije que no me veía capaz de volver a disparar jamás.

—No te preocupes por eso, John —contestó el director—. Te queremos por tu mente. —No le dije que me temía que tampoco me quedaba mucha cabeza.

Finalmente salí del Swedish Hospital y llegué a casa dos días antes de Navidad. Antes de irme regalé al personal de emergencias y de la UCI unas placas conmemorativas que expresaban mi profundo agradecimiento por todo lo que habían hecho para salvarme la vida.

Roger Depue nos recogió en el aeropuerto de Dulles y nos llevó a casa en Fredericksburg, donde nos esperaban una bandera estadounidense y una enorme pancarta que decía: «Bienvenido a casa, John». Había bajado de 88 kilos a 72. Mis hijas, Erika y Lauren, estaban tan impresionadas con mi aspecto y el hecho de que fuera en silla de ruedas que durante mucho tiempo después tenían miedo cada vez que me iba de viaje.

La Navidad fue bastante melancólica. No vi a muchos amigos, solo a Ron Walker, Blaine McIlwain, Bill Hagmaier y otro agente de Quantico, Jim Horn. Ya no iba en silla de ruedas, pero aún me movía con dificultad. Me costaba seguir una conversación. Lloraba con facilidad y no podía fiarme de mi memoria. Cuando Pam o mi padre me llevaban por Fredericksburg me fijaba en un edificio concreto y no sabía si era nuevo. Me sentía como si hubiera sufrido un derrame cerebral y me preguntaba si podría volver a trabajar.

También estaba molesto con la Agencia por lo que me habían hecho pasar. En

febrero del año anterior había hablado con un director adjunto, Jim McKenzie. Le dije que no podía seguir el ritmo y le pedí que me consiguiera gente que me ayudara.

McKenzie fue empático pero realista.

—Ya conoces esta organización —me dijo—. Tienes que hacer algo hasta caerte antes de que nadie lo reconozca.

Además de sentir que no me estaban ayudando, tampoco me sentía valorado. Al contrario, de hecho. El año anterior, tras dejarme el pellejo en el caso de «los asesinos de niños» de Atlanta, la Agencia me censuró oficialmente por un artículo aparecido en un periódico de Newport News, Virginia, justo después de que detuvieran a Wayne Williams. El periodista me preguntó qué pensaba de Williams como sospechoso, y contesté que parecía «un buen sospechoso» y que, si salía bien, probablemente sería bueno para como mínimo varios casos.

Aunque el FBI me había pedido que hiciera la entrevista, dijeron que hablaba de forma inadecuada sobre un caso abierto. Según ellos, me avisaron antes de hacer una entrevista en la revista *People* unos meses antes. Típico de la burocracia gubernamental. Me hicieron dar explicaciones ante la Oficina de Responsabilidad Profesional en la sede central de Washington, y tras seis meses de baile burocrático, recibí una carta de reprobación. Más tarde, me llegó una carta de recomendación por el caso. Esta vez era el reconocimiento de la dirección por ayudar a acabar con lo que la prensa llamaba «el crimen del siglo».

Gran parte de lo que hace un agente de la ley es difícil de compartir con cualquiera, incluso una esposa. Cuando uno se pasa el día observando cuerpos muertos y mutilados, sobre todo si son niños, no quieres llevártelo a casa. No puedes sentarte a cenar y decir: «Hoy he tenido un crimen pasional fascinante. Dejadme que os lo cuente». Por eso se ven a menudo policías atraídos por enfermeras y al revés: gente que puede contarse de algún modo su trabajo.

Aun así, a menudo, cuando estaba en el parque o en el bosque con mis hijas pequeñas, por ejemplo, veía algo y me decía: «Es igual que la escena de tal y tal, donde encontramos al niño de ocho años». Del mismo modo que temía por su seguridad viendo lo que veía, también me costaba implicarme en los arañazos y heridas de la infancia, pequeños pero importantes. Cuando llegaba a casa y Pam me decía que una de las niñas se había caído de la bicicleta y necesitaba puntos, me venía a la cabeza la autopsia de algún niño de su edad y pensaba en todos los puntos que le había dado el médico con el fin de cerrar las heridas para el entierro.

Pam tenía su propio círculo de amigos, implicados en la política local, que no me interesaba en absoluto. Además, debido a mi agenda de viajes, asumió la mayor parte de la responsabilidad de educar a las niñas, pagar las facturas y llevar la casa. Era uno de los muchos problemas que tenía nuestro matrimonio, y sé que por lo menos nuestra hija mayor, Erika, notaba la tensión.

No lograba desprenderme de mi resentimiento hacia la dirección de la organización por haberlo permitido. Pasado un mes de mi regreso a casa, estaba

quemando hojas en el patio trasero. Entré por impulso, recogí todas las copias de los perfiles que tenía en casa, todos los artículos que había escrito, los saqué y los arrojé al fuego. Fue como una catarsis el deshacerme de todo eso.

Unas semanas después, cuando pude conducir de nuevo, fui al cementerio nacional de Quantico a ver dónde me habrían enterrado. Las tumbas están ordenadas por la fecha de defunción, así que si hubiera muerto el 1 o 2 de diciembre me habrían dado un lugar terrible. Estaba cerca de una chica joven que había muerto apuñalada cerca de su casa mientras volvía en coche. Había trabajado en el caso y el asesinato seguía sin resolver. Mientras estaba allí, cavilando, recordé cuántas veces había aconsejado a la policía que vigilaran las tumbas cuando creía que el asesino podía visitarlas, y lo irónico que sería si estuvieran vigilando y me llevaran como sospechoso.

Cuatro meses después de mi ataque en Seattle, aún estaba de baja. Tenía coágulos de sangre en las piernas y los pulmones por la enfermedad y tanto tiempo en cama, y todavía me sentía como si cada día fuera una lucha. Aún no sabía si sería físicamente capaz de volver a trabajar, ni si tendría la confianza para hacerlo aunque pudiera. Entre tanto, Roy Hazelwood, de la parte formativa de la Unidad de Ciencia del Comportamiento, estaba doblando turno y había asumido la carga de gestionar mis casos pendientes.

Mi primera visita a Quantico fue en abril de 1984, para dirigir un grupo interno de unos cincuenta elaboradores de perfiles de las sedes del FBI. Entré en el aula en zapatillas porque aún tenía los pies hinchados por los coágulos de sangre, y me ovacionaron de pie agentes de todo el país. Fue una reacción espontánea y genuina de la gente que entendía mejor que nadie lo que hacía y lo que intentaba instaurar en la dirección. Por primera vez en muchos meses, me sentí querido y apreciado. Así que me sentí como si volviera a casa.

Un mes después estaba trabajando de nuevo a jornada completa.

1
En la mente del asesino

«Ponte en el lugar del cazador».

Eso es lo que tengo que hacer. Pensar en esas películas sobre la naturaleza: un león del Serengueti en África que ve una enorme manada de antílopes en un abrevadero. Lo vemos en sus ojos, el león se centra en un animal concreto de entre esos miles de ejemplares. Se ha entrenado para percibir la debilidad, la vulnerabilidad, algo distinto en un antílope de la manada que lo convierte en la víctima más probable.

Lo mismo ocurre con determinadas personas. Yo soy una de ellas, todos los días salgo a cazar en busca de mi presa, a la búsqueda de mi víctima de oportunidad. Imaginemos que estoy en un centro comercial donde hay miles de personas. Entro en la sala de videojuegos y, mientras observo a los cincuenta niños que están jugando, tengo que ser cazador, elaborar perfiles y ser capaz de detectar a esa presa potencial. Debo imaginar cuál de esos cincuenta niños es el vulnerable, cuál es la víctima más asequible. Tengo que observar cómo va vestido el niño. Debo entrenarme para detectar las claves no verbales que exhibe el chico. Y todo eso en una fracción de segundo, así que necesito ser muy, muy bueno. Una vez lo he decidido, una vez he hecho mi movimiento, tengo que saber cómo voy a sacar a ese niño del centro comercial con sigilo y sin montar alboroto ni levantar sospechas cuando sus padres están probablemente dos plantas más abajo. No puedo permitirme errores.

Lo que hace funcionar a esos tipos es la adrenalina de la caza. Si pudiéramos leer una respuesta galvánica de la piel de uno de ellos cuando se centra en su potencial víctima, creo que la reacción sería la misma que la de un león en plena naturaleza. No importa si se trata de los que cazan niños, chicas jóvenes, ancianos, prostitutas o cualquier otro grupo definido, o de los que no parecen tener preferencias concretas. En cierto sentido, todos son iguales.

Sin embargo, son sus diferencias y las pistas que conducen a sus personalidades individuales lo que nos ha llevado a una nueva arma en la interpretación de determinados tipos de crímenes violentos, y a la caza, detención y juicio de sus autores. Durante la mayor parte de mi carrera profesional he sido agente especial del FBI y he intentado desarrollar esa arma, y de eso trata este libro. En todos los crímenes horribles desde los inicios de la civilización, siempre está esa pregunta mordaz y fundamental: ¿qué tipo de persona puede haber hecho algo así? El tipo de perfiles y de análisis de la escena del crimen que realizamos en la Unidad de Apoyo a la Investigación del FBI ayuda a contestar esa pregunta.

El comportamiento refleja la personalidad.

No siempre es fácil, y nunca es agradable, ponerse en la piel de esa gente, o

dentro de su mente. Pero eso es lo que mi gente y yo tenemos que hacer. Debemos intentar sentir cómo era en cada caso. Todo lo que vemos en una escena del crimen nos dice algo de ese sujeto desconocido que cometió el homicidio. Gracias al estudio de la mayor cantidad de crímenes posible y a nuestras conversaciones con los expertos (los autores de los crímenes), hemos aprendido a interpretar esas claves de forma parecida a como un médico evalúa varios síntomas para diagnosticar una enfermedad o dolencia en concreto. Igual que un médico puede empezar a hacer un diagnóstico tras evaluar varios aspectos de la presentación de una enfermedad que ha visto antes, nosotros podemos extraer diversas conclusiones cuando vemos que empiezan a aparecer patrones.

Una vez, a principios de la década de 1980, cuando entrevistaba a asesinos presos para nuestro estudio en profundidad, estaba sentado en un círculo de agresores violentos en la antigua cárcel gótica de piedra de Maryland, en Baltimore. Cada hombre era un caso interesante a su manera (un asesino de un policía, otro de un niño, camellos y asesinos a sueldo), pero me interesaba mucho entrevistar a un violador asesino sobre su modus operandi, así que pregunté a otros presos si conocían a alguno en la cárcel con quien pudiera hablar.

—Sí, está Charlie Davis —dijo uno de los internos, pero el resto coincidió en que no creían que fuera a hablar con un policía federal. Alguien lo fue a buscar al patio de la cárcel. Para sorpresa de todos, Davis se unió al grupo, probablemente por curiosidad, aburrimiento o cualquier otra razón. Algo que habíamos comprobado en el estudio era que los presos tienen mucho tiempo y poco que hacer.

Normalmente, cuando realizamos entrevistas en prisión, y ha sido así desde el principio, intentamos saber todo lo posible del sujeto por adelantado. Estudiamos los expedientes policiales y las fotografías de la escena del crimen, actas de autopsias, transcripciones de juicios: cualquier cosa que pueda arrojar luz sobre los motivos o la personalidad. También es la manera más segura de garantizar que el sujeto no está jugando contigo y te habla con sinceridad. Era evidente que en este caso no me había preparado, así que lo admití e intenté sacar provecho de ello.

Davis era un tipo enorme, descomunal, de unos dos metros, treinta y pico años, recién afeitado y bien peinado. Empecé diciendo:

—Estoy en desventaja, Charlie. No sé qué hiciste.

—Maté a cinco personas —contestó.

Le pedí que me describiera los escenarios del crimen y lo que hizo a sus víctimas. Resultó que Davis era conductor de ambulancias a tiempo parcial. Así que estranguló a la mujer, dejó su cadáver en la cuneta en su zona de conducción, hizo una llamada anónima, contestó a la llamada y recogió el cuerpo. Cuando puso a la víctima en la camilla nadie sabía que el asesino estaba entre ellos. Este grado de control y orquestación era lo que realmente lo excitaba y le proporcionaba la mayor adrenalina. Cualquier cosa que pudiera aprender sobre la técnica siempre sería de un valor extremo.

El estrangulamiento me decía que era un asesino impulsivo cuya principal idea en mente era la violación.

Le dije:

—Eres un auténtico policía aficionado. Te encantaría ser policía, estar en una posición de poder en vez de tener un trabajo menor por debajo de tus posibilidades.

Se echó a reír y me dijo que su padre había sido teniente de la policía.

Le pedí que me explicara su modus operandi: seguía a una mujer atractiva, la veía entrar en el aparcamiento de un restaurante, por ejemplo. Gracias a los contactos de su padre en la policía, había podido comprobar la matrícula del coche. Luego, cuando tenía el nombre de la propietaria, llamaba al restaurante para decir que se había dejado las luces encendidas. Cuando salía, la raptaba, la empujaba dentro de su coche o el de ella, la esposaba y se iba.

Describió cada uno de los cincos asesinatos en orden, casi como si los estuviera evocando. Cuando llegó al último, mencionó que la cubrió en el asiento delantero del coche, un detalle que recordaba por primera vez.

En ese momento de la conversación, llevé las cosas más allá.

—Charlie, déjame decirte algo de ti: tuviste problemas de relaciones con las mujeres. Tenías problemas económicos cuando cometiste tu primer asesinato. Tenías casi treinta años y sabías que tus capacidades estaban muy por encima de tu trabajo, así que todo en tu vida era frustrante y estaba fuera de control.

Él se limitaba a asentir. De momento, bien. No había hecho ninguna predicción o deducción demasiado dura.

—Bebías mucho —continué—. Debías dinero. Te peleabas con la mujer con la que convivías. [No me había dicho que viviera con nadie, pero estaba bastante seguro]. De noche, cuando todo empeoraba, salías a cazar. No lo pagabas con tu novia, así que tenías que desahogarte con alguien más.

Vi que el lenguaje corporal de Davis cambiaba, se abría. Así que, con la escasa información que tenía, continué:

—Pero la última víctima fue un asesinato mucho más suave. Era distinta de las demás. La dejaste volver a vestirse después de violarla. Le tapaste la cabeza. No lo hiciste con las cuatro anteriores. A diferencia de las demás, no te sentías bien con esta.

Cuando empiezan a escuchar con atención, sabes que has encontrado algo. Lo aprendí en las entrevistas en prisión y lo utilicé una y otra vez en interrogatorios. Vi que contaba con toda su atención.

—Te contó algo que te hizo sentir mal matándola, pero la mataste igualmente.

De pronto se puso rojo como un tomate. Parecía en estado de trance; lo vi en su mente, había vuelto al escenario del crimen. Vacilante, me contó que la mujer le dijo que su marido tenía graves problemas de salud y estaba preocupada por él, que estaba enfermo y tal vez muriéndose. Podía ser un farol, o no, no tengo manera de saberlo. Pero era evidente que había afectado a Davis.

—Pero yo no me había tapado, ella sabía quién era, así que tuve que matarla.

Hice una breve pausa y dije:

—Te llevaste algo suyo, ¿verdad?

Él asintió de nuevo y admitió que buscó en su cartera. Sacó una fotografía de ella con su marido y su hijo en Navidad y se la guardó.

No conocía de nada a ese tipo, pero empezaba a formarme una imagen sólida de él, así que proseguí:

—Fuiste a su tumba, Charlie, ¿verdad?

Se sonrojó, lo que también me confirmó que seguía lo que la prensa decía del caso, así que supo dónde estaba enterrada su víctima.

—Fuiste porque no te sentías bien con ese asesinato en concreto. Llevaste algo al cementerio y lo dejaste sobre la tumba.

Los demás presos guardaban silencio absoluto, escuchaban extasiados. Nunca habían visto a Davis así. Repetí:

—Llevaste algo a la tumba. ¿Qué llevaste, Charlie? Llevaste la fotografía, ¿verdad?

Asintió y agachó la cabeza.

No fue brujería ni sacarse un conejo de la chistera como les pareció a los demás presos. Naturalmente, estaba deduciendo, pero las deducciones se basaban en un gran bagaje, la investigación y la experiencia que mis ayudantes y yo habíamos acumulado y seguíamos acumulando. Por ejemplo, habíamos aprendido que el viejo tópico de los asesinos que visitaban las tumbas de sus víctimas a menudo era cierto, pero no necesariamente por los motivos que pensábamos en un principio.

El comportamiento refleja la personalidad.

Uno de los motivos de que nuestro trabajo sea necesario tiene que ver con la naturaleza cambiante del crimen violento en sí. Todos conocemos los asesinatos relacionados con la droga que inundaban la mayoría de nuestras ciudades y los crímenes con pistola que se habían convertido en un hecho diario, además de en una desgracia nacional. Sin embargo, la mayoría de crímenes, sobre todo los más violentos, ocurrían entre personas que se conocían de alguna manera.

Ya no es tan frecuente. En la década de 1960, la tasa de resolución de homicidios en Estados Unidos estaba muy por encima del noventa por ciento. Eso tampoco es así ya. Ahora, pese a los impresionantes avances en ciencia y tecnología y la llegada de la era informática, pese a que hay muchos más agentes de policía con recursos y formación mucho mejores y más sofisticados, la tasa de asesinatos ha aumentado y la tasa de resoluciones se ha reducido. Cada vez más crímenes son obra de o se cometen contra «desconocidos», y en muchos casos no tenemos una motivación con la que trabajar, por lo menos no una motivación evidente o «lógica».

Tradicionalmente, la mayoría de asesinatos y crímenes violentos eran relativamente fáciles de entender para los agentes de la ley. Eran producto de manifestaciones muy exageradas de sentimientos que todos experimentamos: rabia,

avaricia, celos, beneficio, venganza. En cuanto se abordaba el problema emocional, el crimen o la serie de crímenes se terminaban. Alguien moría, pero eso era todo y por lo general la policía sabía a quién y qué estaba buscando.

Sin embargo, durante los últimos años ha salido a la luz un nuevo tipo de criminal violento: el criminal en serie, que a menudo no para hasta que lo detienen o matan, que aprende con la experiencia y tiende a mejorar en lo que hace y perfeccionar constantemente su escenario de un crimen al siguiente. Digo «ha salido a la luz» porque, hasta cierto punto, probablemente siempre estuvo entre nosotros, mucho antes del Londres de 1880 y Jack el Destripador, que suele considerarse el primer asesino en serie moderno. Y digo que es un hombre porque, por razones que detallaremos más adelante, prácticamente todos los asesinos en serie son hombres.

De hecho, el asesino en serie puede ser un fenómeno mucho más antiguo de lo que creemos. Las historias y leyendas que nos han llegado sobre brujas, hombres lobo y vampiros podrían ser maneras de explicar salvajadas tan horribles por que nadie en las ciudades pequeñas de Europa y Estados Unidos podía comprender las perversidades que hoy en día damos por hechas. Los monstruos tenían que ser criaturas sobrenaturales. No podían ser como nosotros.

Los asesinos en serie y los violadores solían ser los más desconcertantes, personalmente perturbadores y los más difíciles de atrapar de todos los criminales violentos. En parte es porque sus motivaciones dependen de factores mucho más complejos que los básicos que acabo de enumerar. Eso, a su vez, hace que sus patrones sean más confusos y los distancie de otros sentimientos normales como la compasión, la culpa o el remordimiento.

A veces, la única manera de atraparlos es aprender a pensar como ellos.

Para que nadie piense que estoy desvelando secretos bien guardados de investigaciones que puedan servir de manual de instrucciones para futuros agresores, os tranquilizaré en este tema. Lo que voy a contar es cómo desarrollamos el enfoque de comportamiento en la elaboración de perfiles de personalidades criminales, análisis de crímenes y estrategia del fiscal, pero no podría convertirlo en un manual de instrucciones aunque quisiera. En primer lugar, tardamos dos años en formar a agentes con experiencia y grandes méritos seleccionados para entrar en mi unidad. Por otra parte, por mucho que crea saber el criminal, cuanto más hace para evitar ser detectado o despistarnos del camino, más claves de comportamiento va a darnos con las que trabajar.

Como sir Arthur Conan Doyle le hizo decir a Sherlock Holmes hace muchas décadas: «la singularidad es casi siempre una pista. Cuanto más anodino y común es un crimen, más difícil es resolverlo». En otras palabras, cuanto más comportamiento tenemos, más completo es el perfil y el análisis que podemos dar a la policía local. Cuanto mejor sea el perfil del que disponga la policía local para trabajar, más pueden diseccionar la potencial población sospechosa y concentrarse en encontrar al tipo de verdad.

Esto me lleva a otro descargo de responsabilidad en nuestro trabajo. En la Unidad de Apoyo a la Investigación, que forma parte del centro nacional del FBI de análisis de crímenes violentos en Quantico, no nos dedicamos a detener criminales. Voy a repetirlo: no detenemos criminales. Es la policía local la que los detiene y, teniendo en cuenta las increíbles presiones que sufren, la mayoría hacen un buen trabajo. Lo que intentamos hacer es ayudar a la policía local a centrarse en sus investigaciones, y luego proponemos algunas técnicas proactivas que pueden ayudar a seguir a un delincuente. Una vez lo atrapan, y de nuevo resalto que son ellos y no nosotros quienes lo detienen, intentaremos elaborar una estrategia para ayudar al fiscal a sacar a la luz la auténtica personalidad del acusado durante el juicio.

Podemos hacerlo gracias a nuestros estudios y a nuestra experiencia especializada. Un departamento de policía del Medio Oeste tal vez se enfrente por primera vez a los horrores de una investigación sobre un asesino en serie; mi unidad ha gestionado probablemente cientos, si no miles, de crímenes parecidos. Siempre les digo a mis agentes: «Si queréis entender al artista, tenéis que observar el cuadro». Hemos observado muchos «cuadros» a lo largo de los años, y hemos hablado largo y tendido con los «artistas» de mayor «talento».

Empezamos metódicamente a desarrollar el trabajo de la Unidad de Ciencia del Comportamiento del FBI, y lo que más tarde pasó a ser la Unidad de Apoyo a la Investigación, a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980. Pese a que la mayoría de libros dramatizan o magnifican lo que hacemos, como el memorable *El silencio de los corderos* de Tom Harris, son imaginarios y con tendencia a las licencias artísticas; nuestros antecedentes en realidad se remontan a la ficción criminal más que a los hechos criminales. C. August Dupin. El detective aficionado del clásico de Edgar Allan Poe de 1841 *Los crímenes de la calle Morgue* podría ser el primer creador de perfiles de comportamiento de la historia. El libro también puede representar el primer uso de una técnica proactiva por parte del creador de perfiles para hacer salir a un sujeto desconocido y exculpar a un hombre inocente encarcelado por los asesinatos.

Igual que los hombres y mujeres de mi unidad ciento cincuenta años después, Poe comprendió el valor de los perfiles psicológicos cuando las pruebas forenses por sí solas no bastan para solucionar un crimen especialmente brutal y sin motivo aparente. «Privado de los recursos comunes», escribió, «el analista se sumerge en el espíritu de su adversario, se identifica con él y con frecuencia ve, de un vistazo, los métodos exclusivos con los que podría inducir a error o caer en un fallo de cálculo».

Hay otro pequeño parecido que vale la pena mencionar. Monsieur Dupin prefería trabajar solo en su habitación, con las ventanas cerradas y las cortinas tapando bien la luz del sol y la intrusión del mundo exterior. Mis colegas y yo no hemos tenido opción en eso. Nuestros agentes de la Academia del FBI en Quantico están varias plantas bajo tierra, en un espacio sin ventanas originalmente diseñado para ser la sede central segura de las fuerzas de la ley federales en caso de emergencia nacional. A

veces nos denominamos a nosotros mismos el sótano nacional de análisis de crímenes violentos. A dieciocho metros bajo tierra, decimos que estamos a una profundidad diez veces mayor que los muertos.

El novelista inglés Wilkie Collins cogió el relevo de los perfiles en obras pioneras como *La dama de blanco* (basada en un caso real) y *La piedra lunar*. Pero la inmortal creación de sir Arthur Conan Doyle, Sherlock Holmes, hizo que el mundo entero conociera esta forma de análisis de investigación criminal en el mundo lúgubre y tenebroso del Londres victoriano. El mayor cumplido que se nos puede hacer a cualquiera de nosotros es ser comparado con este personaje de ficción. Hace unos años sentí un gran honor cuando, mientras trabajaba en un caso de asesinato en Misuri, un titular del *St. Louis Globe-Democrat* hizo referencia a mí como «el Sherlock Holmes moderno del FBI».

Es interesante destacar que, al mismo tiempo que Holmes estaba ocupado en sus intrincados y desconcertantes casos, Jack el Destripador mataba prostitutas en la vida real, en el East End de Londres. Estos dos hombres en extremos contrarios de la ley, y en lados opuestos de la frontera entre la realidad y la imaginación, se han apoderado hasta tal punto de la conciencia pública que muchas historias de Sherlock Holmes modernas, escritas por admiradores de Conan Doyle, han sumido al detective en los asesinatos sin resolver de Whitechapel.

En 1988 me pidieron que analizara los asesinatos de Jack el Destripador para un programa de un canal nacional. Expondré mis conclusiones sobre este famoso desconocido en la historia más adelante en este libro.

La elaboración de perfiles de comportamiento no saltó de las páginas de la literatura a la vida real hasta un siglo después de la «calle Morgue» de Poe y medio siglo después de Sherlock Holmes. A mediados de la década de 1950 la ciudad de Nueva York estaba siendo sacudida por las explosiones del «Bombardero Loco», conocido por ser el responsable de más de treinta bombas durante un período de quince años. Atacó lugares públicos como las estaciones Grand Central y Pensilvania y el Radio City Music Hall. En aquella época yo era un niño de Brooklyn, recuerdo muy bien el caso. Cuando ya no sabían qué hacer, en 1957 la policía llamó a un psiquiatra de Greenwich Village llamado James A. Brussel, que estudió fotografías de los escenarios de las bombas y analizó con cuidado las cartas burlonas del atacante a los periódicos. Llegó a una serie de conclusiones detalladas a partir de los patrones generales de conducta que percibió, incluido que el autor era un paranoico que odiaba a su padre, sentía un amor obsesivo hacia su madre y vivía en la ciudad de Connecticut. Al final de su perfil por escrito, Brussel recomendó a la policía:

> Busquen un hombre pesado, de mediana edad, nacido en el extranjero. Católico romano, soltero. Vive con un hermano o hermana. Cuando lo encuentren puede que lleve un traje cruzado, abotonado.

A partir de algunas referencias en varias de las cartas, parecía una buena apuesta

pensar que el autor de las bombas fuera un empleado o antiguo empleado disgustado de Consolidated Edison, la empresa de energía de la ciudad. Al buscar el perfil entre la población objetivo, la policía encontró el nombre de George Metesky, que había trabajado en Con Ed en la década de 1940 antes de que empezaran las bombas. Cuando una tarde fueron a Waterbury, Connecticut, a detener a ese católico pesado, soltero, de mediana edad y nacido en el extranjero, la única variación del perfil era que no vivía con un hermano o hermana sino con dos hermanas solteras. Cuando un agente de policía le indicó que se vistiera para el viaje a la comisaría, salió de su dormitorio pasados unos minutos con un traje cruzado, abrochado.

Para esclarecer cómo había llegado a unas conclusiones de una precisión tan asombrosa, el doctor Brussel explicó que normalmente un psiquiatra examina a un individuo y luego intenta hacer algunas predicciones razonables sobre cómo reaccionaría esa persona a una situación concreta. Al crear su perfil, afirmó Brussel, invirtió el proceso e intentó deducir un individuo a partir de la prueba de sus actos.

Si consideramos el caso del Bombardero Loco desde la perspectiva de casi cuarenta años, en realidad parece bastante sencillo. Sin embargo, en aquel momento marcó un hito en el desarrollo de lo que se acabó llamando ciencia del comportamiento en la investigación criminal, y el doctor Brussel, que más tarde trabajó en el departamento de policía de Boston en el caso del estrangulador de Boston, fue un auténtico pionero en el campo.

Pese a que a menudo se denomina «deducción», lo que los personajes de ficción Dupin y Holmes y el doctor Brussel de la vida real y los que le seguimos hacemos en realidad es más bien «inducción», es decir, observar elementos concretos de un crimen y extraer conclusiones más amplias a partir de ellos. Cuando en 1977 llegué a Quantico, los instructores de la Unidad de Ciencia del Comportamiento, como el pionero Howard Teten, empezaban a aplicar las ideas del doctor Brussel a casos que policías profesionales les llevaban a las clases en la Academia Nacional. No obstante, en aquella época era anecdótico y nunca fue respaldado por una investigación sólida. Así era la situación cuando entré yo.

He hablado de la importancia que tiene para nosotros ponerse en la piel y la mente del asesino desconocido. Durante nuestras investigaciones y experiencia hemos descubierto que es igual de importante, por muy doloroso y desgarrador que sea, poder ponernos en el lugar de la víctima. Solo cuando tenemos una idea firme de cómo habría reaccionado una víctima a las atrocidades que le estaban infligiendo podemos entender de verdad la conducta y las reacciones del asesino.

Para conocer al agresor, hay que estudiar el crimen.

A principios de la década de 1980 me llegó un caso perturbador desde el departamento de policía de una pequeña ciudad en la Georgia rural. Una chica guapa de catorce años, una majorette del instituto local, había sido secuestrada en la parada del autobús local a cien metros de su casa. Al cabo de unos días encontraron su cadáver medio desnudo en una zona boscosa, lugar de encuentro de amantes, a unos

quince kilómetros. Había sufrido una agresión sexual, y la causa de la muerte era un fuerte golpe en la cabeza. Al lado había una gran roca con sangre incrustada.

Antes de hacer un análisis, debía saber lo máximo posible sobre esa chica. Descubrí que, pese a ser muy atractiva y guapa, era una chica de catorce años que parecía tener catorce años, no veintiuno como muchas adolescentes. Todos los que la conocían me aseguraron que no era promiscua ni coqueteaba, no tomaba nada de drogas ni alcohol, y era cariñosa y amable con cualquiera que se le acercara. El análisis de la autopsia indicó que era virgen cuando la violaron.

Toda aquella información era vital para mí porque me llevaba a entender cómo habría reaccionado durante y después del rapto y, por tanto, cómo habría reaccionado el agresor con ella en la situación concreta en que se encontraban. A partir de ahí, concluí que el asesinato no había sido planeado, sino una reacción fruto del pánico por la sorpresa (basada en la imaginación distorsionada y alucinatoria del agresor) al ver que la chica no lo recibía con los brazos abiertos. Eso, a su vez, me acercaba a la personalidad del asesino, y mi perfil llevó a la policía a centrarse en un sospechoso de un caso de violación del año anterior en una ciudad cercana más grande. Así, el comprender a la víctima me ayudó a elaborar una estrategia para la policía al interrogar a este desafiante sospechoso que, como predije, ya habría pasado por un detector de mentiras. Más adelante comentaré con más detalle este caso, fascinante y sobrecogedor. De momento, basta con decir que el individuo acabó confesando tanto el asesinato como la violación anterior. Fue juzgado y sentenciado y, en el momento de redactar este libro, está en el corredor de la muerte en Georgia.

Cuando enseñamos los elementos de la elaboración de perfiles de personalidades de criminales y de análisis del escenario del crimen a agentes del FBI o profesionales de las fuerzas de la ley que asisten a la Academia Nacional, intentamos que piensen todo el relato del crimen. Mi colega Roy Hazelwood, que dio un curso básico sobre perfiles durante muchos años antes de jubilarse en 1993, solía dividir el análisis en tres preguntas y fases distintas: qué, por qué y quién.

¿Qué ha ocurrido? Incluye todo lo que pueda ser significativo sobre el crimen en cuanto a conducta.

¿Por qué ocurrió como ocurrió? ¿Por qué, por ejemplo, hubo mutilación tras la muerte? ¿Por qué no se llevaron nada de valor? ¿Por qué no estaba forzada la entrada? ¿Cuáles son las razones para cada factor significativo en el crimen relativo a la conducta?

Y así, llegamos a:

¿Quién podría haber cometido este crimen por estos motivos?

Esta es la tarea que nos proponemos.

2
Mi madre se llamaba Holmes

El apellido de soltera de mi madre era Holmes, y mis padres estuvieron a punto de escogerlo como segundo nombre para mí, en vez de Edward, mucho más prosaico.

Por lo demás, si lo pienso no hay mucho en mi infancia que indicara un futuro como cazador de mentes o elaborador de perfiles criminales.

Nací en Brooklyn, Nueva York, cerca de la frontera con Queens. Mi padre, Jack, era impresor del *Brooklyn Eagle*. Cuando cumplí ocho años, preocupado por la tasa de delitos en aumento, decidió que nos mudáramos a Hempstead, Long Island, donde acabó siendo presidente del sindicato de impresores de Long Island. Tengo una hermana, Arlene, cuatro años mayor, que desde el principio fue la estrella de la familia, académica y deportivamente.

Yo no destaqué en los estudios, solía sacar notables y bienes, pero era educado y de trato fácil, y siempre era popular entre los profesores de la escuela Luddum Elementary pese a mi mediocre rendimiento. Me interesaban sobre todo los animales, y en varias ocasiones tuve perros, gatos, conejos, hámsteres y serpientes, todo tolerado por mi madre porque decía que quería ser veterinario. Dado que prometía una carrera legítima, me animó en ese camino.

Lo que sí me gustaba en el colegio era contar historias, y en cierto modo eso podría haber contribuido a que me hiciera investigador de crímenes. Los detectives y analistas de escenarios del crimen se dedican a tomar un montón de pistas dispares y en apariencia sin relación para convertirlas en una narración coherente, así que la capacidad de crear historias es un talento importante, sobre todo en las investigaciones de homicidios, donde la víctima no puede contar su propia historia.

En todo caso, a menudo usaba mi talento para evitar trabajar de verdad. Recuerdo una vez, cuando estaba en noveno grado, en que me daba pereza leer una novela para hacer un informe oral del libro delante de la clase. Cuando llegó mi turno (aún no puedo creer que tuviera las narices para hacerlo), me inventé el título de un libro falso, un autor falso y empecé a contar la historia de un grupo de acampados alrededor de una hoguera, de noche.

Me lo fui inventando sobre la marcha, y pensaba: «¿Cuánto tiempo podré aguantar esto?». Tenía a un oso acosando a los acampados, a punto de atacar, y en ese momento perdí el hilo. Empecé a desmoronarme y no tuve más opción que confesar al profesor que me lo había inventado todo. Debió de ser la conciencia de culpa, lo que demuestra que no tenía del todo una personalidad criminal. Ahí estaba, expuesto como un fraude, sabiendo que iba a suspender, a punto de ser avergonzado delante de todos mis compañeros, imaginando lo que iba a decir mi madre cuando se enterara.

Para mi sorpresa y asombro, el profesor y los demás niños estaban absortos en la

historia. Cuando les dije que me la había inventado, me dijeron: «Termínala, cuéntanos qué ocurrió después». Y así lo hice, y saqué un sobresaliente. No se lo conté a mis hijas durante mucho tiempo porque no quería que pensaran que los delitos funcionan, pero aprendí que si puedes vender a la gente tus ideas y mantener su interés, puedes tenerlos de tu parte. Me ha servido de ayuda en innumerables ocasiones como agente de la ley, cuando tenía que convencer a mis superiores o a un departamento local de policía del valor de nuestros servicios. Sin embargo, debo admitir que, hasta cierto punto, es el mismo talento que usan los manipuladores y depredadores criminales para escapar.

Por cierto, mis acampados ficticios acabaron huyendo con vida, un fin inevitable dado que mi verdadero amor correspondía a los animales. Cuando me preparaba para ser veterinario, pasé tres semanas en granjas de Nueva York en el programa de cadetes Cornell Farm, patrocinado por la facultad de veterinaria de la universidad. Era una excelente oportunidad para que los niños de ciudad salieran a vivir en la naturaleza, y a cambio de ese privilegio trabajé entre setenta y ochenta horas a la semana a quince dólares la hora, mientras mis amigos del colegio tomaban el sol en Jones Beach. Si no vuelvo a ordeñar una vaca nunca más, no sentiré un gran vacío en mi vida.

Todo ese trabajo físico me puso en forma para el deporte, la otra pasión de mi vida. En el instituto de Hempstead fui pícher del equipo de béisbol y defensa en fútbol americano. Ahora que lo pienso, probablemente fue el primer indicio real de mi interés por los perfiles de personalidad.

En general me di cuenta con bastante rapidez de que lanzar bolas duras y precisas era solo la mitad de la batalla. Tenía un buen lanzamiento y una curva rápida bastante decente, pero como muchos pícheres de instituto. La clave era saber analizar al bateador, y vi que sobre todo consistía en crear un aura de confianza en uno mismo y hacer que el chico que iba a batear se sintiera lo más inseguro posible. Años después tuve que hacerlo de manera muy parecida cuando empecé a desarrollar mis técnicas de interrogatorio.

En el instituto ya medía uno noventa y lo usé en mi beneficio. Éramos un equipo medio, con talento, en una buena liga, y sabía que dependía del pícher intentar ser un líder en el campo para imponer un ánimo ganador. Para ser un adolescente tenía bastante control, pero decidí que los bateadores del equipo contrario no lo supieran. Quería parecer temerario, no muy predecible, para que los bateadores no se confiaran. Quería que pensaran que si lo hacían se arriesgaban a ser arrasados o algo peor por ese loco que estaba a dieciocho metros.

Hempstead tenía un buen equipo de fútbol americano, para el que yo era un defensa de 85 kilos. De nuevo, me di cuenta de que la vertiente psicológica del juego era lo que podía hacernos destacar. Pensé que podía atacar a los tipos más grandes si gruñía y rugía y en general me comportaba como un loco. El resto de defensas no tardaron mucho en comportarse igual. Más tarde, cuando trabajaba en juicios de

asesinato donde la locura se usaba como defensa, ya sabía por experiencia propia que el mero hecho de que alguien actúe como un loco no necesariamente significa que no sepa exactamente lo que hace.

En 1962, estábamos jugando en Wantagh High para el Thorpe Award, el trofeo para determinar cuál era el mejor equipo de fútbol americano de instituto de Long Island. Nos superaban en unos dieciocho kilos por jugador, y sabíamos que teníamos muchas opciones de que arrasaran con nosotros antes de que nos diéramos cuenta. Antes del partido trabajamos una serie de rutinas de calentamiento con el único fin de desmoralizar e intimidar a nuestros contrincantes. Formamos dos líneas con el primer jugador en una línea cubriendo, prácticamente tapando, al primer jugador en la otra línea. Todo iba acompañado de los rugidos, gruñidos y gritos de dolor pertinentes. Vimos en las caras de los jugadores de Wantagh que estábamos logrando el efecto que pretendíamos. Debían de estar pensando: «Si estos chalados están lo bastante locos para hacerse eso entre ellos, a ver qué nos hacen a nosotros».

En realidad, todo el episodio era una cuidada coreografía. Practicamos llaves de lucha libre para que pareciera que caíamos con fuerza al suelo pero sin hacernos daño. Cuando empezamos el partido real, incrementamos el nivel general de locura para que pareciera que nos habían soltado del manicomio solo esa tarde y fuéramos a volver en cuanto terminara el encuentro. El partido estuvo muy disputado todo el tiempo, pero cuando finalmente acabó, ganamos 14-13 y les arrebatamos el Thorpe Award de 1962.

Mi primer contacto con «las fuerzas de la ley» fue en realidad mi primera experiencia «real» con la elaboración de perfiles, a los dieciocho años, cuando conseguí un trabajo de portero en un bar y club de Hempstead llamado Gaslight East. Era tan bueno que luego me dieron el mismo puesto en el Surf Club de Long Beach. En ambos sitios mis dos principales funciones eran no dejar pasar a los que no tuvieran la edad legal para beber (en otras palabras, cualquiera que fuera más joven que yo) y cortocircuitar o detener las inevitables peleas que surgen en lugares donde se consume alcohol.

De pie ante la puerta, pedía el documento de identidad a todo aquel cuya edad era cuestionable y luego le preguntaba a la persona la fecha de nacimiento para ver si coincidía. Es un procedimiento bastante estándar, lo que todo el mundo espera, así que están preparados. Rara vez un chaval que se ha tomado la molestia de presentarse con un documento falso dejará de memorizar la fecha de nacimiento que figure en él. Los miraba directamente a los ojos al preguntárselo; era una técnica eficaz con algunas personas, sobre todo las chicas, que suelen tener una conciencia social más desarrollada a esa edad. Sin embargo, los que quieren entrar pueden pasar más escrutinios si se concentran en su actuación durante unos momentos.

Lo que en realidad hacía cuando preguntaba a cada grupo de chicos cuando les tocaba su turno en la cola era estudiar con discreción a la gente que estaba tres o cuatro filas por detrás; los observaba mientras se preparaban para las preguntas,

estudiaba su lenguaje corporal y me fijaba en si parecían nerviosos o vacilantes.

Acabar con las peleas era un reto mayor, y para eso recurrí a mi experiencia deportiva. Si ven en tu mirada que no eres muy predecible y actúas como un chiflado total, a veces hasta los chicos más fuertes se lo piensan dos veces antes de meterse contigo. Si creen que estás lo bastante loco para no preocuparte por tu propia seguridad, te conviertes en un adversario mucho más peligroso. Casi veinte años después, por ejemplo, mientras realizábamos las entrevistas en la cárcel para el gran estudio sobre asesinos en serie, aprendimos que la típica personalidad de asesino es mucho más peligrosa en determinadas maneras básicas que la típica personalidad de asesino en serie. A diferencia del asesino en serie, que solo escoge a víctimas que considera que puede manejar y luego tiene una manera muy elaborada de evitar ser detenido, el asesino está obsesionado con su «misión», y suele estar dispuesto a morir por ella.

Otra consideración para hacer que la gente tenga una determinada opinión de ti, como que eres irracional y estás lo bastante loco para hacer algo impredecible, es que hay que mantener ese personaje todo el tiempo en el trabajo, no solo cuando crees que te están mirando. Cuando entrevisté a Gary Trapnell, un célebre ladrón armado y secuestrador de aviones, en la cárcel federal de Marion, Illinois, se jactó de poder engañar a cualquier psiquiatra de la cárcel y hacerle creer que tenía cualquier enfermedad mental que yo quisiera mencionar. La clave para conseguirlo, me informó, era comportarse de la misma manera todo el tiempo, incluso cuando estaba solo en su celda, para que cuando te entrevistaran no tuvieras que «pensarlo», que era lo que lo echaba a perder. Así, mucho antes de beneficiarme de este tipo de consejos de «experto», por lo visto tenía cierto instinto para pensar como un criminal.

Cuando no lograba asustar a la gente que peleaba en el bar, intentaba utilizar mis técnicas de aficionado a los perfiles para hacer lo mejor que se me ocurría y enderezarlo antes de que se pusiera serio. Descubrí que, con un poco de experiencia, observando con atención el comportamiento y el lenguaje corporal, era capaz de asociarlo con el tipo de acción que acababa en pelea, de manera que podía anticipar si un individuo estaba a punto de empezar algo. En ese caso, o cuando dudaba, siempre saltaba el primero y utilizaba el factor sorpresa para intentar sacar del local al potencial agresor y tenerlo en la calle antes de que supiera exactamente qué estaba ocurriendo. Siempre digo que la mayoría de agresores sexuales y violadores en serie son hábiles en la dominación, la manipulación y el control, las mismas aptitudes que intentaba controlar en un contexto distinto. Por lo menos estaba aprendiendo.

Cuando terminé el instituto aún quería ser veterinario, pero no tenía nota suficiente para Cornell. Lo mejor a lo que podía optar con un programa parecido era el estado de Montana. Así que, en septiembre de 1963, el chico de Brooklyn y Long Island se fue al corazón de Estados Unidos.

El choque cultural al llegar a Bozeman no podría haber sido mayor.

«Saludos desde Montana», escribí en una de mis primeras cartas a casa, «donde

los hombres son hombres y las ovejas están nerviosas». Montana parecía encarnar todos los estereotipos y tópicos de la vida en el oeste y la frontera, igual que yo era un chico típico del este para la gente que conocí allí. Me uní a la sección local de Sigma Phi Epsilon, compuesta casi en exclusiva por chicos de la zona, así que yo era una rareza. Pasé a llevar sombrero negro, ropa negra y botas negras y a lucir largas patillas como un personaje de *West Side Story*, que era como los neoyorquinos como yo eran percibidos en aquella época.

Le saqué provecho. En todas las reuniones sociales, los lugareños vestían ropa autóctona y bailaban el típico country del oeste, mientras yo me había pasado los últimos años viendo religiosamente a Chubby Checker en televisión y sabía todas las variantes posibles del twist. Como mi hermana Arlene era cuatro años mayor que yo, me había reclutado mucho antes como compañero de baile para practicar, así que enseguida me convertí en el profesor de baile de toda la comunidad universitaria. Me sentía como un misionero que iba a un territorio remoto donde nunca habían oído hablar en inglés.

Nunca había tenido buena reputación como estudiante, pero ahora mis notas eran más bajas que nunca porque me concentraba en todo menos en los estudios. Ya había trabajado de portero en un bar de Nueva York, pero en Montana la edad permitida para beber era los veintiún años, una desilusión para mí. Por desgracia, no dejé que eso fuera un impedimento.

Mi primer conflicto con la ley ocurrió cuando uno de los miembros de mi hermandad y yo salimos con dos chicas geniales que habíamos conocido en una casa para madres solteras. Eran maduras para su edad. Paramos en un bar y entré a comprar un paquete de seis cervezas.

El camarero me dijo que le enseñara mi documento de identidad, y yo le enseñé una tarjeta falsa de Selective Service, hecha con mucho esmero. Gracias a mi experiencia como portero había aprendido algunas trampas y errores de las identificaciones falsas.

El tipo miró la tarjeta y me dijo:

—Brooklyn, ¿eh? Los chicos en el este sois unos cabrones, ¿no?

Solté una risa cohibida, pero todo el bar se había vuelto hacia mí, y así se convertían en testigos. Volví al aparcamiento, nos fuimos bebiendo la cerveza y, sin yo saberlo, una de las chicas dejó las latas sobre el maletero del coche.

De repente, oí una sirena de policía. Un agente nos paró.

—Salid del coche.

Salimos del coche. Empezó a cachearnos; hasta en aquella época sabía que era ilegal, pero no le dije nada. Al agacharse me enseñó la pistola y la porra y tuve un destello de locura en una fracción de segundo. Pensé que podría agarrar la porra, golpearle la cabeza, luego coger la pistola y salir corriendo. Por suerte para mi futuro, no lo hice, pero al acercarse mi turno, saqué el carné de identidad de la cartera y me lo metí en los calzoncillos.

Nos llevó a los cuatro a comisaría y nos separó. Yo estaba sudando porque sabía qué estaban haciendo y me daba miedo que el otro chico se desentendiera de mí.

Uno de los agentes me dijo:

—Vamos, hijo, cuéntanoslo. Si ese tipo del bar no te pidió el carné, volveremos allí. Ya hemos tenido problemas con él antes.

Le contesté:

—De donde yo soy, no nos chivamos de la gente. No hacemos esas cosas. —Me estaba haciendo el George Raft, pero en realidad estaba pensando: «Claro que me pidió el carné, y le di uno falso». Se había escurrido por los calzoncillos y me estaba pinchando en los genitales. No sabía si nos desnudarían para cachearnos. Eso era la frontera, por lo que yo sabía, y a saber qué hacían allí. Evalué deprisa la situación y fingí estar enfermo. Les dije que me encontraba mal y necesitaba ir al baño.

Me dejaron ir solo, pero yo había visto demasiadas películas, así que cuando entré y me vi en el espejo, me dio miedo que me estuvieran mirando desde el otro lado. Fui a un lado de la estancia, metí las manos en los calzoncillos y saqué el carné; luego fui al lavamanos y fingí vomitar por si me estaban observando. Me acerqué al retrete, tiré la tarjeta de Selective Service y volví con mucha más confianza. Acabé con una multa de cuarenta dólares y libertad condicional.

Mi segundo encuentro con la policía de Bozeman sucedió en mi segundo año, y fue peor.

Acudí a un rodeo con otros chicos del este y uno de Montana. Al final nos fuimos, conduciendo un Studebaker del 62, con cerveza en el coche, así que de vuelta a empezar. Nevaba muchísimo. El chico que conducía era de Boston, yo iba en el asiento del copiloto y el lugareño en medio. El conductor se pasó una señal de stop y, ¿adivináis?, había un agente justo ahí. Parece el sello distintivo de mi vida en Montana. Digan lo que digan de que no hay policías cuando los necesitas, no era cierto en Bozeman en 1965.

Ese compañero idiota de hermandad, no puedo creerlo, ¡no paró! Salió disparado con el policía detrás siguiéndolo.

Cada vez que girábamos y salíamos del campo de visión del policía durante un segundo, yo tiraba latas de cerveza del coche. Seguimos conduciendo y llegamos a un barrio residencial dando golpes a los badenes. Desembocamos en una calle bloqueada, el agente debía de haber avisado por radio. Dimos un rodeo y acabamos en el césped de alguien. Yo no paraba de gritar: «¡Para el maldito coche!». Pero aquel idiota continuaba. El coche daba vueltas, nevaba mucho y entonces oímos las sirenas justo detrás.

Llegamos a una intersección. El chico apretó el freno, el coche dio un giro de 360 grados, la puerta se abrió y yo salí disparado. Me quedé colgado de la puerta arrastrando el trasero por la nieve, cuando de repente alguien gritó: «¡Corre!».

Y corrimos, en distintas direcciones. Acabé en un callejón, encontré una camioneta vacía y me metí dentro. Me deshice del sombrero negro mientras corría, y

llevaba una chaqueta reversible negra y dorada, así que me la quité y me la puse por el lado dorado para disfrazarme. Pero sudaba y empañaba los cristales. Pensaba: «Mierda, me van a ver». Me daba miedo que los propietarios del vehículo volvieran en cualquier momento, y allí probablemente tendrían armas. Limpié una pequeña zona del cristal para ver fuera y había un gran ajetreo alrededor del coche que habíamos abandonado: coches patrulla, perros de rastreo, de todo. Se acercaron al callejón, las linternas iluminaron la camioneta y estuve a punto de hacérmelo en los pantalones. No podía creer que pasaran de largo y me dejaran allí.

Volví a la facultad y todo el mundo ya sabía la historia. Descubrí que los otros dos chicos del este también habían conseguido huir, pero que detuvieron al de Montana y lo soltó todo. Dio nombres y nos fueron a buscar. Cuando vinieron a por mí, alegué que yo no conducía el coche, estaba asustado y le supliqué al colega que parara. Entre tanto, el conductor de Boston acabó en una celda con somieres y sin colchón, pan y agua y todo eso, pero yo seguí con mi increíble suerte y solo me pusieron una multa de cuarenta dólares por posesión de alcohol, y libertad condicional.

Lo notificaron a la facultad, a nuestros padres, que estaban todos que se subían por las paredes, y las cosas no mejoraron académicamente. Tenía una media de suspenso, suspendí una exposición oral porque nunca fui a clase —era mi nota más baja, y eso que saber hablar era casi mi mejor activo—, y no sabía cómo salir de ese atolladero. Hacia finales del segundo curso estaba claro que mi aventura en el lejano oeste había terminado.

Si parece que todos mis recuerdos de aquella época son percances y locuras personales, lo mismo me parecía a mí en ese momento. Llegué a casa de la universidad para vivir bajo la mirada de decepción de mis padres. Mi madre estaba especialmente disgustada, consciente de que nunca sería veterinario. Como de costumbre cuando no sabía qué hacer conmigo mismo, volví al deporte y en verano de 1965 trabajé de socorrista. Cuando terminó el período estival, sin perspectivas de volver a clase, encontré trabajo en el club de salud del Holiday Inn de Patchogue.

Poco después de empezar a trabajar ahí, conocí a Sandy, que trabajaba en el hotel de camarera de cócteles. Era una chica joven y guapa con un hijo pequeño, y me enamoré de ella al instante. Estaba espectacular con su pequeño traje de cóctel. Yo aún estaba en buena forma física por el ejercicio y el entrenamiento que hacía, y parecía que yo también le gustaba. Yo vivía en casa y ella me llamaba todo el tiempo. Mi padre me decía:

—¿Quién demonios te llama a todas horas del día y la noche? Además, siempre se oye a un niño llorando y gritando de fondo.

Vivir en casa no me permitía mucha libertad de acción, pero Sandy me dijo que si trabajabas en el hotel podías conseguir una habitación libre muy barata. Así que un día cogimos una habitación juntos.

Al día siguiente por la mañana, temprano, sonó el teléfono. Ella contestó y oí:

—¡No, no! ¡No quiero hablar con él!

Cuando me desperté le dije:

—¿Quién era?

—Era de recepción. Dicen que mi marido está aquí y que está subiendo.

De pronto estaba bien despierto.

—¿Tu marido? ¿Qué quiere decir tu marido? ¡Nunca me dijiste que seguías casada!

Ella arguyó que tampoco me dijo nunca que no lo estuviera, y me explicó que estaban separados.

«Perfecto», pensaba cuando comencé a oír a aquel loco corriendo por el pasillo.

Empezó a aporrear la puerta.

—¡Sandy! Sé que estás ahí dentro, Sandy.

La habitación tenía una ventana que daba al pasillo hecha con lamas de cristal, él tiraba de ellas intentando arrancarlas del marco. Entre tanto, yo buscaba un lugar desde donde saltar, pues estábamos en la segunda planta, pero no había ninguna ventana por donde hacerlo.

Pregunté:

—¿Ese tío lleva armas o algo así?

—A veces lleva un cuchillo —dijo ella.

—¡Mierda! ¡Genial! Tengo que salir de aquí. Abre la puerta.

Adopté una posición de púgil. Ella abrió la puerta. El marido entró corriendo, directo hacia mí. Entonces vio mi silueta en la sombra, y debí de parecer alto y fuerte, así que cambió de opinión y paró.

Pero aún gritaba:

—¡Hijo de puta! ¡Lárgate de aquí ahora mismo!

Pensé que ya me había hecho suficiente el macho, y aún quedaba mucho día por delante, y dije, con mucha educación:

—Sí, señor, eso iba a hacer.

De nuevo, tuve suerte y salí de otro embrollo con el trasero intacto, pero no podía obviar que todo en mi vida se iba al cuerno. Sin querer, también había roto el eje frontal del Saab de mi padre haciendo una carrera con el MGA rojo de mi amigo Bill Turner.

Una mañana de sábado a primera hora, mi madre entró en mi habitación con una carta del Servicio Selectivo diciendo que querían verme. Fui a Whitehall Place, en Manhattan, para hacer un entrenamiento militar con otros trescientos chicos. Me hicieron hacer sentadillas y se oían crujidos al agacharme. No tenía cartílago en la rodilla por el fútbol americano, igual que Joe Namath, pero él seguramente tuvo un abogado mejor. Suspendieron un tiempo la decisión, pero finalmente me informaron de que el Tío Sam me quería. En vez de probar en el ejército, enseguida me apunté a las fuerzas aéreas, aunque supusiera un servicio de cuatro años, porque pensaba que ofrecía mejores oportunidades de estudio. Tal vez fuera justo lo que necesitaba. No había aprovechado mucho las oportunidades educativas de Nueva York o Montana.

En ese momento había otro motivo para ir a las fuerzas aéreas. Era 1966 y el conflicto de Vietnam iba a más. No estaba muy politizado; en general me consideraba un demócrata de Kennedy por mi padre, que trabajaba en el sindicato de impresores de Long Island. Pero la idea de que me dispararan en el culo por una causa que solo entendía vagamente no era muy atractiva. Recordé que un mecánico de las fuerzas aéreas me había dicho una vez que eran el único servicio en que los oficiales, los pilotos, iban a combate mientras los recién alistados se quedaban atrás para apoyarlos. Dado que no tenía ninguna intención de ser piloto, me sonó bien.

Me enviaron a Amarillo, Texas, para un entrenamiento básico. Nuestra tripulación (así se llaman las clases de entrenamiento de las fuerzas aéreas) de cincuenta personas se dividía casi a partes iguales en neoyorquinos como yo y chicos del sur, de Luisiana. El instructor siempre estaba encima de los del norte, y la mayoría de las veces pensé que estaba justificado. Yo tendía a ir con los del sur; me parecían más agradables y mucho menos ofensivos que los neoyorquinos.

Para muchos chicos jóvenes, el entrenamiento básico es una experiencia estresante. Con la disciplina que me habían impuesto los entrenadores en deportes de contacto en equipo, y con todos los líos en que me había metido durante los últimos años, la cháchara del instructor casi me pareció una broma. Entendía todos sus giros y trucos psicológicos, y ya estaba en buena forma física, así que el entrenamiento básico me resultó muy fácil. Enseguida destaqué como tirador experto en el M16, probablemente consecuencia de la puntería que había desarrollado como pícher en el instituto. Hasta las fuerzas aéreas, mi única experiencia con un rifle era disparar a las farolas con un arma de perdigones cuando era un adolescente.

Durante el entrenamiento básico me iba ganando una reputación fantástica. Hinchado de levantar pesas y con la cabeza rapada, me llamaban «el oso ruso». Un chico de otra tripulación tenía un prestigio parecido, y a alguien se le ocurrió la brillante idea de que sería positivo para la moral de la base que disputáramos un combate de boxeo.

El combate fue un gran evento en la base. Estuvimos muy igualados, y ninguno cedió ni un centímetro. Acabamos haciéndonos polvo a golpes, y yo me rompí la nariz por tercera vez (las dos primeras fueron durante la época de fútbol americano en el instituto).

En lo que valía la pena, terminé tercero de cincuenta en mi tripulación. Tras el entrenamiento básico me dieron una batería de pruebas y les dije que tenía aptitudes para la escuela de intercepción por radio, pero estaba llena y no me apetecía esperar a que empezara la siguiente clase, así que me hicieron mecanógrafo, aunque no sabía escribir a máquina. Hubo una vacante de personal en la base militar aérea de Cannon, a unos ciento sesenta kilómetros de Clovis, Nuevo México.

Ahí acabé, picando todo el día DD214 (documentos de baja militar) con dos dedos, trabajando para un sargento idiota y diciéndome: «Tengo que salir de aquí».

De nuevo, ahí es donde interviene mi suerte. Justo al lado de personal estaba

Servicios Especiales. Cuando lo explico, la mayoría de la gente piensa que son las fuerzas especiales, como los boinas verdes. Pero era Servicios Especiales, concretamente Servicios Especiales: deporte. Con mi bagaje, me parecía una excelente manera de defender a mi país en caso de necesidad. Empecé a fisgonear, a escuchar tras la puerta, y oí que uno de los chicos decía:

—Este programa se va al cuerno. No tenemos a la persona adecuada.

Y pensé: ¡es esto! Así que me acerqué, llamé a la puerta y dije:

—Hola, soy John Douglas, déjenme que les cuente un poco mi bagaje.

Mientras hablaba observaba sus reacciones para deducir un «perfil» del tipo de persona que querían. Vi que estaba dando en el clavo porque no paraban de mirar como si pensaran: «¡Es un milagro! ¡Es exactamente lo que queremos!». Así que me trasladaron de personal y, a partir de ese día, nunca tuve que llevar uniforme, me pagaron un extra como recién enrolado por dirigir todos los programas deportivos y me convertí en candidato para la Operación Arranque, según la cual el gobierno pagaba el setenta y cinco por ciento de los costes de mis estudios para que fuera a clase de noche y los fines de semana, y lo hice, en la Eastern New Mexico University de Portales, a cuarenta kilómetros de allí. Como tenía que compensar mi media de suspenso de la universidad, necesitaba sacar sobresaliente en todo para seguir en el programa. Pero, por primera vez, me sentía con un objetivo.

Hice un trabajo tan bueno representando a las fuerzas aéreas en deportes tan rigurosos como el tenis, el fútbol y el bádminton que al final me pusieron a cargo del curso de golf de la base y la tienda de golf, a pesar de no haber jugado en mi vida. Pero estaba muy guapo organizando todos los torneos con mis jerséis Arnold Palmer.

Un día el comandante de la base se acercó a mí para preguntarme qué tipo de pelota debía usar para un torneo en concreto. Yo no tenía ni idea de lo que me estaba hablando y, como en el noveno grado en el instituto casi diez años antes, me descubrieron.

—¿Cómo demonios acabaste dirigiendo esto? —me preguntó. Me sacaron de inmediato del golf y me trasladaron al lapidario de mujeres, que sonaba bien hasta que descubrí que significaba cantería. También me pusieron a cargo de la cerámica de mujeres y la piscina del club de oficiales. Yo pensaba: «¿Estos oficiales sobrevuelan Vietnam mientras les disparan en el culo y yo aquí dando sillas y toallas a sus esposas que coquetean y enseñando a sus hijos a nadar mientras me saco el título universitario?».

Mi otra función me hacía sentir de vuelta a mi época de portero. La piscina estaba al lado del bar de los oficiales, que a menudo estaba lleno de jóvenes pilotos en formación con el comando aéreo táctico. Más de una vez tuve que separar a pilotos borrachos enloquecidos o sacármelos de encima yo.

Cuando ya llevaba dos años en mi servicio en las fuerzas aéreas, mientras estudiaba el diploma universitario, descubrí una asociación local que ayudaba a niños discapacitados. Necesitaban ayuda con los programas de ocio, así que me presenté

voluntario. Una vez por semana, acompañado por dos empleados civiles, me llevaba a patinar a unos quince niños, o a jugar a minigolf, o a los bolos, o algún tipo de certamen deportivo en el que los chavales pudieran desarrollar sus aptitudes y habilidades individuales.

La mayoría de los chicos se enfrentaban a retos serios como la ceguera o el síndrome de Down, o a problemas graves de control motor. Era un trabajo agotador, por ejemplo, no parar de dar vueltas patinando a una pista con un niño en cada brazo, procurando que no se hicieran daño, pero me encantaba. De hecho, pocas otras experiencias de la vida me habían hecho disfrutar tanto.

Cuando llegaba en mi coche a su colegio todas las semanas, los niños salían corriendo a saludarme, rodeaban el coche, yo salía y nos abrazábamos todos. Al final de cada sesión semanal, estaban tan tristes por verme irme como yo de tener que hacerlo. Sentía que aquello me daba mucho, mucho amor y compañerismo en un momento de mi vida en que no lo obtenía de otras fuentes, así que empecé a ir por las noches a leerles cuentos.

Aquellos niños eran muy distintos de los niños sanos, los llamados «normales», con los que trabajaba en la base, acostumbrados a ser el centro de atención y a conseguir todo lo que querían de sus padres. Mis niños «especiales» valoraban mucho más cualquier cosa que hicieran por ellos, y pese a todas sus dificultades, siempre eran muy simpáticos y estaban ávidos de aventura.

Sin yo saberlo, me observaban durante la mayor parte del tiempo que pasaba con los niños. ¡Eso tiene que significar algo sobre mis poderes de observación que nunca descubrí! En todo caso, miembros de la Eastern New Mexico University estaban evaluando mi «actuación», y luego me ofrecieron una beca de cuatro años en educación especial.

Pese a que yo pensaba en la psicología organizacional, me encantaban los niños y pensé que podía ser una buena opción. De hecho, podía quedarme en las fuerzas aéreas y llegar a ser oficial con esa carrera. Presenté la oferta de la universidad a la dirección de personal de la base, dirigida por civiles, pero tras considerarlo decidieron que las fuerzas aéreas no necesitaban a nadie con un título en educación especial. Me pareció extraño por todos los dependientes de la base, pero esa fue su decisión. Así que deseché la idea de cursar la carrera de educación especial, pero seguí con el voluntariado que tanto me gustaba.

En la Navidad de 1969 fui a casa a ver a mi familia. Tuve que conducir los ciento sesenta kilómetros que había hasta Amarillo para tomar el avión a Nueva York, y mi Volkswagen escarabajo no estaba en muy buena forma para el desplazamiento. Mi mejor amigo en las fuerzas aéreas, Robert LaFond, me dejó su Karmann Ghia para el viaje. No quería perderme la fiesta de Navidad de Servicios Especiales, pero era la única manera de llegar a tiempo a Amarillo para el vuelo.

Cuando salí del avión en La Guardia, me recibieron mis padres. Estaban taciturnos, casi aturdidos, y no entendía por qué. A fin de cuentas, estaba enderezando

mi vida y por fin les daba un motivo para no sentirse decepcionados.

Lo que había ocurrido es que habían recibido un informe de un conductor sin identificar fallecido cerca de la base en un coche que encajaba con la descripción del mío. Hasta que no me vieron salir del avión, no sabían si estaba vivo o muerto.

Robert LaFond, como muchos otros chicos, se había emborrachado hasta quedar inconsciente en la fiesta de Navidad. La gente que estaba allí me contó que algunos de los oficiales lo habían llevado a mi coche, lo dejaron con la llave puesta en el arranque y, cuando se recuperó, intentó salir de la base. Chocó contra una camioneta de frente, con una madre militar y sus hijos dentro. Gracias a Dios, salieron ilesos, pero en mi coche endeble, Robert se golpeó contra el volante, atravesó el cristal y murió.

Aquello me obsesionó. Éramos muy amigos y me perseguía la idea de que no habría ocurrido si no me hubiera prestado el coche bueno. Cuando regresé a la base, tuve que reclamar sus efectos personales, poner en cajas todas sus posesiones y enviárselas a su familia. No paraba de mirar mi coche destartalado, y soñaba con Robert y el accidente. Estaba con él el día que compró el regalo de Navidad para sus padres en Pensacola, Florida, un regalo que llegó por correo el mismo día en que oficiales de las fuerzas aéreas fueron a su casa a decirles que su hijo había muerto.

No solo estaba triste, también estaba muy enfadado. Como el investigador que después fui, no paré de preguntar hasta llegar a los dos hombres que yo consideraba responsables. Los encontré en su despacho, los agarré y los puse contra la pared. Empecé a pegarles, uno a uno. Tuvieron que separarme. Estaba tan rabioso que no me importaba que me llevaran ante un tribunal militar. Para mí, habían matado a mi mejor amigo.

Un tribunal militar habría sido un problema, ya que habrían tenido que enfrentarse a mi acusación formal contra los dos hombres. Además, en aquel momento la participación estadounidense en Vietnam empezaba a reducirse, y ofrecían salidas fáciles a miembros del ejército tan solo unos meses después de haberse alistado. Así que, para suavizar las cosas, la gente de personal me dio la baja militar varios meses antes.

Mientras aún estaba de servicio, conseguí mi diploma y empecé un máster en psicología organizacional. Ahora vivía de la pensión para soldados desmovilizados en un apartamento sin ventanas en Clovis, luchando contra bichos de siete centímetros que atacaban en formación cada vez que entraba y encendía las luces. Como ya no tenía acceso a las instalaciones de la base, me apunté a un gimnasio cuyo ambiente y decoración encajaban con los de mi apartamento.

Durante el otoño de 1970 conocí a un chico en el gimnasio llamado Frank Haines, que resultó ser agente del FBI. Dirigía una agencia unipersonal en Clovis. Nos hicimos amigos entrenando juntos. Había oído hablar de mí a través de un comandante de la base retirado, y empezó a despertar mi interés por presentarme candidato a la Agencia. Para ser sinceros, nunca había pensado en serio en formar

parte de las fuerzas de la ley. Tenía intención de hacer carrera en la psicología organizacional cuando terminara mis estudios. Trabajar para una gran empresa, tratar temas como cuestiones de personal, asistencia al empleado y gestión del estrés parecía un futuro sólido y predecible. El único contacto directo que había tenido con el FBI hasta entonces fue una vez en Montana, cuando me robaron un baúl que había enviado a casa. Uno de los agentes de la sede local me entrevistó porque pensaba que me lo había inventado para cobrar el seguro. No pasó nada, y si ese era el tipo de casos que trataba el FBI, no me parecía un trabajo para mí.

Sin embargo, Frank insistía en que sería un buen agente especial y no paraba de animarme. Me invitó a su casa a cenar varias veces, me presentó a su mujer y a su hijo, me enseñó su pistola y su nómina, y ninguna de las dos cosas las podía igualar. Tuve que admitir que, comparado con mi dejado estilo de vida, Frank vivía como un rey. Así que decidí echar el resto.

Frank se quedó en Nuevo México y, años después, nuestros caminos se cruzaron cuando tuve que testificar en un juicio por homicidio en el que él estaba trabajando en el que una mujer había sido brutalmente asesinada y su cadáver había sido quemado para evitar su identificación. Sin embargo, en otoño de 1970 este tipo de acción ni siquiera se me ocurría.

Frank envió mi candidatura a la oficina de Albuquerque. Me hicieron el examen de derecho estándar para los que no eran abogados. Pese a mi estado físico y constitución muscular, mis cien kilos superaban en veinticinco el límite del FBI para mi altura de uno noventa. El único en la agencia que podía superar los estándares de peso era el legendario director, J. Edgar Hoover. Pasé dos semanas comiendo nada más que gelatina Knox y huevos duros para reducir peso. También me corté el pelo tres veces antes de que me consideraran presentable para una fotografía de identificación.

Finalmente, en noviembre, me ofrecieron un puesto de prueba, con un sueldo inicial de 10 869 dólares. Por fin salí de mi deprimente habitación sin ventanas. Me pregunto qué habría pensado entonces de haber sabido que me pasaría la mayor parte de mi carrera en la Agencia en otra sala sin ventanas, siguiendo historias mucho más deprimentes.

3
Apuestas con gotas de lluvia

«Muchos se presentan, pocos son elegidos».

Ese es el mensaje que nos repetían continuamente cuando nos incorporamos. Casi todo el mundo interesado en una carrera en las fuerzas de la ley aspiraba a convertirse en agente especial de la Agencia de Investigación Federal de Estados Unidos (FBI), pero solo los mejores tenían esa oportunidad. Una larga y orgullosa herencia se remontaba a 1924, cuando un oscuro abogado del estado llamado John Edgar Hoover se hizo cargo de una agencia corrupta, mal financiada y peor gestionada. El mismo señor Hoover, que cuando entré yo tenía setenta y cinco años, seguía presidiendo la respetada organización que era ahora, gobernando como siempre con firmeza y puño de hierro. Más nos valía no decepcionar a la Agencia.

Un telegrama del director me ordenó presentarme en la sala 625 del antiguo edificio de correos de Pennsylvania Avenue, en Washington, a las nueve de la mañana del 14 de diciembre de 1970, para empezar las catorce semanas de formación que harían que un ciudadano común como yo se convirtiera en agente especial del FBI. Antes fui a casa, a Long Island, donde mi padre estaba tan orgulloso que izó la bandera estadounidense delante de casa. Con lo que había hecho durante los últimos años, no tenía ropa elegante de civil, así que mi padre me compró tres trajes oscuros «reglamentarios», uno azul, uno negro y uno marrón, camisas blancas y dos pares de zapatos, unos negros y otros marrones. Luego me llevó en coche a Washington para asegurarse de que llegaba puntual en mi primer día de trabajo.

No tardaron mucho en inculcarme los rituales y las tradiciones del FBI. El agente especial que presentó nuestra ceremonia de iniciación nos dijo que cogiéramos nuestros emblemas dorados y los miráramos mientras recitábamos el juramento del cargo. Hablamos todos al unísono, observando a la mujer con los ojos tapados que sujetaba la balanza de la justicia, al tiempo que jurábamos con solemnidad apoyar y defender la Constitución de Estados Unidos de los enemigos, extranjeros y nacionales. «¡Más cerca! ¡Más cerca!», ordenó el agente especial hasta que tuvimos las insignias delante de las narices.

Mi clase de nuevos agentes estaba compuesta únicamente por hombres blancos. En 1970 había pocos agentes del FBI negros y ninguna mujer. No se abrió de verdad hasta después del prolongado mandato de Hoover, que incluso desde la tumba seguía ejerciendo una influencia fantasmal muy potente. La mayoría de los chicos tenían entre veintinueve y treinta y cinco, así que con veinticinco años yo era el más joven.

Nos aleccionaron para buscar agentes soviéticos, que intentarían comprometernos y conseguir nuestros secretos. Esos agentes podían estar en cualquier parte. Nos dijeron que prestáramos especial atención a las mujeres. El lavado de cerebro fue tan

eficaz que rechacé una cita con una mujer muy atractiva que trabajaba en el edificio y que me invitó a cenar. Me dio miedo que fuera un montaje para ponerme a prueba.

La Academia del FBI en la base naval de Quantico, Virginia, aún no estaba construida del todo ni operativa, así que hacíamos el entrenamiento físico y el de armas de fuego allí y las sesiones de aula en el antiguo edificio de correos de Washington.

Una de las primeras cosas que se le enseñan a un agente en formación es que un agente del FBI solo dispara a matar. La idea que había detrás de esa política es tan estricta como lógica: si sacas el arma es que ya has tomado la decisión de disparar. Y si has decidido que la situación es lo bastante grave para merecer un disparo, has decidido que es lo bastante grave para eliminar una vida. En el calor del momento, rara vez tienes la libertad de planificar el disparo ni tiempo de perderte en tanta gimnasia mental, y procurar simplemente parar a un sujeto o anularlo es demasiado arriesgado. No ofreces oportunidades innecesarias para ti mismo o una víctima potencial.

Nos impartieron una formación igual de rigurosa en derecho penal, análisis de huellas digitales, crímenes violentos y de guante blanco, técnicas de detención, armas, combate cuerpo a cuerpo y la historia del papel de la Agencia en el cumplimiento de la ley nacional. Sin embargo, una de las unidades didácticas que mejor recuerdo fue bastante al principio del curso. Todos la llamábamos «formación en palabrotas».

—¿Las puertas están cerradas? —preguntó el instructor. Luego nos dio una lista a cada uno—. Quiero que estudien estas palabras. —El listado, por lo que recuerdo, incluía gemas como el uso anglosajón de «mierda, joder, cunnilingus, felación, coño y gilipollas». Se suponía que debíamos memorizar esas palabras de manera que, si en algún momento aparecían sobre el terreno, como durante el interrogatorio de un sospechoso, sabríamos qué hacer. Y se suponía que debíamos asegurarnos de hacer llegar al «taquígrafo de obscenidades» (no es broma) cualquier informe de un caso que incluyera alguna de esas palabras, en vez de a la secretaria habitual. La taquígrafa de obscenidades solía ser una mujer mayor, más madura y veterana, más capaz de enfrentarse al impacto de ver esas palabras y expresiones. Recordad que en aquella época solo había hombres, y en 1970 la sensibilidad nacional era un poco distinta a la actual, por lo menos en el FBI de Hoover. Nos hicieron un examen de ortografía de esas palabras, al terminar recogieron los papeles y, supongo, los evaluaron antes de quemarlos en un cubo de basura metálico.

Pese a este tipo de tonterías, todos teníamos una visión idealista de la lucha contra el crimen, y todos pensábamos que éramos diferentes. Hacia la mitad del curso para nuevos agentes, me llamaron al despacho del subdirector de formación, Joe Casper, uno de los tenientes de confianza de Hoover. La gente en la Agencia lo llamaba el Fantasma Simpático, pero el apodo se usaba con más ironía que afecto. Casper me dijo que progresaba bien en la mayoría de ámbitos, pero que estaba muy por debajo

de la media en «comunicaciones de la Agencia», la metodología y nomenclatura con las que los diversos elementos de la organización se comunicaban entre sí.

—Bueno, señor, quiero ser el mejor —contesté. De los chicos con tanta ambición se decía que les salían llamas azules del trasero. Podía ayudarte a progresar, pero también te marcaba. Si un chico con llamas azules progresaba, iba hacia la cima del mundo. Pero si se equivocaba, la caída sería muy larga y muy pública.

Casper podía ser duro, pero no era tonto, y había visto a muchos jóvenes así.

—¿Quieres ser el mejor? ¡Aquí tienes! —Y me tiró el manual entero de términos y me dijo que los tuviera memorizados a mi regreso de la pausa navideña.

Chuck Lundsford, uno de los dos tutores de la Academia de nuestra clase, se enteró de lo ocurrido y fue a verme. Se lo conté. Chuck puso cara de hastío. Ambos sabíamos que yo estaba hecho para ese trabajo.

Fui a pasar las vacaciones en casa de mis padres. Mientras el resto de la familia andaba de celebración, yo estaba absorto en el manual de comunicaciones. No fueron vacaciones.

Cuando regresé a Washington a principios de enero, aun pagando las consecuencias de mi actuación de niño ambicioso, tuve que hacer un examen escrito de lo que había aprendido. No tengo palabras para expresar el alivio que sentí cuando nuestro otro tutor, Charlie Price, me dijo que había sacado un 99%.

—En realidad fue un cien por cien —me confesó Charlie—, pero el señor Hoover dice que nadie es perfecto.

A mitad del programa de catorce semanas nos preguntaron a cada uno nuestras preferencias para la primera misión en la sede local. La mayoría del FBI estaba repartido en cincuenta y nueve oficinas locales de todo el país. Me daba la sensación de que debía de haber algún tipo de estrategia para escoger, como una enorme partida de ajedrez entre los nuevos agentes y la oficina central y, como siempre, intenté pensar desde el otro lado. Yo era de Nueva York y no tenía interés en volver. Pensé que Los Ángeles, San Francisco, Miami, probablemente Seattle y San Diego, serían los destinos más solicitados, así que si escogía una ciudad secundaría tendría más opciones de conseguir la primera opción.

Escogí Atlanta. Me dieron Detroit.

Al graduarnos nos entregaron a todos las credenciales permanentes, un revólver Smith & Wesson modelo 10 del calibre 38 y seis balas, así como órdenes de irnos de la ciudad lo antes posible. La sede central siempre tenía miedo de que los agentes nuevos se metieran en líos en Washington, delante de las narices del señor Hoover, lo que tendría malas consecuencias para todo el mundo.

También me dieron otro objeto, un folleto titulado «Guía de supervivencia en Detroit». Era una de las ciudades más polarizadas racialmente del país, aún arrastraba las repercusiones de los disturbios de 1967 y optaba al título de capital del crimen del país, con más de ochocientos asesinatos al año. De hecho, en la oficina teníamos una siniestra apuesta sobre cuántos homicidios exactamente habría al cabo del año. Como

la mayoría de nuevos agentes, empecé con idealismo y energía, pero pronto vi a qué nos enfrentábamos. Había pasado cuatro años en las fuerzas aéreas, pero lo más cerca que había estado de un combate había sido en una cama del hospital de la base, junto a un veterano de Vietnam herido, cuando me operaron la nariz por las heridas producto del fútbol americano y el boxeo. Hasta que llegué a Detroit nunca había estado en posición de ser el enemigo. El FBI era odiado en muchos sitios: se habían infiltrado en los campus universitarios y habían creado redes de informadores urbanos. Con nuestros lúgubres coches negros, éramos hombres marcados. En muchos barrios la gente nos lanzaba piedras. Sus pastores alemanes y dóbermans tampoco nos querían mucho. Nos dijeron que no fuéramos a algunos distritos de la ciudad sin un apoyo importante y armas.

La policía local también estaba enfadada con nosotros. Acusaban a la Agencia de «sacar» casos y hacer comunicados de prensa antes de cerrar un caso para luego añadir esos crímenes resueltos por la policía a las estadísticas de éxito del FBI. Durante mi año de novato, 1971, contrataron a unos mil agentes nuevos, y el grueso de nuestras prácticas en la calle no fue con la Agencia, sino con policías locales que nos acogieron bajo sus alas protectoras. Gran parte del éxito de mi generación de agentes especiales se debe sin duda a la profesionalidad y generosidad de los agentes de todo Estados Unidos.

Los robos en bancos eran especialmente predominantes. Los viernes, cuando los bancos acumulaban efectivo para gestionar los días de pago, teníamos dos o tres robos a mano armada de media, a veces hasta cinco. Hasta que se extendió el cristal antibalas en los bancos de Detroit, el número de cajeros asesinados y heridos era abrumador. Tuvimos un caso grabado por una cámara de seguridad del banco en el que un empleado era disparado y asesinado en su mostrador, estilo ejecución, mientras una pareja aterrorizada sentada delante de él para solicitar un préstamo lo veía con impotencia. Al ladrón no le gustó que el empleado no pudiera abrir la caja fuerte. No ocurría solo con empleados de banca con acceso a decenas de miles de dólares en efectivo. En determinados barrios, trabajadores de sitios como McDonald’s corrían el mismo riesgo.

Me asignaron a la Unidad de Reacción ante el Crimen, que, en efecto, significaba reaccionar a crímenes que ya se habían producido, como robos en bancos o extorsiones, por ejemplo. Dentro de esa unidad, trabajé con el equipo de huidas ilegales para evitar juicios. Resultó ser una experiencia excelente porque en este equipo siempre había mucha acción. Además de la apuesta de homicidios anuales de toda la oficina, en la unidad hacíamos un concurso para ver quién hacía más detenciones en un solo día. Era como las competiciones de los vendedores de coches para ver quién vendía más en un determinado tiempo.

Una de nuestras líneas de trabajo con más actividad en aquella época era la que hacía referencia a la clasificación 42: desertores militares. Vietnam había dividido al país en dos, y una vez que la mayoría de esos tipos se ausentaban del servicio no

querían volver de ninguna manera. Teníamos más agresiones contra agentes de la ley con clasificación 42 que con ningún otro tipo de prófugo.

Mi primer encuentro con un fugitivo fue cuando seguía el rastro de un desertor del ejército hasta el taller mecánico donde trabajaba. Me identifiqué y pensé que todo iba a ocurrir sin problemas. Pero de pronto sacó un cuchillo romo improvisado con el mango cubierto de cinta negra. Retrocedí y evité por poco que me apuñalara. Me abalancé sobre él, lo arrojé contra la puerta de cristal del taller, luego lo puse contra el suelo con una rodilla sobre su espalda y la pistola apuntándole en la cabeza. Entre tanto, el jefe me decía de todo por llevarme a un buen empleado. ¿En qué demonios me había metido? ¿Esa era la carrera que imaginaba? ¿Valía la pena arriesgar continuamente el trasero para atrapar a esos pobres diablos? La psicología organizacional empezaba a parecerme fantástica.

Perseguir a desertores a menudo me provocaba una gran confusión emocional, además de generar resentimiento entre el ejército y el FBI. A veces seguíamos una orden de detención, localizábamos al tipo y lo atrapábamos en la calle. Furioso, nos paraba, se golpeaba con los nudillos una prótesis en la pierna y nos decía que le habían dado un corazón púrpura y una estrella plateada por eso en Nam. Lo que ocurría una y otra vez era que los desertores que regresaban voluntariamente o eran atrapados por el ejército eran enviados a Vietnam como castigo. Muchos de esos hombres habían recibido distinciones, pero el ejército no nos lo había dicho. Para nosotros, seguían siendo ausentes sin permiso. Eso nos exasperaba.

Aún peor era ir a la residencia oficial del desertor y que una esposa llorosa y rabiosa con razón o unos padres nos dijeran que el sujeto había fallecido como un héroe. Perseguíamos a hombres muertos en acción, y el ejército nunca nos lo hacía saber.

Sea cual sea tu profesión, cuando entras en el terreno empiezas a ver las grandes y pequeñas cosas que nunca te enseñaron en la escuela o en la formación. Por ejemplo, ¿qué haces con la pistola en diversas situaciones, como al utilizar un lavabo público? ¿La dejas en el cinturón en el suelo? ¿Intentas colgarla de la puerta del baño? Durante un tiempo intenté sujetarla en el regazo, pero me ponía muy nervioso. Es el tipo de cosas a las que nos enfrentamos todos, pero que te incomoda comentar con tus colegas más experimentados. Cuando llevaba un mes en el trabajo, se convirtió en un problema.

Cuando me mudé a Detroit me compré otro Volkswagen escarabajo, el mismo tipo de coche que se estaba convirtiendo en el coche del asesino en serie. Ted Bundy tenía uno, que sirvió para identificarlo en última instancia. El caso es que paré en un centro comercial de la zona para comprar un traje en una tienda masculina. Sabiendo que me iba a probar ropa, pensé que lo mejor era dejar la pistola en un lugar seguro. La dejé en la guantera y me fui a la tienda.

El escarabajo tenía unas cuantas características interesantes. Como era un coche con motor trasero, la rueda de recambio se guardaba en el maletero de delante. Dado

que en aquella época estaba muy extendido y, además era fácil de robar, las ruedas de recambio eran un objeto que se robaba muchísimo. A fin de cuentas, casi todo el mundo necesitaba una. Y por último, pero no por ello menos importante, el maletero se abría con un resorte situado en la guantera.

Seguro que imagináis el resto. Fui al coche y vi la ventanilla cerrada. Mientras reconstruyo este crimen de gran sofisticación, el ladrón de ruedas entra en el coche, va a la guantera para abrir el maletero, pero ve un premio mucho mayor. Lo deduzco porque mi pistola no está pero el neumático sigue ahí.

«¡Mierda!», me digo. «Llevo menos de treinta días en el trabajo y ya estoy suministrando armas al enemigo». Sabía que perder el arma o las credenciales significaba una carta de reprobación. Fui a ver al supervisor de mi equipo, Bob Fitzpatrick. Era un tipo grande, una auténtica figura paternal. Vestía con elegancia y era una especie de leyenda viva en la Agencia. Sabía que me jugaba el puesto y me sentía mal. Había que informar a dirección sobre el extravío del arma, genial, porque esa sería mi primera nota sobre el terreno en mi expediente. Me dijo que teníamos que inventarnos algo muy creativo, dar vueltas a lo tanto que me preocupaba mantener el orden público que no quería alarmar a nadie en la tienda si de pronto veían una pistola y pensaban que iban a robarles. Fitzpatrick me aseguró que, dado que no me iban a promocionar en unos cuantos años, la carta de reprobación no me perjudicaría, siempre y cuando no metiera la pata a partir de entonces.

Así que eso intenté hacer, aunque la pistola siguió persiguiéndome durante mucho tiempo. La Smith & Wesson modelo 10 que entregué a la armería de Quantico casi veinticinco años después cuando me retiré de la Agencia fue en realidad un reemplazo de mi arma original. Gracias a Dios, esa primera pistola nunca se usó en un crimen. De hecho, está desaparecida.

Vivía con dos agentes solteros más, Bob McGonigel y Jack Kunst, en una casa amueblada en Taylor, Michigan, un suburbio del sur de Detroit. Éramos muy amigos, y Bob sería testigo en mi boda más tarde. También era un maniático. Llevaba trajes de terciopelo y camisas lilas incluso durante las inspecciones. Parecía el único en todo el FBI que no temía a Hoover. Más tarde, Bob hizo un trabajo de infiltrado en el que no tenía que llevar traje.

Empezó en la Agencia en oficina, así que tomó el «camino interno» para llegar a ser agente especial. Algunos de los mejores trabajadores del FBI empezaron en la oficina, incluidos muchos que seleccioné para la Unidad de Apoyo a la Investigación. No obstante, en determinados círculos se recelaba de los antiguos oficinistas, como si estos tuvieran una predilección especial por ser agentes.

Bob era el mejor en «llamadas falsas». Era una técnica proactiva que desarrollamos para atrapar a los agresores, especialmente útil cuando el factor sorpresa era esencial.

Bob era un artista con los acentos. Si el sospechoso era del populacho, ponía acento italiano. Para los Panteras Negras podía fingir ser un tío de la calle. También tenía un personaje de Nación del Islam, un acento irlandés, un inmigrante judío, o un blanco protestante de Grosse Point. Además de poner voces, alteraba el vocabulario y la dicción según el personaje. Bob era tan bueno en eso que una vez llamó a Joe Del Campo, otro agente al que conoceréis en el siguiente capítulo, y le convenció de que era un militante negro que quería ser informante del FBI. Por aquella época había mucha presión para conseguir recursos en la ciudad. Bob convocó una reunión con Joe, que pensó que tenía algo grande. No se presentó nadie, y al día siguiente en la oficina se enfadó de verdad cuando Bob lo saludó con la voz falsa.

Detener a los malos estaba bien, pero pronto sentí interés por los razonamientos implicados en el crimen. Cuando detenía a alguien le hacía preguntas como por qué había escogido un banco y no otro, o qué le había hecho escoger a esa víctima concreta. Todos sabíamos que los ladrones preferían atacar los bancos los viernes por la tarde porque era cuando más dinero había en las instalaciones. Pero, aparte de eso, queríamos saber qué decisiones intervenían en la planificación y ejecución del golpe.

Yo no debía de intimidar mucho. Igual que en el colegio, la gente se sentía cómoda para abrirse conmigo. Cuanto más preguntaba a esos tipos, más entendía que los delincuentes de éxito eran buenos realizando perfiles psicológicos. Cada uno tenía un perfil bien pensado y estudiado del tipo de banco que prefería. Algunos se inclinaban por bancos cercanos a carreteras principales o autopistas, para que la huida fuera más fácil y pudieran alejarse muchos kilómetros antes de que se organizara la persecución. A otros les gustaban las sucursales pequeñas y aisladas, como las temporales que se instalaban en camiones. Muchos iban al banco antes para hacerse una idea, saber cuánta gente trabajaba allí y cuántos clientes cabía esperar en un momento dado. A veces visitaban oficinas bancarias hasta que encontraban una donde no hubiera hombres trabajando, y esa se convertía en el objetivo. Los edificios sin ventanas que dieran a la calle eran los mejores, ya que nadie del exterior podía presenciar el robo y los testigos de dentro no podían identificar el coche de huida. Los mejores habían llegado a la conclusión de que era mejor avisar del robo con una nota que un anuncio público pistola en mano, y siempre recordaban llevarse la nota antes de irse para no dejar pruebas. El mejor coche para huir era uno robado, y el mejor escenario posible era tener el coche aparcado con antelación para no llamar la atención. Sales a pie del banco, y te vas en coche con el trabajo hecho. Un ladrón que había tenido especial éxito en un banco concreto podía vigilarlo un tiempo y, si las condiciones se mantenían, dar el golpe en el mismo al cabo de unos meses.

De todas las instalaciones públicas, los bancos eran el mejor escenario para un robo. Aun así, no dejaba de sorprenderme cuando hacía investigaciones de seguimiento cuántas veces no se ponía película en las cámaras de vigilancia, cuántos

habían dejado la alarma en silencio sin querer y luego habían olvidado reiniciarla, o la hacían saltar con tal frecuencia que la policía respondía sin prisas porque suponía que era otro accidente. Era como colgarse un cartel de «robadme» para un criminal sofisticado.

No obstante, si se elaboraba un perfil de los casos, y aún no había incluido el término en el proceso, se veían patrones. Y una vez se veían patrones, podías tomar medidas proactivas para atrapar a los malos. Por ejemplo, si veíamos que una serie de robos de bancos encajaban y habías hablado con suficientes ladrones para entender qué les atraía de cada uno de esos golpes, podías evidentemente fortificar todas las oficinas bancarias que cumplían los criterios salvo una. Esa, claro, estaría bajo vigilancia constante de la policía o el FBI, con efectivos secretos dentro. Así, podías forzar al ladrón a elegir el banco que quisieras y estar preparado cuando diera el golpe. Cuando se empleaba este tipo de táctica proactiva, las tasas de resolución de robos a bancos aumentaban.

Hiciéramos lo que hiciéramos en aquella época, lo hacíamos bajo la presencia amenazadora de J. Edgar Hoover, igual que nuestros predecesores desde 1924. En esta era de nombramientos aleatorios y juicios de la opinión pública, cuesta imaginar el grado de poder y control que Hoover ejercía, no solo en el FBI, sino en los dirigentes del gobierno, los medios de comunicación y el público en general. Si querías escribir un libro o un guion sobre la Agencia, como el superventas de la década de 1950 de Don Whitehead *La historia del FBI*, o la popular película de James Stewart basada en la obra, o producir una serie de televisión, como *El FBI* de la década de 1960 de Efrem Zimbalist, necesitabas la aprobación personal del señor Hoover, así como su bendición. Asimismo, si eras un alto cargo del gobierno siempre estaba ese miedo perturbador a que el director «tuviera algo» contigo, sobre todo si llamaba en tono amable para hacerte saber que el FBI había «descubierto» un horrible rumor y que él haría todo lo posible por asegurarse de que no se hiciera público y nos perjudicara.

En ningún sitio estaba más presente la mística personal del señor Hoover como en las sedes del FBI y entre la dirección de la Agencia. Era un hecho aceptado que el prestigio y la admiración que generaba el FBI se debían a él. Había convertido la Agencia prácticamente solo en lo que era, y era incansable en su lucha por los incrementos del presupuesto y los aumentos de sueldo. Era reverenciado y temido, y si no lo tenías en tanta consideración, te lo guardabas para ti. La disciplina era férrea, y las inspecciones en las sedes baños de sangre. Si los inspectores no encontraban suficientes aspectos que necesitaran mejora, Hoover deducía que no estaban haciendo su trabajo con la dedicación suficiente, lo que significaba que necesitaban una cantidad determinada de cartas de reprobación de cada inspección, las generaran las condiciones o no. Era como una cuota por emitir multas de tráfico. Llegó a tal punto que los agentes especiales al cargo encontraban cabezas de turco que fueran a ser promocionados de inmediato para que las cartas de reprobación no los perjudicaran

en su carrera.

Una vez, en una historia que ya no tiene un deje muy humorístico tras la terrible bomba de 1995 en el edificio federal en la ciudad de Oklahoma, se recibió una amenaza de bomba contra la oficina del FBI tras una inspección. Se rastreó la llamada hasta una cabina que estaba justo enfrente del edificio federal en el centro, donde estaba situada la sede local. Acudieron autoridades de esa sede, retiraron la cabina y quisieron comparar las huellas de las monedas de esta con las de los trecientos cincuenta individuos de la oficina. Por suerte para todos, se impuso la razón y nunca se llevó a cabo, pero es un ejemplo de la tensión que las políticas del señor Hoover podían generar.

Había procedimientos operativos estándar para todo. Pese a que nunca tuve la oportunidad de conocer al señor Hoover cara a cara, tenía (y sigo teniendo) una fotografía con una dedicatoria personal en mi despacho. Había un procedimiento estándar para conseguir esa fotografía como agente joven. Los agentes especiales te decían que le dijeras a su secretaria que escribiera una carta halagadora sobre ti, incidiendo en lo orgulloso que te sentías de ser agente especial del FBI y lo mucho que admirabas al señor Hoover. Si habías escrito bien tu carta, recibías una fotografía con sus mejores deseos para que todos vieran tu vinculación personal con el jefe.

Había otros procedimientos que nunca estábamos seguros de dónde salían, si era directrices personales de Hoover o una simple interpretación demasiado estricta de los deseos del director. Se esperaba que todo el mundo en la oficina hiciera horas extra, y se suponía que todos debíamos estar por encima de la media de la oficina. Seguro que entendéis el dilema. Mes a mes, como un demencial esquema piramidal, las horas crecían sin parar. Los agentes que entraban en la Agencia con la moral más alta y carácter se veían obligados a inflar sus hojas de horas. No se fumaba ni se tomaba café en la oficina. Y, como un ejército de vendedores puerta a puerta, se animaba a los agentes a no deambular por la oficina, ni siquiera a usar el teléfono. Por tanto, cada uno desarrollaba sus propios hábitos de trabajo para evitarlo. Yo pasaba mucho tiempo estudiando mis casos en una mesa de la biblioteca pública.

Uno de los mayores adeptos del evangelio según san Edgar era nuestro jefe, Neil Welch, apodado El Uvas. Welch, un tipo grande que medía dos metros, con gafas gruesas con la montura de carey, era rígido y estoico, nada cálido ni confuso. Tenía una carrera destacada en la Agencia, y había dirigido las oficinas de Filadelfia y Nueva York, entre otras. Se decía que ocuparía el puesto de Hoover cuando (o, mejor dicho, si) llegara el inevitable día. En Nueva York, Welch creó el primer grupo que usó de forma eficaz la ley contra la conspiración RICO (Organizaciones Corruptas e Influidas por Mafiosos, por sus siglas en inglés) contra el crimen organizado.

De forma natural e inevitable, Welch y Bob McGonigel chocaron, y fue un sábado cuando estábamos en casa. Bob recibió una llamada diciendo que El Uvas quería verlo de inmediato, junto con su supervisor de equipo, Bob Fitzpatrick. Así que McGonigel entró y Welch le dijo que alguien había telefoneado a Nueva Jersey.

Que iba contra las normas usar el teléfono para temas personales. En realidad, lo que había hecho se podría haber interpretado de cualquier manera, pero en el FBI era mejor pecar por exceso.

Welch, que podía llegar a ser muy agresivo, solía empezar con buenas técnicas de interrogatorio que ponían al sujeto en su lugar.

—Muy bien, McGonigel, ¿qué me dice de esas llamadas?

Bob empezó a confesar todas las que recordaba por miedo a que Welch tuviera algo más grave sobre él y aplacar así la ira del jefe dándole menudencias.

Welch se puso en pie con toda su imponente altura, se inclinó sobre el escritorio y lo señaló con el dedo, amenazador.

—McGonigel, déjeme decirle algo: tiene dos puntos en contra. Primero, antes trabajaba en la oficina. ¡Odio a los jodidos oficinistas! El segundo es que si le veo algún día con una camisa color lavanda, sobre todo durante una inspección, le voy a patear el culo por toda East Jefferson Street. Y si le veo cerca de un teléfono, voy a tirar su trasero por el hueco del ascensor. ¡Ahora lárguese de mi despacho!

Bob llegó a casa destrozado, convencido de que lo iban a despedir. Jack Kunst y yo realmente lo sentíamos por él. Sin embargo, al día siguiente Fitzpatrick me contó que cuando McGonigel se fue, Welch y él se partieron de risa.

Años después, mientras me dirigía a la Unidad de Apoyo a la Investigación, me preguntaron si alguno de nosotros podía cometer el asesinato perfecto, con todo lo que sabíamos de conducta criminal y análisis de la escena del crimen. Siempre les dije que no, que incluso con todo el conocimiento que poseíamos, nuestra conducta posterior a una agresión nos traicionaría. Creo que el incidente entre McGonigel y Welch demuestra que ni siquiera un agente de primer orden del FBI es inmune a las presiones de un interrogador adecuado.

Por cierto, desde el momento en que salió del despacho del jefe ese sábado por la tarde, Bob llevó las camisas más blancas de la ciudad… hasta que Neil Welch fue trasladado a Filadelfia.

Gran parte de la influencia de Hoover al conseguir que el Congreso aprobara sus solicitudes de presupuesto tenía que ver con las estadísticas que podía enseñar. Pero para que el director pudiera utilizar esos números, todo el mundo tenía que cumplir sobre el terreno.

A principios de 1972, así continúa la historia, Welch le prometió al jefe ciento cincuenta detenciones por juego ilegal. Por lo visto, era la categoría que necesitaba un empujón en aquella época. Así que urdimos un sofisticado engaño con informantes, teléfonos pinchados y planificación militar, todo para culminar el domingo de la Super Bowl, el día más importante del año para el juego ilegal. Los Dallas Cowboys, que habían perdido un partido disputado con los Baltimore Colt el año anterior, jugaban con los Miami Dolphin en Nueva Orleans.

Las detenciones de los corredores de apuestas tienen que ser procedimientos muy rápidos y precisos porque usan papel directo (que arde al instante) o papel de patata

(que es soluble en el agua). La operación prometía ser un lío porque había habido lluvias intermitentes todo el día.

Nuestro engaño implicaba a más de doscientos jugadores aquella tarde ruinosa. En un momento dado, tenía a un sujeto esposado en el asiento trasero del coche y lo llevaba al depósito de armas donde los estábamos colocando a todos. Era un tipo encantador, simpático. También era guapo, se parecía a Paul Newman. Me dijo:

—En algún momento, cuando todo esto acabe, tenemos que ir a jugar a ráquetbol.

Era bastante accesible, así que empecé a hacerle preguntas como hacía con los ladrones de bancos.

—¿Por qué haces esto?

—Me encanta —contestó—. Puedes detenernos a todos hoy, John. No cambiará nada.

—Pero para un chico listo como tú, debería ser fácil ganar dinero de manera legítima.

Él lo negó con la cabeza, como si yo no entendiera nada. Llovía con más intensidad. Miró a un lado y desvió mi atención hacia la ventanilla del coche.

—¿Ves esas dos gotas de agua? —Las señaló—. Apuesto a que la de la izquierda llegará al final del cristal antes que la de la derecha. No necesitamos la Super Bowl. Solo nos hacen falta dos gotas de lluvia. No puedes pararnos, John, hagas lo que hagas. Somos así.

Para mí, aquel breve encuentro fue como una sacudida, como un cese instantáneo de la ignorancia. Puede parecer ingenuo visto ahora, pero de repente todo lo que había preguntado, toda mi investigación con ladrones de bancos y otros criminales se volvió nítida.

«Somos así».

Había algo inherente, en lo más profundo de la mente y la psique del criminal, que lo empujaba a hacer las cosas de una determinada manera. Más tarde, cuando empecé a estudiar las mentes y las motivaciones de los asesinos en serie, cuando empecé a analizar las escenas del crimen en busca de pistas de comportamiento, buscaba el elemento o conjunto de elementos que hacían que saliera a la luz el crimen y el criminal, «que representara lo que era».

Al final encontré el término «firma» para describir ese elemento único y obsesión personal, que se mantenía estático. Lo utilizaba para distinguirlo del tradicional modus operandi, que es fluido y puede cambiar. Se convirtió en el núcleo de lo que hacemos en la Unidad de Apoyo a la Investigación.

Con todo, los centenares de detenciones que hicimos en aquella Super Bowl fueron desestimadas por el procedimiento técnico. Con las prisas por sacar adelante la operación, un asistente del fiscal general, y no el fiscal general en persona, había firmado las órdenes de registro. No obstante, el jefe Welch había cumplido su promesa y entregó sus números a Hoover, por lo menos durante el tiempo suficiente para que tuvieran el efecto deseado en el Capitolio. Y yo había inventado un enfoque

que sería esencial en mi carrera, simplemente por apostar con gotas de lluvia.

4
Entre dos mundos

Era un caso de secuestro de avión con el robo interestatal de una carga de whisky J&B por valor de unos cien mil dólares. Era la primavera de 1971 y yo llevaba seis meses en el trabajo en Detroit. El encargado del almacén nos chivó dónde iban a hacer el intercambio de dinero por el botín robado.

Trabajábamos en una operación conjunta del FBI y la policía de Detroit, pero ambas organizaciones se habían reunido por separado para la planificación. Solo los altos cargos habían hablado entre sí, y lo que hubieran decidido no había llegado hasta la calle. Así que cuando llegó el momento de realizar la detención, nadie sabía exactamente qué estaban haciendo los demás.

Era de noche, en las afueras de la ciudad, junto a unos raíles. Yo conducía un coche del FBI con mi jefe de equipo, Bob Fitzpatrick, sentado al lado. El informante era suyo, y Bob McGonigel era el agente del caso.

Se oyó hablar por la radio: «¡Detenedlos! ¡Detenedlos!». Todos paramos con un chirrido y rodeamos el coche. El conductor abrió la puerta, saltó y echó a correr. Junto con un agente de otro coche, abrí la puerta, saqué la pistola y salí corriendo tras él.

Estaba oscuro, todos íbamos vestidos de calle, sin trajes, corbatas ni nada, y nunca olvidaré el blanco de sus ojos cuando vi a un policía uniformado apuntándome directamente con una pistola y gritando: «¡Alto, policía! ¡Tire la pistola!». Estábamos a menos de un metro y noté que el tipo estaba a punto de dispararme. Me quedé helado, al tiempo que asimilaba que, si hacía un movimiento en falso, estaba acabado.

Estaba a punto de soltar la pistola y levantar las manos cuando oí la voz de Fitzpatrick que gritaba desesperado:

—¡Es del FBI! ¡Es un agente del FBI!

El policía bajó el arma, y yo salí corriendo por instinto detrás del conductor, segregando adrenalina en un intento de recuperar la distancia que había perdido. El otro agente y yo lo alcanzamos juntos. Lo tiramos al suelo y lo esposamos con más brusquedad de la necesaria por los nervios. Sin embargo, aquellos segundos de parálisis en los que pensaba que me iban a pegar un tiro fueron una de las experiencias más aterradoras de mi vida. Desde entonces, muchas veces, cuando intentaba ponerme en la piel y la mente de víctimas de violación y asesinato, obligándome a imaginar qué debían de estar pensando y sintiendo en el momento de la agresión, recordaba mi propio miedo, y eso me ha ayudado a entender de verdad casos desde el punto de vista de la víctima.

En la misma época en que muchos de nosotros de jóvenes nos dejábamos la piel intentando realizar el mayor número de detenciones posible, muchos de los veteranos

quemados tenían la actitud de que no tenía sentido tirar del carro porque te pagaban lo mismo te arriesgaras del todo o no, y esa iniciativa era cosa de vendedores. Dado que nos animaban a pasar la mayor parte del tiempo fuera de la oficina, ver escaparates, sentarse en el parque y leer el *Wall Street Journal* se convirtieron en los pasatiempos favoritos de un determinado segmento de agentes.

Como yo era un chico ambicioso, decidí escribir una nota en la que proponía un sistema de pago por méritos para motivar a la gente más productiva. Se la entregué a nuestro agente especial al cargo, Tom Naly.

Tom me llamó a su despacho, cerró la puerta, cogió la nota de la mesa y me dedicó una sonrisa benevolente.

—¿Qué te preocupa, John? Conseguirás tu GS-11 —dijo, al tiempo que rompía la nota por la mitad—. Conseguirás tu GS-12 —continuó mientras la volvía a romper por la mitad—. Conseguirás tu GS-13. —La volvió a romper, y para entonces se reía de verdad—. No tenses la cuerda, Douglas. —Fue su consejo final mientras dejaba que los pedazos de papel cayeran flotando en la papelera.

Quince años más tarde, mucho después de que falleciera J. Edgar Hoover y la pérdida que ello supuso, por lo menos en cierto modo, el FBI implementó un sistema de pagos por méritos. No obstante, cuando finalmente lo hicieron, obviamente se las arreglaron sin mi ayuda.

Una tarde de mayo, en realidad recuerdo que fue el viernes después del 17 de mayo por razones que aclararé enseguida, estaba con Bob McGonigel y Jack Kunst en un bar al que solíamos ir, enfrente de la oficina, llamado Jim’s Garage. Estaba tocando un grupo de rock and roll y todos habíamos bebido demasiada cerveza, cuando de repente una chica joven y atractiva entró con una amiga. Me recordó a Sophia Loren de joven, vestida a la moda de la época: un vestido corto azul y botas altas hasta prácticamente la ingle.

Grité:

—Eh, azul, ven aquí.

Para mi sorpresa, ella y su amiga obedecieron. Se llamaba Pam Modica y empezamos a bromear, a hacer buenas migas. Cumplía veintiún años y ella y su amiga estaban celebrando su derecho a beber legalmente. Parecía estar de buen humor. Más tarde supe que la primera impresión que se llevó de mí fue que era guapo pero un poco raro con ese corte de pelo corto tan oficial. Nos fuimos de allí y nos pasamos el resto de la noche de bar en bar.

Durante las semanas siguientes nos fuimos conociendo mejor. Ella vivía en la ciudad de Detroit y había ido a Pershing High, un colegio prácticamente solo de negros donde cursó estudios el genio del baloncesto Elvin Hayes. Cuando la conocí, estudiaba en la Eastern Michigan University, en Ypsilanti.

Todo fue bastante rápido entre nosotros, y a Pam le pasó factura social. Era 1971, la guerra de Vietnam continuaba y la desconfianza hacia el FBI era enorme en los campus universitarios. Muchos amigos no querían tener relación con nosotros,

convencidos de que yo era un hombre del gobierno que informaba sobre sus actividades a alguna autoridad. La idea de que esos chicos fueran lo bastante importantes para ser espiados era absurda, de no ser porque el FBI hacía esas cosas en aquella época.

Recuerdo que fui con Pam a una clase de sociología. Me senté en el fondo del aula, escuché a la profesora, una profesora asistente joven y radical, muy guay, muy «en la onda». Sin embargo, no paraba de mirarla, y ella no dejaba de devolverme la mirada; era evidente que le molestaba mucho mi presencia. Cualquiera del FBI era el enemigo, aunque fuera el novio de una de sus alumnas. Si pienso en aquel incidente, entiendo la inquietud que puedes provocar a veces solo por ser tú, y mi unidad y yo lo usábamos en beneficio propio. En un brutal caso de asesinato en Alaska, mi colega Jud Ray, que es negro, puso histérico a un acusado racista en el estrado de los testigos sentándose a su lado y siendo simpático con la novia del hombre.

Durante los primeros años de universidad de Pam en Eastern Michigan estuvo activo un asesino en serie, aunque aún no usábamos esa terminología. Su primer ataque fue en julio de 1967, cuando una joven llamada Mary Fleszar desapareció del campus. Su cadáver descompuesto se encontró un mes después. La habían apuñalado y le habían cortado las manos y los pies. Al cabo de un año se descubrió el cuerpo de Joan Schell, estudiante de la Universidad de Michigan en Ann Arbor. La habían violado y asestado casi cincuenta puñaladas. Luego se encontró otro cadáver en Ypsilanti.

Las muertes, conocidas como «los asesinatos de Michigan», fueron a más, y las mujeres de ambas universidades vivían aterrorizadas. Cada cuerpo que aparecía incluía pruebas de horribles abusos. Cuando en 1969 se detuvo a un estudiante de la Universidad de Michigan llamado John Norman Collins, casi por casualidad, por su tío, el cabo de policía David Leik, seis alumnas y una niña de trece años habían muerto de una manera espeluznante.

Collins fue juzgado y condenado a cadena perpetua unos tres meses antes de entrar yo en la Agencia. A menudo me pregunto si, en caso de que la Agencia hubiera sabido lo que sabemos ahora, se podría haber atrapado antes al monstruo, antes de causar tanta pena. Incluso después de la detención, su espectro seguía acechando en ambos campus, igual que el de Ted Bundy acecharía en otra universidad unos años más tarde. Con el recuerdo de los horribles crímenes formando parte de la vida reciente de Pam, se convirtieron también en parte de la mía. Creo que es muy probable, por lo menos en el subconsciente, que cuando empecé a estudiar y luego acechar a asesinos en serie, John Norman Collins y sus bellas víctimas inocentes estuvieran presentes.

Era cinco años mayor que Pam, pero como ella estaba en la universidad y yo en el mundo laboral de las fuerzas de la ley, a menudo parecía que nos separara toda una generación. En público a menudo estaba callada y pasiva conmigo y mis amigos, y me temo que a veces nos aprovechábamos de eso.

Una vez, Bob McGonigel y yo quedamos con Pam para comer en el restaurante de un hotel con vistas al centro. Ambos vestíamos traje oscuro y zapatos de cuero calado, y Pam llevaba ropa alegre e informal de estudiante. Después, cuando tomamos el ascensor para bajar al vestíbulo, parecía que este se iba a parar en todas las plantas, y cada vez estaba más lleno.

A medio camino, Bob se volvió hacia Pam y le dijo:

—Nos lo hemos pasado muy bien hoy. La próxima vez que estemos en la ciudad te llamaremos.

Pam miraba al suelo y procuró no reaccionar cuando intervine yo:

—Y la próxima vez yo traeré la nata montada y tú las cerezas.

Los demás ocupantes del ascensor se miraban entre sí, se revolvían incómodos, hasta que Pam soltó una carcajada. Luego nos miraron como si fuéramos unos pervertidos.

Pam iba a hacer un intercambio en Inglaterra durante el trimestre de otoño. A finales de agosto, cuando se fue, estaba bastante seguro de que quería casarme con ella. Nunca pensé en aquel momento en preguntarle a Pam si sentía lo mismo por mí. Di por hecho que sería así.

Durante su ausencia, nos escribimos constantemente. Pasé mucho tiempo en casa de su familia, en 622 Alameda Street, cerca del parque de atracciones público de Michigan. El padre de Pam murió cuando ella era pequeña, y yo aproveché la hospitalidad de su madre, Rosalie; cenaba allí varias veces por semana mientras elaboraba un perfil de ella y de los hermanos y hermanas de Pam para saber cómo era ella.

En aquella época conocía a otra mujer a la que luego Pam se referiría (aunque nunca la conoció) como «la tía del golf». Una vez más, nos conocimos en un bar, ahora que lo pienso pasaba demasiado tiempo en bares. Tenía veintitantos años, era bastante atractiva y acababa de terminar la universidad. Acabábamos de conocernos cuando insistió en que fuera a su casa a cenar.

Vivía en Deardborn, la sede central de Ford, y su padre era un alto ejecutivo del sector automovilístico. Vivían en una gran casa de piedra con piscina, cuadros originales y muebles modernos. Su padre tenía casi cincuenta años, era la viva imagen del éxito empresarial. Su madre era refinada y elegante. Estábamos cenando, yo flanqueado por el hermano y la hermana menores de mi nueva amiga. Estudié a su familia mientras intentaba deducir sus ingresos netos. Al mismo tiempo, ellos trataban de evaluarme.

Todo iba demasiado bien. Parecían impresionados por el hecho de que yo era un agente del FBI, un cambio agradable respecto de lo que estaba acostumbrado con el entorno de Pam. Sin embargo, aquella gente pertenecía a la clase dominante. Me estaba poniendo nervioso, y me di cuenta de que el motivo era que prácticamente me daban por casado.

El padre me preguntó por mi familia, mi pasado, mi servicio militar. Le hablé de

mi trabajo dirigiendo las instalaciones deportivas de la base de las fuerzas aéreas. Luego me contó que él era propietario junto con un socio de un campo de golf cerca de Detroit. Siguió hablando de calles y hoyos, y yo iba aumentando mi cálculo de sus bienes a cada segundo.

—John, ¿juegas al golf? —me preguntó.

—No, papá —contesté, sin perderme una—, pero me gustaría aprender.

Ya estaba, lo dejamos ahí. Pasé la noche allí, en el sofá de la sala de estar. En plena noche me visitó la chica, que había conseguido bajar medio dormida hasta mí. Tal vez fuera la idea de estar en aquella casa tan elegante, o mi miedo instintivo a los montajes desde que había entrado en la Agencia, pero me dio miedo su agresividad, a la altura de la del resto de su familia. Me fui a la mañana siguiente, tras haber disfrutado de su hospitalidad y una cena magnífica. Pero sabía que había perdido mi oportunidad de una buena vida.

Pam llegó de Inglaterra unos días antes de la Navidad de 1971. Decidí hacer la gran pregunta; había comprado un anillo de compromiso de diamantes. En aquella época, la Agencia tenía contactos para casi todo lo que quisieras comprar. La empresa a la que le compré el anillo nos estaba agradecida por haber frustrado un atraco a una joyería y hacía excelentes ofertas a los agentes.

Con este descuento, el anillo con el diamante más grande que me podía permitir era de 1,25 quilates. Pensé que si lo veía en el fondo de una copa de champán, además de pensar que era una persona de una inteligencia extrema, el diamante parecería de tres quilates. La llevé a un restaurante italiano en Eight Mile Road, cerca de su casa. Mi intención era ponerle el anillo en la copa en cuanto fuera al baño.

Pero nunca fue al baño. La noche siguiente la llevé al mismo restaurante, con idéntico resultado. Como para entonces ya había hecho varias vigilancias, en las que estar sentado durante horas en un coche y tener que aguantarse era un auténtico inconveniente laboral, la admiraba. Tal vez fuera una especie de mensaje divino que me decía que no estaba preparado para el matrimonio.

La noche siguiente era Nochebuena y la pasamos en casa de su madre, en compañía de toda su familia. Era el momento, ahora o nunca. Habíamos bebido Asti Spumante, que le encantaba. Por fin salió del salón un minuto para ir a la cocina. Cuando volvió, se sentó en mi regazo, brindamos y, si no llego a pararla, se habría tragado el anillo. Ahí se acabó lo de parecer de tres quilates; no lo vio hasta que no se lo señalé. Me pregunto si eso también era un mensaje.

Sin embargo, lo importante era que había creado mi «escenario de interrogatorio» para obtener el resultado pretendido. Después de montar la escena con tanto cuidado, rodeados de sus hermanos y su madre, que me adoraba, no le dejaba mucha opción. Dijo que sí. Nos íbamos a casar en junio.

Para las misiones del segundo año, la mayoría de agentes solteros eran destinados a

Nueva York o Chicago, pensando que sería menos duro para ellos que para los casados. No tenía preferencias, y acabé destinado en Milwaukee, que sonaba a ciudad que estaba bien, aunque nunca había estado ni sabía muy bien dónde se encontraba. Me mudé allí en enero y me instalé; Pam iría después de la boda.

Encontré un sitio en los apartamentos Juneau Village, en Juneau Avenue, no muy lejos de la sede de Milwaukee en el edificio federal de North Jackson Street. Resultó ser un error táctico, porque, pasara lo que pasara, la respuesta siempre era: «Ve a buscar a Douglas. Vive a tres manzanas de aquí».

Antes de llegar a Milwaukee, las mujeres de la oficina sabían quién era, es decir, uno de los dos únicos agentes solteros. Durante las primeras semanas se peleaban por hacer mis transcripciones, aunque tenía pocas. Todo el mundo quería estar conmigo. Sin embargo, al cabo de unas semanas corrió la voz de que estaba prometido, y enseguida me convertí en el sexto día de un desodorante de cinco días.

El ambiente en la sede de Milwaukee era una réplica del de Detroit, pero más manifiesto. Mi primer jefe allí fue un hombre llamado Ed Hays, al que todo el mundo llamaba Eddie el Rápido. Siempre estaba rojo como un pimiento (murió por tener la presión alta poco después de jubilarse), y siempre iba dando vueltas, chasqueando los dedos y diciendo:

—¡Fuera de la oficina! ¡Fuera de la oficina!

Yo dije:

—¿Dónde se supone que debo ir? Acabo de llegar, no tengo coche, ni casos.

Él repuso:

—No me importa adónde vayas. ¡Fuera de la oficina!

Así que me fui. En aquella época era habitual entrar en una biblioteca o caminar por Wisconsin Avenue, cerca de la oficina, y encontrarse a varios agentes mirando escaparates por no tener adónde ir. Fue por aquel entonces cuando me compré mi siguiente coche, un Ford Torino, a través de un vendedor que tenía contacto con la Agencia.

Nuestro siguiente jefe, Herb Hoxie, llegó desde Little Rock, Arkansas. La contratación siempre era un gran tema para los jefes, y en cuanto llegó, Hoxie ya tenía la pistola apuntando a su cabeza. Cada sede tenía una cuota mensual de agentes y personal ajeno.

Hoxie me llamó a su despacho y me dijo que iba a hacerme cargo de la contratación. Era una función que solía desempeñar un soltero porque implicaba viajar mucho por el estado.

—¿Por qué yo? —pregunté.

—Porque teníamos que echar al último que lo hizo, y ha tenido suerte de no ser despedido. —Iba a los institutos de la zona a entrevistar a chicas para los puestos administrativos. Hoover seguía vivo y en aquella época no había mujeres que fueran agentes especiales. Les hacía preguntas como si llevara una lista preparada. Una era: «¿Eres virgen?». Si contestaba que no, le pedía una cita. Los padres empezaron a

quejarse y el jefe tuvo que sacarlo de allí.

Empecé con la contratación por todo el estado. Enseguida cuadrupliqué la cuota. Era el contratista más productivo del país. El problema era que era demasiado bueno; no iban a sacarme de allí. Cuando le dije a Herb que en realidad no quería seguir haciéndolo, que no había entrado en el FBI para dedicarme a personal, amenazó con pasarme al servicio de derechos civiles, que significaba investigar a departamentos de policía y agentes acusados de vejar a sospechosos o presos o de discriminar a minorías. No era precisamente el puesto más popular en la Agencia. Pensé que era una manera odiosa de recompensarme por el trabajo bien hecho.

Así que urdí un plan. Accedí con arrogancia a seguir generando semejante cantidad de contratos si Hoxie me nombraba relevo o sustituto principal, y si me daban un coche de la Agencia y una recomendación para conseguir dinero de la administración de ayuda a las fuerzas de la ley para los estudios. Sabía que si no quería pasarme toda mi carrera sobre el terreno, necesitaba un máster.

En la oficina ya era una especie de sospechoso. Cualquiera que quisiera tantos estudios tenía que ser un liberal provocador. En la Universidad de Wisconsin, en Milwaukee, donde empecé un máster en psicología organizacional de noche y los fines de semana, la percepción era justo la contraria. La mayoría de los profesores recelaban de tener a un agente del FBI en sus clases, y nunca había tenido mucha paciencia para las cursilerías que forman parte de la psicología («John, quiero que te presentes a tu compañero y le digas cómo es en realidad John Douglas».).

En una clase, estábamos sentados en círculo. Los círculos eran grandes en aquella época. Poco a poco me di cuenta de que nadie me hablaba. Intenté participar en la conversación, pero nadie decía nada. Finalmente dije: «¿Qué pasa aquí, chicos?». Resulta que me salía un peine con el mango de metal del bolsillo de la chaqueta y pensaron que era una antena, que estaba grabando la clase y retrasmitiéndola a la «sede central». La paranoia y la importancia que se daba esa gente nunca dejaba de sorprenderme.

A principios de mayo de 1972, J. Edgar Hoover murió tranquilo mientras dormía, en su casa de Washington. A primera hora de la mañana llegaron teletipos de la sede central a todas las sedes locales. En Milwaukee, el jefe nos llamó a todos para oír la noticia. A pesar de que Hoover tenía casi ochenta años y llevaba siglos trabajando, nadie pensaba en realidad que fuera a morir algún día. Muerto el rey, todos nos preguntamos de dónde iba a salir un nuevo monarca que ocupara su lugar. L. Patrick Gray, vicefiscal general leal a Nixon, fue nombrado director en funciones. Al principio fue conocido por innovaciones como por fin admitir agentes femeninas. Cuando sus lealtades en el gobierno entraron en conflicto con las necesidades de la Agencia empezó a caer.

Estaba reclutando a agentes en Green Bay unas semanas después del fallecimiento de Hoover cuando me llamó Pam. Me dijo que el sacerdote quería vernos unos días antes de la boda. Estaba convencido de que pensaba convertirme al

catolicismo y marcarse unos puntos con los jefazos de la Iglesia. Pero Pam es una buena católica, educada en el respeto y la obediencia a lo que le decían los curas. Y yo sabía que se iba poner hecha un basilisco si no me rendía pacíficamente.

Fuimos juntos a la iglesia St. Rita, pero ella fue sola a ver al sacerdote antes. Me recordaba a la comisaría de Montana cuando iba a la universidad y nos separaron para comprobar nuestra historia. Estaba seguro de que estaban planificando la estrategia de conversión. Cuando finalmente me hicieron pasar, lo primero que dije fue:

—¿Qué tenéis en la manga para el chico protestante?

El cura era joven y amable, probablemente de treinta y tantos años. Me hizo preguntas generales como: «¿Qué es el amor?». Intenté deducir un perfil de él, imaginar si había una respuesta correcta. Esas entrevistas eran como los exámenes de acceso a la universidad: nunca estás seguro de si estás bien preparado.

Pasamos a la planificación familiar, en cómo íbamos a educar a los niños, ese tipo de cosas. Empecé a preguntarle cómo era ser cura, ser célibe y no tener su propia familia. El cura parecía simpático, pero Pam me había dicho que St. Rita era una iglesia estricta y tradicional, y no se sentía cómodo conmigo porque no soy católico. No estaba seguro. Pensé que intentaba romper el hielo cuando me preguntó:

—¿Dónde os conocisteis?

Siempre que he sentido estrés en mi vida me he puesto a hacer bromas, en un intento de aliviar la tensión. Pensé que era mi oportunidad, y no pude evitarlo. Acerqué mi silla a él.

—Bueno, padre —empecé—, ya sabe que soy agente del FBI. No sé si Pam le ha contado su pasado.

Mientras hablaba me iba acercando a él, centrado en el contacto visual que ya había aprendido a usar en los interrogatorios. No quería que mirara a Pam porque no sabía cómo reaccionaría ella.

—Nos conocimos en un lugar llamado Jim’s Garage, que es un bar con chicas bailando con los pechos descubiertos. Pam trabajaba de bailarina y era bastante buena. Pero lo que realmente me llamó la atención fue que bailaba con borlas en los pechos y las hacía girar en sentidos opuestos. Créame, era para verlo.

Pam se había quedado muda, sin saber si decir algo o no. El cura escuchaba fascinado.

—El caso, padre, es que hacía girar esas borlas en sentidos opuestos cada vez a más velocidad, cuando de pronto una salió volando hacia el público. Todo el mundo fue a cogerla. Yo me levanté, la atrapé y se la di, y hasta hoy.

El cura estaba boquiabierto. Se lo había creído del todo cuando solté una carcajada, como hice con mi informe oral sobre el libro en el instituto.

—¿Quieres decir que no es verdad? —preguntó.

Para entonces Pam también había estallado, y los dos nos partíamos de risa. No sé si el cura se sintió aliviado o decepcionado.

Bob McGonigel fue mi padrino. La mañana de la boda fue lluviosa y deprimente, y yo estaba ansioso por seguir adelante. Hice que Bob llamara a Pam a casa de su madre y le preguntara si sabía algo de mí. Por supuesto, dijo que no, y Bob explicó que no había vuelto a casa la noche antes y le daba miedo que me hubiera echado atrás y me retirara. Visto ahora, no puedo creer que tuviera un sentido del humor tan perverso. Al final Bob se echó a reír y nos descubrió, pero me desilusionó un poco que Pam no tuviera una reacción más exagerada. Después me dijo que estaba tan obsesionada con los preparativos y tan preocupada porque el pelo rizado se mantuviera bien con la humedad que la desaparición del novio era un problema menor.

Cuando intercambiamos nuestros votos en la iglesia aquella tarde y el cura nos declaró marido y mujer, me sorprendió que me dedicara unas palabras amables:

—Conocí a John Douglas el otro día, y me hizo pensar mucho sobre cómo me siento respecto de mis creencias religiosas.

A saber qué le dije para hacerle reflexionar tanto, pero a veces los caminos del Señor son insondables. La siguiente vez que le conté la historia de las borlas a un cura fue al que Pam llamó para rezar por mí en Seattle. Y también me creyó.

Tuvimos una breve luna de miel en Poconos, con bañera en forma de corazón, espejos en el techo y todas esas cosas elegantes; luego fuimos a Long Island, donde mis padres nos organizaron una fiesta porque poca gente de mi familia había podido ir a la boda.

Una vez casados, Pam se mudó a Milwaukee. Se licenció y era profesora. Todos los educadores nuevos tenían que empezar de sustitutos en los colegios más duros de la ciudad. Había una escuela de secundaria especialmente mala. Los profesores recibían empujones y patadas con regularidad, y había habido algunos intentos de violación de las docentes más jóvenes. Yo por fin había salido del servicio de contratación y trabajaba muchas horas en el equipo de reacción, sobre todo en atracos a bancos. Pese al peligro inherente a mi trabajo, me preocupaba más la situación de Pam. Por lo menos yo tenía un arma para defenderme. Una vez, cuatro alumnos la obligaron a entrar en un aula vacía y empezaron a manosearla y agredirla. Consiguió gritar y escapar, pero yo estaba furioso. Me daban ganas de llevarme a unos cuantos agentes a la escuela y liarla.

Mi mejor amigo en aquella época era un agente llamado Joe Del Campo, que trabajaba conmigo en los casos de atracos a bancos. Íbamos mucho a un sitio de *bagels* de Oakland Avenue, cerca del campus de la Universidad de Wisconsin en Milwaukee. Lo llevaban una pareja llamada David y Sarah Goldberg, y en poco tiempo Joe y yo nos hicimos amigos suyos. De hecho, empezaron a tratarnos como si fuéramos sus hijos.

Algunas mañanas estábamos allí a primera hora, con nuestras armas y ayudando a los Goldberg a poner *bagels* y *bialys* en el horno. Desayunábamos, íbamos a atrapar a un fugitivo, seguíamos unas cuantas pistas de otros casos y volvíamos para comer.

Joe y yo entrenábamos en el centro judío, y por Navidad y la época de la Janucá nos hicimos asiduos de los Goldberg. Al final otros agentes empezaron a ir a lo que nosotros llamábamos «casa de los Goldberg», y celebramos una fiesta allí a la que asistieron todos los jefes.

Joe Del Campo era un chico brillante, políglota y excelente con las armas de fuego. Su arrojo fue decisivo en la que tal vez sea la situación más extraña y confusa que he vivido en mi vida.

Un día de invierno, Joe y yo estábamos en la oficina interrogando a un fugitivo al que habíamos llevado esa mañana cuando recibimos una llamada de la policía de Milwaukee, que tenía una situación con rehenes. Joe llevaba toda la noche despierto por el turno de noche, pero dejamos nuestros asuntos y salimos a la calle.

Cuando llegamos a un edificio antiguo estilo Tudor, supimos que el sospechoso, Jacob Cohen, era un fugitivo acusado de matar a un agente de policía en Chicago. Acababa de disparar a un agente del FBI, Richard Carr, que intentaba acercarse a su bloque de apartamentos, rodeado por un equipo de élite del FBI recién formado. El loco luego atravesó el perímetro del equipo de élite y le dispararon en el trasero. Agarró a un niño que quitaba nieve con una pala y entró en una casa. Ahora tenía tres rehenes: dos niños y un adulto. Al final dejó libre al adulto y uno de los niños. Se quedó con el otro chaval, cuya edad calculamos que era de unos diez o doce años.

En ese momento todo el mundo estaba irritado. Hacía mucho frío. Cohen estaba fuera de sí, y no ayudaba tener el culo lleno de plomo. El FBI y la policía de Milwaukee estaban enfadados por permitir que la situación degenerara. El equipo de élite estaba molesto porque era su primer gran caso y lo habían perdido y dejado pasar por su perímetro. El FBI en general estaba sediento de sangre porque habían herido a uno de los suyos. Y la policía de Chicago ya había hecho correr la voz de que quería atraparlo, y que si nadie iba a disparar al sospechoso ellos tenían derecho a hacerlo.

Herb Hoxie llegó al escenario y cometió lo que considero algunos errores para agravar los que ya habían cometido los demás. Primero, usó un megáfono, lo que lo hacía parecer dictatorial. El contacto privado por teléfono es más sensible, y te da la flexibilidad de negociar a solas. Luego cometió lo que considero su segundo error: se ofreció como rehén a cambio del niño.

Hoxie se puso al volante de un coche del FBI. La policía lo rodeó mientras iba marcha atrás en la entrada. Entre tanto, Del Campo me dijo que lo ayudara en la azotea del inmueble. Recordad que era un edificio Tudor con tejados inclinados resbaladizos por el hielo, y Joe llevaba toda la noche despierto. El único arma que tenía era una magnum .357 con un cañón de unos seis centímetros.

Cohen salió del edificio agarrando al chico con el brazo por la cabeza, muy cerca de su cuerpo. El detective Beasley, de la policía de Milwaukee, salió del círculo de agentes y dijo:

—¡Jack, tenemos lo que quieres! ¡Deja al niño!

Del Campo aún estaba subiendo la pendiente del tejado. La policía lo vio y entendió lo que pretendía hacer.

El sujeto y el rehén se acercaron al coche. Había hielo y nieve por todas partes. De pronto, el niño resbaló en el hielo y provocó que Cohen lo soltara. Del Campo llegó a la punta del tejado. Pensando que con el cañón corto la bala podía subir, apuntó al cuello y disparó.

Fue un impacto directo, un disparo increíble, justo en el medio del cuello del sujeto. Cohen cayó, pero nadie sabía si el herido era él o el niño.

Exactamente tres segundos después, el coche estaba acribillado a balazos. En el fuego cruzado, el detective Beasley recibió un balazo en el tendón de Aquiles. El niño iba a gatas delante del coche, que lo atropelló porque Hoxie había recibido el impacto de un cristal y había perdido el control. Por suerte, el chico no tenía heridas graves.

Fiel a las formas del FBI, en el noticiario de la televisión local apareció el agente al cargo, Herbert Hoxie, en una camilla cuando lo trasladaban a la sala de urgencias con sangre en el oído, y mientras se lo llevaban hizo declaraciones a la prensa: «De pronto oí un disparo, las balas volaban por todas partes. Supongo que me dieron, pero creo que estoy bien…». FBI, Dios, maternidad, pastel de manzana, etcétera.

Pero ahí no acabó todo. Estuvieron a punto de pelearse a puñetazos, y la policía casi pegó a Del Campo por quitarles el disparo. El equipo de élite tampoco estaba muy contento porque los dejaba en mal lugar. Fueron a quejarse al jefe Ed Best, pero él defendió a Del Campo y dijo que había salvado la situación que ellos habían creado.

Cohen tenía entre treinta y cuarenta heridas de bala, pero seguía vivo cuando se lo llevaron en ambulancia. Por suerte para todos los implicados, murió en el hospital.

El agente especial Carr sobrevivió de milagro. La bala de Cohen atravesó la gabardina que llevaba, penetró en el hombro, rebotó en la tráquea y se alojó en el pulmón. Carr conservó esa gabardina con el agujero de bala y se la puso con orgullo a partir de aquel día.

Del Campo y yo formamos un equipo fantástico durante una temporada, salvo cuando nos daban los ataques de risa que no podíamos evitar. Un día, estábamos en un bar gay intentando conseguir informantes sobre un asesino homosexual huido. Estaba oscuro y tardamos un rato en acostumbrar la vista. De pronto nos dimos cuenta de que nos miraban y empezamos a discutir sobre a cuál de los dos preferían. Luego vimos un cartel encima de la barra: «Cuesta encontrar a un tipo duro» y explotamos de risa como dos bobos.

Nunca nos costó demasiado. Una vez nos reímos mientras hablábamos con un anciano en silla de ruedas en una residencia y, de nuevo, entrevistando al elegante propietario de una empresa de cuarenta y tantos años cuando el peluquín se le deslizó hasta media frente. No importaba, si una situación tenía algo de humor, Joe y yo lo encontrábamos. Por insensible que suene, probablemente era una habilidad útil.

Cuando te pasas el día observando escenarios de asesinato y vertederos, sobre todo cuando había niños implicados, cuando has hablado con centenares, luego miles de víctimas y sus familias, cuando has visto las cosas absolutamente increíbles que son capaces de hacer los seres humanos a otros seres humanos, mejor que te rías de tonterías. De lo contrario, te vuelves loco.

A diferencia de muchos chicos que entraban en las fuerzas de la ley, nunca había sido un loco de las armas, pero desde el ejército era un buen tirador. Pensé que sería interesante estar en el equipo de élite una temporada. Todas las sedes tenían uno. Era un trabajo a media jornada, los cinco miembros del equipo eran requeridos cuando se les necesitaba. Entré en el grupo y me nombraron francotirador, el que se queda más atrás y lanza el disparo largo. Los demás miembros tenían un importante pasado militar, como boinas verdes o rangers, y yo solo había enseñado a nadar a esposas e hijos de pilotos. El jefe del equipo, David Kohl, acabó siendo subdirector asistente en Quantico, y fue quien me pidió que fuera a la Unidad de Apoyo a la Investigación.

En un caso un poco más claro que la extravagancia de Jacob Cohen, un chico atracó un banco, luego obligó a la policía a una persecución a toda velocidad y acabó montando una barricada en un almacén. Entonces nos llamaron. Dentro de la nave, el tipo se quitó la ropa y se la volvió a poner. Parecía el caso de un loco. A continuación pidió que le llevaran a su esposa, y lo hicieron.

En los últimos años, cuando ya habíamos hecho más investigación sobre este tipo de personalidad, entendimos que eso no se hace, no se aceptan ese tipo de demandas porque la persona que piden ver suele ser la que consideran que ha causado el problema. Por tanto, estás exponiendo a ese individuo a un gran peligro y preparándolo para un asesinato-suicidio.

Por suerte, en este caso no la llevaron dentro del almacén, sino que la pusieron al teléfono con él. Por supuesto, en cuanto colgó se voló la cabeza de un disparo.

Todos llevábamos horas esperando en posición, y de pronto había terminado. Pero no siempre se puede aplacar el estrés tan rápido, lo que a menudo genera un humor retorcido.

—Dios, ¿por qué ha tenido que hacer eso? —comentó uno de los chicos—. Douglas es un excelente tirador. Podría haberlo hecho por él.

Estuve en Milwaukee poco más de cinco años. Al final, Pam y yo nos mudamos del apartamento de Jueneau Avenue a una casa en Brown Deer Road, lejos de la oficina, cerca del límite norte de la ciudad. Yo pasaba la mayor parte del tiempo trabajando en atracos a bancos, y me había ganado una serie de elogios resolviendo casos. Creía tener más éxito cuando encontraba una «firma» que uniera varios crímenes, un factor que más tarde se volvió central en nuestro análisis de asesinos en serie.

Mi única metedura de pata destacable de aquella época fue cuando Jerry Hogan sustituyó a Herb Hoxie. El puesto no tenía muchas ventajas, pero una de ellas era un coche de la Agencia, y Hogan estaba orgulloso de su nuevo Ford color esmeralda. Yo

necesitaba un vehículo para una investigación un día y no había ninguno disponible. Hogan estaba en una reunión, así que le pedí al supervisor, Arthur Fulton, si podía usar el del jefe. Accedió, reticente.

Luego Jerry me llamó a mi despacho y se puso a gritarme por usar su coche, ensuciarlo y, lo peor de todo, devolverlo con una rueda pinchada. Ni siquiera me había dado cuenta. Ahora Jerry y yo nos llevamos bien, así que cuando grita no puedo evitar reírme. Por lo visto, fue un malentendido.

Ese mismo día, más tarde, mi supervisor de equipo, Ray Byrne, me dijo:

—Ya sabes, John, a Jerry Hogan le caes bien, pero tiene que darte una lección. Te va a destinar a la reserva india.

Era la época de la masacre de Wounded Knee y el auge de la toma de conciencia sobre los derechos de los nativos americanos. En las reservas nos odiaban igual que en los guetos de Detroit. Los indios habían recibido un trato horrible por parte del gobierno. Cuando llegué a la reserva menominee en Green Bay, no podía creer la pobreza, suciedad y miseria con la que tenía que convivir esa gente. Por mucho que les hubieran arrebatado parte de su cultura, a menudo me parecían adormecidos. En gran parte debido a las deplorables condiciones de vida y el historial de hostilidad e indiferencia gubernamental, en muchas reservas existía un alto índice de alcoholismo, abusos infantiles y a mujeres, agresiones y asesinatos. Sin embargo, debido a la extrema desconfianza hacia el gobierno, era casi imposible que un agente del FBI lograra la colaboración o ayuda de los testigos.

Los representantes de asuntos indios de la oficina local no ayudaban. Ni siquiera los familiares de las víctimas cooperaban por miedo a ser considerados colaboradores del enemigo. A veces, cuando te enterabas de un asesinato y llegabas al lugar de los hechos, el cuerpo llevaba allí varios días, infestado de larvas de insectos.

Pasé más de un mes en la reserva, durante el cual investigué como mínimo seis asesinatos. Me daba tanta pena aquella gente que estaba todo el tiempo deprimido, y eso que tenía el lujo de irme a casa de noche. Nunca había visto a gente que, como grupo, tuviera que vencer tantos obstáculos. Pese a ser peligroso, mi estancia en la reserva menominee fue mi primera dosis concentrada de investigación de escenarios del crimen, así que fue una experiencia triste pero excelente.

Sin duda, lo mejor que ocurrió durante mi estancia en Milwaukee fue el nacimiento de nuestra primera hija, Erika, en noviembre de 1975. Íbamos a celebrar la cena de Acción de Gracias en un club de la zona con unos amigos, Sam y Esther Ruskin, cuando Pam se puso de parto. Erika nació al día siguiente.

Trabajaba muchas horas en casos de atracos a bancos y estaba terminando mis estudios, y el nuevo bebé significaba dormir aún menos. Ni que decir tiene, Pam se llevaba la peor parte en eso. Yo me sentía mucho más responsable de la familia por la paternidad, y me encantaba ver crecer a Erika. Por suerte para todos, creo, aún no había empezado a trabajar en secuestros y asesinatos de niños. Si no, si realmente me hubiera parado a pensar en lo que había ahí fuera, no sé si me habría adaptado a la

paternidad con tanta comodidad. Cuando en 1980 nació nuestra segunda hija, Lauren, ya estaba de lleno en ello.

Creo que ser padre también me motivó a sacar más de mí mismo. Sabía que lo que estaba haciendo no era lo que quería hacer durante toda mi carrera. Jerry Hogan me recomendó que acumulara diez años sobre el terreno antes de pensar en solicitar otra cosa: así tendría la experiencia para ser jefe de equipo, y luego tal vez de llegar a la sede central. Sin embargo, con una hija más, si todo iba bien, por venir, la vida de un agente sobre el terreno, cambiando de oficina, no era muy atractiva.

Con el paso del tiempo empezaron a surgir otras perspectivas del trabajo. El entrenamiento como francotirador y los ejercicios del equipo de élite habían perdido su atractivo. Con mi bagaje y mi interés por la psicología, pues por aquel entonces ya tenía un máster, el desafío del trabajo, a mi juicio, era intentar controlar la situación antes de llegar a los disparos. Mi jefe me recomendó para un curso de dos semanas sobre negociación con rehenes en la academia del FBI en Quantico, que solo llevaba unos años operativo.

Allí, bajo la tutela de agentes tan legendarios como Howard Teten y Pat Mullany, viví mi primera exposición real a lo que ya se conocía como ciencia del comportamiento. Y eso cambió mi carrera.

5
¿Ciencia del comportamiento o CC?

No había vuelto a Quantico desde la formación para nuevos agentes casi cinco años antes, y había cambiado en muchos sentidos. Para empezar, en la primavera de 1975 la academia del FBI se había convertido en una instalación completa y autosuficiente, aprovechando una parte de la base de la marina estadounidense en los bellos bosques de Virginia, suavemente ondulados, a una hora al sur de Washington.

No obstante, algunas cosas no habían cambiado. Las unidades tácticas seguían cosechando todo el prestigio y la categoría y, entre ellas, la Unidad de Armas de Fuego era la estrella. Dirigida por George Zeiss, el agente especial enviado para ir a buscar a James Earl Ray a Inglaterra para enfrentarse a la justicia estadounidense tras el asesinato en 1968 de Martin Luther King Jr., Zeiss era un enorme hombre tan poderoso que rompía esposas con las manos como truco de salón. Una vez, algunos chicos sacaron unas y soldaron la cadena; luego se las dieron a Zeiss para que hiciera su número. Las retorció con tanta fuerza que se rompió la muñeca y tuvo que llevarla enyesada durante semanas.

La formación en negociación con rehenes la impartía la Unidad de Ciencia del Comportamiento, un grupo de entre siete y nueve agentes especiales profesores. Hoover y sus secuaces nunca habían tenido en mucha estima la psicología y las «ciencias blandas», así que hasta su muerte era algo que se hacía «en el cuarto trasero».

De hecho, gran parte del FBI en aquella época, así como el mundo de los defensores de la ley en general, consideraba que la psicología y la ciencia del comportamiento aplicadas a la criminología no eran más que tonterías sin valor alguno. Aunque nunca había compartido esa opinión, debía admitir que mucho de lo que se sabía y enseñaba en este campo no tenía relevancia real para entender y atrapar a los criminales, una circunstancia que muchos de nosotros intentaríamos empezar a rectificar unos años después. Cuando empecé a dirigir la parte operativa de la Unidad de Ciencia del Comportamiento, le cambié el nombre por el de Unidad de Apoyo a la Investigación. Y cuando me preguntaban por qué, les decía, con sinceridad, que quería sacar la CC de lo que estábamos haciendo.

La Unidad de Ciencia del Comportamiento, cuyo jefe en aquella época era Jack Pfaff, con quien hice el curso de negociación con rehenes, estaba dominada por dos personalidades fuertes y perspicaces: Howard Teten y Patrick Mullany. Teten medía casi dos metros y tenía una mirada penetrante tras las gafas de montura metálica. Pese a haber sido marine, era un hombre reflexivo, siempre muy digno: el modelo de un profesor intelectual. Entró en la Agencia en 1962 tras servir en el departamento de policía de San Leandro, California, cerca de San Francisco. En 1969 empezó a dar un

curso emblemático llamado Criminología aplicada, que al final (tras la muerte de Hoover, sospecho) acabó conociéndose como Psicología criminal aplicada. En 1972, Teten fue a Nueva York a hacer una consulta al doctor James Brussel, el psiquiatra que había resuelto el caso del Bombardero Loco, quien accedió a enseñar personalmente a Teten su técnica para elaborar perfiles.

Armado con ese conocimiento, el gran avance del enfoque de Teten era cuánto se podía aprender del comportamiento y las motivaciones del criminal centrándonos en las pruebas del escenario del crimen. En cierto sentido, todo lo que hemos hecho en ciencia del comportamiento y análisis de investigación criminal desde entonces se ha basado en eso.

Pat Mullany siempre me ha recordado a un duende. Con su metro y medio, es un tipo regordete con una inteligencia rápida y un elevado nivel de energía. Llegó a Quantico en 1972 de la sede de Nueva York, con una licenciatura en psicología. Hacia el final de su ejercicio en Quantico, destacó por gestionar con éxito numerosas situaciones públicas con rehenes: en Washington, D. C., cuando la secta musulmana Hanafi ocupó la sede central de B’nai B’rith, y en Warrensville Heights, Ohio, cuando Cory Moore, un negro veterano del Vietnam, retuvo a un capitán de policía y su secretaria en la misma comisaría. Juntos, Teten y Mullany representaban la primera ola de ciencia del comportamiento moderna, y formaban una pareja peculiar e inolvidable.

Los demás instructores de la unidad también participaron en el curso de negociación con rehenes. Entre ellos estaban Dick Ault y Robert Ressler, que habían llegado a Quantico poco antes. Si Teten y Mullany constituían la primera ola, Ault y Ressler eran la segunda, y llevaron la disciplina más allá como algo que podía ser muy valioso para los departamentos de policía de todo Estados Unidos y el mundo. Pese a que en aquella época solo nos conocíamos en calidad de profesor y alumno, Bob Ressler y yo pronto unimos esfuerzos en un estudio de asesinos en serie que acabó siendo la versión moderna de lo que hacemos.

En la clase de negociación con rehenes había unos cincuenta chicos. En cierto modo era más entretenida que informativa, pero fue un agradable respiro de dos semanas del trabajo sobre el terreno. En clase estudiamos los tres tipos básicos de secuestradores con rehenes: delincuentes profesionales, enfermos mentales y fanáticos. Analizamos algunos de los fenómenos significativos que habían surgido a partir de situaciones con rehenes, como el síndrome de Estocolmo. Dos días antes, en 1973, un chapucero atraco a un banco en Estocolmo, Suecia, se convirtió en un drama agonizante con rehenes para los clientes y empleados del banco. Al final, los retenidos acabaron identificándose con sus captores y los ayudaron contra la policía.

También vimos la película de Sidney Lumet *Tarde de perros*, que acababa de salir, donde Al Pacino roba un banco con objeto de conseguir dinero para que su amante masculino pueda someterse a una operación de cambio de sexo. La película se basa en un incidente real con rehenes en Nueva York. Ese caso, y las prolongadas

negociaciones que provocó, hicieron que el FBI invitara al capitán Franz Bolz y el detective Harvey Schlossberg, de la policía de Nueva York, a poner al día la Academia en negociación con rehenes, un ámbito en el que la gente de Nueva York eran los mejores del país.

Estudiamos los principios de negociación. Algunas de las pautas, como intentar minimizar la pérdida de vidas, eran obvias. Teníamos la ventaja de las cintas de audio de situaciones reales con rehenes, pero años después, con la siguiente generación de profesores, los estudiantes participaron en ejercicios basados en roles, lo más cercano que se puede conseguir en un aula a negociar de verdad. También era un poco confuso porque gran parte del material era reciclado de las clases de psicología criminal y no encajaba del todo. Por ejemplo, nos daban fotografías y dosieres de pederastas o asesinos sexuales y comentábamos cómo reaccionaría una personalidad así en un secuestro con rehenes. Luego había más entrenamiento con armas de fuego, que aún era lo más importante en Quantico.

Gran parte de lo que ahora enseñamos sobre negociación con rehenes no lo aprendimos en un aula de otros agentes, sino en la fría prueba del trabajo sobre el terreno. Como he comentado, uno de los casos que le valió su reputación a Pat Mullany fue el de Cory Moore. Moore, diagnosticado con esquizofrenia paranoide, hizo una serie de demandas públicas tras tomar como rehenes al capitán de policía y su secretaria en Warrensville, Ohio, en el despacho del capitán. Una de ellas era que todos los blancos abandonaran el planeta de inmediato.

En una estrategia de negociación, no hay que ceder a las demandas si se puede evitar. No obstante, algunas peticiones no son factibles bajo ningún concepto. Esa era una de ellas. El caso captó hasta tal punto la atención nacional que el presidente de Estados Unidos, Jimmy Carter, se ofreció a hablar con Moore y ayudar a solucionar la situación. Pese a las buenas intenciones del señor Carter, un indicio de la voluntad que demostró posteriormente de intentar abordar conflictos aparentemente intratables en todo el mundo, no es una buena estrategia de negociación, y jamás querría que ocurriera en una situación que dirigiera yo. Tampoco quiso Pat Mullany. El problema de ofrecer al máximo dirigente, además de animar a otros desesperados a probar lo mismo, es que pierdes tu espacio de maniobra. Siempre quieres negociar a través de intermediarios, lo que te permite ganar tiempo y evitar hacer promesas que no quieres cumplir. Una vez pones al secuestrador en contacto directo con alguien que él percibe que toma decisiones, todo el mundo se pega a la pared, y si no quieres ceder a sus demandas, te arriesgas a que todo se vaya al traste en un santiamén. Cuanto más tiempo hablen, mejor.

Cuando enseñaba negociación con rehenes en Quantico a principios de la década de 1980, utilizaba una perturbadora cinta de vídeo grabada en San Luis unos años antes. Al final dejamos de enseñarla porque el departamento de policía de San Luis se sentía muy ofendido. En la cinta, un joven negro sujeta una barra. El atraco es un fiasco, él se queda atrapado dentro, la policía rodea el lugar y retiene a un grupo de

rehenes.

La policía organiza un equipo de agentes negros y blancos para hablar con él. Sin embargo, en la cinta se ve que, en vez de intentar tratar con él con objetividad, empiezan a hablarle en argot en un intento de ponerse a su nivel. Todos hablan a la vez, no paran de interrumpirle, no escuchan lo que dice ni intentan averiguar qué quiere para salir de esa situación.

La cámara se desvía justo cuando llega el jefe de policía al escenario; de nuevo, yo no lo permitiría. Con el jefe allí, hace caso omiso «oficialmente» a las demandas, de modo que el tipo se lleva la pistola a la cabeza y se vuela los sesos delante de todo el mundo.

Comparémoslo con la gestión de Pat Mullany del caso Cory Moore. Es evidente que Moore estaba loco, así como que todos los blancos no iban a abandonar el planeta Tierra. Sin embargo, escuchando al sujeto, Mullany logró discernir qué quería en realidad Moore y qué lo dejaría satisfecho. Mullany ofreció a Moore una rueda de prensa en la que expresar sus opiniones, y Moore liberó a los rehenes ilesos.

Durante el curso en Quantico, mi nombre corrió por la Unidad de Ciencia del Comportamiento y Pat Mullany, Dick Ault y Bob Ressler me recomendaron a Jack Pfaff. Antes de irme, el jefe de la unidad me llamó a su despacho en el sótano para una entrevista. Pfaff era un tipo afable, simpático. Fumador empedernido, se parecía mucho a Victor Mature. Me dijo que los profesores estaban impresionados conmigo y me dijo que pensara en volver a Quantico como asesor del programa de la Academia Nacional del FBI. Me halagó la oferta y dije que lo haría encantado.

De regreso en Milwaukee, seguía en el equipo de reacción y el de élite, pero pasaba gran parte de mi tiempo visitando a los directores de formación de los estados para hablarles sobre cómo encarar amenazas de secuestro y extorsión y a los empleados de banca sobre cómo enfrentarse a un atraco de un solo hombre o un grupo armado que asolaban sobre todo a los bancos rurales.

Era increíble lo ingenuos que llegaban a ser esos sofisticados hombres de negocios en seguridad personal, pues permitían que sus agendas, incluso sus planes de vacaciones, se publicaran en periódicos locales y boletines corporativos. En muchos casos eran presa fácil de posibles secuestradores y extorsionistas. Intenté enseñarles a ellos y sus secretarias y subordinados a evaluar las llamadas y solicitudes de información, así como a decidir si una llamada de extorsión que entrara era auténtica o no. Por ejemplo, era bastante habitual que un ejecutivo recibiera una llamada diciendo que su esposa o su hijo habían sido secuestrados y que debía llevar una determinada cantidad de dinero a tal lugar. En realidad, esa esposa o ese hijo estaban perfectamente y no habían corrido peligro en ningún momento, pero el aprovechado sabía que ese miembro de la familia estaría ilocalizable por algún motivo, y si el criminal contaba con uno o dos datos que sonaran legítimos, podía

convencer al ejecutivo aterrorizado para que accediera a sus demandas.

Asimismo, podíamos reducir el éxito de los atracos a bancos si lográbamos que los agentes aplicaran algunos procedimientos sencillos. Una de las técnicas de robo comunes era esperar fuera a primera hora de la mañana, cuando el jefe de oficina llegaba para abrir. El sujeto agarraba al tipo, y cuando llegaban a trabajar otros empleados desprevenidos, también los tomaba como prisioneros. Luego tienes a toda una sede bancaria llena de rehenes y un gran problema entre manos.

Conseguí que algunas oficinas instauraran un sistema básico de código. Cuando la primera persona llegaba por la mañana y veía que no había moros en la costa, hacía algo (como ajustar una cortina, mover una planta o encender una planta en concreto, lo que sea), para indicar a los demás que estaba bien. Si faltaba esa señal cuando llegaba la segunda persona, no entraba y llamaba a la policía de inmediato.

También formamos a cajeros, que eran la verdadera clave de la seguridad de un banco, para saber qué esperar y qué hacer en situaciones de pánico sin convertirse en mártires. Explicamos la gestión adecuada de paquetes moneda explosivos que empezaban a usarse. Además, basándonos en las entrevistas que yo había hecho a una serie de exitosos ladrones de banco, les dije a los cajeros que sujetaran la nota que anunciaba su secuestro cuando se la entregaran y la tiraran al suelo «por los nervios» a su lado de la taquilla en vez de devolvérsela al ladrón, para así conservar una valiosa prueba.

Sabía por mis entrevistas que a los ladrones no les gusta dar el golpe en frío, así que sería muy útil apuntar los individuos que entraran en la oficina que no hubieran visto antes, sobre todo con una petición sencilla o rutinaria, como pedir cambio en monedas. Si el cajero podía anotar un número de licencia o cualquier tipo de identificación, un posterior atraco podría solucionarse rápidamente.

Había empezado a tratar con detectives de homicidios urbanos y a frecuentar la oficina del examinador médico. Cualquier patólogo forense, además de la mayoría de buenos detectives, os dirá que la prueba más importante en cualquier caso de asesinato es el cuerpo de la víctima, y yo quería aprender lo máximo posible. Estoy seguro de que parte de esa fascinación se remontaba a mi juventud, cuando quería ser veterinario y entender cómo las estructuras y funciones del cuerpo estaban relacionadas con la vida. Sin embargo, aunque me gustaba trabajar tanto con el equipo de homicidios como con el equipo médico, lo que realmente me interesaba era la vertiente psicológica: ¿qué hace explotar a un asesino? ¿Qué le hace cometer un asesinato en las circunstancias concretas en que lo hace?

Durante mis semanas en Quantico, había visto algunos de los casos de asesinato más extravagantes, y uno de los más estrambóticos se cometió prácticamente en el patio trasero de mi casa: en realidad, a 225 kilómetros. Pero era bastante cerca.

En la década de 1950, Edward Gein era un solitario que vivía en la comunidad rural de Plainfield, Wisconsin, de 642 habitantes. Empezó su carrera criminal con discreción, como ladrón de tumbas. Su particular interés residía en la piel del cadáver,

la retiraba, la teñía y se la ponía sobre su propio cuerpo, además de adornar un maniquí de sastre y diversos muebles. En un momento dado se planteó un cambio de sexo, algo revolucionario en el medio oeste en los años cincuenta, pero, al ver que era irrealizable, decidió hacer lo mejor que se le ocurrió: hacerse un traje de mujer con mujeres reales. Algunos especularon con que intentaba convertirse en su difunta madre dominante. Si el caso empieza a sonaros, es porque algunos aspectos los utilizaron Robert Block en su novela *Psicosis* (que se convirtió en la clásica película de Hitchcock) y Tom Harris en *El silencio de los corderos*. Harris conoció la historia en nuestras clases de Quantico.

Probablemente Gein habría seguido viviendo en su macabra oscuridad si sus necesidades no se hubieran expandido a «generar» más cadáveres que cosechar. Cuando empezamos nuestro estudio sobre asesinos en serie, esta escalada la detectábamos en prácticamente todos los casos. Gein fue acusado de asesinar a dos mujeres de mediana edad, aunque seguramente eran más. En enero de 1958 fue declarado legalmente demente, y luego pasó el resto de su vida en el Central State Hospital en Waupun, en el Mendota Mental Health Institute, donde siempre fue un preso modelo. En 1984, Gein murió pacíficamente a los setenta y siete años en el pabellón geriátrico de Mendota.

Ni que decir tiene, como detective local o agente especial sobre el terreno, este tipo de cosas no se ven con frecuencia. Cuando regresé a Milwaukee, quise aprender todo lo posible sobre el caso. Sin embargo, cuando lo comprobé con la oficina del fiscal general del estado, descubrí que el expediente estaba cerrado por la demencia.

Cuando dije que era un agente del FBI con un interés educativo en los crímenes, conseguí que la oficina abriera los expedientes para mí. Nunca olvidaré cuando fui con el empleado a sacar las cajas de las infinitas estanterías y tuve que romper un sello de cera para acceder. Pero dentro vi fotografías que se me grabaron en la mente al instante: cuerpos femeninos sin cabeza, desnudos, colgados del revés con cuerdas y poleas, abiertas por delante desde el esternón a la zona genital, con los genitales cortados. En otras imágenes aparecían cabezas cortadas sobre la mesa, con los ojos abiertos en blanco mirando a la nada. Por muy horrible que fuera contemplar esas fotos, empecé a especular con lo que decían sobre la persona que las había creado, y cómo ese conocimiento habría contribuido a atraparle. En un sentido real, desde entonces los he contemplado.

A finales de septiembre de 1976, me fui de Milwaukee para mi destino temporal, como asesor del 107.º Congreso de la Academia Nacional en Quantico. Pam tuvo que quedarse sola en Milwaukee, llevando la casa y cuidando de Erika, de un año, mientras seguía dando clases. Fue la primera de mis muchas ausencias por trabajo a lo largo de los años, pero me temo que demasiados de los que trabajamos en la Agencia, el ejército y el servicio diplomático pensamos poco en la increíble carga que le queda al cónyuge.

El programa de la Academia Nacional del FBI es un duro curso de once semanas

para agentes de las fuerzas de la ley sénior y con talento de todo el país y el mundo. En muchos casos, los alumnos de la academia reciben clases junto a agentes del FBI. Se diferencian por el color de la camisa. Los agentes del FBI la llevan azul, y los de la Academia Nacional roja. Otra cosa: los de la Academia Nacional suelen ser mayores y con más experiencia. Para acceder hay que contar con la recomendación de tu superior y ser aceptado por Quantico. Además de ofrecer formación especializada en los últimos avances y técnicas en las fuerzas de la ley, la Academia Nacional también sirve de entorno ampliado e informal para que el FBI entable relaciones personales con los agentes de la policía local, un recurso que se ha demostrado en repetidas ocasiones de un valor incalculable. El jefe del programa de la Academia Nacional era Jim Cotter, toda una institución muy querido por la policía.

Como asesor, era responsable de una parte de los alumnos, la sección B, compuesta por cincuenta hombres. Pese a que las políticas del director Patrick Gray y las de Clarence Kelley luego estaban librando a la Agencia de las rígidas estructuras de la época Hoover, aún no se había invitado a ninguna mujer a la Academia Nacional. Además de los estadounidenses, tenía a gente de Inglaterra, Canadá y Egipto. Vivías en las mismas residencias y se esperaba que fueras de todo, de profesor a director social, pasando por terapeuta y monitor. Era la manera de que el personal de Ciencia del Comportamiento viera cómo interactuabas con la policía, si te gustaba el ambiente de Quantico y cómo gestionabas el estrés.

Había mucho estrés. Estar lejos de la familia y vivir en una residencia por primera vez en su vida adulta, incapaces de beber en la habitación, compartiendo baño con gente que no conocían, enfrentados a retos físicos que la mayoría no había vivido desde la formación al entrar como agentes; los alumnos recibían una formación excelente, pero a un precio. Hacia la sexta semana, muchos de ellos se estaban volviendo locos y se subían por las paredes del edificio color ceniza.

También pasaba factura a los profesores, por supuesto. Cada uno gestionaba el trabajo a su manera. Como con todo lo demás en mi vida, decidí que si tenía que pasar por eso, mejor tomárselo con humor. Algunos asesores lo enfocaban de otra manera. Uno era tan estricto e intenso que ni paraba de perseguir a sus chicos durante los juegos internos. En la tercera semana, su sección estaba tan cabreada que le regalaron un conjunto de equipaje, cuyo mensaje simbólico era: «Lárgate de aquí».

Otro asesor era un agente especial al que llamaré Fred. Jamás tuvo problemas con la bebida hasta que llegó a Quantico, y allí sí tuvo un problema.

Todos los asesores debían estar atentos por si veían señales de depresión en los alumnos. De hecho, Fred había empezado a encerrarse en su habitación a fumar y beber hasta para olvidar. Cuando tratas con agentes endurecidos en la calle, sobrevive el que en mejores condiciones está. Una debilidad y eres hombre muerto. Un tipo muy majo; Fred era tan sensible, comprensivo e inocente, que no tenía ni una oportunidad con ese grupo.

Había una norma: nada de mujeres. Una noche uno de los agentes fue a decirle a

Fred que «ya no aguantaba más». Eso no es lo que quieres oír como asesor. Su compañero de habitación se acostaba con una mujer distinta todas las noches y no podía dormir. Así que Fred fue con el chico a la habitación y vio a media docena de hombres más en la puerta, esperando su turno, con una moneda en las manos sudorosas. Fred enloqueció, fue a por el chico que estaba primero en la cola, un rubio de pelo largo, lo agarró y lo apartó de la mujer, que resultó ser una muñeca inflable.

Una semana después, otro agente fue a la habitación de Fred en plena noche y le dijo que Harry, su compañero de habitación, deprimido, acababa de saltar por la ventana. En primer lugar, se suponía que las ventanas de la residencia no se abrían. Así que Fred fue corriendo por el pasillo hasta la habitación, miró por la ventana y vio a Harry cubierto de sangre sobre la hierba. Fred bajó corriendo la escalera y salió al escenario del suicidio, donde Harry se levantó de un salto y le dio un susto de muerte. Habían robado una botella de kétchup de la cafetería esa misma noche. Cuando terminó el curso, a Fred se le estaba cayendo el pelo, no se afeitaba, tenía una pierna insensibilizada y caminaba cojo. El neurólogo no encontró ninguna dolencia clínica. Un año después, de nuevo en su oficina, cogió la baja por discapacidad. Me supo mal por el chico, pero en un aspecto como mínimo los policías nos parecemos mucho a los criminales: tienes que demostrar a todo el mundo lo duro que eres.

Pese a mi actitud desenfadada y con humor, tampoco era inmune, aunque por suerte la mayoría fueron chiquilladas. En una ocasión, mi grupo retiró todos los muebles de mi habitación; otro día, pusieron sábanas cortas en mi cama; y muchas otras veces pegaron celofán en el retrete. Hay que liberar el estrés de alguna manera.

Llegó un punto en que me estaban volviendo loco. Estaba desesperado por huir un rato y, como buenos policías que eran, detectaron el momento con precisión. Llenaron mi MGB con bloques de hormigón, y lo levantaron lo justo del suelo para que las ruedas no tocaran por milímetros. Entré y arranqué el motor, pisé el embrague, puse el coche en marcha y di gas en vano, sin entender por qué no avanzaba. Salí maldiciendo los malditos motores británicos. Abrí el capó, le di patadas a los neumáticos, me tumbé y miré debajo del coche. De pronto se iluminó todo el aparcamiento. Estaban todos en sus coches iluminándome con los faros. Dado que aseguraban que yo les gustaba, volvieron a poner el coche en tierra firme cuando se acabó la diversión.

Los estudiantes extranjeros también recibían su parte. Muchos llegaban con las maletas vacías y se iban a comprar como locos. Recuerdo a un coronel egipcio de alto rango. Le preguntó a un agente de Detroit qué significaba «fuck». (Craso error). El agente le había dicho, con bastante precisión, que era una palabra que servía para todo y que tenía distintos usos según la situación, pero casi siempre era apropiada. Uno de los significados era «bonito» o «elegante».

Así que se va a la tienda PX, se acerca al mostrador de fotografía, señala y suelta:

—Me gustaría comprar esa puta cámara.

La dependienta, horrorizada, dice:

—¿Perdone?

—¡Quiero comprar esa puta cámara!

Otros chicos fueron a explicarle que, aunque el término tenía muchos usos, no se usaba ante mujeres ni niños.

Luego estaba el agente de policía japonés que le preguntó a los demás agentes cuál era el protocolo para saludar a los profesores que uno tiene en gran estima. Así que cada vez que me lo encontraba en el pasillo sonreía, hacía una respetuosa reverencia y me saludaba con un: «Que le den, señor Douglas».

En lugar de molestarme, le devolvía la reverencia, sonreía y le decía: «Que le den a usted también».

En general, cuando los japoneses enviaban a alguien a la Academia Nacional, insistían en enviar a dos alumnos. Al cabo de un tiempo quedaba claro que uno era el superior y el otro el subordinado responsable de pulirle los zapatos, hacerle la cama, limpiarle la habitación y en general ser su sirviente. Una vez, muchos alumnos fueron a ver a Jim Cotter para quejarse de que el superior practicaba kárate y artes marciales dando golpes a su compañero. Cotter llamó aparte al superior, le explicó que en la academia todos los alumnos eran iguales y le comunicó en términos inequívocos que no se toleraría ese tipo de conducta. Solo para demostrar el tipo de barreras culturales que había que superar.

Asistí a las clases de la Academia Nacional y me hice una idea de cómo les enseñaban. Al final del trimestre, en diciembre, tanto la Unidad de Ciencia del Comportamiento como la de Formación me ofrecieron trabajo. El jefe de la unidad de educación se ofreció a financiar más estudios, pero pensé que me interesaba más la ciencia del comportamiento.

Regresé a Milwaukee una semana antes de Navidad, tan seguro de que me iban a dar el puesto en Quantico que Pam y yo compramos un terreno de cinco hectáreas al sur de la academia del FBI en esta localidad. En enero de 1977, la Agencia anunció un estudio de personal que iba a paralizar los traslados de empleados. Ahí entraba mi nuevo trabajo. Me quedé atrapado con ese terreno en Virginia y tuve que pedirle dinero a mi padre para pagarlo, y por si fuera poco aún no tenía ni idea de cuál iba a ser mi futuro en la Agencia.

Pasadas unas semanas, estaba trabajando en un caso con un agente llamado Henry McCaslin cuando recibí una llamada de la sede central informándome de que me iban a trasladar a Quantico en junio para trabajar en Ciencia del Comportamiento.

A los treinta y dos años, iba a ocupar el puesto de Pat Mullany, que se iba al equipo de inspección en la sede central. Eran palabras mayores, un reto que me hacía ilusión. Mi única preocupación real era la gente a la que iba a enseñar. Sabía que podían desarmar a los asesores, incluso a los que les gustaban. No quería ni pensar lo duros que podían ser con los profesores que intentaban enseñarles sus cosas. Había entrado en el baile correcto, pero no estaba seguro de saberme bien la canción. Si les iba a enseñar ciencia del comportamiento, tenía que arreglármelas para eliminar toda

la CC posible. Y si tenía que ser capaz de decirle algo útil a un jefe de policía quince o veinte años mayor que yo, mejor tener la espalda cubierta.

Ese miedo me llevó a la siguiente etapa del viaje.

6
El espectáculo sale de gira

Nueve agentes especiales estaban destinados a Ciencia del Comportamiento cuando en junio de 1977 entré en la unidad; todos principalmente daban clases. El curso más importante que se ofrecía tanto a personal del FBI como a alumnos de la Academia Nacional era el de psicología criminal aplicada. Howard Teten lo había creado en 1972, centrándose en el tema que más preocupa a los detectives y otras personas dedicadas a solucionar crímenes. La idea era intentar que los alumnos comprendieran por qué los criminales piensan y actúan de una determinada manera. Pese a que era popular y útil, el curso se basaba sobre todo en la investigación y las enseñanzas de la disciplina académica de la psicología. Parte del material procedía de la experiencia personal de Teten, y más adelante de la de otros profesores. Sin embargo, en aquella época los únicos que podían hablar desde la autoridad de unos estudios organizados, metódicos y amplios eran los académicos. Muchos de nosotros nos dimos cuenta de que esos estudios, y esa perspectiva profesional, tenían una aplicación limitada en el campo de la defensa de la ley y la detección de crímenes.

Otros cursos que ofrecía la academia eran: Problemas actuales de la policía, que abordaba temas de gestión laboral, sindicatos policiales, relaciones comunitarias y otros temas relacionados; Sociología y psicología, que reproducía el típico currículo universitario de introducción; y Crímenes sexuales, que, por desgracia, solía ser más entretenido que útil o informativo. Según quien impartiera Crímenes sexuales, se tomaba con más o menos seriedad. Uno de los profesores empezó con un muñeco de un anciano pervertido con gabardina. Cuando empujabas hacia abajo la cabeza, se abría la gabardina y aparecía un pene. También enseñaban centenares de fotografías de personas con varios tipos de lo que ahora llamamos «parafilias», pero que en general se conocen simplemente como perversiones: travestidos, diversos fetiches, exhibicionismo, etc. A menudo provocaban una inapropiada risa en el aula. Cuando hablas de voyerismo o muestras a un hombre vestido de mujer, tal vez obtengas unas cuantas risitas con alguna imagen en concreto. Cuando entras en los extremos del sadomasoquismo o la pedofilia, si aún te ríes, algo te pasa a ti, a tu profesor o a ambos. Fueron necesarios muchos años y sensibilización hasta que entraron Roy Hazelwood y Ken Lanning y pusieron el estudio de temas como la violación y la explotación sexual de niños en un nivel serio y profesional. Ahora Hazelwood está jubilado, pero sigue siendo asesor, y Lanning pronto se jubilará. Son dos de los mayores expertos del mundo en sus campos dentro de las fuerzas de la ley.

Pero volvamos a «son los hechos, señora», la época de Hoover. Nadie que tuviera un puesto de autoridad pensaba que lo que se conocería como elaboración de perfiles podía ser una herramienta válida para resolver crímenes. De hecho, la expresión

«ciencia del comportamiento» se habría considerado un oxímoron y sus defensores podrían haber abogado también por la brujería o las visiones. Así que cualquiera que «se aventurara» en ello lo tenía que hacer de manera informal sin que quedara registro alguno. Cuando Teten y Mullany empezaron a ofrecer perfiles de personalidad, se hacía verbalmente, nada en papel. La primera regla siempre era: «No avergüences a la Agencia», y nadie quería documentar algo que te podía explotar en la cara, o en la de tu jefe.

Gracias a la iniciativa de Teten, y basándonos en lo que habíamos aprendido del doctor Brussel en Nueva York, se ofrecían consultas informales a agentes de policía que lo solicitaban, pero no existía un programa organizado ni nadie pensaba que fuera la función que debía desempeñar la Unidad de Ciencia del Comportamiento. Lo que solía ocurrir era que un alumno del curso de la Academia Nacional llamaba a Teten o Mullany para comentar un caso que le causaba problemas.

Una de las primeras fue de un agente de California desesperado por solucionar el caso de una mujer asesinada por múltiples puñaladas. Aparte del salvajismo del asesinato, nada destacaba en concreto, y no había mucho en el ámbito forense. Cuando el agente explicó los pocos datos de que disponía, Teten le recomendó que empezara a buscar en el barrio de la víctima a un solitario un poco fornido y poco atractivo de casi veinte años que hubiera matado a la mujer impulsivamente y ahora luchara con una tremenda culpa y el miedo a ser descubierto. «Cuando vayas a su casa y salga a la puerta —le sugirió Teten—, tú quédate ahí, mírale fijamente y dile: “Ya sabes por qué estoy aquí”. No debería costarte conseguir una confesión».

Dos días después, el agente llamó y le comunicó que habían empezado a llamar sistemáticamente a todas las puertas del barrio. Cuando en una casa contestó un chico que encajaba con el «perfil» de Teten, antes de que el agente pudiera decir la frase ensayada, el joven explotó: «¡De acuerdo, me habéis cogido!».

Aunque en aquella época probablemente parecía que Teten se sacaba conejos de la chistera, el tipo de razonamiento y la situación que describía seguían una lógica. Con los años, hicimos que esa lógica fuera cada vez más rigurosa y acabamos convirtiendo lo que él y Pat Mullany empezaron a hacer en su tiempo libre en un arma importante en la lucha contra los crímenes violentos.

Como suele ocurrir con los avances en un ámbito concreto, este se produjo en gran medida por casualidad. En este caso fue que, como profesor de la Unidad de Ciencia del Comportamiento, sentía que no sabía lo que estaba haciendo y necesitaba una manera de obtener más información de primera mano.

Para cuando llegué a Quantico, Mullany estaba a punto de irse y Teten era el gran gurú. Así que la responsabilidad de domarme recayó en los dos tipos que más se acercaban a mi edad y veteranía: Dick Ault y Bob Ressler. Dick tenía unos seis años más que yo, y Bob unos ocho. Ambos habían realizado trabajo policial en el ejército antes de entrar en la Agencia. La psicología criminal aplicada suponía unas cuarenta horas de clases durante las once semanas del curso de la Academia Nacional. Así que

la manera más eficaz de introducir a un chico nuevo era con «escuelas en la carretera», donde profesores de Quantico enseñaban el mismo tipo de cursos de una forma muy comprimida en academias y departamentos de la policía local de Estados Unidos. Eran muy populares; normalmente había una lista de espera de solicitudes de nuestros servicios, sobre todo de jefes y veteranos que habían hecho todo el curso de la Academia Nacional. Salir con un profesor con experiencia y verlo actuar durante dos semanas era una manera rápida de entender lo que se suponía que deberías hacer, así que empecé a viajar con Bob.

Había una rutina estándar con las escuelas en la carretera. Te ibas de casa un domingo, dabas clases en un departamento o academia desde el lunes por la mañana al viernes por la tarde, después pasabas a la siguiente escuela y volvías a empezar. Al cabo de un tiempo empezabas a sentirte como el protagonista de la película *Shane* o el Llanero Solitario: ibas a la ciudad, hacías lo que podías para ayudar, luego volvías a irte en silencio una vez terminado el trabajo. A veces me daban ganas de dejarles una bala de plata para que se acordaran de nosotros.

Desde el principio me sentí incómodo con lo que resultaba ser enseñar a partir de «habladurías». Un buen número de profesores, yo el primero, no tenían experiencia directa en la gran mayoría de los casos que enseñaban. Así, era como un curso universitario de criminología donde, mayoritariamente el profesor no ha estado nunca en la calle viviendo las cosas de las que habla. Gran parte del curso había evolucionado hacia «batallitas» contadas por los agentes de los casos, luego embellecidas con el tiempo hasta que ya tenían poco que ver con los hechos reales. Para cuando entré en escena, se había llegado al punto de que el profesor hacía una declaración sobre un caso concreto para que luego le contradijera un alumno que había trabajado de verdad en el caso. Lo peor era que el profesor no siempre reculaba y a menudo insistía en que tenía razón, incluso delante de alguien que había estado allí. Ese tipo de técnica y actitud puede hacer que la clase pierda la fe en todo lo demás que digas, conozcas el caso personalmente o no.

Mi otro problema era que solo tenía treinta y dos años y parecía aún más joven. Se suponía que debía dar clases a gente con experiencia, muchos de ellos diez o quince años mayores que yo. ¿Cómo iba a sonar autoritario o enseñarles algo? La mayor parte de mi experiencia de primera mano en investigación de asesinatos había sido amparada por agentes de homicidios con experiencia en Detroit y Milwaukee, y allí iba a decirles a gente como ellos cómo hacer su trabajo. Así que pensé que era mejor saberme bien lo mío antes de enfrentarme a esos tipos, y que lo que no supiera más me valía aprenderlo rápido.

Fui listo. Antes de empezar una sesión preguntaba si alguien en la clase tenía experiencia directa en alguno de los casos o criminales que tenía previsto comentar ese día. Por ejemplo, si iba a hablar de Charles Manson, lo primero que preguntaba era: «¿Hay alguien de la policía de Los Ángeles? ¿Alguien que trabajara en el caso?». Y si había alguien, le pedía que nos diera los detalles de este. Así me aseguraba de no

contradecirle en nada que un participante real supiera.

Aun así, aunque fueras un chico de treinta y dos años recién salido de una sede local, cuando dabas clases en Quantico se suponía que hablabas con la autoridad de la academia del FBI y todos sus impresionantes recursos. Los agentes venían a verme constantemente durante las pausas o, durante los cursos fuera, llamaban a mi habitación de hotel por la tarde pidiendo indicaciones sobre casos activos. «Eh, John, tengo este caso y es parecido al que has comentado hoy. ¿Qué te parece esto?». No había tregua. Y necesitaba cierta autoridad para lo que estaba haciendo, no de la Agencia, sino autoridad personal.

Pero hay un punto en la carretera, como mínimo para mí, en el que te das cuenta de que hay muchas canciones que puedes escuchar, tantos margaritas que beber, tanto tiempo que pasar en una sala viendo la televisión. Para mí ese momento llegó en un bar de cócteles en California a principios de 1978. Bob Ressler y yo estábamos dando un curso en Sacramento. Al día siguiente, conduciendo, comenté que la mayoría de tipos sobre los que dábamos clase aún estaban vivos, y la mayoría estarían encarcelados el resto de sus vidas. Podíamos intentar hablar con ellos, preguntarles por qué lo hicieron, averiguar cómo era a través de su mirada. Podíamos intentarlo. Si no funcionaba, no funcionaba.

Yo tenía fama de ambicioso, y eso no ayudaba a desmentirla a ojos de Bob. Pero accedió a mi locura. El lema de Bob siempre había sido «es mejor pedir perdón que permiso», y lo aplicó también en este caso. Sabíamos que si pedíamos autorización a la sede central, no la conseguiríamos. No solo eso; todo lo que intentáramos hacer a partir de entonces sería vigilado. En todas las burocracias hay que vigilar a los ambiciosos.

California siempre tuvo una parte exagerada de crímenes extraños y espectaculares, así que parecía un buen sitio para empezar. John Conway era un agente especial asignado a la agencia del FBI en San Rafael, al norte de San Francisco. Había tenido a Bob en una clase en Quantico, tenía una relación excelente con el sistema penal y accedió a ejercer de enlace y hacer los preparativos. Sabíamos que necesitábamos tener a alguien de confianza y que confiara en nosotros, porque si ese pequeño proyecto le explotaba a alguien en la cara, habría muchas culpas.

El primer malhechor al que decidimos visitiar fue Ed Kemper, que en ese momento cumplía sus múltiples cadenas perpetuas en la California State Medical Facility de Vacaville, a medio camino entre San Francisco y Sacramento. Habíamos enseñado su caso en la Academia Nacional sin haber tenido nunca contacto personal, así que parecía bueno para empezar. No se sabía si iba a querer vernos o hablar con nosotros.

Los hechos del caso estaban bien documentados. Edmund Emil Kemper II nació el 18 de diciembre de 1948 en Burbank, California. Se crio con dos hermanas menores en una familia disfuncional en la que su madre, Clarnell, y su padre, Ed júnior, se peleaban constantemente y al final se separaron. Cuando Ed tuvo una serie

de conductas «extrañas», entre ellas desmembrar a dos gatos de la familia y jugar a rituales fúnebres con su hermana mayor, Susan, su madre lo envió con su exmarido. Tras escaparse y volver con su madre, lo enviaron a vivir con sus abuelos paternos a una granja remota de California al pie de las Sierras. Allí estaba terriblemente aburrido y solo, apartado de su familia y el pequeño consuelo que el entorno familiar de su colegio le proporcionaba. Allí, una tarde de 1963, ese chico alto y descomunal disparó a su abuela, Maude, con un rifle del calibre 22 y luego la apuñaló varias veces con un cuchillo de cocina. La abuela había insistido en que se quedara a ayudarle con las tareas de la casa en vez de acompañar a su abuelo, al que Ed le tenía más cariño, al campo. Consciente de que el abuelo Ed no consideraría aceptable lo que acababa de hacer, cuando el anciano volvió a casa Ed le disparó también, y dejó el cuerpo en el patio. Cuando la policía le preguntó, él se encogió de hombros y dijo:

—Se me ocurrió cómo me sentiría si disparara a la abuela.

Esa aparente falta de motivación del doble asesinato le valió a Ed el diagnóstico de «trastorno de la personalidad, tipo pasivo-agresivo», y la reclusión en el Atascadero State Hospital para criminales dementes. Lo dejaron libre en 1969 a los veintiún años, contra la opinión de los psiquiatras, y quedó bajo la custodia de su madre, que había dejado a su tercer marido y entonces trabajaba de secretaria en la recién inaugurada Universidad de California en Santa Cruz. Para entonces, Ed medía dos metros y pesaba ciento treinta y cinco kilos.

Durante dos años tuvo todo tipo de trabajos, fue de caza por calles y carreteras en coche y se acostumbró a coger a chicas jóvenes que hacían autoestop. Santa Cruz y su entorno parecía un imán para estudiantes guapas de California, y Kemper se había perdido muchas cosas de la adolescencia. Aunque no lo aceptaron en la patrulla de carreteras, entró en el departamento de tráfico.

El 7 de mayo de 1972 recogió a dos compañeras de habitación del Fresno State College, Mary Ann Pesce y Anita Luchessa. Las llevó a una zona apartada, las apuñaló a las dos y luego se llevó los cadáveres a casa de su madre, donde les hizo fotos con la Polaroid, los diseccionó y estuvo jugando con varios órganos. Luego recogió lo que quedaba en bolsas de plástico, enterró los cuerpos en las montañas de Santa Cruz y ocultó las cabezas en el profundo barranco que había junto a la carretera.

El 14 de septiembre, Kemper recogió a una chica de quince años, Aiko Koo, la asfixió, abusó sexualmente de su cadáver y luego se lo llevó a casa para diseccionarlo. Al día siguiente por la mañana, cuando tenía una de sus visitas periódicas con los psiquiatras que hacían el seguimiento y evaluaban su estado mental, llevaba la cabeza de Koo en el maletero. La entrevista fue bien, y los psiquiatras declararon que ya no era una amenaza para sí mismo ni para los demás y recomendaron que su expediente juvenil fuera secreto. Kemper disfrutó de ese brillante acto simbólico. Demostraba su desprecio hacia el sistema y al mismo tiempo su superioridad. Volvió en coche a la montaña y enterró los pedazos del cuerpo de

Koo cerca de Boulder Creek.

(Cuando Kemper estaba activo, Santa Cruz ostentaba el poco envidiable título de capital mundial de los asesinos en serie. Herbert Mullin, un esquizofrénico paranoide diagnosticado, listo y guapo, mataba hombres y mujeres, según él siguiendo la llamada de unas voces que le decían que ayudara a salvar el medio ambiente. De forma similar, un mecánico de coches solitario de veinticuatro años que vivía en el bosque en las afueras de la ciudad, John Linley Frazier, quemó una casa y mató a una familia de seis miembros como advertencia para los que destrozaban la naturaleza. «El materialismo debe morir o la humanidad parar», fue la nota que dejó en el parabrisas del Rolls Royce de la familia. Parecía que todas las semanas se producía una salvajada).

El 9 de enero de 1973, Kemper recogió a la estudiante de Santa Cruz Cindy Schall, la metió en el maletero a punta de pistola y luego le pegó un tiro. Como se había convertido en costumbre, llevó el cadáver a casa de su madre, tuvo relaciones sexuales con él en la cama, lo diseccionó en el baño, luego puso los restos en una bolsa y los tiró por un precipicio al océano en Carmel. Esta vez su innovación fue enterrar la cabeza de Schall boca arriba en el patio trasero, mirando hacia la ventana del dormitorio de su madre, porque siempre quería que la gente «la respetara».

Para entonces, Santa Cruz era presa del terror del «Asesino de las colegialas». Se recomendó a las chicas jóvenes que no aceptaran subir a coches de desconocidos, sobre todo fuera de los supuestos límites seguros de la comunidad universitaria. Pero la madre de Kemper trabajaba para la universidad, así que llevaba una pegatina de esta en el coche.

Menos de un mes después, Kemper recogió a Rosalind Thorpe y Alice Liu, les disparó a ambas y luego las metió en el maletero. Recibieron el mismo trato que las víctimas anteriores al llegar a casa. Tiró sus cuerpos mutilados al cañón de Eden, cerca de San Francisco, donde los encontraron una semana después.

Su impulso asesino se incrementaba a un ritmo alarmante, incluso para él. Pensó en disparar a todo el mundo del bloque de apartamentos, pero luego lo desestimó. Se le ocurrió una idea mejor, y se dio cuenta de que era lo que siempre había querido hacer. El fin de semana de Pascua, mientras su madre dormía en la cama, Kemper entró en su habitación y la atacó repetidamente con un martillo hasta que murió. A continuación la decapitó y violó su cadáver sin cabeza. Como toque final inspirado, le cortó la laringe y la tiró a la basura. «Me pareció apropiado», le dijo más tarde a la policía, «por haberme aburrido a quejas, gritos y chillidos tantos años».

Pero cuando encendió el interruptor, la basura se atascó y le devolvió la maldita voz. «Incluso muerta, no paraba de quejarse. ¡No pude hacerla callar!».

Luego llamó a Sally Hallett, una amiga de su madre, y la invitó a una cena «sorpresa». Cuando llegó, la golpeó y la estranguló, le cortó la cabeza y dejó el cadáver en su cama y él se fue a dormir a la de su madre. El domingo de Pascua por la mañana se fue en su coche sin rumbo hacia el este. No paraba de escuchar la radio

porque esperaba haberse convertido en una celebridad nacional. Pero no dijeron nada.

En las afueras de Pueblo, Colorado, aturdido y exhausto por falta de sueño, decepcionado porque su gran gesta no hubiera tenido más repercusión, se acercó a una cabina junto a la carretera, llamó a la policía de Santa Cruz y, tras reiterados intentos de convencerles de que decía la verdad, confesó los asesinatos y su identidad de Asesino de las colegialas. Luego esperó con paciencia a que la policía local fuera a recogerlo.

Kemper fue condenado por ocho delitos de asesinato en primer grado. Cuando le preguntaron qué castigo le parecería adecuado, contestó: «Morir torturado».

Pese a que John Conway había hecho los preparativos con los funcionarios de prisiones, decidí que era mejor solicitar entrevistas con los presos «en frío» cuando llegáramos. Aunque eso significaba hacer el viaje sin tener la certeza de lograr una colaboración, me pareció la mejor idea. Nada queda en secreto en una cárcel, y si corría la voz de que un interno tenía relación y estaba hablando con el FBI, sería considerado un chivato o algo peor. Si aparecíamos sin previo aviso, quedaría claro que la población presa que estábamos investigando no tenía un trato ni compromiso anterior. Así que me sorprendió que Ed Kemper accediera a hablar con nosotros. Por lo visto, hacía bastante tiempo que nadie le preguntaba por sus crímenes, y sentía curiosidad por lo que estábamos haciendo.

Entrar en un centro penitenciario de alta seguridad es una experiencia escalofriante, incluso para un agente federal. Lo primero que hay que hacer es entregar la pistola. Es evidente que no quieren armas en las zonas cerradas. El segundo requisito es firmar un documento en que eximes al sistema de prisiones de la responsabilidad si acabas como rehén y entiendes que en ese caso no harán intercambio contigo. Tener a un agente del FBI como rehén podría ser un enorme instrumento de negociación. Una vez cumplidas esas formalidades, Bob Ressler, John Conway y yo fuimos conducidos a una sala con una mesa y sillas a esperar que llegara Ed Kemper.

Lo primero que me impresionó cuando lo trajeron fue lo enorme que era. Sabía que era alto y que en el colegio y el barrio era un marginado social por su tamaño, pero de cerca era gigantesco. Nos podría haber partido en dos con facilidad. Tenía el pelo largo y oscuro y un bigote poblado, y llevaba una camisa de trabajo abierta y una camiseta blanca que dejaba al descubierto una barriga imponente.

Al poco tiempo también quedó patente que Kemper era un chico listo. En los registros de la cárcel figuraba que tenía un coeficiente intelectual de 145, y a veces, durante las muchas horas que pasamos con él, Bob y yo temimos que fuera mucho más listo que nosotros. Había tenido mucho tiempo para pensar en su vida y sus crímenes, y cuando comprendió que habíamos investigado escrupulosamente sus expedientes y lo descubriríamos si nos engañara, se abrió y habló de sí mismo durante horas.

No mostraba una actitud prepotente, arrogante ni con remordimientos o

contrición. Era más bien frío y hablaba bajo, era analítico y un tanto distante. De hecho, a medida que avanzaba la entrevista, a veces costaba intervenir para formular una pregunta. Las únicas ocasiones en que se puso lloroso fue recordando cómo lo trataba su madre.

Tras enseñar psicología criminal aplicada sin saber necesariamente que todo lo que yo decía era cierto, me interesaba la eterna pregunta de si los criminales nacen o se hacen. Pese a que aún no hay una respuesta definitiva y tal vez nunca la haya, mientras escuchaba a Kemper surgieron algunas preguntas fascinantes.

No había duda de que los padres de Ed habían vivido un matrimonio horrible. Nos contó que desde el principio él se parecía mucho a su padre y por eso su madre lo odiaba. Luego su tamaño se convirtió en un problema. Cuando tenía diez años ya era un gigante para su edad, y a Clarnell le preocupaba que abusara de su hermana Susan. Le obligó a dormir en un sótano sin ventanas cerca de la caldera. Todas las noches, a la hora de acostarse, Clarnell cerraba la puerta del sótano y ella y Susan se iban a sus habitaciones arriba. Eso le daba pavor y le hizo sentir un gran resentimiento hacia las dos mujeres. También coincidió con la ruptura definitiva de sus padres. Debido a su tamaño, su timidez y la falta de un modelo en casa con quien identificarse, Ed siempre había sido retraído y «diferente». Cuando se vio encerrado como un preso en el sótano, sintiéndose sucio y peligroso sin haber hecho nada malo, empezaron a florecer sus pensamientos hostiles y asesinos. Fue entonces cuando mató y mutiló a dos gatos de la familia, uno con su navaja y el otro con un machete. Más tarde nos percatamos de que ese rasgo de crueldad de la infancia con los animales pequeños era la clave de lo que acabó conociéndose como «la tríada homicida» junto con la enuresis, o el hecho de mojar la cama más allá de la edad normal, y provocar incendios.

También resultaba triste e irónico que en Santa Cruz la madre de Ed fuera popular tanto entre los gerentes como entre los estudiantes. Era considerada una persona sensible y cariñosa a la que se podía acudir con un problema o para hablar de algo. Pero en casa, trataba a su hijo tímido como si fuera un monstruo.

El mensaje aparente era que él jamás podría salir ni casarse con ninguna de esas universitarias. «Son mucho mejores que tú». Expuesto constantemente a esa actitud, al final Ed decidió cumplir con las expectativas.

A su manera, hay que decir que su madre sí cuidaba de él. Cuando Ed expresó su interés por entrar en la patrulla de carreteras de California, maniobró para eliminar su expediente juvenil con objeto de que el «estigma» de haber matado a sus abuelos no supusiera un impedimento en su vida adulta.

Este deseo de trabajar en la policía era un dato interesante que no paraba de aparecer en nuestros estudios sobre asesinos en serie. Las tres motivaciones más comunes de los violadores y asesinos en serie eran la dominación, la manipulación y el control. Si uno piensa que la mayoría de esos tipos son perdedores rabiosos e inútiles que creen que la vida los ha tratado fatal, y que gran parte de ellos han

experimentado algún tipo de abuso físico o emocional, como Ed Kemper, no es de extrañar que una de sus profesiones imaginarias preferidas sea la de policía.

Un policía representa el poder y el respeto público. Cuando lo llaman, tiene autoridad para hacer daño a los malos por el bien común. En nuestra investigación descubrimos que, aunque pocos agentes de policía cometen crímenes violentos, con frecuencia los agresores en serie no conseguían entrar en los departamentos de policía y trabajaban en campos relacionados, como guardias de seguridad o porteros de noche. Una de las cosas que empezamos a decir en algunos de nuestros perfiles era que el sujeto conducía un vehículo parecido al de la policía, como un Ford Crown Victoria o un Chevrolet Caprice. A veces, como en el caso de los asesinatos de niños de Atlanta, el sujeto había comprado un coche de policía usado.

Aún más común es el «policía aficionado». Una de las cosas que nos dijo Ed Kemper es que frecuentaba bares y restaurantes donde iban policías, a escuchar conversaciones. Eso le hacía sentir que estaba dentro, le daba la sensación indirecta del poder de un policía. Sin embargo, cuando el Asesino de las colegialas se desmadró, tenía línea directa con los avances de la investigación, lo que le permitía anticipar su siguiente movimiento. De hecho, cuando Kemper llamó desde Colorado al final de su larga y sangrienta misión, le costó convencer a los policías de Santa Cruz de que no era una broma de borracho, que el Asesino de las colegialas era su amigo Ed. No obstante, por lo que sabemos, consideramos por defecto la posibilidad de que el sujeto intente entrar en la investigación. Años después, trabajando en los asesinatos de prostitutas de Arthur Shawcross en Rochester, Nueva York, mi colega Gregg McCrary predijo correctamente que el asesino sería alguien que muchos policías conocerían muy bien, que frecuentaba los mismos lugares que ellos y les sacaba información con entusiasmo.

Me interesaba mucho la metodología de Kemper. El hecho de que cometiera esos crímenes repetidamente en la misma zona geográfica general indicaba que estaba haciendo algo «bien», que analizaba lo que hacía y aprendía a perfeccionar la técnica. Hay que tener en cuenta que, para la mayoría de esos tipos, la caza y el asesinato es lo más importante de su vida, su principal «tarea», así que piensan en ello continuamente. Ed Kemper era tan bueno en lo que hacía que cuando en una ocasión lo pararon por un faro posterior roto con dos cadáveres en el maletero, el agente comentó que era muy educado y lo dejó ir con una amonestación. En vez de aterrorizarse por si lo descubrían y lo detenían, para Kemper formaba parte de la emoción. Nos contó con apatía que si el agente hubiera mirado en el maletero, estaba dispuesto a matarlo. Otro día consiguió que un guarda de seguridad de la universidad lo dejara pasar con dos mujeres muertas por heridas de bala en el coche. Ambas estaban envueltas en mantas hasta el cuello, una a su lado en el asiento delantero y la otra en el trasero. Kemper explicó con calma y cierta vergüenza que las chicas estaban borrachas y las llevaba a casa. Lo último era cierto. Y en una ocasión recogió a una mujer que hacía autoestop con su hijo adolescente, con la intención de matarlos

a los dos. Sin embargo, cuando partió vio por el retrovisor que el compañero de la mujer había apuntado la matrícula, así que con toda sensatez llevó a la madre y al hijo a su destino y los dejó allí.

Kemper era tan listo que había supervisado los test de psicología en la cárcel, así que conocía todas las expresiones de moda y te podía hacer un análisis de su comportamiento con todo el detalle psiquiátrico analítico. Todo en los crímenes formaba parte del desafío, del juego, incluso pensar en cómo atraer a las víctimas al automóvil sin levantar sospechas. Nos contó que cuando paraba el coche a una chica guapa, le preguntaba a dónde iba y luego miraba el reloj como si estuviera decidiendo si le daba tiempo. Al pensar que trataba con un hombre ocupado que tenía cosas más importantes que hacer que recoger a autoestopistas, les hacía bajar la guardia y eliminar las dudas. Aparte de hacernos ver su modus operandi como asesino, este tipo de información insinuaba algo esencial: las deducciones normales de sentido común, pistas verbales, lenguaje corporal, etcétera, que utilizamos para evaluar a otras personas y emitir juicios instantáneos no funcionan con los sociópatas. Con Ed Kemper, por ejemplo: recoger a una autoestopista guapa era su máxima prioridad, y pensaba mucho y analíticamente la mejor manera de lograr su objetivo, mucho más de lo que una joven que se encontrara con él por casualidad lo había hecho desde su perspectiva.

Manipulación. Dominación. Control. Son las tres palabras clave de los delincuentes violentos en serie. Todo lo que hacen y piensan va dirigido a ayudarlos a llenar su vida, por lo demás inadecuada.

Probablemente el factor más decisivo en el desarrollo de un violador o asesino en serie es el papel de la imaginación. En el sentido más amplio. Las fantasías de Ed Kemper se desarrollaron pronto, y en todas había una relación entre el sexo y la muerte. Jugaba con su hermana a atarse a una silla como si estuviera en la cámara de gas. Sus fantasías sexuales con otras personas terminaban con la muerte y desmembramiento de la pareja. Debido a sus sentimientos de inadaptación, Kemper no se sentía cómodo con las relaciones normales entre un chico y una chica. No creía que ninguna lo aceptara, así que, en su cabeza, era una compensación. Tenía que poseer del todo a su pareja imaginaria, y en última instancia eso significaba ser dueño de su vida.

—Vivas eran distantes, no compartían nada conmigo —explicó en una confesión ante un tribunal—. Intentaba entablar una relación. Cuando iba a asesinarlas, no tenía nada en la cabeza salvo que iban a ser mías.

Con la mayoría de asesinos de motivación sexual, se produce una progresión de la fantasía a la realidad, a menudo alimentada por la pornografía, la experimentación macabra con animales y la crueldad con sus iguales. Este último rasgo se puede ver como el sujeto que «se venga» de ellos por su maltrato. En el caso de Kemper, se sentía rechazado y atormentado por otros niños por su tamaño y personalidad. Y nos contó que antes de desmembrar a dos gatos de la familia, había robado una muñeca

de su hermana para cortarle la cabeza y las manos, a modo de práctica de lo que pensaba hacer con seres vivos.

En otro nivel, la desbordada imaginación de Kemper lo liberaba de su madre dominante y agresiva, y todo lo que hizo como asesino se puede analizar según ese contexto. No me malinterpretéis, eso no excusa en absoluto lo que hizo. Todo mi bagaje y experiencia me dice que la gente es responsable de lo que hace. Sin embargo, a mi juicio Ed Kemper es un ejemplo de alguien que no nació asesino en serie, sino que se hizo. ¿Habría tenido las mismas fantasías asesinas de haber tenido un hogar más estable y cariñoso? ¿Quién sabe? Pero ¿habría actuado con sus víctimas de la misma manera de no haber sentido esa increíble rabia contra el personaje femenino dominante de su vida? No creo, porque todo el progreso de la carrera de asesino de Kemper puede considerarse un intento de devolvérsela a su querida mamá. Cuando finalmente interpretó el acto final, la obra se acabó.

Era otra característica que veíamos una y otra vez. Rara vez el sujeto dirigía su rabia al origen de su resentimiento. Pese a que Kemper nos contó que entraba de puntillas en la habitación de su madre con un martillo y fantaseaba con clavárselo en el cráneo, tardó por lo menos seis asesinatos antes de reunir el coraje para enfrentarse a lo que realmente quería hacer. Hemos visto muchas otras variantes de este desplazamiento. Por ejemplo, un rasgo común es llevarse algún «trofeo» de la víctima después de asesinarla, como un anillo o un collar. El asesino regalaba ese objeto a su esposa o a su novia, incluso si esa mujer era el «origen» de su rabia u hostilidad. Lo típico es que dijera que lo había comprado en la joyería o lo había encontrado. Luego, al ver que esa persona lo llevaba, revivía la excitación y estimulación del asesinato y reafirmaba mentalmente la dominación y el control, consciente de que podría haber hecho con su pareja lo que hizo con sus desgraciadas víctimas.

En nuestro análisis empezamos a desglosar los componentes de un crimen en elementos como la conducta anterior o posterior a la agresión. Kemper había mutilado a todas sus víctimas, lo que al principio nos hizo pensar que era un sádico sexual. Sin embargo, todas las mutilaciones eran post mortem y no cuando estaban vivas, de manera que no imponía un castigo ni provocaba sufrimiento. Tras escuchar a Kemper durante muchas horas, quedó claro que el desmembramiento era más fetichista que sádico, y tenía más que ver con la parte de posesión de la fantasía.

Pensé que era igual de importante cómo manejaba y se deshacía de los cadáveres. Las primeras víctimas habían sido enterradas con cuidado lejos de casa de su madre. Las últimas, incluida su madre y su amiga, prácticamente las había dejado al aire libre. Eso, junto con que cada vez iba más en coche con cadáveres y partes de los cuerpos, me parecía una burla a la comunidad que él pensaba que se había burlado de él y lo había rechazado.

Acabamos haciendo varias entrevistas largas a Kemper con los años, todas informativas y desgarradoras por los detalles. Teníamos delante a un hombre que

había matado a sangre fría a chicas inteligentes en la flor de la vida. No sería sincero si no admitiera que Ed me caía bien. Era simpático, abierto, sensible y tenía sentido del humor. Me gustaba estar con él, hasta el punto en que esto puede decirse en semejante contexto. No quería que saliera a la calle, y en sus momentos más lúcidos, él tampoco. Pero mis sentimientos personales hacia él, que siguen en vigor, apuntan a una importante reflexión para alguien que trate con agresores violentos repetitivos. Muchos son bastante encantadores, superficiales y hablan bien.

«¿Cómo pudo este hombre hacer algo tan horrible? Tiene que haber algún error o alguna circunstancia atenuante». Eso es lo que uno se repite si hablas con algunos de ellos; no te haces del todo a la idea de la magnitud de sus crímenes. Y por eso engañan tan a menudo a los psiquiatras, jueces y agentes de libertad condicional, un tema que trataremos con más detalle más adelante.

De momento, «si quieres entender al artista, estudia la obra». Es lo que siempre le digo a mi gente. No puedes afirmar que entiendes o aprecias a Picasso sin estudiar sus cuadros. Los asesinos en serie de éxito planifican su obra con el mismo esmero que un pintor planifica su lienzo. Consideran que hacen «arte», y siguen puliéndolo a medida que actúan. Así que parte de mi evaluación de alguien como Ed Kemper procede de conocerlo e interactuar con él en el plano personal. El resto se debe al estudio y la comprensión de su obra.

Las visitas a la cárcel se convirtieron en una práctica habitual siempre que Bob Ressler o yo estábamos dando un curso fuera o conseguíamos el tiempo y la colaboración necesarios. Estuviera donde estuviera, averiguaba qué cárcel o centro penitenciario había cerca o si había «residentes» interesantes.

Cuando llevábamos un tiempo haciéndolo, refinamos nuestra técnica. Por lo general, estábamos atados cuatro días y medio por semana, así que intentaba hacer algunas entrevistas por las tardes y los fines de semana. Por la tarde costaba porque la mayoría de cárceles hacían un recuento tras la cena y no se permitía entrar a nadie en el bloque de celdas después. Sin embargo, con el tiempo entiendes los regímenes penitenciarios y te adaptas a ellos. Descubrí que con un emblema del FBI se puede entrar en la mayoría de cárceles y conocer al director, así que empecé a presentarme sin previo aviso, y a menudo funcionaba mejor. Cuantas más entrevistas hacía, más seguro empecé a sentirme sobre lo que enseñaba y decía a los policías veteranos. Por fin tenía la sensación de que mis clases contaban con una base real, que no estaba solo reciclando batallitas de los que las habían experimentado de verdad.

Esas entrevistas no necesariamente ofrecían una visión profunda de sus crímenes y psiques. Muy pocas lo tenían, incluso con alguien tan listo como Kemper. Gran parte de lo que nos contaban reproducía su testimonio en el juicio o declaraciones que habían hecho muchas veces antes. Su interpretación requería mucho trabajo y una amplia revisión por nuestra parte. Sin embargo, las entrevistas nos permitían ver

cómo funcionaba la mente del agresor, sentirlos, empezar a ponernos en su lugar.

Durante las primeras semanas y meses de nuestro programa de investigación informal, conseguimos entrevistar a más de media docena de asesinos y homicidas potenciales. Entre ellos el asesino frustrado de George Wallace, Arthur Bremmer (centro penitenciario de Baltimore); Sarah Jane Moore y Lynette «Squeaky» Fromme, ambas habían intentado matar al presidente Ford (Alderson, West Virginia), y el gurú de Fromme, Charles Manson, en San Quintín, junto a la bahía de San Francisco y la roca de Alcatraz.

Todo el mundo en el cuerpo estaba interesado en Manson. Habían pasado diez años desde el cruel asesinato de Tate y LaBianca en Los Ángeles, y Manson seguía siendo el preso más famoso y temido del mundo. El caso se enseñaba con regularidad en Quantico y, aunque los hechos estaban claros, no me daba la sensación de que hubiéramos entendido bien qué movía a ese tipo. No sabía qué esperar de él, pero pensé que alguien que había manipulado tan bien para que otros cumplieran su voluntad sería un sujeto importante. Bob Ressler y yo lo conocimos en una pequeña sala fuera del principal bloque de celdas de San Quintín. Había ventanas de cristal reforzado en tres lados, el tipo de sala creada para los presos y sus abogados.

Mi primera impresión de Manson fue diametralmente opuesta a la que me dio Ed Kemper. Tenía los ojos desorbitados y alerta, y unos ademanes inquietantes, espasmódicos. Era mucho más bajo y flaco de lo que había imaginado, no más de uno sesenta. ¿Cómo podía un tipo bajito de aspecto tan débil ejercer semejante influencia en su célebre «familia»?

La respuesta llegó cuando nos sentamos en una silla colocada en la cabecera de la mesa para que pudiera mirarnos desde arriba cuando nos hablaba. En nuestra extensa preparación de la entrevista había leído que solía sentarse encima de una gran losa en la arena del desierto cuando se dirigía a sus discípulos para potenciar su estatura física y sus sermones en general. Nos dejó claro desde el principio que, pese al juicio celebrado y la amplia cobertura, no entendía por qué estaba en la cárcel. Al fin y al cabo, no había matado a nadie. Se consideraba más bien un cabeza de turco social, el símbolo inocente del lado oscuro de Estados Unidos. La esvástica que se había grabado en la frente durante los juicios había palidecido pero todavía era visible. Aún estaba en contacto con sus seguidoras en otras cárceles a través de terceros colaboradores.

En un sentido por lo menos se parecía mucho a Ed Kemper y a tantos otros hombres con los que habíamos hablado: también había tenido una infancia y una educación terribles, si es que esos dos términos se pueden usar para describir el pasado de Manson.

Charles Milles Manson nació en Cincinnati en 1934 como hijo ilegítimo de una prostituta de dieciséis años llamada Kathleen Maddox. Su apellido era una pura deducción de Kathleen sobre cuál de sus amantes era el padre. Ella entraba y salía de la cárcel, y dejó a Charlie con una tía religiosa y un tío sádico que lo llamaba marica,

lo vistió con ropa de niña para su primer día en el colegio y lo retaba a «comportarse como un hombre». A los diez años vivía en la calle, salvo sus estancias en varias residencias y reformatorios. Duró cuatro días en la Ciudad de los Muchachos del padre Flanagan.

Su juventud estuvo marcada por una serie de atracos, falsificaciones, trabajos de proxeneta, agresiones y reclusiones en instituciones cada vez más duras. El FBI lo había investigado por transportar coches robados entre estados. Salió en libertad condicional de su última estancia en prisión en 1967, justo a tiempo para el «verano del amor». Se fue al distrito Haight-Ashbury de San Francisco, el imán de la costa oeste para el flower power y el sexo, las drogas y el rock and roll. Buscando sobre todo que lo llevaran en coche sin pagar, Manson pronto se convirtió en un gurú carismático para la generación inconformista que aún eran adolescentes o veinteañeros. Tocaba la guitarra y hablaba con verdades elípticas a chicos desilusionados. Pronto vivía gratis, con todo el sexo y estimulantes ilegales que quería. En torno a él se reunió una «familia» de seguidores de ambos sexos, que a veces llegaron a ser hasta cincuenta. Uno de sus servicios a la comunidad era predicar su visión del apocalipsis inminente y la guerra de razas, que daría el triunfo a la Familia y a él el control. El texto era «Helter Skelter», del *White Album* de los Beatles.

La noche del 9 de agosto de 1969, cuatro miembros de la familia Manson, encabezados por Charles «Tex» Watson, irrumpieron en la aislada casa del director Roman Polanski y su esposa, la actriz Sharon Tate, en 10050 Cielo Drive de Beverly Hills. Polanski estaba de viaje de trabajo, pero Tate y cuatro invitados (Abigail Folger, Jay Sebring, Voytek Frykowski y Steven Parent) fueron brutalmente asesinados en una orgía depravada con eslóganes pintarrajeados en las paredes y en los cadáveres de las víctimas con su propia sangre. Sharon Tate estaba embarazada de casi nueve meses.

Dos días después, supuestamente instigados por Manson, seis miembros de la Familia asesinaron y mutilaron al empresario Leno LaBianca y su esposa, Rosemary, en su casa en el distrito de Silver Lake en Los Ángeles. Manson no participó, pero después fue a la casa cuando hubo jaleo. La posterior detención de Susan Atkins por prostitución, que había participado en ambos asesinatos y provocado un incendio en un tramo de autopista, acabaron llevando a la Familia a los juicios tal vez más celebrados de la historia de California, como mínimo hasta el esperpento de O. J. Simpson. En dos procedimientos distintos, Manson y varios seguidores fueron condenados a muerte por los asesinatos de Tate y LaBianca y otros, entre ellos el asesinato y mutilación de Donald «Shorty» Shea, un doble de acción y seguidor de la Familia sospechoso de estar chivándose a la policía. Cuando se revocaron las leyes de la pena de muerte en el estado, las sentencias fueron reducidas a cadena perpetua.

Charlie Manson no era el asesino en serie habitual. De hecho, se dudaba de si realmente había asesinado a alguien con sus propias manos. Sin embargo, no había

duda de su pasado horrible, así como de los horrores que habían cometido sus seguidores a instancias de él y en su nombre. Yo quería saber cómo alguien se convierte en este mesías satánico. Tuvimos que tragarnos horas de filosofadas y divagaciones, pero cuando lo presionamos para que nos diera detalles y procuramos saltarnos las tonterías, empezó a surgir una imagen.

Charlie no pretendía ser un gurú oscuro. Su objetivo era la fama y la fortuna. Quería ser batería y tocar para un grupo de rock famoso como los Beach Boys. Obligado a vivir de su ingenio toda su vida, sabía estudiar a la gente que conocía y detectar rápidamente qué podían hacer por él. Habría sido excelente en mi unidad evaluando los puntos fuertes y las debilidades psicológicas de un individuo y elaborando estrategias para atrapar a un asesino.

Cuando llegó a San Francisco después de su libertad condicional, vio a hordas de chicos confundidos, ingenuos e idealistas que lo admiraban por su experiencia vital y la aparente sabiduría que trasmitía. Muchos de ellos, sobre todo las chicas jóvenes, habían tenido problemas con sus padres y se identificaban con el pasado de Charlie, y él tenía la suficiente astucia para saber escogerlas. Se convirtió en una figura paternal que podía llenar sus vidas vacías con sexo y la iluminación de las drogas. No se puede estar en la misma sala con Charlie Manson y que no te afecten sus ojos, profundos y penetrantes, salvajes e hipnóticos. Sabía de lo que eran capaces sus ojos y el efecto que podían tener. Nos contó que había pasado la primera parte de su vida intentando evitar palizas, y con su baja estatura no tenía manera de ganar un enfrentamiento físico. Así que lo compensaba invocando la fuerza de su personalidad.

Lo que predicaba tenía sentido: la contaminación está arruinando el medio ambiente, los prejuicios raciales son feos y destructivos, el amor está bien y el odio mal. Pero una vez tenía a esas almas perdidas bajo su influencia, instituyó un sistema ilusorio muy estructurado que le daba el control absoluto de sus mentes y cuerpos. Usaba la falta de sueño, el sexo, el control de la comida y las drogas para lograr la dominación total, como se hace con los prisioneros de guerra. Todo era blanco o negro y solo Charlie conocía la verdad. Rasgaba su guitarra y repetía su sencillo mantra una y otra vez: solo Charlie podía redimir a esta sociedad enferma y podrida.

La dinámica básica de liderazgo y la autoridad de grupo que Manson nos describió la vimos en repetidas ocasiones a lo largo de los años en tragedias posteriores de dimensiones parecidas. El poder y la comprensión de personas inadecuadas que poseía Manson sería recuperada por el reverendo Jim Jones y el suicidio en masa de su rebaño en Guyana, y de nuevo por David Koresh en la urbanización de los davidianos en Waco, Texas, por nombrar solo dos. Y pese a las evidentes diferencias entre esos tres hombres, lo que los une es impactante. Lo que entendimos hablando con Manson y sus seguidores nos ayudó a comprender a Koresh y sus acciones, así como otros cultos.

En el fondo, el tema de Manson no era su visión mesiánica sino el simple control. Los sermones de «Helter Skelter» eran una manera de mantener el control mental.

Sin embargo, como vio Manson, a menos que puedas ejercer ese control sobre tu rebaño las veinticuatro horas del día, te arriesgas a perderlo. David Koresh se dio cuenta y reunió a sus devotos en una fortaleza rural de donde no podían salir ni estar fuera de su influencia.

Tras escuchar a Manson, creo que no planeó los asesinatos de Sharon Tate y sus amigos, ni pretendía llevarlos a cabo, sino que, de hecho, perdió el control de la situación y sus seguidores. La elección del lugar y sus víctimas fue en apariencia arbitraria. Una de las chicas de Manson había estado allí y pensó que había dinero. Tex Watson, el guapo estudiante típico de Estados Unidos, buscaba subir en la jerarquía y competir con Charlie en influencia y autoridad. Colocado como el resto de LSD, y tras haber entrado en el nuevo mañana del líder, Watson fue el asesino principal y dirigió la misión a casa de Tate y Polanski, animando a los demás en las últimas salvajadas.

Luego, cuando esos inadaptados regresaron y le contaron a Charlie lo que habían hecho, que había empezado el apocalispsis, ya no podía echarse atrás y decirles que le habían tomado demasiado en serio. Eso destruiría su poder y autoridad. Así que tenía que reafirmarse, como si hubiera planeado el crimen y sus secuelas, y los llevó a casa de LaBianca para volver a hacerlo. Sin embargo, cabe destacar que cuando le pregunté a Manson por qué no había ido a participar en los asesinatos, explicó, como si fuéramos tontos, que en ese momento estaba en libertad condicional y no podía arriesgar su libertad violándola.

Así, por la información general y las entrevistas que le hicimos a Manson, creo que, aunque hacía que sus seguidores hicieran lo que necesitara, ellos, a su vez, le obligaban a hacer lo que necesitaban y le forzaban a cumplirlo.

Cada tantos años, Manson pide la libertad condicional y siempre se la deniegan. Sus crímenes tuvieron demasiada publicidad para que la junta que concedía la libertad condicional le diera una oportunidad. Yo tampoco lo quiero fuera. Pero si en algún momento lo dejaran en libertad, sabiendo lo que sé de él, no esperaría que fuera una amenaza violenta grave como muchos de esos tipos. Sospecho que se iría al desierto a vivir, o intentaría sacar tajada de su popularidad. Pero no creo que matara. La mayor amenaza serían los perdedores mal informados que se sentirían atraídos y lo proclamarían su dios y líder.

Tras diez o doce entrevistas en la cárcel, cualquier observador con una inteligencia razonable vería que estábamos llegando a algo. Por primera vez podíamos establecer una relación entre lo que pasaba por la cabeza de un agresor y las pruebas que dejaba en el escenario del crimen.

En 1979 habíamos recibido unas cincuenta solicitudes de perfiles, que los profesores intentaban gestionar entre sus responsabilidades como docentes. El año siguiente, la carga de trabajo se había duplicado, igual que el año siguiente. Para

entonces yo ya no daba tantas clases y era el único en la unidad que se dedicaba a tiempo completo al trabajo operativo. Aún hacía presentaciones en la Academia Nacional y clases de agentes según me permitía mi agenda, pero, a diferencia de otros, para mí las clases eran secundarias. Trabajaba prácticamente en todos los casos de homicidio que entraban en la unidad y los casos de violación que Roy Hazelwood no pudiera dirigir por exceso de trabajo.

Lo que había sido un servicio informal sin autorización oficial se estaba convirtiendo en una pequeña institución. Me apoderé del recién creado título de «director del programa de perfiles de personalidad criminal» y empecé a trabajar con las sedes locales para coordinar la presentación de casos de los departamentos de policía local.

En un momento dado, estuve en el hospital una semana o así. Mis heridas de fútbol americano y boxeo me estaban molestando en la nariz, y cada vez me costaba más respirar, así que me ingresaron para que me enderezaran el tabique torcido. Recuerdo estar tumbado casi sin ver y que entrara un agente y me dejara veinte expedientes de casos en la cama.

Íbamos aprendiendo con cada nuevo encuentro en prisión, pero tenía que haber una manera de organizar la investigación informal para convertirla en un marco sistematizado y útil. Ese avance llegó de la mano de Roy Hazelwood, con quien colaboraba en un artículo sobre el asesinato con motivación sexual para el boletín del FBI. Roy había investigado con la doctora Ann Burgess, profesora de enfermería de salud mental psiquiátrica en la escuela de enfermería de la Universidad de Pensilvania y subdirectora de investigación de la misma especialidad para el Departamento de Salud y Hospitales de Boston. Burgess era una autora prolífica y ya muy conocida como una de las principales autoridades del país en violación y sus consecuencias psicológicas.

Roy la llevó a la Unidad de Ciencia del Comportamiento, nos la presentó a Bob y a mí y le explicó lo que estábamos haciendo. Quedó impresionada y nos dijo que pensaba que teníamos la oportunidad de hacer un tipo de investigación que nunca se había hecho en ese campo. Pensaba que podía ayudar a entender la conducta criminal igual que el *DSM,* el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales,* había contribuido a entender y organizar los tipos de enfermedad mental.

Acordamos trabajar juntos, y Ann solicitó y finalmente obtuvo una beca de cuatrocientos mil dólares del Instituto Nacional de Justicia. El objetivo era entrevistar de forma exhaustiva a entre treinta y seis y cuarenta presos y ver a qué conclusiones llegábamos. Con nuestra información, Ann desarrolló un instrumento de cincuenta y siete páginas a rellenar en cada entrevista. Bob administraría la beca y sería el enlace con el INJ, y él y yo, con ayuda de los agentes sobre el terreno, íbamos a las cárceles y nos enfrentábamos a los sujetos. Describíamos la metodología de cada crimen y su correspondiente escenario, y estudiábamos y documentábamos la conducta anterior y posterior a la agresión. Ann analizaba los números y nosotros apuntábamos los

resultados. Esperábamos que el proyecto tardara unos tres o cuatro años.

En ese momento, el análisis de investigación criminal entró en la era moderna.

7
El corazón de las tinieblas

La pregunta lógica que se plantea es: ¿por qué iban a colaborar los presos convictos con agentes federales? Al inicio del proyecto nos lo preguntamos. No obstante, la abrumadora mayoría de las personas a las que nos dirigimos a lo largo de los años accedieron a hablar con nosotros, por una serie de razones.

Algunos sienten una preocupación auténtica por sus crímenes y creen que colaborar en un estudio psicológico es una manera de enmendarlo parcialmente, además de entenderse mejor a sí mismos. Creo que Ed Kemper pertenece a esta categoría. Otros, como he dicho, son policías y agentes de la ley aficionados que disfrutan con el mero hecho de estar cerca de policías y agentes del FBI. Algunos creen que pueden obtener algún beneficio por colaborar con las «autoridades», aunque nunca hemos prometido nada a cambio. Algunos se sienten ignorados y olvidados y solo quieren la atención y el respiro del aburrimiento que representa una visita nuestra. Y algunos simplemente agradecen la oportunidad de revivir sus fantasías asesinas con detalles gráficos.

Queríamos oír lo que esos hombres tenían que contarnos, pero sobre todo nos interesaban varias preguntas básicas, que enumeramos en un artículo en el que explicábamos los objetivos del estudio en el número de septiembre de 1980 del *FBI Law Enforcement Bulletin*:

1. ¿Qué lleva a una persona a convertirse en agresor sexual y cuáles son las señales de alerta?
2. ¿Qué sirve para animar o inhibir la comisión de esas agresiones?
3. ¿Qué tipo de respuesta o estrategias pueden funcionar a una posible víctima con qué tipo de agresor sexual para evitar el abuso?
4. ¿Cuáles son las consecuencias para su peligrosidad, pronóstico, disposición y trato?

Para que el programa fuera evaluable, entendimos que debíamos estar muy preparados y ser capaces de filtrar al instante lo que nos contaba cada uno. Si eres razonablemente inteligente, como muchos de esos tipos, vas a encontrar una debilidad en el sistema que aprovechar. Por naturaleza, la mayoría de asesinos en serie son buenos manipuladores. Si en tu caso ayuda ser inestable mentalmente, puedes ser inestable mentalmente. Si conviene a tu caso que sientas remordimientos y arrepentimiento, puedes mostrarte con resentimientos y arrepentido. Pero fuera cual fuera la que les pareciera la mejor forma de comportarse, me daba la sensación de que la gente que accedía a hablar con nosotros eran todos parecidos. No tenían otra cosa en que pensar, así que invertían mucho tiempo en pensar en sí mismos y lo que habían hecho y podían reproducirlo con todo lujo de detalles. Nuestra tarea era saber lo suficiente de ellos y sus crímenes con antelación para asegurarnos de que nos

contaban la verdad, porque también habían tenido tiempo suficiente para crear escenarios alternativos que los hacía mucho más empáticos o inocentes de lo que el expediente indicaba.

En muchas de las primeras entrevistas, tras oír la historia de nuestro preso me daban ganas de volverme hacia Bob Ressler o quien estuviera conmigo y decirle: «¿Podría ser un error? Tenía una respuesta sensata para todo. Me pregunto si realmente cogieron al tipo correcto». Así que lo primero que hacíamos al volver a Quantico era comprobar el expediente y ponernos en contacto con la policía local para pedir el archivo policial y asegurarnos de que no era un horrible error de la justicia.

Criado en Chicago, Bob Ressler sintió miedo e intriga ante el asesinato de Suzanne Degnan, de seis años, que había sido secuestrada de su casa y asesinada. Se descubrió su cadáver cortado en pedacitos en las alcantarillas de Evanston. Al final detuvieron a un joven llamado William Heirens, que confesó el asesinato de otras dos mujeres en un edificio de apartamentos cuando algunos robos se le fueron de las manos. En uno de ellos, el asesinato de Frances Brown, había escrito en la pared con el pintalabios de la víctima:

Por el amor de Dios,
Atrapadme
Antes de que siga matando
No puedo controlarme

Heirens atribuyó los asesinatos a George Murman (probablemente una abreviatura de «murder man»), que según él vivía en su interior. Bob ha dicho que el caso de Heirens fue probablemente una de sus primeras motivaciones para hacer carrera en las fuerzas de la ley.

Una vez creado y en marcha el proyecto de investigación de personalidad criminal, Bob y yo fuimos a entrevistar a Heirens a la cárcel de Statesville en Joliet, Illinois. Llevaba encarcelado desde su condena en 1946, y durante todo ese tiempo había sido un preso modelo, el primero en el estado en obtener un título universitario. Luego pasó a hacer un posgrado.

Cuando lo entrevistamos, Heirens negaba cualquier tipo de relación con los crímenes y traía su discurso aprendido. Tenía respuesta para todas nuestras preguntas, insistió en que tenía coartada y no estaba cerca de ninguno de los escenarios del crimen. Fue tan convincente y yo estaba tan preocupado por si se había producido un enorme error de la justicia que, cuando llegamos a Quantico, saqué los archivos del caso. Además de la confesión y otras pruebas irrefutables, descubrí que sus huellas se habían encontrado en el escenario del crimen de Degnan. Sin embargo, Heirens había pasado tanto tiempo en su celda pensando y dándose todas las respuestas que, si lo pusieran ante un polígrafo, probablemente habría pasado sin problemas.

Richard Speck, que cumplía varias cadenas perpetuas consecutivas por el asesinato de ocho estudiantes de enfermería en una casa al sur de Chicago en 1966, dejó claro que no quería que lo metieran en el mismo grupo que los demás asesinos que estábamos estudiando. «No quiero estar en esa lista con ellos», me dijo. «Esa gente está loca. Yo no soy un asesino en serie». No negaba lo que había hecho, solo quería que supiéramos que no era como ellos.

En un nivel clave, Speck tenía razón. No era un asesino en serie, que mata repetidamente con un ciclo emocional o un período de descanso entre sus crímenes. Él era lo que yo llamaba un «asesino en masa», que mata más de dos veces como parte de un mismo acto. En el caso de Speck, fue a la casa a robar, intentaba conseguir dinero para irse de la ciudad. Cuando Corazon Amurao, de veintitrés años, abrió la puerta, entró a la fuerza con una pistola y un cuchillo y dijo que solo iba a atarla a ella y a sus cinco compañeras de piso y robarles. Las metió a todas en un dormitorio. Durante la hora siguiente llegaron tres mujeres más de una cita o de estudiar en la biblioteca. Cuando las tuvo a todas en su poder, Speck, por lo visto, cambió de opinión y acabó en un frenesí de violación, estrangulamiento, puñaladas y cortes. Solo sobrevivió Amurao, que estaba acurrucada muerta de miedo en un rincón. Speck había perdido la cuenta.

Cuando se fue, ella salió al balcón y pidió ayuda. Dijo a la policía que el agresor tenía un tatuaje que decía «Born to Raise Hell» en el antebrazo izquierdo. Cuando Richard Franklin Speck se presentó en un hospital de la zona una semana después tras un intento de suicidio frustrado, lo identificaron por el tatuaje.

Dado la descarada brutalidad de su crimen, Speck había sido objeto de todo tipo de especulaciones en la comunidad médica y psicológica. Al principio se anunció que Speck padecía un desequilibrio genético, un cromosoma masculino (Y) adicional, lo que se consideró que aumentaba la conducta agresiva y antisocial. Esas modas vienen y van con cierta frecuencia. Hace más de un siglo, los conductistas de la época usaban la frenología, el estudio de la forma del cráneo, para predecir el carácter y la capacidad mental. Más recientemente, se consideraba que un electroencefalograma donde apareciera un patrón repetido de catorce y seis picos era prueba de un trastorno de la personalidad grave. El jurado aún sigue pensando en lo del XYY, pero es un hecho indiscutible que muchos hombres tienen esa composición genética y no muestran una agresividad extraordinaria ni una conducta antisocial. Y para rematar, cuando se hizo un estudio detallado sobre Richard Speck, se encontró que su composición genética era perfectamente normal y no tenía un cromosoma Y adicional.

Speck, que falleció en la cárcel de un ataque al corazón, no quería hablar con nosotros. Fue uno de los casos habituales en los que nos habíamos puesto en contacto con el director, que accedió a dejarnos entrar, pero no creía que fuera buena idea que Speck supiera de nuestra visita con antelación. Cuando llegamos, coincidimos. Lo oímos gritar y maldecir desde un centro de detención adonde nos llevaron para que

viéramos su celda. Los otros presos estaban locos de simpatía por él. El director quería enseñarnos el tipo de pornografía que guardaba Speck, pero él protestaba con furia por aquella violación de su espacio. Los presos odiaban todo lo que pareciera un registro. Sus celdas era lo único parecido a la intimidad que les quedaba. Mientras caminábamos por el bloque de celdas de tres filas en Joliet, con las ventanas rotas y pájaros volando cerca del techo, el director nos advirtió que nos mantuviéramos en el centro para que los presos no pudieran alcanzarnos con orina o heces.

Al ver que no nos llevaba a ninguna parte, le susurré al director que siguiéramos caminando por el pasillo sin parar en la celda de Speck. Con las pautas para las entrevistas a sujetos en vigor hoy en día, tal vez no podríamos habernos presentado sin previo aviso. De hecho, todo el estudio de personalidad del criminal sería mucho más difícil de llevar a cabo ahora.

A diferencia de Kemper o Heirens, Speck no era precisamente un preso modelo. Una vez construyó y escondió un rudimentario destilador en miniatura que puso en el fondo de un cajón falso en el escritorio de madera del guardia del bloque de celdas. Apenas producía alcohol, lo justo para generar el olor y hacer que los guardias se volvieran locos buscándolo. En otra ocasión, encontró un gorrión herido que había entrado volando por una de las ventanas rotas y lo cuidó hasta que estuvo sano. Cuando se pudo tener en pie, le ató una cuerda a una pata y se lo colgó del hombro. En un momento dado, un guardia le dijo que no se permitían mascotas.

—¿No puedo tenerlo? —le retó Speck; luego se acercó a un ventilador y lanzó al pajarito dentro.

Horrorizado, el guardia dijo:

—Pensaba que te gustaba ese pájaro.

—Sí, pero si no lo tengo yo, no lo tendrá nadie.

Bob Ressler y yo lo conocimos en una sala de entrevistas de Joliet, acompañado de su asesor en prisión, algo parecido al tutor en el instituto. Como Manson, Speck escogió la cabecera de la mesa y se sentó en un aparador para estar por encima de nosotros. Empecé contándole a Speck lo que queríamos hacer, pero no hablaba con nosotros, solo despotricaba contra «el puto FBI» que quería ver su celda.

Cuando veo a esos tipos, cuando me siento con ellos en una sala de visitas de una cárcel, lo primero que intento hacer es visualizar su aspecto y cómo sonarían cuando cometían los crímenes. Me he preparado con todos los archivos de casos para saber lo que había hecho cada uno y de qué era capaz, y lo que tengo que hacer es proyectarlo en el individuo que tengo sentado enfrente.

Cualquier interrogatorio de tipo policial es una seducción: cada parte intenta seducir a la otra para llevársela a su terreno. Hay que evaluar al entrevistado antes de saber cómo abordarlo. Con ira o juicio moral no se consigue nada. («¡Eres una bestia sádica! ¿Te comiste un brazo?»). Tienes que decidir qué le va a llamar la atención. Con algunos, como Kemper, puedes ser directo y natural, siempre y cuando dejes claro que conoces los datos y no te pueden engañar.

Estábamos allí sentados en la sala de reuniones y Speck haciendo el número de ignorarnos, así que me dirigí al asesor. Era un hombre abierto y sociable, experimentado en difuminar la hostilidad, una de las cualidades que buscamos en los negociadores con rehenes. Le hablaba de Speck como si no estuviera en la sala.

—¿Sabes qué hizo, tu protegido? Mató a ocho tías. Y algunas de esas tías estaban bastante bien. Nos quitó ocho buenos culos al resto, ¿a ti te parece justo?

A Bob le incomoda claramente. No quiere ponerse al nivel del asesino, y es delicado para mofarse de la muerte. Por supuesto, estoy de acuerdo, pero en situaciones como esta creo que se hace lo que hay que hacer.

El asesor me contestaba en tono parecido y estuvimos así un rato. Pareceríamos chicos de instituto en las taquillas si no estuviéramos hablando de víctimas de asesinato, que cambia el tono de inmaduro a grotesco.

Speck estuvo escuchando un rato, soltó una risita y dijo:

—Estáis locos. Tiene que ser una fina línea la que os separa de mí.

Con esa introducción me dirigí a él:

—¿Cómo demonios te tiraste a ocho mujeres a la vez? ¿Qué comes para desayunar?

Nos miró como si fuéramos un par de palurdos inocentes.

—No me las tiré a todas. Esa historia se salió de madre. Solo me tiré a una.

—¿A la del sofá? —pregunté.

—Sí.

Por duro y asqueroso que suene todo esto, estaba empezando a contarme algo. En primer lugar, por muy hostil y agresivo que sea, no tiene pinta de macho. Sabía que no podía controlar a todas las mujeres a la vez. Era un oportunista, iba a violar a una porque sí. Y, a juzgar por las fotografías del escenario del crimen, sabíamos que la elegida estaba boca abajo en el sofá. Para él ya era un cuerpo despersonalizado. No tenía por qué tener ningún contacto humano con ella. También vimos que no era un pensador sofisticado ni organizado. No hacía falta mucho para que lo que habría sido un robo relativamente sencillo degenerara en aquel asesinato en masa. Admitió que mató a las mujeres no por el frenesí sexual, sino para que no pudieran identificarlo. Cuando las jóvenes enfermeras llegaron a casa, metió a una en el dormitorio y a la otra en el armario, como si encerrara a caballos en el establo. No tenía ni idea de cómo llevar la situación.

Resulta interesante que también afirmara que la herida que acabó con él en el hospital y luego con su detención no fue causada por un intento de suicidio, sino consecuencia de una pelea de bar. Sin entender necesariamente la importancia de lo que estaba diciendo, nos estaba contando que quería que pensáramos en él como el macho «nacido para crear el infierno» en vez de un patético perdedor cuya única salida es el suicidio.

Mientras escuchaba, empezaba a darle vueltas a esa información en la cabeza. No solo me estaba diciendo algo sobre Speck, sino sobre ese tipo de crimen. En otras

palabras, cuando viera escenarios parecidos en un futuro, iba a entender mejor al tipo de individuo responsable. Y eso, por supuesto, era el principal objetivo del programa.

Cuando procesamos los datos del estudio, intenté huir de la jerga y expresiones académicas y psicológicas y emplear más conceptos claros que pudiera usar el personal de las fuerzas de la ley. Decirle a un detective local que está buscando a un esquizofrénico paranoide puede tener un interés intelectual, pero no le dice mucho de utilidad para atraer al sujeto. Una de las distinciones clave que descubrimos era si un agresor era organizado o desorganizado, o mostraba un patrón mixto. La gente como Speck empezaba a darnos un patrón de agresor desorganizado.

Speck me contó que tuvo una infancia difícil. La única vez en que diría que le tocamos la fibra fue cuando le pregunté por su familia. A los veinte años contaba ya con casi cuarenta detenciones y se había casado con una chica de quince años, con quien tuvo un hijo. La dejó cinco años después, furioso y amargado, y nos dijo que simplemente nunca se decidió a matarla. Sí mató a muchas otras mujeres, incluida una camarera en un bar sórdido que rechazó sus insinuaciones. También robó y atacó a una mujer de sesenta y cinco años unos meses antes de asesinar a las enfermeras. Aunque todo vale lo mismo, la brutal violación de una anciana nos indica que, posiblemente ya de adolescente, no tenía mucha experiencia, seguridad o sofisticación. Speck tenía veintiséis años cuando se produjo la violación. A medida que avanza la edad del agresor en la ecuación, su sofisticación y seguridad en sí mismo disminuyen de manera proporcional. Esa impresión me daba Richard Speck. Pese a tener veintitantos años, su nivel de conducta, incluso para un criminal, era de adolescente tardío.

El director quería enseñarme algo más antes de irnos. En Joliet, como en otras cárceles, se estaba llevando a cabo un experimento psicológico para ver si los colores pastel reducían la agresividad. Había bastantes teorías académicas que lo respaldaban. Incluso pusieron a campeones de levantamiento de peso de la policía en salas pintadas de rosa o amarillo y comprobaron que no podían levantar el mismo peso que antes.

El director nos llevó a una sala al final del bloque de celdas y nos dijo:

—Se supone que esa pintura rosa debería eliminar la agresividad de un agresor violento. Si los pones en una sala como esta, se supone que se vuelven muy tranquilos y pasivos. Mira dentro de esta sala, Douglas, y dime lo que ves.

—Veo que no hay mucha pintura en las paredes —comenté.

Me contestó:

—Sí, es verdad. A los chicos no les gustan esos colores. Pelan la pintura de la pared y se la comen.

Jerry Brudos era un fetichista de los zapatos. Si eso fuera todo, no habría problema. Pero, debido a una serie de circunstancias, incluida una madre castigadora y

dominante y sus propias obsesiones, fue mucho más allá: de algo ligeramente extraño a algo letal.

Jerome Henry Brudos nació en Dakota del Sur en 1939 y se crio en California. Cuando tenía cinco años, encontró un par de brillantes zapatos de tacón en un vertedero local. Cuando los llevó a casa y se los probó, su madre, furiosa, le dijo que se deshiciera de ellos. Pero se los quedó, escondidos, hasta que su madre lo descubrió, se los llevó, los quemó y le castigó. A los dieciséis años, viviendo en Oregón, entraba con asiduidad en casas del vecindario a robar zapatos de mujer y luego ropa interior, que se quedaba y se probaba. Al año siguiente fue detenido por agredir a una chica a la que había atraído a su coche para verla desnuda. En el hospital público de Salem le dieron varios meses de terapia, pero no consideraron que fuera peligroso. Tras el instituto, estuvo un breve período en el ejército antes de que lo descartaran por motivos psicológicos. Aún entraba en casas y robaba zapatos y ropa interior, y a veces se enfrentaba a las mujeres que se encontraba y las ahogaba hasta que quedaban inconscientes, cuando, por sentido de obligación, se casó con la chica con la que acababa de perder la virginidad. Fue a un centro de formación profesional y se hizo técnico electrónico.

Seis años después, en 1968, padre de dos niños y siguiendo con sus excursiones nocturnas en busca de souvenires, Brudos contestó al timbre de la puerta a una chica de diecinueve años llamada Linda Slawson, que vendía enciclopedias y se había equivocado de casa. Él aprovechó su oportunidad, la llevó al sótano, la aporreó y la estranguló. Una vez muerta, la desnudó y probó al cadáver varias prendas de su colección. Antes de eliminar el cuerpo hundiéndolo en el río Willamette con una caja de cambios inservible, le cortó el pie izquierdo, lo colocó en uno de sus zapatos de tacón y lo guardó en el congelador. Mató tres veces más durante los meses siguientes; seccionó pechos para luego hacer moldes de plástico con ellos. Varias estudiantes lo identificaron por haberles pedido una cita con una historia parecida, y fue detenido cuando la policía vigilaba un supuesto lugar de encuentro. Confesó y al final se declaró culpable cuando quedó claro que alegar locura no funcionaría.

Bob Ressler y yo lo entrevistamos en su residencia permanente en el centro penitenciario Oregón en Salem. Era corpulento y de cara redonda, educado y colaborador. Sin embargo, cuando le pedí detalles de los crímenes, dijo que se había quedado en blanco por la hipoglucemia y no recordaba nada.

—Ya sabes, John, tengo esos ataques de nivel bajo de azúcar en sangre, y podría caminar por la azotea de un edificio sin saber qué estoy haciendo.

Lo interesante es que, cuando Brudos confesó a la policía, lo recordaba todo muy bien para darles detalles gráficos de los crímenes y dónde encontrarían los cadáveres y las pruebas. También se incriminó sin querer. Había colgado el cuerpo de una de sus víctimas de un gancho en su garaje, la vistió con su atuendo y sus zapatos favoritos, y luego colocó un espejo en el suelo debajo de ella para ver por debajo del vestido. Mientras hacía la fotografía, sin querer captó su propia imagen.

Pese a sus supuestos olvidos hipoglucémicos, Brudos tenía muchos de los rasgos de un agresor organizado. Eso iba ligado al elemento de imaginación que demostró desde pequeño. Cuando era adolescente y vivía en la granja familiar, fantaseaba con raptar a chicas en un túnel, donde las forzaría a hacer lo que quisiera. Una vez consiguió engañar a una chica para que entrara en el granero y le ordenó que se desnudara para hacerle una fotografía. Vimos este tipo de comportamiento en sus agresiones de adulto, pero de adolescente era demasiado ingenuo y poco sofisticado para pensar en otra cosa que no fuera retratar a sus víctimas desnudas. Tras la sesión en el granero, encerró a la chica en un cobertizo de maíz y volvió al cabo de un rato con ropa distinta y el pelo peinado de otra manera fingiendo ser Ed, el hermano gemelo de Jerry. Liberó a la chica, aterrorizada, y le explicó que Jerry estaba siguiendo una terapia intensiva y le rogó que no se lo contara a nadie a menos que él se metiera en problemas y sufriera otro «contratiempo».

Lo que vemos claramente en Jerome Brudos, junto con su escalada de manual en sus actividades, es un refinamiento continuo de la imaginación. Es un descubrimiento mucho más significativo que todo lo que nos contó directamente. Aunque un Kemper y un Brudos son muy distintos en sus objetivos y modus operandi, en ambos vemos, como en tantos otros, una obsesión con la «mejora» de los detalles de un crimen al otro y de un nivel de actividad al otro. Kemper escogía como víctimas a estudiantes guapas vinculadas en su cabeza con su madre. Brudos, menos sofisticado e inteligente, se contentaba con víctimas de oportunidad. Pero la obsesión por el detalle era la misma y dominaba las vidas de ambos.

Como adulto, Brudos hacía que su esposa, Darcie, se vistiera con su atuendo fetichista y la sometía a su ritual fotográfico, aunque ella era una mujer recta y poco aventurera que se sentía incómoda con eso y tenía miedo a su marido. Él albergaba complejas fantasías de construir una sala de torturas, pero tuvo que conformarse con su garaje. Ahí estaba el congelador que tenía cerrado para guardar sus partes de cuerpos favoritas. Cuando Darcie cocinaba carne, tenía que decirle a Jerry qué quería, y él se lo llevaba. Ella se quejaba a menudo a sus amigas de que sería mucho más fácil que ella buscara en el congelador y seleccionara un corte concreto. Sin embargo, pese a las molestias, no le pareció lo bastante raro como para informar de ello. O si se lo parecía, tenía demasiado miedo para hacerlo.

Brudos era un ejemplo casi clásico de un agresor que empieza con excentricidades inocuas y pasa progresivamente de los zapatos encontrados a la ropa de su hermana y a las posesiones de otras mujeres. Al principio solo robaba de tendederos, después seguía a mujeres que llevaban zapatos de tacón y entraba en casas vacías, luego se volvió más osado y deseaba encontrarse con las ocupantes de las casas. En sus inicios le bastaba con ponerse la ropa, pero al final quería más emoción. Socialmente empezó a pedir a las chicas que le dejaran hacer fotografías. Cuando una se negaba a desnudarse para él, las amenazaba con un cuchillo. No mata hasta que una víctima de oportunidad llama a su puerta. Sin embargo, una vez la ha

matado y siente la satisfacción, se ve impulsado a hacerlo una y otra vez, y cada vez incrementa la mutilación del cadáver.

No insinúo que todos los hombres que se sienten atraídos por los zapatos de tacón o que les excite pensar en sujetadores de encaje negros y medias estén destinados a una vida criminal. Si fuera cierto, la mayoría estaríamos en la cárcel. Pero, tal y como vemos en Jerry Brudos, este tipo de parafilia puede ser degenerativa, y también es «situacional». Dejadme que os ponga un ejemplo.

Hace un tiempo, cerca de donde vivía, se decía que el director de una escuela de primaria tenía una predilección por los pies de los niños. Jugaba con ellos a ver cuánto tiempo podía hacerles cosquillas en los pies. Si aguantaban un determinado tiempo, les daba dinero. Llamó la atención de los padres cuando vieron que los niños gastaban en las tiendas dinero que no sabían de dónde salía. Cuando las autoridades educativas despidieron al director, muchos en la comunidad protestaron. Era un tipo atractivo, tenía una relación normal con una novia estable y era popular tanto entre los niños como entre los padres. Los profesores pensaban que se habían equivocado con él. Aunque tuviera esa predilección por los pies, era básicamente inofensivo. Jamás había abusado de ningún niño ni había intentado desnudarlos. No era el tipo de persona que raptaba a una criatura para alimentar su perversión.

Estoy de acuerdo. La comunidad no corría peligro con él en ese sentido. Lo conocí y era amable y sociable. Pero digamos que durante uno de esos juegos una niña pequeña reacciona mal, empieza a llorar o amenaza con hablar mal de él. En un momento de pánico, podría acabar matando a la niña solo por no saber qué hacer para reconducir la situación. Cuando desde el colegio se pusieron en contacto con mi unidad para pedir consejo, les dije que pensaba que habían hecho lo correcto al despedir al hombre.

Hacia la misma época, me llamaron de la Universidad de Virginia, donde estaban tirando a universitarias al suelo para robarles sus zapatos tipo zueco. Por suerte, ninguna sufrió heridas de gravedad, y la policía local y del campus se lo tomaban como una broma. Me reuní con ellos y con la administración de la universidad, les hablé de Brudos y otros, y para cuando me fui había conseguido lo que pretendía y les había metido el miedo en el cuerpo. La actitud oficial cambió notablemente, y me enorgullece decir que no hubo más incidentes.

Cuando observo la progresión criminal de Jerry Brudos, me pregunto si la comprensión y la intervención en etapas anteriores podrían haber cortocircuitado el proceso último.

En Ed Kemper, tenía la sensación de estar viendo a un asesino en serie fabricado por una infancia emocionalmente difícil. El caso de Jerry Brudos me pareció más complejo. Era evidente que su parafilia se había manifestado a una edad muy temprana. Era muy pequeño cuando quedó fascinado con un par de zapatos de tacón en el vertedero. Sin embargo, parte de la fascinación podría depender de no haber visto nada parecido antes. No eran como los que llevaba su madre. Luego, cuando

ella tuvo una reacción tan airada, se convirtieron en el fruto prohibido para él. No mucho después le robó los zapatos a su profesora. Cuando ella lo descubrió, a Brudos le sorprendió su reacción. En vez de reprobárselo, le intrigaba por qué lo había hecho. Así que ya estaba recibiendo mensajes mixtos de mujeres adultas sobre lo que estaba haciendo, y un deseo supuestamente innato se estaba convirtiendo poco a poco en algo siniestro y mucho más letal.

¿Qué habría pasado si se hubiera detectado la peligrosidad de su progresión y se hubiera intentado alguna manera productiva de abordar sus sentimientos? En el momento del primer asesinato, ya era demasiado tarde. Pero en cualquier momento por el camino, ¿se podría haber interrumpido el proceso? Gracias al estudio y a mi trabajo desde entonces me he vuelto muy, muy pesimista con todo lo que se parezca remotamente a la rehabilitación de la mayoría de asesinos con motivaciones sexuales. Si algo puede tener aspiraciones a funcionar, tiene que llegar en una etapa mucho más temprana, antes de alcanzar el punto en que la fantasía se hace realidad.

Cuando mi hermana Arlene era adolescente, mi madre solía decir que podía saber mucho de los chicos con los que salía solo preguntándoles qué relación tenían con su madre. Si el chico le profesaba amor y respeto, probablemente se reflejaría en sus relaciones con otras mujeres en su vida. Si pensaba que su madre era una furcia o una tocapelotas, había muchas posibilidades de que tratara a las demás mujeres de la misma manera.

Según mi experiencia, mi madre tenía toda la razón. Ed Kemper dejó un rastro de destrucción por Santa Cruz, California, antes de reunir las fuerzas para matar a la mujer que realmente odiaba. Monte Rissell, que violó y asesinó a cinco mujeres cuando era adolescente en Alexandria, Virginia, nos contó que si le hubieran dejado ir con su padre en vez de con su madre cuando su matrimonio se rompió, pensaba que habría sido abogado en vez de vivir en el penitenciario de Richmond, donde lo entrevistamos.

Con Monte Ralph Rissell pudimos empezar a encajar las piezas del rompecabezas. A los siete años, Monte era el menor de tres hijos en el momento del divorcio, y su madre los desarraigó y se mudaron a California, donde se volvió a casar y pasar la mayor parte del tiempo sola con su nuevo marido, dejando a sus hijos con poca supervisión adulta. Monte empezó a tener problemas pronto: escribía pintadas obscenas en el colegio, luego las drogas, más tarde disparó a un primo con una escopeta de perdigones después de una discusión. Declaró que su padrastro le había dado el arma y que este, tras el disparo impulsivo, la rompió y golpeó repetidamente a Monte con el cañón.

Cuando Monte tenía doce años, este segundo matrimonio se separó y la familia se mudó a Virginia. Monte nos contó que consideraba a su hermana responsable. Desde entonces, su carrera criminal fue a más: conducción sin permiso, hurtos, robo de

coches y luego violación.

Su transición al asesinato fue muy instructiva. Aún en el instituto, en libertad condicional y recibiendo terapia psiquiátrica como condición, recibió una carta de su novia. Iba a un curso superior en el colegio y estaba fuera en la universidad. En la carta le decía a Monte que su relación había terminado. De pronto cogió el coche, se plantó en la universidad y vio a la chica con su nuevo novio.

En vez de hacer algo evidente y desahogar la rabia en la persona que la había causado, volvió a Alexandria, se encerró con cerveza y marihuana y se pasó horas en su coche sentado en el aparcamiento del bloque de pisos cavilando.

Hacia las dos o las tres de la madrugada, seguía allí cuando apareció otro coche conducido por una sola mujer. En el calor del momento, Rissell decidió recuperar lo que acababa de perder. Se acercó al vehículo de la mujer, la apuntó con una pistola y la obligó a ir con él a una zona aislada cerca del bloque.

Rissell actuó de forma tranquila, deliberada y precisa cuando recordó sus acciones a Bob Ressler y a mí. Comprobé de antemano su coeficiente intelectual, y era de más de 120. No puedo decir que notara mucho remordimiento o contrición; salvo los escasos agresores que se convirtieron o se suicidaron, el remordimiento suele ser por dejarse atrapar y luego ir a la cárcel. Pero no intentó minimizar sus crímenes y yo tuve la sensación de que su relato era preciso. Y la conducta que acababa de describir y la que estaba a punto de detallar contenían varias ideas clave.

En primer lugar, el incidente tuvo lugar después de un hecho o circunstancia desencadenante, lo que llamamos un «factor estresante». Vimos ese patrón una y otra vez. Cualquier cosa puede ser un factor estresante desencadenante, a cada uno le molestan cosas distintas. Sin embargo, no es de extrañar, los dos más comunes son perder un trabajo y perder a tu mujer o tu novia. (Uso el femenino porque, como he comentado, prácticamente todos esos asesinos son hombres, por motivos sobre los que especularé más adelante).

Tras estudiar a personas como Monte Rissell nos percatamos de que esos factores estresantes forman parte de la dinámica del asesino en serie hasta tal punto que cuando vemos determinadas circunstancias en un escenario del crimen, nos sentimos cómodos haciendo una predicción sobre cuál fue exactamente el factor estresante en un caso concreto. En el caso del asesinato de Jud Ray en Alaska que mencioné en el capítulo 4, el horario y los detalles del triple homicidio de una mujer y sus dos hijas hizo que Jud predijera que el asesino había perdido a su novia y el trabajo. Ambos traumas se habían producido. De hecho, la novia lo había dejado por el jefe de él, que luego lo despidió para sacárselo de encima.

Así, la noche en que vio a su chica con un universitario, Monte Rissell cometió su primer asesinato. Es significativo por sí mismo. Pero el cómo y el por qué ocurrió aún nos dice más.

Dio la casualidad de que la víctima de Rissell era prostituta, lo que significa dos cosas: que no le daría el mismo miedo mantener relaciones con un desconocido que a

alguien ajeno a la profesión, y que, aunque estuviera asustada, probablemente tenía un instinto de supervivencia bastante agudo. Así que cuando la tuvo a solas y estuvo claro que pretendía violarla a punta de pistola, ella intentó relajar la situación subiéndose la falda y preguntándole al agresor cómo le gustaba y en qué postura quería hacerlo.

—Me preguntó cómo lo quería —nos contó.

No obstante, en vez de conseguir que él fuera más amable o sensible, ese comportamiento solo lo enfureció.

—Era como si esa zorra intentara controlar las cosas.

Por lo visto ella fingió dos o tres orgasmos para aplacarle, pero eso empeoró las cosas. Si ella «disfrutaba» de la violación, reforzaba su sensación de que todas las mujeres eran unas zorras. Ella se volvía despersonalizada, y era fácil pensar en matarla.

Sin embargo, dejó irse a otra víctima cuando esta le contó que cuidaba de su padre, que padecía cáncer. El hermano de Rissell también lo había sufrido, así que se identificó con ella. Era una persona para él, a diferencia de la prostituta, o la joven enfermera a la que agredió Richard Speck y que estaba bocabajo en el sofá.

Por eso es tan difícil dar consejos generales sobre qué hacer en una violación. Según la personalidad del violador y su motivación para el crimen, seguir el juego o intentar convencerle de no ser agredida puede ser la mejor reacción. O puede empeorar las cosas. Resistirse o luchar con un «violador que necesita reafirmar su poder» puede detenerle. Resistirse ante un «violador al que le excita la rabia», a menos que la persona atacada sea lo bastante fuerte o rápida para huir, puede hacer que mate a la víctima. Intentar hacer que sea un acto agradable porque el violador es un inadaptado sexual no es necesariamente la mejor estrategia. Son crímenes de rabia, hostilidad y afirmación de poder. El sexo es solo fortuito.

Tras la violación de la mujer raptada en el aparcamiento, enfadado, Rissell aún no había decidido qué hacer con su víctima. Llegados a ese punto ella hizo lo que a muchos nos parecería lógico: intentar huir. Así sintió aún más que ella controlaba la situación, no él. Tal y como citamos a Rissell en un artículo sobre el estudio en *American Journal of Psychiatry*: «Echó a correr por el barranco. Entonces la agarré. Le hice una llave de brazo. Era más alta que yo. Empecé a asfixiarla… ella tropezó… dimos un traspié por la ladera y caímos al agua. Le golpeé la cabeza contra el lateral de una roca y aguanté la cabeza bajo el agua».

Lo que aprendimos es que el comportamiento de la víctima es igual de importante al analizar el crimen que el del sujeto. ¿Era una víctima de riesgo bajo o alto? ¿Qué dijo o hizo que animara al sujeto o lo frenara? ¿Cómo fue su encuentro?

Las víctimas seleccionadas por Rissell simplemente estaban cerca: dentro o en los alrededores de su bloque de pisos. Una vez hubo matado, el tabú había desaparecido. Vio que podía hacerlo, disfrutarlo y salir ileso. Si nos hubieran llamado para hacer un perfil del sujeto, esperaríamos ver alguna experiencia en su pasado, un crimen

violento cercano al asesinato, y lo había. A decir verdad, en lo que probablemente nos habríamos equivocado, por lo menos al principio, es en la edad. En el momento de su primer asesinato, Rissell acababa de cumplir diecinueve años. Esperaríamos un hombre de veintitantos años, casi treinta.

Sin embargo, el caso de Rissell demuestra que la edad es un concepto relativo en nuestro trabajo. En 1989, Gregg McCrary, de mi unidad, fue consultado sobre una desconcertante serie de asesinatos de prostitutas en Rochester, Nueva York. Gracias a una estrecha colaboración con el capitán Lynde Johnson y un cuerpo policial excelente, Gregg desarrolló un perfil detallado y propuso una estrategia que en última instancia desembocó en la detención y acusación de Arthur Shawcross. Cuando recibimos el perfil después, vimos que Gregg la había clavado casi a la perfección: raza, personalidad, tipo de trabajo, vida familiar, coche, aficiones, conocimiento de la zona, relación con la policía. Prácticamente todo excepto la edad. Gregg había pronosticado que sería un hombre rozando la treintena con un cierto nivel de comodidad para asesinar. En realidad, Shawcross tenía cuarenta y cinco años. Había pasado quince en la cárcel por el asesinato de dos niños pequeños (como las prostitutas y los ancianos, los niños son objetivos vulnerables), que básicamente lo habían tenido retenido.

Arthur Shawcross estaba en libertad condicional en el momento de los asesinatos, igual que Monte Rissell. Como Ed Kemper, fue capaz de convencer a un psiquiatra de que estaba realizando excelentes progresos mientras en realidad mataba a seres humanos. Es el tipo de versión cruenta del viejo chiste sobre cuántos psiquiatras se necesitan para cambiar una bombilla: la respuesta es que solo uno, pero solo si la bombilla quiere cambiar. Los psiquiatras y profesionales de la salud mental están acostumbrados a usar la información del propio paciente para hacer un seguimiento de sus progresos, y se da por hecho que aquel quiere ponerse «bien». Resulta que era increíblemente fácil engañar a muchos psiquiatras, y la mayoría de los buenos dirán que el único factor de predicción fiable de la violencia es un pasado violento. Una de las cosas que esperamos haber conseguido con el estudio de personalidades criminales y nuestro trabajo desde entonces es despertar la conciencia entre la comunidad de la salud mental de las limitaciones de los relatos del paciente en cuanto a conducta criminal. Por su propia naturaleza, un asesino en serie o un violador es manipulador, narcisista y totalmente egocéntrico. Le dirá a un agente a cargo de la condicional o a un psiquiatra penitenciario lo que quiera oír, lo que haga falta para salir de la cárcel o quedarse en la calle.

Tal y como explicó Rissell sus asesinatos posteriores, vimos una progresión constante. Le molestó que su segunda víctima lo asediara a preguntas:

—Quería saber por qué quería hacer esto, por qué la escogí a ella, si no tenía novia, qué problema tenía, qué iba a hacer.

Ella estaba conduciendo el coche a punta de pistola y, como la primera, intentó escapar. En ese momento él se dio cuenta de que tenía que matarla y le asestó varias

puñaladas en el pecho.

En el momento del tercer asesinato, todo fue bastante fácil. Había aprendido de su experiencia anterior y no dejó que su víctima le hablara: tenía que mantenerla despersonalizada.

—Estaba pensando… que había matado a dos. También podía matar a esa.

En este punto de la progresión liberó a la mujer que cuidaba de su padre enfermo de cáncer. Ahogó a una y apuñaló a la otra, entre cincuenta y cien veces según sus cálculos.

Como prácticamente todos los demás, Rissell nos demostró que la fantasía se produjo mucho antes de empezar con las violaciones o asesinatos. Le preguntamos de dónde había sacado las ideas. Procedían de varias fuentes, pero una de ellas era haber leído sobre David Berkowitz.

David Berkowitz, conocido al principio como «el Asesino del calibre 44» y luego como «el Hijo de Sam» cuando empezó a escribir a los periódicos durante su reino del terror en Nueva York, era más un personaje asesino que un típico asesino en serie. Durante casi un año exacto, de julio de 1976 a julio de 1977, seis chicos y chicas jóvenes fueron asesinados y más heridos, todos aparcados en lugares para amantes, todos asesinados a balazos en sus coches con un arma potente.

Como otros asesinos en serie, Berkowitz era el producto de una familia adoptiva a la que no conoció hasta que estuvo en el ejército. Quería que lo enviaran a Vietnam, pero acabó en Corea, donde tuvo su primera relación sexual con una prostituta y contrajo la gonorrea. Cuando terminó el servicio y se fue a la ciudad de Nueva York, empezó a buscar a su madre biológica y la encontró viviendo con su hija, su hermana, en Long Beach, Long Island. Para su sorpresa y disgusto, no quisieron saber nada de él. Era tímido, inseguro y estaba enfadado, así que nació un asesino potencial. Había aprendido a disparar en el ejército. Fue a Texas y adquirió un Charter Arms Bulldog, un revólver del calibre 44, un arma aparatosa y potente que lo hacía sentir más grande y poderoso. Salió a los vertederos de la ciudad de Nueva York para practicar con su arma, apuntando a pequeños objetivos hasta que conseguía un buen tiro. Luego ese empleado de correos de bajo rango de día empezó a salir a cazar de noche.

Entrevistamos a Berkowitz en la cárcel estatal de Attica, donde estaba cumpliendo veinticinco años de cadena perpetua por cada uno de los seis asesinatos tras declararse culpable, aunque luego negó los crímenes. Había sido víctima de una agresión casi letal en la cárcel en 1979, cuando le rebanaron el cuello por detrás. Necesitó cincuenta y seis puntos y nunca se identificó al agresor. Así que fuimos a verlo sin avisar, no queríamos que corriera más peligro. Con ayuda del guardián, habíamos rellenado la mayoría de nuestro cuestionario con anterioridad para estar bien preparados.

Para este encuentro en concreto me llevé algunas ayudas visuales. Como he

mencionado, mi padre había sido impresor en Nueva York y presidente del sindicato de impresores en Long Island, así que me proporcionó los periódicos en los que anunciaban las hazañas del Hijo de Sam en grandes titulares.

Cogí el *Daily News* de Nueva York, luego se lo pasé deslizándolo por la mesa y dije:

—David, dentro de cien años nadie se acordará de Bob Ressler o John Douglas, pero sí del Hijo de Sam. De hecho, ahora mismo hay un caso en Wichita, Kansas, en el que un chico ha matado a media docena de mujeres y se hace llamar el estrangulador BTK, por «atar, torturar, matar» (en sus siglas en inglés). Y está escribiendo cartas y habla de ti en ellas. Habla de David Berkowitz, el Hijo de Sam. Quiere ser como tú por el poder que tienes. No me sorprendería que te escribiera una carta a la cárcel.

Berkowitz no es lo que consideraría un tipo carismático, y siempre buscaba un poco de reconocimiento o logro personal. Tenía los ojos azules claros, y siempre intentaba ver si el interés de una persona era auténtico o se estaba riendo de él. Cuando oyó lo que tenía que decir, se le iluminaron los ojos.

—Pero nunca tuviste la oportunidad de testificar en el juicio —continué—, así que lo que el público sabe de ti es que eres un hijo de perra. Pero con estas entrevistas sabemos que tiene que haber otra vertiente, un lado sensible que se vio afectado por tu pasado. Queremos que tengas la oportunidad de contarnos eso.

Era bastante inexpresivo emocionalmente, pero nos hablaba con cierta vacilación. Admitió haber provocado más de dos mil incendios en la zona de Brooklyn-Queens, que documentó en un meticuloso diario. En eso se parecía a una personalidad asesina: un solitario que se deleita en su escritura obsesiva de un dietario. Otra es que no quería tener ningún contacto físico con la víctima. No era un violador ni un fetichista. No buscaba souvenires. La única carga sexual la obtenía del acto de disparar en sí.

Los incendios que provocó eran principalmente menores, como en cubos de basura o edificios abandonados. Como muchos pirómanos, se masturbaba mientras observaba las llamas, y de nuevo cuando los bomberos iban a apagarlas. Esa vertiente pirómana también encaja con los otros dos elementos de la «tríada homicida»: mojar la cama y la crueldad con los animales.

Siempre pensé en las entrevistas en la cárcel como si fuera a buscar oro. La gran mayoría de lo que consigues no son más que guijarros sin valor, pero si sacas una buena perla, el esfuerzo habrá valido la pena. Y ese era el caso con David Berkowitz.

Lo que era muy, muy interesante para nosotros era que merodeaba en esas zonas de amantes y, en vez de ir a la parte del conductor del coche, que suele ser la del chico y sería una mayor amenaza, iba al lado del copiloto. Eso nos dice que, cuando disparaba a ese vehículo con una postura típica de policía, su odio, su rabia, iba dirigido a la mujer. Los múltiples disparos, como las múltiples puñaladas, indican el grado de la ira. El hombre simplemente se encontraba en el lugar equivocado en el momento erróneo. Probablemente nunca hubo contacto visual entre el agresor y la

víctima. Todo se hacía desde la distancia. Podía poseer a esa mujer de sus fantasías sin tener que personalizarla.

Otra joya igual de interesante que se ha convertido en parte de nuestra visión general de los asesinos en serie es que Berkowitz nos contó que iba a cazar de noche. Cuando no encontraba una víctima de oportunidad, que estuviera en el lugar equivocado en el momento equivocado, regresaba a zonas donde había tenido éxito antes. Volvía a un lugar escenario de un crimen (muchos otros volvían a los sitios donde se deshacían de los cadáveres), y a las tumbas, y se revolvía en la mierda simbólicamente y revivía la fantasía una y otra vez.

Por ese mismo motivo otros asesinos en serie hacían fotografías o grababan cintas de vídeo con sus crímenes. Una vez la víctima estaba muerta y el cadáver eliminado, querían poder revivir la emoción, seguir haciendo realidad su fantasía, una y otra vez. Berkowitz no necesitaba joyas, ropa interior o partes del cuerpo ni cualquier otro recuerdo. Nos contó que con regresar tenía suficiente. Luego volvía a casa, se masturbaba y revivía la fantasía.

Usamos esa información con grandes resultados. Las fuerzas de la ley siempre habían especulado con que los asesinos volvían a los escenarios del crimen, pero no podían demostrar ni explicar exactamente por qué lo hacían. A partir de sujetos como Berkowitz, empezamos a descubrir que la suposición era cierta, aunque no siempre fuera por los motivos que sospechábamos. El remordimiento puede ser uno de ellos, pero, como nos demostró Berkowitz, puede haber otros. Cuando entiendes por qué un tipo concreto de criminal tal vez vuelva al escenario, puedes planificar estrategias para atraparlo.

El nombre «Hijo de Sam» procedía de una nota escrita con rudeza y dirigida al capitán Joseph Borelli, que más tarde fue jefe de los detectives del departamento de policía de Nueva York. Se encontró cerca del coche de las víctimas Alexander Esau y Valentina Suriani en el Bronx. Como los demás, ambos fueron asesinados por disparos a bocajarro. La nota decía:

> Me duele profundamente que diga que odio a las mujeres. No es verdad. Pero soy un monstruo. Soy «el Hijo de Sam». Soy un niño pequeño.
>
> Cuando el padre Sam se emborracha se vuelve malo. Pega a su familia. A veces me ata en la parte trasera de la casa. Otras me encierra en el garaje. A Sam le encanta beber sangre.
>
> «Sal y mata», ordena el padre Sam.
>
> Detrás de nuestra casa algunos descansan. La mayoría jóvenes, violados y asesinados, sin sangre, ahora son solo huesos.
>
> Papá Sam también me encierra en el desván. No puedo salir, pero miro por la ventana y veo pasar el mundo.
>
> Me siento como un marginado. Estoy en otra onda que todos los demás, programado para matar.
>
> Pero para pararme tenéis que matarme. Atención toda la policía: disparad primero, disparad a matar o apartaos de mi camino si no queréis morir.
>
> Papá Sam ya es viejo. Necesita sangre para conservar su juventud. Ha tenido demasiados ataques al corazón. «Ay, me duele, chico».

Sobre todo, echo de menos a mi bonita princesa. Descansa en nuestra casa de chicas. Pero pronto la veré.

Soy el «monstruo», Belcebú, el gigante gordo.

Me encanta cazar. Merodear por las calles en busca de presas, carne jugosa. Las mujeres de Queens son las más guapas. Debe de ser el agua que beben. Vivo para la caza, mi vida. Sangre para papá.

Señor Borelli, no quiero matar más. No señor, no quiero, pero tengo que hacerlo, «honrar a mi padre».

Quiero hacer el amor con el mundo. Me encanta la gente. No pertenezco a la tierra. Devolvedme con los palurdos.

A la gente de Queens, os quiero. Y os deseo a todos una buena Pascua. Que Dios os bendiga en esta vida y en la siguiente. De momento, adiós y buenas noches.

POLICÍA: dejadme que os persiga con estas palabras: ¡Volveré!

¡Volveré!

Interpretadlo como ¡pam, pam, pam, pam, ay!

Con cariño en el asesinato,

Señor monstruo.

Ese don nadie insignificante se había convertido en una celebridad nacional. Más de cien detectives se unieron a la Operación Omega. Las comunicaciones demenciales y delirantes continuaron, incluidas cartas a la prensa y a periodistas como el columnista Jimmy Breslin. La ciudad estaba aterrorizada. En la oficina de correos, nos contó, sintió una gran emoción al oír a la gente hablar del Hijo de Sam sin saber que estaba en la misma sala.

El siguiente ataque tuvo lugar en Baysude, Queens, pero tanto el hombre como la mujer sobrevivieron. Pasados cinco días, una pareja de Brooklyn no tuvo tanta suerte. Stacy Moskowitz murió al instante. Robert Violante sobrevivió, pero perdió la vista por las heridas.

Finalmente detuvieron al Hijo de Sam porque aparcó su Ford Galaxy demasiado cerca de una boca de incendios la noche del último asesinato. Un testigo de la zona recordó haber visto a un agente escribiendo una multa y, cuando se siguió el rastro, les llevó a David Berkowitz. Cuando se enfrentó a la policía solo dijo: «Bueno, ya me tenéis».

Tras su detención, Berkowitz explicó que «Sam» hacía referencia a su vecino, Sam Carr, cuyo perro labrador negro, Harvey, era un demonio de tres mil años que ordenaba a David que matara. En un momento dado disparó al perro con una pistola del calibre 22, pero sobrevivió. La mayor parte de la comunidad psiquiátrica lo consideró un esquizofrénico paranoide, y se dieron todo tipo de interpretaciones a sus diversas cartas. La «bonita princesa» de su primera carta por lo visto era una de sus víctimas, Donna Lauria, cuya alma le había prometido Sam tras su muerte.

A mi juicio, lo más significativo de sus cartas, más allá del contenido, era cómo cambiaba la letra. En la primera misiva era clara y ordenada; luego fue degradándose poco a poco hasta volverse casi ilegible. Las erratas eran cada vez más frecuentes. Era como si dos personas distintas hubieran escrito las cartas. Se lo enseñé. Ni siquiera se había fijado. Si yo hiciera un perfil de él, en cuanto viera la degradación

de la letra sabría que era vulnerable, propenso a meter la pata, a cometer un error tonto, como aparcar delante de una boca de incendios, lo que ayudaría a la policía a detenerlo. Ese punto vulnerable sería el momento de lanzar alguna estrategia proactiva.

Creo que Berkowitz se sinceró con nosotros por los amplios deberes que habíamos hecho con el caso. Al principio de la entrevista tratamos el tema del perro de tres mil años que le ordenaba hacerlo. La comunidad psiquiátrica había aceptado esa historia como un evangelio y pensaba que así se explicaba su motivación. Sin embargo, yo sabía que esa historia no surgió hasta después de su detención. Fue su salida. Cuando empezó a parlotear de ese perro, me limité a decir:

—Eh, David, deja esas chorradas. El perro no tuvo nada que ver.

Él se echó a reír, asintió y admitió que tenía razón. Habíamos leído muchas extensas tesis psicológicas sobre las cartas. Una lo comparaba con el personaje de Jerry en la obra *La historia del zoológico* de Edward Albee. Otra intentaba definir su psicopatología analizando los textos palabra por palabra. Pero David les estaba lanzando una bola inesperada, y ellos no supieron batearla.

El hecho es que David Berkowitz estaba enfadado por cómo le habían tratado su madre y otras mujeres de su vida, y se sentía un inepto con ellas. Su fantasía de poseerlas se convirtió en una realidad letal. Lo importante para nosotros eran los detalles.

Gracias a la hábil gestión de Bob Ressler de la beca del instituto nacional de justicia y al recopilatorio que hizo Ann Burgess de las entrevistas, en 1983 habíamos terminado un estudio detallado de treinta y seis individuos. También recabamos datos de 118 víctimas, principalmente mujeres.

A partir del estudio surgió un sistema para comprender y clasificar mejor a los agresores violentos. Por primera vez, podíamos empezar a vincular de verdad lo que ocurría en la mente de un criminal con las pruebas que dejaba en un escenario del crimen. A su vez, nos ayudaba a perseguirlos de una forma más eficaz y a atraparlos y juzgarlos con más eficacia. Empezaba a abordar algunas de las eternas preguntas sobre la locura y «qué tipo de persona podía hacer algo así».

En 1988 expusimos nuestras conclusiones en un libro titulado *Homicidio sexual: patrones y motivaciones*, publicado por Lexington Books. Sin embargo, por mucho que hubiéramos aprendido, tal y como admitimos en nuestras conclusiones, «este estudio formula más preguntas que respuestas».

El viaje a la mente del agresor violento sigue siendo una búsqueda constante del descubrimiento. Los asesinos en serie son, por definición, asesinos «de éxito» que aprenden de la experiencia. Solo tenemos que aprender más rápido que ellos.

8

El asesino tendrá un defecto del habla

En algún momento de 1980 vi un artículo en el periódico local sobre una anciana que había sido agredida sexualmente y había recibido una paliza por un intruso desconocido que la dio por muerta, junto con sus dos perros, apuñalados hasta la muerte. La policía pensó que el agresor había pasado bastante tiempo en el escenario del crimen. La comunidad estaba perpleja y furiosa.

Unos meses después, volviendo de un viaje, le pregunté a Pam si había novedades sobre el caso. Me dijo que no, y que no había un sospechoso en firme. Le comenté que eso era muy mala señal porque, por lo que había oído y leído, parecía un caso con solución. No era jurisdicción federal, y no nos habían pedido que interviniéramos, pero como residente en la zona decidí ver si podía hacer algo.

Fui a la comisaría, me presenté, le conté al jefe lo que hacía y le pregunté si podía hablar con los detectives que estaban trabajando en el caso. Aceptó mi oferta con amabilidad.

El detective principal se llamaba Dean Martin. No recuerdo si reprimí los chistes sobre Jerry Lewis, probablemente no. Me enseñó los archivos del caso, incluidas las fotografías del escenario del crimen. Realmente habían apaleado a la mujer. Mientras estudiaba el material, empecé a hacerme una idea clara del agresor y la dinámica del crimen.

—De acuerdo —les dije a los detectives, que me escuchaban con educación, pero también escepticismo—, esto es lo que creo. Es un chico de dieciséis o diecisiete años. Siempre que vemos una víctima mayor en una agresión sexual, buscamos a un agresor joven, alguien inseguro, sin mucha o ninguna experiencia. Una víctima más joven, fuerte o que supusiera un reto mayor le intimidaría. Tendrá un aspecto desaliñado, el pelo descuidado, en general poco arreglado. Lo que ocurrió esa noche en concreto fue que su madre o su padre lo echaron de casa y no tenía a dónde ir. No irá muy lejos en esta situación, sino que buscará el techo más cercano y fácil que pueda encontrar. No tiene el tipo de relación con alguna chica o con otros chicos para presentarse en su casa hasta que pase la tormenta en casa. Sin embargo, mientras pasea sintiéndose desgraciado, impotente y rabioso, llegó a casa de la señora. Sabía que vivía sola, había trabajado ahí antes o le había hecho alguna chapuza. Sabía que no era una gran amenaza.

»Así que entró, tal vez ella protestó, o se puso a gritarle, a lo mejor simplemente estaba asustada. Él quería demostrarse a sí mismo y al mundo que es todo un hombre. Intentó tener relaciones sexuales con ella, pero no pudo penetrarla, así que empezó a darle golpes hasta que en un momento dado comprendió que mejor llegar hasta el final para que no pudiera identificarlo. No llevaba máscara, ha sido un crimen

impulsivo, no planificado. Ella estaba tan traumatizada que, aunque sobrevive, no puede dar ninguna descripción a la policía.

»Tras el ataque, él seguía sin tener a dónde ir, ella no era una amenaza y él sabía que no tendría visitas durante la noche, así que se quedó, comió y bebió, porque para entonces tenía hambre.

Paro mi relato y les digo que ahí fuera hay alguien que encaja con esa descripción. Si lo encuentran, tendran al agresor.

Los detectives se miran entre sí. Uno empieza a sonreír:

—¿Eres adivino, Douglas?

—No, pero mi trabajo sería mucho más fácil si lo fuera.

—Porque hay un adivino, Beverly Newton, que estuvo aquí hace unas semanas y dijo casi lo mismo.

Es más, mi descripción encajaba con alguien que vivía cerca, al que habían tenido en cuenta brevemente. Tras nuestra reunión, lo volvieron a interrogar. No había suficientes pruebas para detenerlo, y no lograron sacarle una confesión. Poco después se fue de la zona.

El jefe y los detectives querían saber cómo, si no era adivino, podía deducir un escenario tan concreto. Parte de la respuesta es que para entonces había visto suficientes casos de crímenes violentos contra todo tipo de personas, había relacionado detalles suficientes con cada uno, y había entrevistado a suficientes agresores violentos para tener un patrón en la cabeza de qué tipo de crimen comete cada tipo de persona. Por supuesto, si fuera tan fácil podríamos enseñar a elaborar perfiles en un manual o proporcionar a la policía un programa informático con una lista de características de sospechosos para un determinado conjunto de datos. El hecho es que, aunque usamos mucho la informática en nuestro trabajo y los ordenadores son capaces de hacer cosas impresionantes, hay otras cuestiones más complejas que no pueden realizar y tal vez nunca puedan. Elaborar perfiles es como escribir: puedes darle al ordenador todas las normas gramaticales, la sintaxis y el estilo, y seguirán sin poder escribir el libro.

Lo que procuro hacer con un caso es reunir todas las pruebas de las que dispongo para trabajar (los informes, las fotografías y descripciones del escenario del crimen, las declaraciones de las víctimas o las actas de las autopsias), y luego ponerme mental y emocionalmente en la mente del agresor. Intento pensar como él. No estoy seguro de cómo ocurre exactamente, igual que los novelistas como Tom Harris, a los que he consultado a lo largo de los años, tampoco saben explicar cómo cobran vida sus personajes. Si hay un componente psíquico, no lo rehuiré, aunque yo lo atribuyo más al campo del pensamiento creativo.

En ocasiones, los adivinos pueden ser útiles en una investigación criminal. Los he visto trabajar. Algunos tienen la habilidad de centrarse de forma inconsciente en detalles sutiles concretos de un escenario y extraer conclusiones lógicas, como intento hacer yo y enseño a hacer a mi gente. Sin embargo, siempre advierto a los

investigadores que un mentalista debería ser el último recurso como herramienta de investigación, y si vas a usarlo, que no lo expongan a agentes o detectives que conozcan los detalles del caso. Los buenos mentalistas son excelentes captando pequeñas señales no verbales, y pueden asombrarte y generar credibilidad al nombrarte los hechos del caso que ya sabías sin necesariamente tener una visión especial de lo que no sabes, pero quieres averiguar. En los asesinatos de niños de Atlanta, cientos de mentalistas se presentaron en la ciudad y ofrecieron sus servicios a la policía. Dieron todo tipo de descripciones de asesinos y métodos. Resultó que ninguno se acercó siquiera.

Hacia la misma época en que me reuní con la policía local, los departamentos de toda la zona de la bahía de San Francisco me llamaron por una serie de asesinatos en zonas muy boscosas, junto a senderos que habían relacionado y que atribuían a un sujeto desconocido que la prensa había bautizado «el Asesino del Sendero».

Empezó en agosto de 1979, cuando Edda Kane, una atlética ejecutiva de banca de cuarenta y cuatro años, desapareció mientras ascendía en solitario la cima este del monte Tamalpais, una bella montaña con vistas al Golden Gate y la bahía de San Francisco, conocido por el sobrenombre de «la bella durmiente». Al ver que Kane no regresaba al anochecer, su marido, preocupado, llamó a la policía. Su cuerpo lo encontró un perro del equipo de búsqueda al día siguiente por la tarde, desnuda salvo por un calcetín, boca abajo, arrodillada como si rezara por su vida. El médico determinó que la causa de la muerte había sido una sola bala en la nuca. No había pruebas de agresión sexual. El asesino se llevó tres tarjetas de crédito y diez dólares en efectivo, pero dejó la alianza y otras joyas.

En marzo del siguiente año, se encontró el cuerpo de Barbara Schwartz, de veintitrés años, en el parque del monte Tamalpais. Había sido apuñalada repetidamente en el pecho, aparentemente mientras estaba arrodillada. En octubre, Anne Alderson, de veintiséis años, no volvió de correr por los límites del parque. Su cuerpo se encontró al día siguiente por la tarde con una herida de bala en el lado derecho de la cabeza. A diferencia de las víctimas anteriores, Alderson estaba completamente vestida, boca arriba, apoyada contra una roca y solo le faltaba el pendiente de oro derecho. El guardabosques interno del monte Tamalpais, John Henry, dijo que la había visto sentada sola en el anfiteatro del parque la última mañana de su vida, viendo salir el sol. Dos testigos más la habían visto a menos de un kilómetro de donde se había encontrado el cuerpo de Edda Kane.

Un sospechoso prometedor era Mark McDermand, cuya madre inválida y el hermano esquizofrénico habían sido encontrados muertos por un disparo en su cabaña del monte Tamalpais. Tras once días de huida, McDermand se rindió ante el detective del condado de Marin, el capitán Robert Gaddini. Los detectives pudieron relacionarlo con los asesinatos de su familia pero, pese a ir muy armado, ningún arma coincidía con las armas de los calibres 44 y 38 usadas en los casos del sendero. Y luego los asesinatos se reanudaron.

En noviembre, Shauna, de veinticinco años, no se presentó pese a haber quedado con dos compañeros de excursión en el parque de Point Reyes, a unos kilómetros al norte de San Francisco. Dos días después, la patrulla de búsqueda encontró su cuerpo en una tumba poco profunda cerca del cadáver en descomposición de otra excursionista, Diana O'Connell, de veintidós años, una neoyorquina que había desaparecido en el parque un mes antes. Ambas tenían un disparo en la cabeza. Ese mismo día se descubrieron dos cuerpos más en el parque, identificados como Richard Stowers, de diecinueve años, y su prometida de dieciocho Cynthia Moreland, ambos desaparecidos desde mediados de octubre. Los investigadores determinaron que habían sido asesinados el mismo fin de semana largo del 12 de octubre que Anne Alderson.

Los primeros asesinatos ya habían extendido el pánico entre los excursionistas de la zona y se pusieron señales en las que se advertía, sobre todo a las mujeres, que no fueran al bosque solas. Sin embargo, con el descubrimiento de cuatro cadáveres en un solo día se les cayó el mundo encima. El sheriff del condado de Marin, Albert Howenstein Jr., había recogido varios relatos de testigos presenciales, personas que habían visto a las víctimas con hombres extraños antes de morir, pero en determinados datos clave, como la edad o los rasgos faciales, las descripciones se contradecían. Suele ocurrir incluso en el caso de un solo asesinato, mucho más con varios a lo largo de varios meses. En el escenario de Barbara Schwartz se encontraron unas gafas bifocales poco habituales que en apariencia pertenecían al asesino. Howenstein publicó información sobre las gafas y la graduación, y envió notas a todos los oculistas de la zona. La montura parecía hecha en la cárcel, así que el capitán Gaddini se puso en contacto con el departamento de justicia de California para intentar identificar a los agresores liberados recientemente con un historial de crímenes sexuales contra mujeres. Varias jurisdicciones y agencias, incluida la sede en San Francisco del FBI, trabajaban activamente en el caso.

En la prensa se especulaba con que el Asesino del Sendero pudiera ser en realidad el asesino del Zodiaco de Los Ángeles, que seguía sin ser identificado y llevaba inactivo desde 1969. Tal vez Zodiaco había estado todo ese tiempo en la cárcel por algún otro delito y hubiera sido liberado por funcionarios de prisiones que no lo supieran. Sin embargo, a diferencia de Zodiaco, el Asesino del Sendero no tenía necesidad de mofarse de la policía ni comunicarse con ellos.

El sheriff Howenstein llamó a un psicólogo de Napa, el doctor R. William Mathis, para analizar el caso. Tras advertir los aspectos rituales de los casos, el doctor Mathis dijo que esperaba que el agresor se llevara recuerdos, y que debía seguirse a todo aquel que fuera considerado sospechoso durante una semana antes de detenerlo por si conducía a la policía hasta el arma asesina o alguna otra prueba. En cuanto a su aspecto y características del comportamiento, Mathis describió a un hombre guapo con personalidad de ganador.

Siguiendo las recomendaciones de Mathis, Howenstein y Gaddini colocaron

diversos tipos de trampas proactivas, entre ellas hacer que guardabosques se hicieran pasar por chicas excursionistas, pero nada funcionaba. La presión social sobre el cuerpo policial era intensa. El sheriff anunció al público que el asesino esperaba a sus víctimas y las sometía a un trauma psicológico antes de matarlas, y probablemente las obligaba a suplicar por su vida.

Cuando la agencia residente de San Rafael del FBI pidió ayuda a Quantico, en un principio se pusieron en contacto con Roy Hazelwood, nuestro mayor experto en violaciones y violencia contra las mujeres. Roy es un tipo sensible y atento, y el caso le afectó profundamente. Recuerdo cómo me lo explicaba mientras volvíamos a nuestro despacho del edificio de formación, donde acabábamos de terminar una clase de la Academia Nacional. Casi me dio la sensación de que Roy se sentía personalmente responsable, como si los esfuerzos conjuntos del FBI y unas diez agencias locales no fueran suficientes. Él tenía que resolver el caso y llevar al agresor ante la justicia.

A diferencia de mí, Roy daba clases a tiempo completo. Para entonces yo había renunciado a la mayor parte de mi trabajo en las aulas y era el único miembro de la Unidad de Ciencia del Comportamiento que trabajaba en casos todo el tiempo. Así que Roy me pidió que fuera a San Francisco a dar a la policía cierta información sobre el terreno.

Como he mencionado con anterioridad, a menudo hay cierto recelo cuando el FBI entra en un caso. En parte es consecuencia de la época Hoover, cuando se tenía la sensación de que la Agencia entraba y se hacía cargo de la investigación de crímenes de perfil alto. Mi unidad no puede entrar a menos que se lo pida alguna agencia con la jurisdicción principal, sea un departamento local de policía o incluso el FBI. No obstante, en el caso del sendero el departamento del sheriff del condado de Marin implicó pronto a la Agencia, y con el tipo de repercusión que los casos estaban teniendo en los medios, tuve la sensación de que agradecían que alguien como yo interviniera y les quitara de en medio, por lo menos un tiempo.

En las oficinas del departamento del sheriff revisé todo el material del caso y las fotografías de los escenarios del crimen. Me interesaban especialmente los comentarios del sargento Rich Keaton en los que declaraba que todos los asesinatos parecían haberse cometido en lugares apartados y muy boscosos con una espesa cubierta de follaje tapando casi todo el cielo. Ninguna de esas zonas era accesible en coche, solo a pie, lo que implica como mínimo caminar kilómetro y medio. El escenario de la muerte de Anne Alderson estaba razonablemente cerca de una vía de servicio que servía de atajo desde el anfiteatro del parque. Todo ello me indicaba que el asesino era de la zona y la conocía muy bien.

Hice mi presentación en una gran sala de formación del departamento del sheriff del condado de Marin. Los asientos estaban situados en forma de semicírculo, como un aula de medicina. De las cincuenta o sesenta personas presentes en la sala, unos diez eran agentes del FBI, el resto eran agentes de policía y detectives. Mientras

miraba por encima de las cabezas del público, vi más de una cana, veteranos con experiencia recuperados de la jubilación para ayudar a atrapar a ese tipo.

Lo primero que hice es desmontar el perfil que ya se había hecho. No creía que nos enfrentáramos a un tipo atractivo, encantador, sofisticado. Las múltiples puñaladas y los ataques fugaces por detrás me decían que se trataba de un tipo asocial (aunque no necesariamente antisocial) que sería retraído, inseguro e incapaz de entablar una conversación con sus víctimas, desarrollar un buen truco o engañarlas, persuadirlas o convencerlas para hacer lo que quisiera. Todos los excursionistas estaban en forma. El ataque rápido era un indicador claro de que la única manera de controlar a la víctima era arrasar con ella antes de que pudiera reaccionar.

No eran crímenes de alguien que conociera a sus víctimas. Los lugares eran aislados y ocultos a la vista, lo que significaba básicamente que el asesino tenía todo el tiempo del mundo para reproducir su fantasía con cada víctima. Pero seguía sintiendo la necesidad de un ataque rápido. No había violación, solo manipulación de los cuerpos después de la muerte. Probablemente masturbación, pero no relaciones sexuales. Las víctimas eran de edades y tipos físicos diversos, a diferencia de las de un asesino sofisticado y con labia como Ted Bundy, la mayoría de cuyas víctimas respondían a una imagen: mujeres guapas de edad universitaria con el pelo largo y oscuro, con la raya en medio. El Asesino del Sendero no tenía preferencias, como una araña que espera que un insecto entre en su red. Le dije al grupo de agentes allí reunido que esperaba que el tipo tuviera un pasado oscuro. Coincidía con el capitán Gaddini en que había pasado un tiempo en la cárcel. Sus antecedentes podían incluir violaciones o, más probable, intentos de violación, pero ningún asesinato antes de esta serie. Habría un factor estresante desencadenante antes de que empezara. Esperaba que fuera blanco porque todas sus víctimas lo eran, y pensaba que tendría un trabajo manual, mecánico o industrial. Debido a la eficacia de los asesinatos y su éxito al evadir la justicia hasta entonces, deducía que tenía treinta y pocos años. También creía que sería bastante listo. Si en algún momento comprobaban su coeficiente intelectual, estaría por encima de lo normal. Y si consultaran su pasado, encontrarían un historial de mojar la cama, provocar incendios y crueldad con animales, o como mínimo dos de los tres.

—Otra cosa —añadí tras una pausa significativa—, el asesino tendrá un defecto del habla.

No era difícil leer las expresiones o el lenguaje corporal en la sala. Finalmente estaban expresando lo que probablemente estaban pensando todo el tiempo: «Este tipo es un timo».

—¿Por qué lo dice? —preguntó un agente con sarcasmo—. ¿Las heridas le parecieron «puñaladas de un tartamudo»? —Sonrió ante su propio «descubrimiento» de un nuevo método de matar.

No, expliqué, era una combinación de razonamiento inductivo y deductivo, teniendo en cuenta todos los demás factores de los casos, todos los factores que ya

había estudiado. Los lugares aislados donde no iba a estar en contacto con nadie más, el hecho de que no se hubiera acercado a ninguna de las víctimas en una multitud o hubieran sido engañadas para ir con él, el hecho de que pensara que tenía que apoyarse en un ataque rápido incluso en medio de la nada, todo eso me decía que se trataba de una persona con alguna circunstancia que le hacía sentir incómodo o avergonzado. El subyugar a una víctima desprevenida y ser capaz de dominarla y controlarla era su manera de superar su deficiencia.

Podría ser otro tipo de dolencia o discapacidad, consentí. Desde el punto de vista psicológico o conductual, podría ser un individuo muy casero, alguien con un fuerte acné, polio, al que le faltara una extremidad, cualquier cosa parecida. Pero con el tipo de ataque que habíamos visto, había que descartar la ausencia de una extremidad o cualquier dolencia grave que lo limitara. Con los diversos relatos de los testigos y toda la gente en los parques de alrededor en el momento de los asesinatos, esperaríamos que fuera alguien con una deformidad evidente. Un defecto en el habla, por otra parte, era algo de lo que el sujeto podría sentirse avergonzado o incómodo hasta el punto de limitar sus relaciones sociales normales, aunque no «destacaría» entre la gente. Nadie lo sabría hasta que abriera la boca.

Dar este tipo de pautas a una sala llena de agentes con experiencia que se jugaban mucho y sentían en la nuca el aliento de la prensa y el público general es definitivamente una situación que asusta, el tipo de situación que me gusta recrear para la gente a la que interrogo pero que evitaría yo. Pero no se puede hacer eso. Siempre te persigue la idea que uno de los detectives expresó con tanta claridad en la sala aquella tarde:

—¿Y si te equivocas, Douglas?

—Puedo equivocarme en algunas cosas —admití con toda la sinceridad posible —. Puedo errar en la edad. En la ocupación o el coeficiente intelectual. Pero no me equivocaré en la raza o el sexo, y tampoco en que es un obrero. Y en este caso concreto, no me equivocaré en que tiene algún tipo de defecto que le molesta de verdad. Tal vez no sea un defecto del habla, pero yo creo que sí.

Cuando terminé, no sé qué efecto tuve o si algo había calado. Sin embargo, un agente vino a verme después y me dijo:

—No sé si tiene razón o no, John, pero por lo menos le ha dado una dirección a la investigación.

Siempre es agradable de oír, aunque tiendas a contener la respiración hasta ver el resultado final de la investigación. Volví a Quantico y los departamentos del sheriff de la zona de la bahía y el de policía continuaron su trabajo.

El 29 de marzo, el asesino volvió, esta vez disparó a una joven pareja en el parque nacional Henry Cowell Redwoods, cerca de Santa Cruz. Cuando le dijo a Ellen Marie Hansen, una estudiante de segundo curso de veinte años de la Universidad de California-Davis, que iba a violarla, ella protestó y él abrió fuego con una pistola del calibre 38, la mató en el acto e hirió de gravedad a Steven Haertle, al que dio por

muerto. No obstante, Haertle pudo dar una descripción parcial de un hombre con los dientes torcidos y amarillos. La policía lo contrastó con otros testigos y pudieron vincular a ese hombre con un coche rojo extranjero último modelo, posiblemente un Fiat, aunque la descripción variaba considerablemente respecto de las anteriores. Haertle pensaba que el sujeto tenía cincuenta o sesenta y tantos años y que se estaba quedando calvo. Balística relacionó esos disparos con los asesinatos anteriores del sendero.

El 1 de mayo desapareció Heather Roxanne Scaggs, guapa, rubia y de veintiún años. Estudiaba en una escuela de impresión de San José, y su novio, su madre y su compañera de piso recordaban que dijo que iba a salir con un profesor de arte industrial de la escuela, David Carpenter, que le había facilitado la compra de un coche de un amigo suyo. Carpenter tenía cincuenta años, algo insólito para un crimen de este tipo.

A partir de ese momento, las cosas empezaron a ponerse en su lugar y la red empezó a cerrarse. Carpenter conducía un Fiat rojo con un tubo de escape dentado. Este último detalle era una información «de reserva» que la policía no había hecho pública.

David Carpenter debería haber sido identificado y detenido mucho antes. El caso es que tuvo una suerte increíble y también implicaba a varias jurisdicciones policiales, lo que complicaba la búsqueda. Le pusieron una pena de cárcel récord por seis delitos. Resulta irónico que el motivo por el que no aparecía como agresor sexual en los registros estatales de libertad condicional era que California lo liberó para cumplir una sentencia federal y, aunque estaba en la calle, técnicamente seguía bajo custodia federal. Así que huyó por las rendijas. Otro dato irónico era que Carpenter y su segunda víctima, Barbara Schwartz, en cuyo escenario del crimen se encontraron las gafas, compartían oculista. Por desgracia, no había visto la nota que el departamento del sheriff hizo circular.

Aparecieron otros testigos, entre ellos una anciana que reconoció el retrato robot en televisión y dijo que era el sobrecargo en un barco que cogieron ella y sus hijos a Japón veinte años antes. El hombre le «había dado miedo» por las atenciones inadecuadas que daba a su hija pequeña.

Peter Berest, el director de la sede de la caja de ahorros Glen Park Continental Savings and Loan en Daly City, recordaba a Anna Kelly Menjivar, una cajera guapa, sensible y de confianza que desapareció de su casa a última hora en diciembre del año anterior. Pese a que no se la había relacionado con los asesinatos del sendero, su cuerpo también se había encontrado en el parque del monte Tamalpais. Berest recordó que Anna había sido amable y dulce con un cliente habitual con un fuerte tartamudeo del que Berest luego supo que había sido detenido en 1960 por atacar a una mujer joven en el Presidio, unas instalaciones militares en la punta norte de San Francisco.

La policía de San Jose y el FBI pusieron a Carpenter bajo vigilancia y al final lo

detuvieron. Resultó ser fruto de una madre dominante que abusaba de él físicamente, y por lo menos un padre maltratador emocionalmente, un niño con una inteligencia muy superior a la media del que se mofaban por su grave tartamudeo. Su infancia también estuvo marcada porque mojaba la cama crónicamente y por la crueldad con los animales. En la vida adulta, su rabia y frustración se convirtieron en exceso de una ira violenta e impredecible y un impulso sexual al parecer insaciable.

El primer crimen por el que se le atrapó y cumplió condena, el ataque a una mujer con un cuchillo y un martillo en el Presidio, fue tras el nacimiento de un hijo en un matrimonio ya descarrilado. Durante el brutal ataque y poco antes, según informó la víctima, no tenía el fuerte tartamudeo.

Gracias a las solicitudes que entraban de exalumnos de la Academia Nacional, el director del FBI, William Webster, había concedido la autorización oficial a los profesores de Ciencia del Comportamiento para ofrecer consultas de perfiles psicológicos en 1978. A principios de la década de 1980 el servicio gozaba de una gran popularidad. Yo trabajaba en casos a jornada completa, y profesores como Bob Ressler y Roy Hazelwood hacían consultas cuando sus obligaciones docentes se lo permitían. Sin embargo, pese a que estábamos contentos con lo que hacíamos y los resultados que estábamos consiguiendo, nadie con un alto cargo sabía realmente si era un uso eficaz de los recursos y el personal de la Agencia. En 1981, la Unidad de Desarrollo e Investigación Institucional del FBI, entonces dirigida por Howard Teten, tras pasar por Ciencia del Comportamiento, llevó a cabo el primer estudio en profundidad de rentabilidad de lo que se llamaba entonces Programa de Perfiles Psicológicos. A Teten, cuyas consultas informales habían iniciado el programa casi por accidente, le interesaba ver si realmente estaba teniendo efecto y si la sede central debía seguir adelante.

Se desarrolló y envió un cuestionario para nuestros clientes, agentes y detectives de cualquier cuerpo policial que hubiera utilizado nuestros servicios de perfiles. Incluía departamentos de policía municipal, del condado y estatales, departamentos del sheriff, sedes del FBI, patrullas de carretera y agencias investigadoras estatales. Pese a que la mayoría de solicitudes estaban relacionadas con investigaciones de asesinatos, la Unidad de investigación y desarrollo también recabó datos sobre nuestras consultas sobre violaciones, secuestros, extorsiones, amenazas, pederastia, situaciones con rehenes y diferenciación entre muerte accidental o suicidio.

El perfil psicológico aún era un concepto borroso y difícil de evaluar para mucha gente dentro de la Agencia. Muchos lo consideraban brujería o magia negra, y algunos pensaban que era un engaño. Sabíamos que, a menos que un estudio demostrara logros importantes y verificables, todas las facetas que no fueran formativas de la Unidad de Ciencia del Comportamiento se podían ir por la borda.

Por tanto, sentimos un gran alivio y gratitud cuando el análisis se publicó en

diciembre de 1981. Investigadores de todo el país nos habían defendido con entusiasmo, y rogaron que el programa continuara. El párrafo final de la carta de conclusión del informe lo resume muy bien:

> La evaluación revela que el programa es mucho más útil de lo que pensábamos. Hay que elogiar a la Unidad de Ciencia del Comportamiento por su excelente trabajo.

Por lo general los detectives coincidían en que el ámbito en el que éramos más útiles era en reducir las listas de sospechosos y dirigir la investigación hacia un centro más concreto. Un ejemplo era el asesinato brutal y de un sinsentido arrollador de Francine Elveson en el Bronx en octubre de 1979, cerca de algunas de las cazas de David Berkowitz. De hecho, la policía de Nueva York estaba preocupada por si un seguidor del Hijo de Sam utilizaba a su héroe para inspirarse. Enseñamos el caso en Quantico porque es un buen modelo de cómo llegamos a un perfil y cómo la policía lo usaba para presionar a un asesino desconcertante y sin solucionar durante mucho tiempo.

Francine Elveson era una profesora de veintiséis años de niños discapacitados en un centro de día de la zona. Pesaba cuarenta kilos y medía menos de metro y medio, y generaba una extraña empatía y sensibilidad en sus estudiantes, pues tenía una leve discapacidad, la cifoescoliosis o curvatura de la espalda. Tímida y no muy sociable, vivía con sus padres en los pisos de Pelham Parkway House.

Se fue a trabajar, como siempre, a las seis y media de la mañana. Hacia las ocho y veinte, un chico de quince años que vivía en el mismo edificio encontró su cartera en el hueco de la escalera entre la tercera y la cuarta planta. No tenía tiempo de hacer algo con ella y llegar puntual a clase, así que se la quedó hasta que volvió a comer, y se la dio a su padre. El padre fue al piso de Elveson poco antes de las tres de la tarde y le dio la cartera a la madre de Francine, que llamó al centro de día para decírselo a esta. Le dijeron que su hija no había ido a trabajar. Se asustó en el acto, ella, su otra hija y un vecino empezaron a buscar en el edificio.

En la azotea donde terminaba la escalera vieron una escena escalofriante, abrumadora. El cuerpo desnudo de Francine había sido apalizado con golpes bruscos, tan graves que el médico forense más tarde vio que tenía la mandíbula, la nariz y los pómulos rotos y los dientes sueltos. Estaba con los brazos y piernas en cruz y atada con su propio cinturón y las medias de nailon en las muñecas y los tobillos, aunque el médico determinó que ya estaba muerta cuando se lo hicieron. Le habían cortado los pezones post mortem y los habían colocado sobre el pecho. Tenía las bragas puestas en la cabeza para taparle la cara, y marcas de mordiscos en los muslos y las rodillas. Las diversas laceraciones en el cuerpo, todas superficiales, indicaban que eran de una navaja pequeña. Le habían metido el paraguas y el bolígrafo en la vagina, y habían colocado el peine sobre el vello púbico. Los pendientes estaban situados en el suelo simétricamente a ambos lados de la cabeza. La causa de la muerte fue estrangulación

por atadura con la cinta de la billetera de la víctima. En el muslo el asesino había garabateado «no podéis pararme», y en el estómago «que os den», ambos con el bolígrafo que tenía insertado en la vagina. El otro rasgo significativo del escenario era que el asesino había defecado cerca del cadáver y tapado el excremento con ropa de Francine.

Una de las cosas que la señora Elveson le dijo a la policía era que faltaba un colgante de oro con la forma de la letra hebrea chai, que daba buena suerte. Cuando la madre describió la forma del colgante, los detectives comprendieron que el cuerpo había sido colocado ceremonialmente para reproducirlo.

Se encontraron rastros de semen en el cadáver, pero la tipificación del ADN en 1979 era desconocida para la ciencia forense. No había heridas de resistencia en las manos ni rastros de sangre o fragmentos de piel bajo las uñas, lo que indicaba que no había habido pelea. La única prueba forense tangible era un solo pelo afroamericano encontrado en el cuerpo durante la autopsia.

Al examinar el escenario y establecer los hechos conocidos, los detectives de homicidios determinaron que el ataque inicial tuvo lugar cuando Francine bajaba la escalera. Tras quedar inconsciente de un golpe, la llevó a la azotea. La autopsia indicó que no había sido violada.

Debido a su naturaleza horrible, el caso atrajo la atención del público y una enorme cobertura mediática. Se creó un grupo de veintiséis detectives que preguntaron a más de dos mil testigos potenciales y sospechosos y comprobaron todos los agresores sexuales conocidos del área metropolitana de Nueva York. Sin embargo, un mes después parecía que la investigación no iba a ningún sitio.

Pensando que no estaba de más pedir otra opinión, el detective Tom Foley y el teniente Joe D'Amico, de la Autoridad de la Vivienda de Nueva York, se pusieron en contacto con nosotros en Quantico. Llevaron archivos e informes, fotografías de los escenarios del crimen y protocolos de autopsias. Roy Hazelwood, Dick Ault, Tony Rider (que acabaría siendo el jefe de la Unidad de Ciencia del Comportamiento) y yo nos reunimos con ellos en el comedor.

Tras repasar todas las pruebas y el material del caso e intentar ponerme en la piel tanto de la víctima como del agresor, deduje un perfil. Propuse que la policía buscara a un hombre blanco de aspecto medio entre los veinticinco y los treinta y cinco años, probablemente cerca de los treinta, de aspecto desaliñado, desempleado y muy nocturno, que viviera a menos de un kilómetro del edificio con sus padres o un familiar mayor, fuera soltero y no mantuviera relaciones con mujeres ni amigos íntimos, hubiera dejado los estudios en el instituto o la universidad sin experiencia militar, tuviera una autoestima baja y no poseyera ni coche ni permiso de conducir, que estuviera en la actualidad o hubiera estado en una institución mental tomando medicación, hubiera sufrido intentos de suicidio por estrangulamiento o asfixia y no consumiera en exceso drogas ni alcohol, y que atesorara una gran colección de pornografía con ataduras y sadomasoquismo. Sería su primer asesinato, de hecho, su

primer delito grave, pero, a menos que lo atrapáramos, no sería el último.

—No hay que ir muy lejos a buscar a este asesino —les dije a los investigadores —. Y ya habléis hablado con el tipo. —Seguramente ya lo habían interrogado a él y a su familia porque vivían en la zona. La policía lo habría considerado colaborador, probablemente demasiado. Tal vez incluso fue a buscarlos y se introdujo en la investigación para asegurarse de que no se acercaban demasiado a él.

Para mucha gente poco familiarizada con nuestras técnicas, se parecían mucho a un truco. Pero si se estudia metódicamente, se puede ver cómo llegamos a nuestras impresiones y recomendaciones.

Lo primero que decidimos fue que era un crimen de oportunidad, un incidente espontáneo. Los padres de Francine nos dijeron que a veces cogía el ascensor y otras bajaba por la escalera. No había manera de pronosticar qué prefería una mañana concreta. Si el asesino la había estado esperando en la escalera, podría no haberla visto y, en todo caso, se habría encontrado con otras personas antes de ver a Francine.

Todo lo que se había usado en la agresión y en el cuerpo de la víctima pertenecía a la víctima. El asesino no había llevado nada al escenario, salvo quizá la navaja pequeña. No tenía armas ni un kit de violación. No la había acechado ni había ido al escenario del crimen con intención de cometerlo.

Eso, a su vez, nos llevaba a la siguiente conclusión. Si el sujeto desconocido no había ido al edificio con intención de cometer ese crimen, debía de estar ahí por algún motivo. Y para estar ahí antes de las siete de la mañana y encontrarse con Francine en la escalera, o vivía en el edificio, o trabajaba allí o conocía muy bien el camino. Eso podría indicar que era un empleado de correos, de una compañía de teléfonos o de Consolidated Edison[2], aunque no me parecía probable porque no teníamos testimonios de testigos y alguien en esa situación no habría podido invertir el tiempo que era evidente que había invertido en ella. Tras el ataque inicial en la escalera, sabía que podía llevarla a la azotea sin miedo a que lo interrumpieran. Además, dado que nadie en el edificio vio nada ni a nadie fuera de lo habitual, tenía que encajar en el entorno. Francine no gritó ni se resistió, así que probablemente lo conocía, por lo menos de vista, y nadie vio a nadie extraño ni amenazador que entrara o saliera del edificio aquella mañana.

Debido al componente sexual de la agresión, estábamos convencidos de que se trataba de un hombre de una edad parecida a la de la víctima. Establecimos que el rango estaría entre veinticinco y treinta y cinco años, probablemente en el medio. Yo estaba deseoso de descartar al chico de quince años que encontró la cartera (igual que a su padre de cuarenta años) con esa única base. Según mi experiencia, no imaginaba que alguien de esa edad tratara el cadáver de esa manera. Ni siquiera Monte Rissell, un asesino en serie extremadamente «precoz», se había comportado así. Además, el chico de quince años era negro.

Pese a que el estudio del cuerpo había sacado a la luz el pelo afroamericano, estaba convencido de que el asesino era blanco. Muy rara vez veíamos ese tipo de

crimen entre razas, y cuando lo veíamos solía haber otras pruebas que lo sustentaran. En este caso no había ninguna, y pocas veces, si es que lo había visto alguna vez, había sido testigo de ese tipo de mutilación por parte de un sujeto negro. Un antiguo conserje de color del edificio que nunca devolvió las llaves fue considerado un buen sospechoso, pero no creí que fuera él por su conducta y por el hecho de que algunos de los inquilinos sin duda lo habrían visto.

¿Cómo explicaba ese pelo que relacionaba el crimen con un sujeto desconocido negro?, preguntó la policía. No tenía explicación, lo que en cierto modo me incomodaba, pero seguía seguro de que tenía razón.

Era un crimen de «alto riesgo» y una víctima de «bajo riesgo». La chica no tenía novio, ni era prostituta, ni drogadicta, ni una chica guapa en un entorno abierto, ni estaba en un mal barrio o lejos de casa. Casi un cincuenta por ciento del edificio era negro, un cuarenta por ciento blanco y un diez por ciento hispano. No había habido crímenes parecidos ni ahí ni en ningún otro sitio del barrio. El agresor podría haber elegido un lugar mucho más «seguro» para cometer un delito sexual. Eso, junto a la falta de preparación, apuntaba a un agresor desorganizado.

Una combinación de otros factores, unidos, me daban una imagen aún más clara del tipo de persona que había matado a Francine Elveson. Había habido una mutilación sexual horrible y masturbación sobre el cuerpo, pero no relaciones sexuales. La penetración con el paraguas y el bolígrafo eran actos de sustitución sexual. Estaba bastante claro que el hombre que buscábamos era un individuo inseguro, sexualmente inmaduro e inadaptado. La masturbación sugería que era la realización de un ritual con el que fantaseaba desde hacía un tiempo. La fantasía masturbatoria habría sido alimentada con pornografía dura con ataduras y sadomasoquista. Recordad que la ató tras estar inconsciente o muerta. La elección de una víctima baja, físicamente frágil que aun así era atacada y neutralizada con rapidez antes de poder perpetrar sus violentas fantasías solo lo confirmaban. De haber llevado a cabo sus actos sádicos con una víctima viva y consciente, habría sido distinto en cuanto a la personalidad. Pero así, seguramente tenía muchas dificultades para mantener relaciones con las mujeres. Si tenía citas, cosa que dudaba, buscaría mujeres mucho más jóvenes, más fáciles de dominar y controlar.

El hecho de que hubiera estado merodeando por el edificio cuando otras personas como Francine iban a trabajar me decía que no tenía un empleo remunerado de jornada completa. Si tenía trabajo sería de media jornada, posiblemente de noche, lo que no suponía mucho dinero.

De ahí deducía que no podía vivir solo. A diferencia de muchos asesinos más hábiles, este tipo no sería del todo capaz de ocultar sus rarezas a los demás, lo que significaría que no tendría muchos amigos ni viviría con un compañero de piso. Probablemente sería noctámbulo y no le importaba mucho su aspecto. Como no vivía con amigos ni podía permitirse un piso para él, viviría con sus padres, o seguramente con uno de los progenitores o una mujer mayor de la familia como una hermana o

una tía. No podría comprarse un automóvil, lo que significaba que o iba en transporte público al edificio, o a pie, o vivía ahí. No me lo imaginaba cogiendo un autobús para llegar tan pronto por la mañana, lo que indicaba que vivía en el edificio o en un radio de ochocientos metros.

Luego estaba la colocación de los diversos objetos rituales: los pezones cercenados, los pendientes, la posición del cuerpo. Ese tipo de compulsividad en medio de un frenesí de caos desorganizado me decía que mi presa tenía graves problemas psicológicos y psiquiátricos. Esperaba que tomara, o por lo menos hubiera tomado, algún medicamento por prescripción. Eso y el hecho de que el crimen se produjera a primera hora de la mañana indicaba que el alcohol no era un factor importante en esa persona. Fuera cual fuera su inestabilidad o psicosis, estaba empeorando y los que lo rodeaban lo habrían notado. Era muy posible que hubiera sufrido intentos de suicidio anteriores, sobre todo por asfixia, el método que había usado para matar a Francine. Diría que estaba o había estado en una institución de salud mental. Descarté cualquier tipo de experiencia militar por eso y pensé que habría dejado los estudios en el instituto o la universidad con un historial de ambiciones incumplidas. Estaba bastante seguro de que era su primer asesinato, pero si salía ileso, no sería el último. No esperaba que volviera a atacar enseguida. Con ese crimen tendría suficiente para semanas o meses, pero al final, cuando las circunstancias fueran favorables y la víctima de oportunidad se presentara de nuevo, volvería a atacar. Los mensajes escritos en el cuerpo así lo indicaban.

La colocación de la víctima en una postura ritual y degradante me decía que no sentía muchos remordimientos por el crimen. Si el cadáver estuviera tapado, habría pensado que el hecho de ponerle las bragas en la cara era una señal de que en cierto modo se arrepentía y la quería dejar con cierta dignidad, pero la exposición del cuerpo lo contradecía. Así que la cara tapada iba más en la línea de la despersonalización y degradación que de cualquier acto de preocupación.

Es interesante que usara la ropa de la víctima para tapar sus heces. Si hubiera defecado en el escenario del crimen y lo hubiera dejado al descubierto, podría interpretarse como parte de su fantasía ritual o una señal más de desprecio hacia la víctima en concreto o hacia las mujeres en general. Pero el hecho de taparla indicaba que estuvo ahí mucho tiempo y no tenía a dónde ir o no pudo controlar los nervios, o ambas cosas. Según nuestra experiencia anterior, pensé que su incapacidad de contenerse de defecar en el escenario del crimen podía deberse a la medicación.

Tras recibir el perfil, la policía revisó su amplia lista de sospechosos e interrogatorios. Rechazaron a un conocido exagresor sexual que ahora estaba casado con hijos. En el corte preliminar había veintidós nombres, y de ellos uno encajaba mucho con el perfil.

Se llamaba Carmine Calabro. Treinta años, actor blanco sin empleo, vivía de y

con su padre viudo en el edificio de Elveson, también en la cuarta planta. No estaba casado y se decía que tenía dificultades para relacionarse con mujeres. Dejó los estudios en el instituto y no tenía experiencia militar. Cuando la policía registró su habitación, encontró una amplia colección de bondage y pornografía sadomasoquista. Acumulaba un historial de intentos de suicidio ahorcándose o por asfixia, antes y después del asesinato de Elveson.

Pero tenía una coartada. Como había pronosticado, la policía había interrogado a su padre, como a todos los inquilinos del edificio. El señor Calabro les dijo que Carmine estaba ingresado en un hospital mental de la zona por depresión. Por eso la policía lo había descartado.

Sin embargo, armados con la descripción del perfil, volvieron inmediatamente a trabajar en él y enseguida comprobaron lo negligente que era la seguridad en esa institución en concreto. Pudieron determinar de manera concluyente que se había ausentado sin tener el alta; simplemente había salido caminando, la tarde antes del asesinato de Francine Elveson.

Trece meses después del asesinato, Carmine Calabro fue detenido y la policía le hizo una impresión dental. Tres dentistas forenses confirmaron que los dientes coincidían con las marcas de mordiscos del cuerpo de Francine. Fue una prueba clave en el juicio, en el que Calabro se declaró no culpable y que terminó con una condena por asesinato y una sentencia de veinticinco años a perpetua.

El pelo afroamericano, por cierto, al final no tenía relación con el crimen. La oficina de medicina forense realizó una cuidadosa investigación procesal y descubrió que la bolsa que se usó para trasladar el cadáver de Francine Elveson a la morgue se había usado antes para un hombre negro y no se había limpiado adecuadamente entre los dos usos. Eso demuestra que las pruebas forenses pueden ser engañosas, y si no encajan con la impresión general que tiene el investigador del caso, deberían estudiarse con detenimiento antes de aceptarse como prueba.

Este caso fue muy gratificante, sobre todo porque la gente con la que trabajamos en Nueva York pasó a creer en nosotros, y eran de los agentes de la ley más duros y preparados del país. Para un artículo de abril de 1983 sobre el programa de perfiles en *Psychology Today*, el teniente D'Amico dijo: «Lo describieron tan bien que le pregunté al FBI por qué no nos habían dado su número de teléfono».

Cuando se publicó el artículo, Calabro nos escribió desde el correccional Clinton, en Dannemora, Nueva York, aunque su nombre y el de Elveson jamás aparecieron en el artículo. Era una carta incoherente con faltas gramaticales y de ortografía; en general no tenía más que cumplidos para el FBI y el departamento de policía de Nueva York, reafirmaba su inocencia, se incluía en el grupo de David Berkowitz y George Metesky, el Bombardero Loco, y escribió: «No estoy contradiciendo su perfil del asesino en este caso; en realidad, sinceramente creo que tienen razón en dos puntos».

Luego preguntaba si nos habían informado de la presencia de pelos en el cuerpo,

que según él lo exculparía después. Curiosamente, luego preguntó cuándo dieron con el perfil y si teníamos todas las pruebas. Si resultaba que sí, él dejaría el asunto, pero si no, nos escribiría de nuevo.

Pensé que la carta serviría de excusa para incluir a Calabro en nuestro estudio. En julio de 1983, Bill Hagmaier y Rosanne Russo, una de las primeras agentes en la Unidad de Ciencia del Comportamiento, fueron a Clinton a entrevistar a Calabro. Contaron que estaba nervioso, pero se mostró educado y colaborador, igual que con la policía. Se centró con bastante obstinación en su inocencia y el inminente recurso, pues según él había sido condenado injustamente basándose en la prueba de las marcas de los mordiscos. Se quitó todos los dientes «para que no me puedan acusar de nuevo» y enseñó con orgullo su boca desdentada. Por lo demás, la entrevista fue en muchos sentidos un refrito de la carta, aunque Hagmaier y Russo dijeron que parecía bastante interesado en lo que hacíamos y no quería que se fueran. Incluso en la cárcel, seguía siendo un solitario.

Para mí no cabe duda de que Carmine Calabro sufre algún trastorno psicológico grave. No hay nada en su caso, su pasado o nuestra comunicación con él que se acerque a la normalidad. Al mismo tiempo, sigo creyendo que, como la mayoría de individuos con trastornos, entendía la diferencia entre el bien y el mal. Tener esas fantasías estrambóticas y dementes no es un crimen. Escoger voluntariamente hacerlas realidad dañando a otras personas sin duda sí lo es.

9
Ponerse en la piel del otro

A principios de 1980 gestionaba más de ciento cincuenta casos al año y estaba de viaje el mismo número de días. Empezaba a sentirme como Lucille Ball intentando avanzar en la cinta transportadora en el *sketch* de la fábrica de chocolate de *Yo amo a Lucy*, y cuanto más trabajo me llegaba, más me tenía que esforzar para no quedarme atrás. En realidad, salirme del juego para respirar un momento no entraba en la ecuación.

A medida que se conocía nuestro trabajo y sus resultados, empezaron a llover solicitudes de ayuda de todo Estados Unidos y muchos países extranjeros. Como un enfermero de triaje en una sala de urgencias, tuve que empezar a establecer prioridades entre los casos. La atención más inmediata recaía en los asesinos violadores porque suponían una amenaza de más pérdidas de vidas.

En los casos sin resolver o en los que el sujeto desconocido no parecía activo, le preguntaba a la policía por qué nos habían llamado. A veces la familia de la víctima los presionaba para que encontraran una solución. Sin duda es comprensible, y siempre los acompaño en el sentimiento, pero no podía permitirme perder un tiempo precioso en un análisis que la policía local iba a archivar sin reaccionar de ninguna manera.

Con los casos activos, era interesante ver de dónde venían. Durante los primeros días del programa, cualquier cosa de uno de los principales departamentos de policía, como el de Nueva York o Los Ángeles, levantaba mis sospechas sobre por qué recurrían a nuestra unidad en Quantico. A veces era una disputa jurisdiccional con el FBI, como quién conseguía las grabaciones de vigilancia, quién hacía los interrogatorios y quién juzgaba una serie de atracos a bancos. O podía ser que el caso fuera un tema candente político y la policía local solo quisiera que otro recibiera las críticas. Todas esas consideraciones contaban en mi decisión de cómo responder a una solicitud de ayuda, porque sabía que todo me ayudaría a determinar si ese caso en concreto se iba a solucionar.

Al principio ofrecí análisis por escrito. Cuando la carga de casos creció exponencialmente, no tenía tiempo para eso. Tomaba notas y estudiaba un archivo. Luego, cuando hablaba con el investigador local, en persona o por teléfono, repasaba mis apuntes y recordaba el caso. Normalmente, los agentes tomaban muchas notas sobre lo que yo les decía. En una de esas raras ocasiones en que un agente estaba en la misma sala que yo, si se limitaba a escuchar sin apuntar nada, me impacientaba enseguida, le decía que era su caso, no el mío, y que si quería nuestra ayuda sería mejor que moviera el culo y trabajara tanto como yo.

Lo había hecho bastantes veces para, como un médico, saber cuánto duraría cada

«visita de oficina». Cuando revisaba el caso ya sabía si podía ayudar o no, así que quería centrarme en un análisis del escenario del crimen y la victimología enseguida. ¿Por qué escogió a esa víctima entre otras víctimas potenciales? ¿Cómo fue asesinada? A partir de esos dos interogantes puedes empezar a abordar la pregunta definitiva: ¿quién?

Como Sherlock Holmes, pronto me di cuenta de que cuanto más común y rutinario fuera el crimen, menos pruebas de comportamiento había con las que trabajar. No podía ayudar mucho en atracos en la calle. Son demasiado comunes, el comportamiento es demasiado mundano, y por tanto el círculo de sospechosos es enorme. Asimismo, una sola herida de disparo o una puñalada supone un escenario más difícil que si hay múltiples heridas, un caso al aire libre es más difícil que un escenario interior, y una sola víctima de alto riesgo no nos da mucha información como serie.

Lo primero que estudiaba era el informe del médico forense para saber la naturaleza y tipo de las heridas, la causa de la muerte, si hubo agresión sexual y, si la hubo, de qué tipo. La calidad del trabajo del forense cambiaba mucho entre las miles de jurisdicciones policiales del país. Algunos eran patólogos forenses de verdad y su trabajo era excelente. Por ejemplo, cuando el doctor James Luke era médico forense en Washington, D. C., siempre contábamos con actas completas, detalladas y precisas. Desde que dejó ese trabajo, el doctor Luke es un consultor valioso para nuestra unidad en Quantico. Por otra parte, vi situaciones en ciudades pequeñas del sur donde el forense era el director de la funeraria local. Su idea de un examen post mortem era aparecer en el escenario del crimen, dar una patada al cadáver y decir: «Sí, este tío está muerto».

Una vez repasados los hallazgos relacionados con el cadáver, leía el informe preliminar de la policía. Cuando llegó el primer agente, ¿qué vio? A partir de ese momento puede que el escenario se alterara, por él o por otra persona del equipo de investigación. Para mí era importante poder visualizar el escenario lo más parecido posible a como lo dejó el agresor. Si no estaba igual, quería saberlo. Por ejemplo, si había una almohada sobre la cara de la víctima, ¿quién la puso ahí? ¿Estaba ahí cuando llegó el agente? ¿Lo hizo un familiar que encontró el cadáver por dignidad? ¿O había otra explicación? Finalmente, observaba las fotografías del escenario del crimen e intentaba completar la imagen en mi mente.

Las fotografías no eran siempre de la mejor calidad, sobre todo cuando la mayoría de departamentos aún las hacían en blanco y negro. Así que también pedía un esquema del escenario del crimen con todas las indicaciones y huellas anotadas. Si los detectives querían comentarme algo en particular, les pedía que lo escribieran en el dorso de la fotografía para que no me influyera el comentario de otra persona en mi primer repaso. Por la misma lógica, si tenían un sospechoso concreto en primer lugar, no lo quería saber, o les pedía que me enviaran un sobre sellado para ser objetivo en mi análisis.

También era importante intentar averiguar si se habían llevado algo de la víctima o eliminado del escenario del crimen. Por lo general estaba claro que si se llevaban dinero en efectivo o joyería importante, cada cosa ayudaría a averiguar la motivación del agresor. Otros objetos no siempre son fáciles de rastrear.

Cuando un agente o detective me decía que no se habían llevado nada, les preguntaba: «¿Cómo lo sabéis? ¿Si se llevaran un sujetador o unas medias de tu esposa o tu novia, lo sabrías? Porque en ese caso eres un enfermo». Podría faltar algo tan sutil como una horquilla o un mechón de pelo, y eso sería difícil de rastrear. El mero hecho de que no «pareciera» que faltara nada nunca era definitivo en mi cabeza. Cuando al final atrapábamos al agresor y registrábamos su casa, a menudo encontrábamos sorpresas.

Desde el principio quedó claro que muchos chicos, tanto de dentro de la Agencia como de fuera, en realidad no comprendían de qué iba todo eso. Lo vi durante un curso de dos semanas sobre homicidios que Bob Ressler y yo dimos en Nueva York en 1981. Había unos cien detectives, sobre todo de la policía de Nueva York, pero también de jurisdicciones de toda el área metropolitana de Nueva York.

Una mañana, antes de empezar la clase sobre perfiles, estaba delante de la clase preparando la gran grabadora que usábamos en aquella época. Entonces un detective con un evidente exceso de trabajo, claramente quemado y con los ojos inyectados en sangre, se me acerca y me dice:

—Tú haces eso de los perfiles, ¿eh?

—Sí —contesté, y me volví hacia la grabadora—. De hecho, esta es la máquina de hacer perfiles.

Me miró con escepticismo, como lo hacen los detectives con experiencia cuando tratan con un sospechoso, pero se quedó.

—Dame la mano —dije—. Te enseñaré cómo funciona.

Me dio la mano, vacilante. En una grabadora de tres cuartos de pulgada la ranura para la cinta es bastante grande. Le cogí la mano, la puse en la ranura y giré algunos mandos. Entre tanto, Ressler estaba en otro sitio de la sala preparando su material. Me oyó y estaba a punto de venir, pensando que me iban a dar un puñetazo.

Pero el tipo solo dijo:

—¿Entonces cuál es mi perfil?

—Tú espera a la clase. Ya verás cómo funciona.

Por suerte para mí, el tipo debió de entender durante la clase lo que estaba ocurriendo mientras explicaba el proceso de elaboración de perfiles y usó la grabadora para su verdadero fin: ¡enseñar imágenes! Al final de la clase no me esperó. Pero lo bueno de esta historia es que siempre deseé que fuera tan fácil llegar a un perfil útil. Además de no poder meter una mano (o cualquier otra parte del cuerpo) en una máquina y obtener un perfil, durante años los expertos informáticos han trabajado con agentes de las fuerzas de la ley para desarrollar programas que reprodujeran los procesos lógicos que empleábamos. De momento no han conseguido

mucho.

El caso es que el análisis de perfiles y escenarios del crimen es mucho más que simplemente introducir datos y masticarlos. Para ser bueno con los perfiles, tienes que estar capacitado para evaluar una amplia variedad de pruebas y datos. Pero también hay que ser capaz de ponerse en la piel del agresor y la víctima.

Tienes que procurar recrear el escenario del crimen en la cabeza. Necesitas saber todo lo posible sobre la víctima para imaginar cómo pudo reaccionar. Tienes que ser capaz de ponerte en su lugar cuando el agresor la amenaza con una pistola o un cuchillo, una roca, los puños o lo que sea. Tienes que ser capaz de sentir su miedo cuando se le acerca el agresor. Tienes que ser capaz de sentir su dolor cuando la viola, le da una paliza o la corta. Debes intentar imaginar lo que estaba pasando cuando él la torturó para su placer sexual. Tienes que entender lo que es gritar de miedo y agonía, darse cuenta de que no servirá de nada y no lo detendrá. Tienes que saber cómo fue. Eso es una carga muy pesada, sobre todo cuando la víctima es una niña o una anciana.

Cuando el director y reparto de *El silencio de los corderos* fueron a Quantico para preparar la película, llevé a mi despacho a Scott Glenn, que interpretaba a Jack Crawford, el agente especial que según algunos se basa en mí. Glenn era un tipo bastante liberal con fuertes convicciones sobre la rehabilitación, la redención y la bondad esencial de los seres humanos. Le enseñé algunas de las fotografías de los espantosos escenarios del crimen con los que trabajamos todos los días. Le dejé ver las grabaciones hechas por los asesinos mientras torturaban a sus víctimas. Le obligué a escuchar a una de las dos adolescentes de Los Ángeles torturadas hasta la muerte en la parte trasera de una camioneta por dos asesinos en busca de emociones que acababan de salir de la cárcel.

Glenn lloró mientras escuchaba las cintas. Me dijo:

—No tenía ni idea de que ahí fuera hubiera gente capaz de hacer cosas así.

Padre inteligente y compasivo de dos niñas, Glenn dijo que, después de lo que vio y oyó en mi despacho, ya no podía oponerse a la pena de muerte.

—La experiencia en Quantico cambió mi opinión sobre el tema para siempre.

Sin embargo, resulta igual de difícil ponerme en la posición del agresor, pensar como él, planificar con él, entender y sentir su satisfacción en ese momento de su vida en que sus fantasías reprimidas se hacen realidad y por fin él tiene el control y es completamente capaz de manipular y dominar a otro ser humano. También tengo que ponerme en la piel de ese asesino.

Los dos hombres que torturaron y asesinaron a las adolescentes en la camioneta se llamaban Lawrence Bittaker y Roy Norris. Incluso tenían un apodo para la camioneta: Murder Mac. Se conocieron cumpliendo condena en el centro masculino de California en San Luis Obispo. Bittaker cumplía condena por agresión con arma mortífera. Norris era un violador convicto. Cuando descubrieron su interés mutuo por dominar y hacer daño a mujeres jóvenes, se dieron cuenta de que eran almas gemelas.

Y cuando ambos salieron en libertad condicional en 1979, se reunieron en un motel de Los Ángeles y urdieron planes para secuestrar, violar, torturar y matar a una chica de entre trece y diecinueve años. Habían llevado a cabo sus planes con éxito con cinco chicas cuando una logró huir tras ser violada y fue a la policía.

Norris, el menos dominante de los dos, al final se desmoronó ante la investigación de la policía, confesó y, a cambio de inmunidad ante la pena de muerte, accedió a señalar a Bittaker, aún más sádico y agresivo. Condujo a la policía hasta los diversos lugares donde yacían los cadáveres. Uno, ya un esqueleto por el sol de California, aún tenía un picahielos que le sobresalía del oído.

Lo que destaca en este caso, aparte de la desgarradora tragedia de esas vidas prometedoras arrebatadas y la extrema depravación de torturar a las chicas, en palabras de Norris, «por diversión», es la distinta dinámica del comportamiento que se establece cuando dos agresores participan en el mismo crimen. En general vemos que uno es más dominante y el otro más dócil, y a menudo uno es más organizado y el otro menos. Los asesinos en serie son tipos inadaptados, y los que necesitan a un compañero para llevar a cabo su obra son los más inadaptados de todos.

Por muy horribles que fueran sus crímenes (y Lawrence Bittaker se encuentra entre los individuos más odiosos y repugnantes que me he encontrado jamás), por desgracia no son los únicos.

Como Bittaker y Norris, James Russell Odom y James Clayton Lawson Jr. se conocieron en la cárcel. Fue a mediados de la década de 1970 y ambos cumplían condena por violación en el hospital público mental de Atascadero, en California. Viendo sus historiales, consideraría a Russell Odom un psicópata y a Clay Lawson más bien un esquizofrénico. Durante su estancia en Atascadero, Clay explicó a Russell de manera evocadora sus planes de lo que le gustaría hacer cuando lo dejaran salir. Incluían raptar a mujeres, cortarles los pechos, quitarles los ovarios y clavarles cuchillos en la vagina. Dijo que se inspiraba en Charles Manson y sus seguidores. Lawson dejó claro que las relaciones sexuales no formaban parte del plan. No lo consideraba parte de «lo suyo».

Odom, en cambio, consideraba que las relaciones sexuales sí eran lo suyo y, en cuanto lo liberaron, se fue en su Volkswagen escarabajo azul claro de 1974 hasta Columbia, Carolina del Sur, donde Lawson era fontanero y vivía con sus padres tras la libertad condicional. (Los Volkswagen escarabajo, como he mencionado, parecían el coche elegido por los asesinos en serie en aquella época, además de los agentes del FBI sin ahorros). Odom pensó que con sus intereses relacionados pero separados podían formar un buen equipo y cada uno hacer lo suyo.

Al cabo de unos días de la llegada de Odom, los dos salieron a buscar una víctima en el Ford Comet de 1974 del padre de Lawson. Se pararon en el 7-Eleven de la autopista 1 y vieron a una mujer joven que les gustaba trabajando tras el mostrador. Pero había demasiada gente, así que se fueron a ver una película porno.

Creo que es importante subrayar que cuando se dieron cuenta de que no lograrían

un secuestro sin resistencia o como mínimo testigos, se fueron sin cometer su pretendido crimen. Ambos eran enfermos mentales y, en el caso de Lawson, un buen argumento podría ser la perturbación mental. Sin embargo, cuando las circunstancias no favorecían la consecución del crimen, no lo cometieron. No estaban bajo el efecto de un impulso que les obligara a actuar. Así que lo repetiré para que quede claro: a mi juicio, y según mi experiencia, la mera presencia de un trastorno mental no exime a un agresor. A menos que esté delirando del todo y no entienda sus acciones en el mundo real, escoge hacer daño a alguien o no. Y los tarados de verdad son fáciles de atrapar, los asesinos en serie no.

La noche siguiente a su primera caza, Odom y Lawson fueron a un cine al aire libre con coches. Cuando terminó la película, poco después de medianoche, volvieron al 7-Eleven. Entraron y compraron cuatro tonterías: un batido de chocolate, una bolsa de cacahuetes, unos pepinillos. Esta vez eran los únicos en la tienda, así que raptaron a la joven dependienta con la pistola del calibre 22 de Odom. Lawson llevaba otra del calibre 32 en el bolsillo. Cuando llegó la policía más tarde, tras recibir la llamada de un cliente que vio que no había nadie atendiendo en la tienda, vieron que la caja registradora no se había tocado, la cartera de la chica estaba detrás del mostrador y no se habían llevado objetos de valor.

Los dos hombres fueron a un lugar apartado. Odom ordenó a la chica que se desnudara del todo y la violó en el asiento trasero del coche. Entre tanto, Lawson estaba fuera junto a la puerta del conductor, diciéndole a Odom que se diera prisa, que le tocaba a él. Pasados unos cinco minutos, Odom eyaculó, se abrochó los pantalones y salió del coche para que Lawson ocupara su lugar.

Odom se apartó del coche a vomitar, según dijo. Lawson afirmó más tarde que Odom le dijo: «Tenemos que deshacernos de ella», aunque Lawson le había hecho prometer que no se lo contaría a nadie si la dejaba irse. En todo caso, unos cinco minutos después, Odom oyó a la mujer gritar desde el coche: «¡La garganta!». Cuando volvió, Lawson le había rebanado el cuello y estaba mutilando el cadáver desnudo con un cuchillo que había comprado en el 7-Eleven la noche anterior.

Al día siguiente, cuando los dos estaban en el coche de Odom deshaciéndose de la ropa de la víctima que habían envuelto en dos fardos, Lawson le dijo que había intentado comerse los órganos sexuales de la mujer tras el ataque, pero le dio asco.

El cadáver con las horribles mutilaciones se encontró a simple vista, y los asesinos fueron detenidos a los pocos días. Russell Odom, que temía por su vida, enseguida admitió la violación, pero negó haber participado en el asesinato.

En su declaración a la policía, Clay Lawson dejó claro que no había tenido relaciones sexuales con la víctima:

—No violé a la chica. Solo quería destruirla.

Este tipo masticaba gominolas durante el juicio en la sala.

Los juzgaron por separado. La condena de Odom fue perpetua más cuarenta años por violación, posesión ilegal de armas y cómplice antes y después del asesinato.

Lawson fue condenado por asesinato en primer grado y fue electrocutado el 18 de mayo de 1976.

Como el de Bittaker y Norris, este caso se caracteriza por una mezcla de comportamiento, y por tanto de pruebas del comportamiento, debido a la participación de dos personalidades distintas. La mutilación del cuerpo es una señal de una personalidad desorganizada, mientras que el hallazgo de semen en la vagina de la víctima es un fuerte indicador de una personalidad organizada. Enseñamos el caso de Odom y Lawson en Quantico, y lo tenía en mente cuando recibimos una llamada del jefe John Reeder, del departamento de policía de Logan Township, Pensilvania. Era el principio de mi carrera como elaborador de perfiles. Reeder había estudiado en la Academia Nacional y, a través del agente especial Dale Frye, de la agencia residente del FBI en Johnstown, él y el abogado del distrito del condado de Blair Oliver E. Mattas pidieron ayuda para resolver la violación, asesinato y mutilación de una mujer joven llamada Betty Jane Shade.

Los hechos que me presentaron fueron los siguientes:

Aproximadamente un año antes, el 29 de mayo de 1979, esta mujer de veintidós años volvía a pie a casa de su trabajo de niñera hacia las diez y cuarto de la noche. Cuatro días después, un hombre que afirmaba que estaba dando un paseo por la naturaleza se topó con el cadáver, muy mutilado pero en buen estado de conservación, en un vertedero ilegal en la cima de la montaña Wopsonock, cerca de Altoona. Le habían cortado el cabello largo y rubio, que estaba colgado en un árbol cercano. El forense del condado Charles R. Burkey le dijo al periódico local que era «la muerte más horrorosa» que había visto nunca. Vio que Betty Jane Shade había sido agredida sexualmente, tenía la mandíbula rota, los ojos morados y varias puñaladas en el cuerpo. La causa de la muerte era un golpe fuerte en la cabeza, y la mutilación post mortem incluía varias puñaladas, los dos senos cortados y una incisión desde la vagina de la víctima hasta el recto.

Pese a que el contenido parcialmente sin digerir del estómago indicaba que había sido asesinada poco después de su desaparición, el cuerpo estaba demasiado bien conservado para haber pasado cuatro días en el vertedero. No había la infestación de larvas ni los golpes de animales que cabría esperar. La policía también había investigado las quejas por el vertedero ilegal en una zona montañosa, así que habrían encontrado el cuerpo antes si hubiera estado ahí.

Revisé todo el material del caso que me enviaron y elaboré un perfil, que expuse durante una larga conversación por teléfono. Durante la llamada, intenté instruir a la policía en los principios del perfil psicológico y el tipo de cosas que buscamos. Pensé que debían buscar a un hombre blanco, de entre diecisiete y veinticinco años, aunque avisé de que si vivía en una zona apartada podría ser mayor porque el desarrollo social sería más lento. Sería delgado o escuálido, solitario, no exactamente un lumbreras en el instituto, introvertido, probablemente aficionado a la pornografía. La infancia sería clásica: una familia rota y disfuncional con un padre ausente y una

madre dominante y sobreprotectora. Ella le habría dado a entender que todas las mujeres eran malas excepto ella. Así, el sujeto desconocido tendría miedo de estas y no sería capaz de tratar con ellas; por eso tenía que tenerlas inconscientes o impotentes tan deprisa.

El asesino la conocía muy bien. Lo dejaban claro los fuertes golpes en la cara. Sentía una rabia increíble y buscaba despersonalizarla a través de la mutilación en la cara, los pechos y los genitales. El hecho de cortarle el pelo me decía algo más. Aunque también se podría considerar un intento de despersonalización, sabía por el tipo de víctima que Shade era una persona aseada y meticulosa que estaba orgullosa de su cabello bien peinado y cuidado. Cortarle el pelo era un insulto, un gesto degradante. Eso también apuntaba a alguien que la conocía muy bien. Por otra parte, no había signos de abuso sádico ni tortura antes de la muerte como en el caso de Bittaker y Norris. No era alguien que obtuviera placer sexual del acto de infligir dolor.

Le dije a la policía que no buscara al «típico vendedor de la calle con una personalidad extrovertida». Si el tipo tenía trabajo, sería no especializado, de conserje o obrero. Alguien que dejara el cuerpo en ese tipo de vertedero debía tener una ocupación así o alguna que implicara suciedad o mugre. El momento del secuestro, la ausencia de los pechos, el evidente movimiento del cuerpo y el volver al vertedero me decían que sería noctámbulo. Esperaba que visitara el cementerio, tal vez que fuera al funeral, que le diera vueltas a la cabeza hasta estar convencido de que había tenido una relación «normal» con Betty Jane. Por eso pensé que un polígrafo resultaría inútil aunque tuvieran un sospechoso. Había muchas posibilidades de que viviera en algún lugar entre la casa de la víctima y donde salió del trabajo de niñera.

Pese a que no tenían nada lo bastante sólido para detenerlos, la policía me dijo que tenían a dos sospechosos que consideraban importantes. Uno era su novio, que vivía con ella y se autodenominaba su prometido, Charles F. Soult Jr, conocido como Butch. Sin duda había que tomárselo en serio. Pero la policía tenía muchas expectativas con el otro: el hombre que encontró el cuerpo y cuya historia no encajaba del todo. Era maquinista de trenes, de baja por discapacidad. Dijo que había ido a dar un paseo por la naturaleza pero había encontrado el cadáver en lo que parecía ser un vertedero. Un anciano que paseaba al perro declaró que había visto al tipo orinando en la escena del crimen. No iba bien vestido para una excursión larga y, aunque había llovido, estaba completamente seco. Vivía a cuatro manzanas de la casa de Betty Jane Shade y había intentado llevarla en coche sin conseguirlo en varias ocasiones. En sus encuentros con la policía estaba nervioso y alegó que le daba miedo decir que había encontrado el cuerpo porque no quería que le culparan del crimen. Es una excusa típica de un sujeto que se muestra proactivo, interfiere en la investigación e intenta ahuyentar las sospechas. Bebía cerveza y fumaba mucho, y era lo bastante fuerte para matar y eliminar el cuerpo solo. Tenía un historial de conducta antisocial. La noche del asesinato, él y su esposa declararon que estaban en casa viendo la

televisión, solos, así que no tenían una coartada sólida. Le dije que alguien así se pondría en contacto con un abogado y no colaboraría a partir de entonces. Eso fue exactamente lo que ocurrió con él. Había contratado a un letrado y se había negado al polígrafo.

Todo sonaba muy prometedor. Sin embargo, lo que más me escamaba es que estuviera casado, con dos hijos, y viviera con su esposa. No parecía su estilo. Si un tipo casado hubiera cometido el asesinato, habría sentido mucha rabia sádica hacia las mujeres. Prolongaría el asesinato, la agrediría más una vez muerta, pero no la mutilaría después. Además, tenía treinta años, me parecía muy mayor.

Soult me parecía una buena opción. Encajaba en prácticamente todos los elementos del perfil. Sus padres se separaron cuando era joven. Su madre era una mujer dominante, excesivamente implicada en la vida de su hijo. A los veintiséis años, era un inadaptado con las mujeres. Le contó a la policía que solo había tenido dos encuentros sexuales en su vida, ambos con una mujer mayor que se burló de él porque no se le levantaba. Dijo que él y Betty Jane estaban muy enamorados y prometidos, aunque ella salía y tenía relaciones sexuales con otros hombres. Estaba convencido de que, si estuviera viva, contaría una historia completamente distinta. En su funeral, dijo que quería abrir el ataúd y meterse dentro con ella. Cuando lo interrogó la policía, no paró de llorar por la pérdida de Betty Jane.

Butch Soult y su hermano, Mike, conducían camiones de basura, informó la policía.

—Vaya, eso suena muy bien —contesté.

Tenían acceso al vertedero, motivos para conocerlo y un medio para transportar el cuerpo.

Sin embargo, por mucho que me gustara Butch como sospechoso, había dos aspectos que no me cuadraban. En primer lugar, como esperaba, era un pequeño bobalión no mucho más alto que Shade. No creo que fuera capaz de mover el cuerpo o ponerlo en la posición en que se encontró, con las piernas abiertas y dobladas por las rodillas. En segundo lugar, se encontró semen en la vagina de la víctima, lo que indicaba una violación tradicional. No me sorprendería encontrar semen en el cuerpo, en las bragas o en otra prenda, pero no esto. Como David Berkowitz, este tipo se masturbaría, pero no sería un violador. Tenía que obtener el placer sexual de manera indirecta. No cuadraba.

Era una presentación mixta, organizada y desorganizada, en muchos sentidos parecida al asesinato de Francine Elveson en Nueva York, con el mismo ataque rápido, desfiguración facial y mutilación genital. A Elveson le habían cortado los pezones, y a Shade los senos enteros.

No obstante, en el caso de Nueva York, Carmine Calabro, más grande, había subido a la diminuta víctima varias plantas y la había dejado allí. Y la eyaculación había sido por masturbación.

Con las lecciones aprendidas de Odom y Lawson en mente, pensé que solo había

una opción lógica. Era probable que Butch Soult se hubiera encontrado con Betty Jane en la calle cuando salió de trabajar, discutieran, él la pegara y probablemente la dejara inconsciente y luego la trasladara a un lugar aislado. También pensé que tal vez la mató de un golpe, le cortó el cabello, mutiló el cuerpo y se llevó los pechos de recuerdo. Sin embargo, entre el momento del primer ataque y el momento del asesinato había sido violada, y no creía que un joven desorganizado, sexualmente inadaptado y dominado por su madre como Soult fuera capaz de eso. Tampoco creía que él hubiera movido el cuerpo.

El hermano de Butch, Mike, era el segundo sospechoso lógico. Tenía el mismo pasado y el mismo trabajo. Había pasado un tiempo en una institución mental y tenía un expediente de violencia, problemas de conducta y un mal control de la ira. La principal diferencia era que estaba casado, aunque su madre dominaba igual en su vida. La noche en que Betty Jane fue raptada, la esposa de Mike estaba en el hospital dando a luz. El embarazo era un gran factor estresante, además de privarle del alivio sexual. Tenía mucho sentido que, tras el ataque, Butch, aterrorizado, hubiera llamado a su hermano, que habría violado a la chica mientras Butch miraba y, tras el asesinato, le ayudó a deshacerse del cuerpo.

Le dije a la policía que sería mejor un enfoque indirecto, no amenazador. Por desgracia, ya habían interrogado a Butch varias veces y lo habían sometido al polígrafo. Como ya sabía, la prueba indicaba que no mentía, pero tenía reacciones emocionales inadecuadas. Pensé que ahora sería mejor centrarse en Mike, presentarse en su casa, decirle que él solo había tenido relaciones sexuales con Shade y había ayudado a deshacerse del cuerpo, pero que si no colaboraba estaría tan metido como su hermano.

La táctica funcionó. Detuvieron a los dos hermanos y su hermana Cathy Wiesinger, que decía ser la mejor amiga de Betty Jane. Según Mike, Cathy también estaba presente cuando se deshicieron del cuerpo.

Entonces ¿qué ocurrió? Creo que Butch había intentado tener relaciones sexuales con esta mujer sexualmente atractiva y con experiencia, pero no pudo. Su resentimiento fue creciendo hasta que no le hacía falta mucho para saltar. Tras atacar a Shade, llamó a su hermano, presa del pánico. Sin embargo, aún se enfadó más al ver que Mike podía tener relaciones con ella y él no. Su rabia continuó, y al cabo de cuatro días mutiló el cuerpo, lo que le daba «la última palabra».

Recuperaron un pecho de la víctima. Mike le dijo a la policía que Butch tenía el otro, lo que no me sorprendió. Donde lo tuviera escondido, nunca lo encontraron.

Charles «Butch» Soult fue condenado por asesinato en primer grado y Mike, tras una negociación, fue enviado a una institución mental. El jefe Reeder declaró en público que fuimos decisivos en la investigación y para obtener declaraciones de los criminales. A su vez, nosotros tuvimos suerte de contar con un colaborador local como él, que tenía formación en nuestros métodos y entendía el proceso de colaboración entre la policía y Quantico.

Gracias a esa colaboración, pudimos atrapar al asesino y su cómplice antes de que pudieran volver a matar. El jefe Reeder y sus hombres y mujeres volvieron a su trabajo de mantener la paz en Lohan Township, Pensilvania. Y yo volví a mis otros ciento cincuenta casos activos con la esperanza de haber aprendido algo que me ayudara por lo menos en uno de ellos para ponerme en la piel tanto del autor como de la víctima.

10
Todo el mundo tiene un punto débil

Una noche, años atrás, de nuevo en casa tras mi lamentable experiencia universitaria en Montana, estaba cenando en un sitio de pizzas y cerveza con mis padres en Uniondale, Long Island, llamado Coldstream. Cuando estaba dando un mordisco a mi pizza de todo con extra de queso, mi madre dijo sin venir a cuento:

—John, ¿has tenido relaciones sexuales con una mujer?

Tragué saliva en un intento de engullir lo que acababa de morder. No es el tipo de preguntas que se solía hacer a un chico de diecinueve o veinte años a mediados de la década de 1960. Me volví hacia mi padre en busca de una señal de apoyo, pero estaba impertérrito. Lo había cogido con la guardia baja, como a mí.

—¿Entonces? —insistió ella. No era un Holmes.

—Eh… sí, mamá.

Vi la mirada de asco en el rostro de mi madre.

—¿Y quién era la chica? —preguntó.

—Eh… bueno… —Había perdido el sano apetito con el que había llegado—. En realidad, han sido varias.

No le dije que una era una adolescente que vivía en una casa para madres solteras en Bozeman. Pero parecía que acabara de decirle dónde había escondido los cuerpos después de desmembrarlos y estuvieran en su sótano.

—¿Quién va a quererte como marido ahora? —se lamentó.

De nuevo me volví hacia mi padre, que estaba extrañamente callado. «¡Vamos, papá, ayúdame!».

—Bueno, no sé, Dolores, hoy en día no hay para tanto.

—Siempre ha habido para tanto, Jack —replicó ella, y se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Qué pasaría, John, si tu futura novia un día te preguntara si has tenido relaciones con otra mujer antes de ella?

Me detuve a medio mordisco.

—Bueno, mamá, le diría la verdad.

—No, no digas eso —saltó mi padre.

—¿Qué quieres decir, Jack? —preguntó mi madre. «Muy bien, papá, a ver cómo sales de esta».

El interrogatorio terminó en unas incómodas tablas. No estoy seguro de haber sacado algo del encuentro. O le conté a Pam mi pasado o ella lo sospechaba. En todo caso, aceptó casarse conmigo, pese a los temores de mi madre. Sin embargo, cuando pensé en aquel interrogatorio desde mi perspectiva de agente federal, elaborador de perfiles y experto en conducta y psicología criminal, me di cuenta de algo importante. Aunque hubiera tenido toda la formación y experiencia analítica que tengo ahora, no

habría manejado mejor las preguntas de mi madre.

Porque me había atrapado en un punto vulnerable de la verdad.

Os daré otro ejemplo. Desde que me convertí en el principal responsable de los perfiles psicológicos del FBI seleccionaba y formaba personalmente a los demás encargados de los perfiles. Por eso gozaba de una relación especialmente estrecha y de colaboración con todos los hombres y mujeres que habían formado parte de mi equipo. La mayoría se han convertido en excelentes profesionales por derecho propio, pero si alguno fue un auténtico discípulo fue Greg Cooper. Greg dejó un trabajo de prestigio como jefe de la policía en una ciudad de Utah cuando tenía treinta y pocos años y entró en el FBI tras oír una charla de Ken Lanning y Bill Hagmaier en un seminario de las fuerzas de la ley. Destacó en la desde de Seattle, pero siempre soñó con ir a Quantico a trabajar en Ciencia del Comportamiento. Había solicitado y estudiado todos mis perfiles y análisis del asesino de Green River, y cuando fui a Seattle para intervenir en un programa especial de televisión con participación de los espectadores llamado *La caza del hombre en vivo*, Greg se ofreció a ser mi chófer y guía. Cuando pasé a ser el jefe de la Unidad de Apoyo a la Investigación, Greg trabajaba en una agencia residente del FBI en el condado de Orange, California, y vivía en Laguna Niguel. Me lo llevé a Quantico y se convirtió en un excelente elaborador de perfiles.

Cuando entró en la unidad, Greg compartió un despacho en el sótano, sin ventanas, con Jana Moore, una antigua agente de policía y detective de homicidios de California antes de convertirse en agente especial que, entre otras excelentes cualidades, era una rubia muy atractiva. En otras palabras, lo tenía todo. A la mayoría de hombres no les parecería una asignación dificultosa, pero Greg era un mormón devoto, un tipo familiar muy recto y fiel con cinco hijos encantadores y una esposa impresionante llamada Rhonda, para la que fue un gran sacrificio mudarse de su soleado paraíso californiano a la tranquila, calurosa y húmeda Virginia. Cada vez que ella preguntaba por su compañero de despacho, Greg empezaba a carraspear e intentar cambiar de tema.

Unos seis meses después de empezar a trabajar con nosotros, Greg llevó a Rhonda a la fiesta navideña de la unidad. Yo no fui porque estaba trabajando en un caso fuera de la ciudad, pero Jana sí, tan vivaracha de natural. Como siempre hacía en las fiestas, llevaba un vestido rojo sutil, sencillo, corto y ceñido con un gran escote.

Cuando regresé, Jim Wright, el segundo de a bordo de la unidad, que me había sustituido como jefe del programa de perfiles, me dijo que habían saltado chispas entre Rhonda y Greg después de la fiesta. Ella no estaba nada contenta con que él pasara todo el día en un espacio tan limitado con una agente guapa, dura y encantadora que sabía moverse con la misma facilidad en un campo de tiro que en una pista de baile.

Así que mandé a mi secretaria a buscar a Greg a una reunión para decirle que quería verlo sin falta. Llegó a mi despacho un poco preocupado. Solo llevaba seis

meses en el puesto, esta unidad era su sueño, y quería hacerlo bien de verdad.

Alcé la vista del escritorio y dije:

—Cierra la puerta, Greg. Siéntate. —Lo hizo, aún más inquieto por mi tono de voz—. Acabo de hablar con Rhonda —continué—. Entiendo que habéis tenido problemas.

—¿Acabas de hablar por teléfono con Rhonda? —Ni siquiera me miraba. Tenía la vista clavada en el teléfono de mi mesa.

—Mira, Greg —dije en mi mejor tono sosegado—. Me gustaría cubrirte cuando tú y Jana viajéis juntos, pero no puedo daros un trato especial. Tendréis que arreglaros vosotros. Es evidente que Rhonda sabe lo que está pasando entre tú y Jana y…

—¡No hay nada entre Jana y yo! —farfulló.

—Sé que este trabajo provoca mucho estrés, pero tienes una mujer guapa y fantástica, y unos hijos preciosos. No lo tires todo por la borda.

—No es lo que crees, John. No es lo que cree ella. Tienes que creerme. —No paraba de mirar el teléfono todo el tiempo; tal vez pensaba que si se concentraba lo suficiente iba a poder quemarlo con la vista. Le habían empezado a entrar sudores fríos. Vi cómo la carótida le latía en el cuello. Se estaba acelerando rápidamente.

En ese momento lo dejé.

—¡Mírate, pobre desgraciado! —Esbocé una sonrisa triunfal—. ¿Y tú te haces llamas interrogador? —En ese momento él estaba preparando un capítulo sobre interrogatorios para el *Manual de clasificación de crímenes*—. ¿Has hecho algo que deba hacerte sentir culpable?

—No, John. ¡Te lo juro!

—¡Y mira! ¡Te tengo en mis manos! Eres completamente inocente. Antes eras jefe de policía, tienes experiencia en interrogatorios, y aun así he podido jugar contigo como con un yoyó. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

En ese preciso instante, mientras el sudor de alivio le caía por la cabeza medio calva, no tuvo nada que decir en su defensa, pero lo entendió. Sabía que podía marearlo de esa manera porque me lo habían hecho a mí con idéntico resultado y lo podrían volver a hacer si hubiera ocasión.

«Todos somos vulnerables». No importa cuánto sepas, la experiencia que tengas, cuántos interrogatorios a sospechosos hayas dirigido. No importa si entiendes la técnica. A todos pueden atraparnos, si se puede averiguar dónde y cómo somos vulnerables.

Lo aprendí durante uno de mis primeros casos como elaborador de perfiles, y lo utilicé en multitud de ocasiones después, no solo en demostraciones a mi propio equipo. Fue la primera vez que de verdad «escenifiqué» un interrogatorio.

En diciembre de 1979, el agente especial Robert Leary, de la agencia de Rome, Georgia, llamó para explicar los detalles de un caso especialmente horrible y pedirme que fuera mi máxima prioridad. La semana anterior, Mary Frances Stoner, una niña

de doce años guapa y extrovertida de Adairsville, a una media hora de Rome, había desaparecido cuando el autobús escolar la dejó en la entrada de su casa, a unos cien metros de la carretera. Más tarde se encontró su cuerpo a unos quince kilómetros, en una zona boscosa donde acudían las parejas, por una pareja joven que vio el abrigo de color amarillo que le tapaba la cabeza. Se pusieron en contacto con la policía y no contaminaron el escenario, algo esencial. Se determinó que la causa de la muerte había sido un fuerte traumatismo en la cabeza. El examen post mortem detectó fractura del cráneo compatible con una roca grande. (Había una teñida de sangre cerca de la cabeza en las fotografías del escenario del crimen). Las marcas del cuello también apuntaban a una estrangulación manual por detrás.

Antes de estudiar el material del caso, quise saber todo lo posible de la víctima. Todo el mundo hablaba maravillas de Mary Frances. La describían como una chica amable con todo el mundo, sociable y encantadora. Era dulce e inocente; majorette con tambor en la banda del colegio, a menudo vestía el uniforme. Era una niña mona de doce años que parecía tener doce años, en vez de intentar aparentar dieciocho. No era promiscua ni había tenido nada que ver con drogas o alcohol. La autopsia indicó con claridad que era virgen cuando la violaron. En definitiva, era lo que podríamos describir como una víctima de bajo riesgo sacada de un escenario de bajo riesgo.

Tras ser informado, escuchar a Leary y estudiar los archivos y las fotografías del escenario del crimen, apunté la siguiente media página de notas:

Perfil
Sexo: v
Edad: 25-30
Estado civil: casado, problemas o divorciado
Militar: deshonroso, médico
Ocupación: obrero (electricista, fontanero)
CI: medio, por encima de la media
Estudios: bachillerato como mucho, abandono
Antecedentes: piromanía, violación
Personalidad: seguro, prepotente, pasó el polígrafo
Color del vehículo: negro o azul
Interrogatorio: directo, proyección

Era una violación de oportunidad, y el asesinato no estaba planificado. El aspecto desaliñado de la ropa que llevaba el cadáver indicaba que Mary Frances había sido obligada a desnudarse para luego permitirle volverse a vestir a toda prisa después de la violación. En las imágenes vi que un zapato estaba sin atar, y el informe registraba sangre en las medias. No había suciedad en la espalda, el trasero o los pies, lo que insinuaba que fue violada en un coche, no en el terreno boscoso donde fue encontrada.

Observando con detenimiento las fotografías más bien rutinarias del escenario del crimen, empecé a entender lo que había ocurrido. Me lo imaginé todo.

Debido a la juventud de la víctima, además de su carácter extrovertido y confiado, había sido fácil acercarse a Mary Frances en un entorno tan poco amenazador como la parada del autobús escolar. Probablemente el sujeto desconocido la convenció para que se acercara al coche y luego la agarró o la forzó a entrar con un cuchillo o una pistola. El aislamiento de la zona en la que se encontró el cadáver indicaba que el asesino conocía bien el lugar y sabía que ahí no le iban a molestar.

Por el escenario donde se produjo el rapto diría que no fue un crimen planificado, sino que más bien tomó forma cuando el asesino pasó con el coche. Igual que en el caso de Odom y Lawson, si hubiera habido alguien más allí en ese preciso momento, el crimen no se habría producido. Debido a la belleza y buena disposición de la víctima, la mente del agresor, alimentada por su imaginación, había interpretado su inocente amabilidad como promiscuidad y deseo de jugar sexualmente con él.

Por supuesto, nada más lejos de la realidad. Cuando la atacó, ella estaba aterrorizada, con dolores agudos, pidiendo ayuda a gritos y suplicando por su vida. La fantasía que él llevaba años alimentando era una cosa, pero la realidad no era bonita. Había perdido el control de la situación con esa niña y se dio cuenta de que se había metido en un gran lío.

En ese momento advirtió que su única salida era matarla, pero como ella temía por su vida, era mucho más difícil controlarla de lo que pensaba. Así que, para facilitarse las cosas, para que ella colaborara y obedeciera, le dijo que se vistiera deprisa y la dejaría ir. O la dejaba escapar o la ataba a un árbol y él abandonaba el escenario del crimen.

Pero en cuanto ella le dio la espalda, él se acercó por detrás y la estranguló. Probablemente logró dejarla inconsciente, pero para estrangular se necesita mucha fuerza del torso. No pudo controlarla antes, y no pudo terminar el trabajo. La arrastró hasta un árbol, agarró la roca que encontró más cerca y la golpeó en la cabeza tres o cuatro veces hasta matarla.

No me daba la sensación de que el agresor conociera bien a Mary Frances, pero se habían visto lo suficiente por la ciudad para que ella lo reconociera y él fantaseara con ella. Probablemente la había visto ir al colegio con el uniforme de majorette.

Sabía por cómo le había tapado la cabeza con el abrigo que nuestro sujeto desconocido no se sentía bien con el crimen. También sabía que el tiempo corría a su favor. En este tipo de crimen y con este tipo de agresor inteligente y organizado, cuanto más tiempo tuviera para pensarlo, racionalizarlo y justificarlo pensando que es culpa de la víctima, más difícil sería obtener una confesión. Aunque fuera sometido al polígrafo, en el mejor de los casos los resultados no serían concluyentes. En cuanto pasara lo peor y no se fuera para no levantar sospechas, se marcharía a otra parte del país, donde sería difícil de seguir y otra niña correría peligro.

Para mí estaba claro que el sujeto era de la zona y que casi con toda seguridad la policía ya lo había interrogado. Habría colaborado, pero con prepotencia, y si la policía lo acusara no se desmoronaría. Les dije que un crimen con ese grado de

sofisticación no sería su primer delito, aunque había muchas opciones de que fuera su primer asesinato. El coche, azul o negro, sería bastante viejo porque no podía permitirse uno nuevo, pero sería funcional y estaría bien conservado. Todo estaría en su lugar. Por experiencia sabía que las personas ordenadas y compulsivas solían preferir los coches oscuros.

Tras oírlo todo, uno de los agentes al teléfono dijo:

—Acabas de describir a un tipo que dejamos ir como sospechoso en el caso. —También lo era en otro crimen y encajaba en el perfil perfectamente. Se llamaba Darrel Gene Devier, un hombre blanco, de veinticuatro años, casado y divorciado dos veces que por entonces vivía con su primera exesposa. Era podador en Rome, Georgia, donde era un firme sospechoso de violación de una niña de trece años, pero nunca había sido acusado. Se alistó en el ejército tras su primer divorcio, pero desapareció y fue dado de baja al cabo de siete meses. Conducía un Ford Pinto negro de tres años, bien conservado. Admitió haber sido detenido de joven por posesión de un cóctel molotov. Dejó los estudios en octavo, pero las pruebas de coeficiente indicaban entre 100 y 110.

Lo habían interrogado por si había oído o visto algo, pues había estado podando los árboles en la calle de los Stoner para la compañía eléctrica durante unas dos semanas antes de la desaparición de Mary Frances. La policía me dijo que tenían programado someterle al polígrafo ese mismo día.

Les dije que no era buena idea. No sacarían nada de la prueba, y solo reforzarían la habilidad del sospechoso de afrontar el proceso del interrogatorio. En aquella época no teníamos mucha experiencia sobre el terreno con interrogatorios, pero por las entrevistas en la cárcel y el estudio sobre asesinos en serie en curso, sentía que sabía lo que hacía. Naturalmente, cuando me volvieron a llamar al día siguiente me dijeron que el detector de mentiras no había sido concluyente.

«Ahora que sabe que puede engañar, solo hay una manera de atraparlo», les dije. «Organizad el interrogatorio en la comisaría, de noche. Al principio el sospechoso se sentirá más cómodo, y por tanto será más vulnerable a las preguntas. También le trasmitirá un mensaje sobre vuestra seriedad y dedicación. Sabe que no habrá una pausa arbitraria como el almuerzo o la cena, y sabe que no lo van a exponer como un trofeo ante los medios si se desmorona. Mejor si la policía local y la sede del FBI en Atlanta llevan a cabo el interrogatorio juntos para mostrar un frente unido y comunicar que todo el peso del gobierno de Estados Unidos está contra él. Deben colocar montones de carpetas en las mesas, delante de él, con su nombre, aunque estén llenas de folios blancos».

Y lo más importante: sin decir nada, tenían que dejar la roca ensangrentada en una mesa baja en un ángulo de cuarenta y cinco grados de su línea de visión para que tuviera que girar la cabeza para verla. Había que observar con atención sus pistas no verbales: su comportamiento, la respiración, la transpiración y el pulso en la carótida. Si era el asesino, no podría hacer caso omiso de la roca, aunque no la mencionaran ni

explicaran su significado.

Lo que necesitábamos crear era lo que yo llamo «un factor muy acojonante». De hecho, usé el caso Stoner como laboratorio de mis teorías. Muchas de las técnicas que pulimos después tuvieron ahí su origen experimental.

«No confesará», les dije. «Georgia es un estado con pena de muerte, y, aunque solo lo envíen a la cárcel, su fama de pederasta hará que lo violen por detrás en la primera ducha. Los demás presos irían a por él».

La luz debía ser tenue y misteriosa, y no debía haber más de dos oficiales o agentes a la vez en el entorno del interrogatorio, a poder ser uno del FBI y uno del departamento de policía de Adairsville. Tenía que dar a entender que comprendía al sujeto, lo que pasaba por su mente y el estrés al que estaba sometido. Por muy repugnante que os resulte, tendréis que proyectar la culpa en la víctima. Insinuar que lo sedujo. Preguntar si ella llevó la voz cantante, si lo calentó, si lo amenazó con chantajes. Ofrecer un escenario para salvar las apariencias, una vía para explicar sus acciones.

Por los demás casos que había visto, sabía que en los homicidios por fuerte traumatismo o con cuchillo, al agresor le costaba evitar tener como mínimo rastros de la sangre de la víctima. Es bastante común poder utilizarlo. Les dije que cuando empezara a divagar, aunque fuera un poco, lo miraran a los ojos y le dijeran que lo más perturbador del caso era el hecho de que él tuviera rastros de la sangre de Mary.

«Sabemos que tienes rastros de sangre, Gene: en las manos, en la ropa. La pregunta no es: “¿lo hiciste tú?”. Sabemos que fuiste tú. La pregunta es: “¿por qué?”. Creemos saber por qué y lo entendemos. Tú solo tienes que decirnos si tenemos razón».

Y así lo hicieron exactamente. Llevaron a Devier a comisaría. Enseguida miró la roca, empezó a transpirar y a respirar con dificultad. El lenguaje corporal era completamente distinto de las entrevistas anteriores: se mostraba vacilante, a la defensiva. Los interrogadores atribuyeron la culpa y la responsabilidad a la niña, y cuando parecía que se iba por las ramas, sacaron la sangre a colación. Eso le molestó de verdad. Con frecuencia se puede ver si es el tipo que buscas si se calla y empieza a escuchar con atención lo que dices. Un inocente se pondrá a gritar. Aunque un culpable se ponga a gritar para hacerte creer que es inocente, se ve la diferencia.

Admitió la violación y coincidió con el interrogador en que ella lo amenazó. Bob Leary le dijo que no tenía pensado matarla. De haberlo hecho habría usado algo más eficaz que una roca. Al final confesó el asesinato y la violación en Rome el año anterior. Darrell Gene Devier fue juzgado por la violación y asesinato de Mary Frances Stoner, condenado y sentenciado a muerte. Fue ejecutado en la silla eléctrica en Georgia el 18 de mayo de 1995, casi dieciséis años después del asesinato y su detención, casi cuatro años más de los que dispuso Mary Frances.

La clave en este tipo de interrogatorio era ser creativo, usar la imaginación. Me pregunté: «¿Qué me afectaría si yo fuera el que lo hizo?». Todos somos vulnerables,

para cada uno será algo distinto. En mi caso, con mi descuidada contabilidad, mi jefe podría llamarme, hacerme ver un cupón de gastos sobre su mesa y provocarme sudores. Pero siempre hay algo.

Todo el mundo tiene un punto débil.

Las lecciones aprendidas en el caso Devier pueden aplicarse más allá del enfermizo mundo del asesinato con motivación sexual. Ya sea malversación, corrupción o una investigación sobre la mafia, un esquema piramidal o un sindicato corrupto en el que infiltrarse, no importa, los principios son los mismos. Lo que recomendaría en cualquiera de esos tipos de casos es atacar al que consideren «el enlace más débil», inventar una manera de llevarlo a comisaría y hacerle ver a qué se enfrenta, y luego hacerle colaborar para perseguir a los demás.

En cualquier caso de conspiración, es un tema primordial. Lo que se pretende es convertir a un tipo en testigo del gobierno para luego ver cómo se derrumba el castillo de naipes. Es muy importante la elección de la persona, porque si escoges al tipo equivocado y no puedes convertirlo, avisará a todos los demás y estarás de nuevo en la casilla de salida.

Supongamos que investigamos un caso de corrupción en una gran ciudad en el que sospechamos que están implicadas ocho o diez personas de un organismo concreto. Digamos que el número uno o dos de este es la mejor «presa». Sin embargo, cuando elaboramos un perfil del tipo vemos que pese a la corrupción mantiene unido a su personal. No es un borracho ni un mujeriego; de hecho, es un hombre de familia sólido: sin enfermedades, problemas de dinero ni puntos vulnerables evidentes. Si se le acerca el FBI, hay muchas probabilidades de que lo niegue todo, nos diga que nos vayamos al cuerno y avise a los demás.

La manera de llegar a alguien así es a través del pez pequeño, como con el crimen organizado. Cuando revisemos todos los registros, tal vez destaque un candidato por encima de los demás para nuestro propósito. No es un pez gordo, sino un administrativo que hace el papeleo. Lleva veinte años en el puesto, es decir, todo lo que tiene está invertido en él. Tiene problemas económicos y médicos, y ambos ofrecen importantes puntos vulnerables.

La siguiente elección es el «casting» para dirigir el interrogatorio. Yo suelo preferir a alguien un poco mayor y más autoritario que el sujeto, alguien que vista con elegancia, con un aspecto imponente, alguien que pueda ser amable y extrovertido y haga que el sujeto se relaje, pero se ponga absolutamente serio y directo cuando las circunstancias lo requieran.

Si hay un período vacacional en las siguientes semanas, o tal vez el cumpleaños del sujeto, recomiendo aplazar el interrogatorio para aprovecharlo. Si lo haces entrar en la sala y se da cuenta de que si no colabora tal vez sean las últimas vacaciones que pase con su familia, puede ser una ventaja añadida.

«Escenificar» puede ser igual de eficaz con un agresor no violento como lo fue en el caso Stoner. En cualquier investigación de gran envergadura o prolongada,

recomiendo concentrar todo el material en un lugar, se hiciera o no en realidad para el caso. Por ejemplo, si ocupas una sala de reuniones para tu «equipo», reúnes a todos tus agentes, el personal y los archivos del caso, le estarás demostrando al sujeto que vas en serio. Si puedes «decorar» las paredes con fotografías de cámaras de vigilancia y otras señales de hasta qué punto la investigación en curso es amplia y oficial, será más fácil conseguir el punto. Unos cuantos monitores con cintas de tus objetivos durante la actuación son la guinda del pastel.

Uno de mis toques personales favoritos son cuadros donde aparezcan la pena que recibiría cada persona si fueran condenados. No tiene nada de profundo, pero suele ejercer presión en el sujeto y recordarle lo que está en juego. Quiero que el «factor acojonante» sea lo más intenso posible.

Siempre he pensado que a última hora de la noche o a primera hora de la mañana es el mejor momento para llevar a cabo un interrogatorio. La gente suele estar más relajada y a la vez más vulnerable. De nuevo, si tú y tus chicos trabajáis de noche, envías el mensaje inmediato de que el caso es importante y estás muy comprometido con él. Otra consideración práctica de un interrogatorio nocturno en cualquier caso de conspiración es que los demás no vean al sujeto. Si cree que está «vendido», no habrá trato.

La base de un buen trato será la verdad y una alusión a la razón y el sentido común del sujeto. Lo único que hace el montaje es llamar la atención sobre los elementos clave. Si yo dirigiera el interrogatorio de nuestro sujeto imaginario del caso de corrupción, llamaría a su casa de noche, a última hora, y diría algo parecido a: «Señor, es muy importante que hable con usted esta noche. Mientras hablo, unos agentes del FBI se acercan a su puerta». Destacaría que no está detenido ni tiene obligación de acompañar a los agentes. Pero le recomendaría encarecidamente que lo hiciera porque tal vez no le quede otra opción. No habría necesidad de leerle los derechos porque no está acusado de nada.

Una vez en comisaría, dejaría que se calmara un rato. Cuando el equipo contrario de fútbol americano tiene que marcar un gol en la última jugada para ganar el partido, pides un tiempo muerto para dar ocasión a su pateador para pensar. Cualquiera que haya tenido que esperar antes de una visita importante sabe que puede ser muy eficaz.

Cuando lo hicieran entrar en mi despacho, cerraría la puerta, intentaría parecer amable y simpático, muy comprensivo, todo de hombre a hombre. Llamaría al tipo por su nombre. «Quiero que entienda que no está detenido», insistiría. «Puede irse en cualquier momento y mis hombres lo llevarán a casa. Pero creo que debería oír lo que tengo que decir. Podría ser la fecha más importante de su vida».

Tal vez le haría decir la fecha para asegurarme de que estábamos en la misma onda.

—También quiero que sepa que conocemos su historial médico, y que tenemos una enfermera. —Eso sería cierto. Uno de los motivos por los que habríamos escogido a ese tipo era por esa vulnerabilidad en concreto.

Entonces empezamos a hablar en serio. Subrayaría que el FBI sabe que no es un pez gordo y que no le han pagado bien por lo que ha hecho, y que no es la persona que más buscamos.

—Ahora mismo, como ve, estamos entrevistando a muchas de las personas implicadas en el caso. El barco se hunde, de eso no hay duda. Puede hundirse con él o salir a flote por tercera vez antes de ahogarse y agarrar un salvavidas. Sabemos que le han utilizado, manipulado, que otras personas mucho más poderosas se han aprovechado de usted. Disponemos de un abogado del estado para ofrecer un trato en firme si quiere aceptarlo.

Como tiro final, destacaría:

—Recuerde que es la única vez que podremos hacerle esta oferta. Tengo a veinte agentes trabajando en el caso. Podemos salir y detener a todo el mundo si queremos. ¿Cree que alguien hará un movimiento si no lo hace usted? Y entonces se hundirá con el barco. Si quiere hundirse con los peces gordos, es su decisión. Pero esta noche es la última vez que podremos hablar de esto. ¿Colaborará?

Si colabora, y es por su interés, luego le leeremos los derechos y dejaremos que se ponga en contacto con un abogado. Pero, como gesto de buena fe, probablemente le pediría que cogiera el teléfono y organizara una reunión con otro de los implicados. No quieres que se lo piense dos veces y se eche atrás. Cuando tienes el compromiso del primer tipo, el resto de las piezas empiezan a encajar.

El motivo por el que funciona tan bien, aunque entiendas todo el enfoque por adelantado, es porque es en beneficio mutuo del investigador y el sujeto objetivo. Se basa en la verdad y se adapta a la vida del sujeto, su situación y sus necesidades emocionales. Incluso sabiendo que se escenificaba para lograr el máximo efecto, si yo fuera el sujeto al que le presentaran el trato lo aceptaría, porque sería mi mejor opción. La estrategia que hay detrás de este tipo de interrogatorio es la misma que desarrollé para el caso del asesinato de Stoner. No paraba de pensar: «¿Qué me dará?».

Porque todo el mundo tiene un punto débil.

Gary Trapnell, el atracador armado y secuestrador de aviones al que entrevisté en la cárcel federal de Marion, Illinois, es igual de inteligente y perspicaz que todos los criminales que he estudiado. Él fue el que se sentía tan seguro de sus habilidades que me garantizó que podía engañar a cualquier psiquiatra penitenciario y hacerle creer que tenía cualquier enfermedad mental que le dijera. También estaba convencido de que, si estuviera fuera de la cárcel, podría saltarse la ley.

—No podéis atraparme —afirmó.

—De acuerdo, Gary —dije, hipotéticamente—. Estás fuera. Y eres lo bastante listo para saber que tienes que romper todo contacto con la familia para alejarte de los federales.

»Sé que tu padre era un militar de alto rango, condecorado. Le querías de verdad y lo respetabas. Querías ser como él. Y tu borrachera de crímenes empezó cuando

murió.

Vi por la expresión facial que tenía algo: le había tocado la fibra.

—Tu padre está enterrado en el cementerio nacional de Arlington. Así que supongamos que tengo agentes vigilando su tumba por Navidad, en su cumpleaños y el aniversario de la fecha de su muerte.

Muy a su pesar, Trapnell esbozó una sonrisa socarrona.

—¡Me habéis pillado! —anunció.

De nuevo, se me ocurrió porque intenté ponerme en su lugar. Traté de pensar qué me afectaría a mí. Y la experiencia me dice que hay una manera de llegar a todo el mundo si puedes averiguar cuál es.

En mi caso, sería algo parecido a lo que habría usado con Trapnell, es decir, una fecha concreta podría ser el desencadenante emocional.

Mi hermana Arlene tenía una preciosa hija rubia llamada Kim. Nació el día de mi cumpleaños, el 18 de junio, y siempre sentí un vínculo especial con ella. Cuando tenía dieciséis años, Kim murió mientras dormía. Jamás supimos la causa exacta. Para compensar el dolor y la alegría de su memoria, resulta que mi hija mayor, Erika, ahora en edad universitaria, se parece mucho a Kim. Estoy seguro de que Arlene nunca ve a Erika sin ver a Kim, y se imagina cómo habría crecido Kim. A mi madre le pasa lo mismo.

Si tuviera que ir a por mí, por ejemplo, planificaría el encuentro justo antes de mi cumpleaños. Estoy emocionalmente alterado, ilusionado con la celebración con mi familia. Pero también pienso en mi sobrina Kim, en el cumpleaños que compartíamos, en lo mucho que se parece a Erika, y me voy a sentir vulnerable. Si veo fotografías de las dos chicas en la pared, seguramente me sentiré aún más descompuesto.

No importa que sepa que la estrategia es atacarme. No importa que yo lo inventara. Si el factor estresante desencadenante es una preocupación legítima y válida, tendrá muchas probabilidades de funcionar. Esta podría ser la mía. La tuya sería otra, y tendríamos que intentar descubrir antes cuál sería. Pero habría algo.

Porque todo el mundo tiene un punto débil.

11
Atlanta

En el invierno de 1981, Atlanta era una ciudad sitiada.

Había empezado con sigilo hacía un año y medio, sin que apenas se notara. Antes de finalizar, si es que algún día iba a llegar a su fin, se había convertido en la mayor caza de un hombre, y tal vez la que más atención mediática había recibido en la historia estadounidense. Politizó una ciudad y polarizó a un país; cada paso de la investigación provocaba una mayor controversia.

El 28 de julio de 1979 la policía respondió a una queja por un nauseabundo olor en el bosque cerca de la carretera de Niskey Lake y descubrió el cuerpo de Alfred Evans, de trece años. Llevaba tres días desaparecido. Mientras estudiaba el lugar, la policía descubrió otro cadáver a unos quince metros, en este caso parcialmente descompuesto, de Edward Smith, de catorce años, desaparecido cuatro días antes que Alfred. Ambos chicos eran negros. El médico forense determinó que Alfred Evans probablemente había sido estrangulado, mientras que Edward Smith había recibido un disparo del calibre 22.

El 8 de noviembre se descubrió el cadáver de Yusef Bell, de ocho años, en un colegio abandonado. Llevaba desaparecido desde finales de octubre, y también había sido estrangulado. Ocho días después se encontró el de Milton Harvey, de catorce años, cerca de Redwine Road y Desert Drive en la sección de East Point de Atlanta. Se había denunciado su desaparición a principios de septiembre y, como en el caso de Alfred Evans, no se pudo determinar una causa definitiva de la muerte. Ambos niños eran negros, pero no había suficientes pruebas parecidas para atribuirle un significado concreto. Por desgracia, en una ciudad del tamaño de Atlanta, desaparecen niños continuamente. Algunos aparecen muertos.

La mañana del 5 de marzo de 1980, una niña de doce años llamada Angel Lanier se fue al colegio, pero nunca llegó. Cinco días después se encontró su cadáver, atado y amordazado con cable eléctrico, en la cuneta de una carretera. Estaba completamente vestida, incluida la ropa interior, pero le habían metido otro par de medias en la boca. Se determinó que la causa de la muerte había sido estrangulación por atadura. El médico forense no encontró pruebas de agresión sexual.

Jeffrey Mathis, de once años, desapareció el 12 de marzo. En ese momento, el departamento de policía de Atlanta aún no había relacionado a los seis niños negros desaparecidos o aparecidos muertos. Había tantas diferencias como semejanzas entre los casos, y no habían considerado en serio la posibilidad de que algunos o todos ellos estuvieran relacionados.

Sin embargo, hubo quien sí lo hizo. El 15 de abril, la madre de Yusef Bell, Camille, se unió con otros padres de niños negros desaparecidos y asesinados y

anunció la creación de un comité para detener los asesinatos de niños. Solicitaron ayuda oficial y reconocimiento de lo que veían que estaba ocurriendo. No debería suceder en Atlanta, la capital cosmopolita del Nuevo Sur. Era una ciudad dinámica, supuestamente «demasiado ocupada para odiar», que alardeaba de tener un alcalde negro, Maynard Jackson, y un comisionado para la seguridad pública negro, Lee Brown.

El horror no cesó. El 19 de mayo, Eric Middlebrook, de catorce años, fue hallado muerto a cuatrocientos metros de su casa. La causa de la muerte fue un fuerte traumatismo en la cabeza. El 9 de junio, Christopher Richardson, de doce años, desapareció. Y el 22 de junio, la segunda niña, LaTonya Wilson, de ocho años, fue raptada en su habitación un domingo de madrugada. Dos días después se encontró el cadáver de Aaron Wyche, de diez años, debajo de un puente en el condado de DeKalb. Murió de asfixia y por el cuello roto. Anthony «Tony» Carter, de nueve años, fue encontrado detrás de un almacén en Wells Street el 6 de julio, boca abajo en la hierba, muerto por varias puñaladas. Debido a la ausencia de sangre en el escenario, estaba claro que el cadáver había sido trasladado desde otro lugar.

Ya no se podía ignorar el patrón. El comisionado para la seguridad pública Brown creó la Fuerza operativa de Asesinados y Desaparecidos, que en última instancia estaba formada por más de cincuenta miembros. Pero todo continuó. La desaparición de Earl Terrell, de diez años, se denunció el 31 de julio en Redwine Road, donde se había encontrado el cuerpo de Milton Harvey. Cuando Clifford Jones, de doce años, apareció muerto por estrangulación en un callejón cerca de Hollywood Road, finalmente la policía aceptó que existía una relación y declaró que la investigación se llevaría a cabo partiendo del supuesto de que los asesinatos de niños negros estaban relacionados.

Hasta ese momento, el FBI no tenía jurisdicción para entrar en un caso que, pese a sus horribles dimensiones, seguía siendo una serie de crímenes locales. La desaparición de Earl Terrell supuso una pausa. Su familia había recibido varias llamadas de teléfono pidiendo un rescate por devolverles sano a su hijo. El extorsionador dijo que Earl estaba en Alabama. El supuesto cruce de estados hizo que el secuestro pasara a ser federal y permitió al FBI investigar. Sin embargo, pronto quedó claro que las llamadas por el rescate eran un fraude. Las esperanzas de encontrar a Earl con vida se esfumaron y el FBI tuvo que retirarse.

El 16 de diciembre se denunció la desaparición de otro niño, Darron Glass, de once años. El alcalde Maynard Jackson pidió ayuda a la Casa Blanca, concretamente solicitó que el FBI abriera una investigación sobre los asesinatos y desapariciones de niños en Atlanta. Pese a que la jurisdicción seguía siendo un problema, el fiscal general Griffin Bell ordenó que el FBI iniciara una investigación para averiguar si los niños que no se habían encontrado estaban retenidos, contra la ley de secuestros. En otras palabras, ¿los crímenes eran de carácter interestatal? Como responsabilidad añadida, la sede de Atlanta tenía el encargo de determinar si los casos estaban

relacionados. En la práctica, pero sin tantas palabras, la Agencia recibió el siguiente mensaje: solucionad los casos y encontrad al asesino lo antes posible.

Los medios de comunicación, por supuesto, se sumaron al alboroto. La creciente galería de jóvenes rostros negros que se publicaban con regularidad en la prensa se convirtió en una proclamación de la culpa colectiva municipal. ¿Era una conspiración para cometer un genocidio de la población negra, dirigido a sus miembros más vulnerables? ¿Era el Ku Klux Klan, el Partido Nazi o algún otro grupo discriminatorio dispuesto a hacer su aportación una década y media después de la gran legislación sobre derechos civiles? ¿Era un individuo loco con una misión personal de matar a niños? Esta última posibilidad era la menos probable. Los niños iban cayendo a un ritmo increíble. Pese a que, hasta la fecha, la gran mayoría de asesinos en serie eran blancos, casi nunca cazaban fuera de su raza. Un asesino en serie comete crímenes personales, no políticos.

Sin embargo, aquello abrió la posibilidad de que el FBI participara en el caso. Si el enfoque del secuestro interestatal no salía bien, aún teníamos la misión de determinar si encajaba en la clasificación 44: violación de los derechos civiles federales.

Cuando Roy Hazelwood y yo fuimos a Atlanta, había dieciséis casos sin un final a la vista. Para entonces la implicación de la Agencia tenía un nombre oficial: ATKID, también llamado Caso 30, aunque hubo mucho alboroto público con la intervención del FBI. La policía de Atlanta no quería que nadie le robara el espectáculo, y la sede de Atlanta del FBI no quería crear expectativas que tal vez no pudiera cumplir.

Roy Hazelwood era la opción lógica para ir conmigo a Atlanta. De todos los profesores de la Unidad de Ciencia del Comportamiento, Roy era el que hacía más perfiles, daba clases en el curso de la Academia Nacional sobre violencia interpersonal y se hacía cargo de muchos de los casos de violación que llegaban a la unidad. Nuestro principal objetivo era determinar si los casos estaban relacionados y, si lo estaban, si había una conspiración.

Revisamos los voluminosos archivos de los casos: fotografías de los escenarios del crimen, descripciones de lo que llevaba cada niño cuando lo encontraron, declaraciones de testigos de la zona, actas de autopsias. Entrevistamos a familiares de los niños para ver si había una victimología común. La policía nos llevó por los barrios donde habían desaparecido los niños y a todos los lugares donde habían encontrado los cuerpos.

Sin intercambiar impresiones, Roy y yo hicimos pruebas psicométricas, realizadas por un psicólogo forense que nosotros pasamos como si cada uno fuéramos el asesino. La prueba implicaba la motivación, el pasado y la vida familiar, el tipo de cosas que incluimos en un perfil. Al médico que hizo las pruebas le asombró que nuestros resultados fueran casi idénticos.

Y lo que teníamos que decir tampoco era para ganar un concurso de popularidad.

En primer lugar, no creímos que fuera un crimen del tipo Ku Klux Klan. Además, estábamos casi seguros de que el agresor era negro. Y, en tercer lugar, aunque muchas de las muertes y desapariciones estaban relacionadas, no ocurría con todas.

La agencia de investigación de Georgia había recibido varias pistas sobre la implicación del Ku Klux Klan, pero las descartamos. Si se estudian los crímenes de odio hasta la fundación del país, se ve que tienden a ser actos muy públicos y simbólicos. Un linchamiento pretende ser una declaración pública y provocar un debate público. Ese tipo de crimen o los asesinatos raciales de otro tipo son un acto terrorista y, para que tenga efecto, tiene que ser muy visible. Los hombres del Ku Klux Klan no llevan sábanas blancas para pasar desapercibidos. Si un grupo discriminatorio atacara a niños negros en toda la zona de Atlanta, no se habría contentado con dejar pasar meses antes de que la policía y la sociedad supieran que algo pasaba. Esperaríamos cuerpos ahorcados en Main Street, EE. UU., y el mensaje no habría sido nada sutil. No vimos esa conducta en estos casos.

Los lugares donde se encontraron los cuerpos estaban en zonas donde predominaba la población negra o era exclusiva. Un individuo blanco, mucho menos un grupo blanco, no habría merodeado por esa barriada sin llamar la atención. La policía había sondeado los barrios en profundidad y no tenía noticias de la presencia de blancos cerca de los lugares donde se encontró a los niños. En esas zonas había actividad las veinticuatro horas del día, así que ni siquiera amparado en la noche habría pasado desapercibido del todo un hombre blanco. También encajaba en nuestra experiencia de que los asesinos con motivación sexual suelen atacar a su propia raza. Pese a que no había una prueba clara de abuso sexual, los crímenes encajaban sin duda en un patrón de este tipo.

Existía un fuerte vínculo entre muchas de las víctimas. Eran jóvenes, extrovertidos y espabilados, pero sin experiencia y con una visión más bien ingenua del mundo más allá del barrio. Teníamos la sensación de que eran el tipo de niños susceptibles de caer en una trampa puesta por el individuo adecuado. Ese sujeto tendría coche, ya que se llevaron a los niños de los lugares donde fueron raptados. Creíamos que tendría una especie de aura de autoridad adulta. Muchos de esos chaveles vivían en condiciones de evidente pobreza. En algunas casas no había electricidad ni agua corriente.

Por eso y por la relativa sencillez de los niños, no creía que necesitaran mucho señuelo. Para comprobarlo, hicimos que agentes de paisano fueran a esas zonas, vestidos de obreros, y ofrecieran a los niños cinco dólares por ir con él a hacer un trabajo. Lo probaron con agentes negros y blancos, y no parecía importarles. Esos niños estaban tan desesperados por sobrevivir que harían cualquier cosa por cinco dólares. No costaba tanto acercarse a ellos. Otra cosa que demostró el experimento fue que los hombres blancos destacaban en esos barrios.

Sin embargo, como he dicho, pese a que encontramos un fuerte vínculo, no podíamos aplicarlo a todos los casos. Tras una cuidadosa evaluación de las víctimas y

las circunstancias, pensé que las dos niñas no habían fallecido en manos del agresor principal, ni siquiera la misma persona habría matado a las dos. El secuestro de LaTonya Wilson en su habitación era demasiado especializado. De los niños, pensé que la mayoría de «muertes suaves», las estrangulaciones, estaban relacionadas; no necesariamente aquellos otros en que se desconocía la causa de la muerte. Otros aspectos de las pruebas nos hacían creer que no se trataba de un solo asesino. Había pruebas sólidas en algunos casos que indicaban que el criminal era un miembro de la familia de la víctima, pero cuando el director del FBI William Webster lo anunció en público, la prensa se lo comió. Aparte de los evidentes problemas políticos que podía acarrear semejante declaración, cualquier caso separado de la lista de desaparecidos y asesinados hacía que la familia no pudiera optar a los fondos que grupos o individuos de todo el país empezaban a aportar.

Pese a que considerábamos que había más de un responsable, pensábamos que había un individuo concreto que estaba en racha y seguiría matando hasta que lo encontráramos. Roy y yo hicimos el perfil de un hombre negro, soltero, entre los veinticinco y los veintinueve años. Sería aficionado a la policía, conduciría un vehículo semejante al de la policía y en algún momento se entrometería en la investigación. Tenía un perro también de tipo policial, o un pastor alemán o un dóberman. No tenía novia, sentía una atracción sexual hacia los niños, pero no se veían signos de violación ni abuso sexual evidente. Eso indicaba su inadaptación sexual. Contaba con algún tipo de anzuelo o treta con los niños. Yo apostaba por algo relacionado con la música o el espectáculo. Tenía un buen trabajo, pero no se sentía realizado. En algún momento anterior a la relación el niño lo había rechazado, o por lo menos él lo había percibido así, y se sintió impulsado a matar.

El departamento de policía de Atlanta comprobó a todos los pedófilos y gente con «antecedentes» sexuales, y llegó a una lista de unos quinientos posibles sospechosos. Agentes de policía y del FBI visitaron colegios, entrevistaron a niños para ver si se les había acercado un hombre adulto y no se lo habían dicho a sus padres o a la policía. Subieron en autobuses y repartieron fotografías de los niños desaparecidos, preguntaron si alguien los había visto, sobre todo en compañía de hombres. Tenían a agentes de paisano en bares para homosexuales intentando oír conversaciones y recabar pistas.

No todo el mundo estaba de acuerdo con nosotros. No todos nos querían allí. En uno de los escenarios del crimen, en un edificio de apartamentos abandonado, un policía negro se me acercó y dijo:

—Tú eres Douglas, ¿no?

—Sí, soy yo.

—He visto tu perfil. Es una mierda.

Yo no estaba seguro de si estaba evaluando mi trabajo o destacando la frecuente afirmación de la prensa de que no había asesinos en serie negros. No era del todo cierto. Habíamos visto casos de asesinos en serie negros de prostitutas y familiares,

pero no al estilo de los asesinos desconocidos, y ninguno con el modus operandi de aquellos casos.

—Mira, yo no tengo por qué estar aquí —le dije—. No pedí venir. —El nivel de frustración era elevado. Todo aquel implicado en el caso lo quería solucionar, pero todos querían ser quien diera en el clavo. Como ocurría a menudo, Roy y yo sabíamos que estábamos allí para recibir parte de las críticas y ser los cabezas de turco si todo se iba al traste.

Aparte de la versión de la conspiración del Ku Klux Klan, se oían todo tipo de teorías, algunas más estrambóticas que otras. A varios niños les faltaban diferentes prendas, pero ninguna idéntica. ¿El asesino estaba vistiendo a un maniquí en casa igual que hacía Ed Gein con trozos de piel de mujer? En los últimos asesinatos, ¿el sujeto había evolucionado y dejaba los cuerpos más a la vista? ¿Podía ser que el tipo original se hubiera suicidado y una copia le hubiera tomado el relevo?

Para mí, el primer giro real se produjo cuando ya estaba de regreso en Quantico. El departamento de policía de Conyers, una pequeña ciudad a unos treinta y dos kilómetros de Atlanta, recibió una llamada. Pensaron que por fin tenían una pista. Escuché la cinta en el despacho de Larry Monroe, junto con el doctor Park Dietz. Antes de ser el jefe de la Unidad de Ciencia del Comportamiento, Monroe había sido uno de los mejores profesores de Quantico. Como Anna Burgess, Park Dietz había entrado en la unidad a través de Roy Hazelwood. Estaba en Harvard en aquella época y empezaba a ganarse una reputación entre los círculos de los agentes de la ley. Park reside ahora en California, y es probablemente el mejor psiquiatra forense del país y un consultor habitual de nuestra unidad.

La persona que hablaba en la cinta decía ser el asesino de niños de Atlanta y mencionó el nombre de la víctima más reciente conocida. Era blanco, sonaba como un típico provinciano, y prometió que iba a matar a «más niños negros». También mencionó un lugar concreto en Sigmon Road, en el condado de Rockdale, donde la policía encontraría otro cadáver.

Recuerdo los nervios en la sala, y me temo que les agüé la fiesta.

—No es el asesino —dije—, pero tenéis que detenerle porque seguirá llamando y será un incordio y una distracción mientras esté ahí fuera.

Pese a la emoción de la policía, estaba convencido de que tenía razón sobre ese tipo. Me pasó algo parecido poco antes cuando Bob Ressler y yo estuvimos en Inglaterra para dar un curso en Bramshill, la academia de policía británica (y su equivalente en Quantico) a una hora de Londres. Inglaterra estaba en plenos asesinatos del Destripador de Yorkshire. El homicida, que en apariencia seguía el modelo del asesino de Whitechapel del final de la época victoriana, apalizaba y apuñalaba a mujeres en el norte, sobre todo a prostitutas. Hasta entonces se habían producido ocho muertes. Tres mujeres más habían logrado escapar, pero no podían dar una descripción. El cálculo de la edad iba desde un adolescente hasta un cincuentón. Como en Atlanta, toda Inglaterra estaba aterrorizada. Fue la mayor

búsqueda de un hombre de la historia británica. Al final la policía realizó casi un cuarto de millón de entrevistas individuales en todo el país.

Los departamentos de policía y la prensa habían recibido cartas de «Jack el Destripador» en las que confesaba los crímenes. Luego llegó al correo del inspector jefe George Olfield una cinta de dos minutos en la que se burlaba de la policía y prometía atacar de nuevo. Como en el caso de Atlanta, parecía un gran avance. La cinta se copió y reprodujo en todo el país —en la televisión, líneas de teléfono sin impuestos, en los partidos de fútbol— por si alguien reconocía la voz.

Nos dijeron que John Domaille estaba en Bramshill durante nuestra estancia. Le comunicaron que los dos tipos de los perfiles del FBI estaban allí y que podríamos reunirnos. Después de clase, Bob y yo estábamos sentados en el bar de la academia cuando entró, alguien en el local lo redirigió y se puso a hablar con él. Leímos los gestos y vimos que se estaba riendo de los estadounidenses. Le dije a Ressler:

—Apuesto a que es ese.

Por supuesto, nos dijeron que era él, que se acercó con los otros tipos a nuestra mesa y se presentó. Comenté:

—He visto que no has traído archivos.

Empezó a poner excusas sobre lo complicado que era el caso, que era difícil ponernos al día en poco tiempo y esas cosas.

—Está bien —contesté—. Tenemos muchos casos nuestros. Nos quedaremos aquí a beber.

Ese enfoque de todo o nada despertó el interés de los británicos. Uno nos preguntó qué necesitaríamos para elaborar un perfil. Le dije que empezara por describir los escenarios. Me contó que parecía que el sujeto desconocido ponía a las mujeres en una posición vulnerable y luego las atacaba con un cuchillo o un martillo. Las mutilaba una vez muertas. La voz de la cinta era bastante articulada y sofisticada para un asesino de prostitutas, así que dije:

—Basándome en los escenarios del crimen que me habéis descrito y esta cinta que oí en Estados Unidos, no es el destripador. Estáis perdiendo el tiempo con eso.

Les expliqué que el asesino que estaban buscando no se comunicaría con la policía. Sería un solitario casi invisible rozando la treintena o treinta y pocos años con un odio patológico hacia las mujeres, alguien que hubiera abandonado los estudios, posiblemente conductor de camiones, ya que parecía viajar bastante. El hecho de matar a prostitutas era un intento de castigar a las mujeres en general.

Pese a la cantidad de tiempo y recursos que habían invertido en esa cinta, Domaille dijo:

—¿Sabes? Me preocupaba eso.

Luego cambió el curso de la investigación. Cuando el 2 de enero de 1981 el conductor de camiones de treinta y cinco años Peter Sutcliffe fue detenido, en medio de los horrores de Atlanta, y se demostró que era el destripador, resultó que se parecía poco al que había grabado y enviado la cinta. El impostor resultó ser un policía

jubilado que tenía una cuenta pendiente con el inspector Oldfield.

Tras escuchar la cinta de Georgia, hablé con la policía de Conyers y Atlanta y, en mi cabeza, inventé un escenario que haría salir a la luz al impostor. Como el destripador, el tono de aquel tipo era burlón, de superioridad.

—Por el tono de voz y lo que dice, cree que sois todos imbéciles —dije—, así que aprovechémoslo.

Les recomendé que se hicieran los tontos, como los consideraba él. Tenían que ir a Sigmon Road, pero buscar en el lado contrario de la calle, que no dieran con él. Él estaría observando y tal vez tuvieran suerte y lo atraparan allí mismo. Si no, por lo menos llamaría para decirles lo idiotas que eran por buscar en el sitio equivocado. A Park Dietz le encantó y asimiló ese tipo de estratagemas en su conocimiento académico.

La policía tenía que montar un gran espectáculo con la búsqueda de ese cadáver, equivocarse con las indicaciones, y sin duda el tipo llamaría para decirles lo estúpidos que eran. Ellos estarían preparados con la trampa y seguirían y atraparían a ese viejo palurdo en su casa. Para asegurarse de que no era cierto, registraron la zona adecuada de Sigmon Road, pero no había ningún cuerpo, por supuesto.

El incidente de Conyers no fue la única pista falsa de aquel caso. Las grandes investigaciones suelen toparse con varias de ellas, y Atlanta no fue una excepción. Cerca de la carretera, en el bosque cercano a donde se encontraron los primeros restos de esqueleto, los detectives descubrieron una revista masculina con semen en algunas páginas. El laboratorio del FBI pudo sacar huellas digitales latentes y de ahí extraer una identidad. Era un hombre blanco, que conducía una camioneta y era exterminador de plagas. El simbolismo psicológico era perfecto, claro. Para ese tipo de sociópata, solo hay un pequeño paso entre exterminar bichos y exterminar niños negros. Ya sabemos que muchos asesinos en serie vuelven a los escenarios del crimen y a los lugares donde abandonaron los cuerpos. La policía especuló con que vagaba en coche por la carretera, contemplaba su conquista y se masturbaba al recordar la emoción de la caza y el asesinato.

Este planteamiento llegó hasta el director del FBI, el fiscal general, la Casa Blanca. Todos esperaban ansiosos poder anunciar que teníamos al asesino de niños de Atlanta. Se estaba preparando una rueda de prensa, pero algunos elementos no me encajaban. En primer lugar, era blanco. En segundo lugar, estaba felizmente casado. Tenía que haber otra razón para que el tipo estuviera ahí.

Lo llevaron a comisaría para interrogarlo. Él lo negó todo. Le enseñaron la revista con el semen pegado en las páginas. Le dijeron que tenían sus huellas. De acuerdo, admitió, estaba conduciendo y la tiró. Eso tampoco tenía sentido. ¿Iba conduciendo, con una mano al volante y la otra en sí mismo, y consiguió tirar la revista por la ventana y que terminara en el bosque? Necesitaría un brazo como el del célebre jugador de fútbol americano Johnny Unitas.

Al darse cuenta de que se había metido en un buen lío, admitió que su esposa

estaba embarazada, que iba a dar a luz en cualquier momento y llevaba meses sin sexo. En vez de pensar en engañar a la mujer que amaba, a punto de parir un hijo suyo, se fue al 7-Eleven y compró la revista; luego pensó en ir al bosque aislado durante la hora del almuerzo y aliviarse un poco.

Ese tipo me dio lástima. ¡Nada es sagrado! Pensó en ir a un sitio donde no molestar a nadie, a sus cosas, y ahora hasta el presidente de Estados Unidos sabía que estaba meneándosela en el bosque.

Cuando atraparon al impostor en Conyers, pensé que se acabaría ahí. Por lo menos habíamos podido quitarnos de en medio a aquel idiota racista para que la policía se centrara en la investigación. Pero no había calculado bien una cosa: el papel activo de la prensa. Desde entonces me he asegurado de no cometer ese descuido.

Una cosa que había advertido era que, en un determinado momento, la gran atención que los medios prestaban a los asesinatos de niños se convertía en una satisfacción para el asesino. Con lo que no contaba era con que reaccionara de forma específica a las noticias en los medios.

La prensa estaba tan sedienta de alguna posible brecha en el caso que la cobertura de la búsqueda de la policía en Sigmon Road, sin resultados, fue enorme. Sin embargo, poco después, se encontró otro cadáver a plena vista junto a Sigmon Road, en el condado de Rockdale: el de Terry Pue, de quince años.

Para mí fue un giro muy significativo y el inicio de la estrategia para atrapar al asesino: seguía la prensa de cerca y reaccionaba a su información. Sabía que la policía no iba a encontrar un cadáver en Sigmon Road porque él no había puesto ninguno allí, pero ahora mostraba hasta qué punto era superior, cómo podía manipular a la prensa y la policía. Demostraba arrogancia y desprecio. Podía abandonar un cuerpo en Sigmon Road si quería. Había roto su patrón y conducido treinta o cincuenta kilómetros para jugar a ese juego. Sabíamos que nos observaba, así que debíamos intentar utilizar eso para manipular su comportamiento.

De haberlo sabido o haber considerado antes esa posibilidad, habría pensado en vigilar toda la zona de Sigmon Road, pero ya era demasiado tarde. Teníamos que mirar hacia delante y ver qué podíamos hacer.

Tenía varias ideas. Frank Sinatra y Sammy Davis Jr. iban a ir a Atlanta a dar un concierto benéfico en el Omni para recaudar fondos para las familias de las víctimas. El acontecimiento estaba recibiendo una cobertura enorme, y yo tenía la certeza absoluta de que el asesino estaría allí. El reto era cómo verlo entre veinte y tantas mil personas.

Roy Hazelwood había deducido en el perfil que era aficionado a la actividad policial. Esa podría ser la clave.

—Dadle una entrada gratuita —propuse.

Como de costumbre, la policía y los agentes de la sede de Atlanta del FBI me miraron como si estuviera loco. Me expliqué: lo anunciaríamos porque se esperaba

mucha gente, y se necesitarían más guardias de seguridad. Ofreceríamos un salario mínimo, exigiríamos que los candidatos dispusieran de coche propio (ya que sabíamos que nuestro tipo tenía coche) y los que tuvieran un bagaje o experiencia con las fuerzas de la ley tendrían preferencia. Hicimos las entrevistas de selección en el Omni, con un circuito cerrado de televisión oculto. Eliminaríamos los grupos que no nos interesaran, como mujeres, gente mayor, etcétera y nos centraríamos en los jóvenes negros. Cada uno rellenaría una solicitud donde especificarían su experiencia como conductores de ambulancia, si alguna vez se habían presentado a un puesto de policía o en seguridad, todo lo que nos ayudara a identificar a nuestro sospechoso. Probablemente reduciríamos el grupo a diez o doce individuos que podríamos comparar con las demás pruebas.

La idea llegó hasta el asistente del fiscal general. El problema era que en cuanto tienes a un gran organismo trabajando en algo que no es de manual, se puede instalar la «parálisis de análisis». Para cuando finalmente aprobaron mi estrategia, quedaba un día para el concierto y el débil intento de contratar «guardias de seguridad» en ese momento fue demasiado pequeño y demasiado tarde.

Tenía otro plan: hacer cruces de madera, de unos treinta centímetros. Unas serían entregadas a las familias, otras se colocarían en los escenarios del crimen en memoria de las víctimas. Se podría erigir una grande en una iglesia en memoria colectiva de los niños. Cuando se hiciera público, sabía que el asesino visitaría algunos de esos lugares, sobre todo los más aislados. Tal vez incluso intentara llevarse una cruz. Si vigilábamos los lugares clave, teníamos muchas opciones de atraparlo.

Sin embargo, la Agencia tardó semanas en autorizar el plan. Luego hubo una lucha sobre quién fabricaría las cruces, si una sección de exposición del FBI en Washington, el taller de carpintería de Quantico o si la sede de Atlanta debería subcontratarlo. Al final se hicieron las cruces, pero para cuando se pudieron utilizar el caso ya nos había superado.

En febrero, la ciudad estaba casi fuera de control. Merodeaban un montón de mentalistas, cada uno con su propio «perfil», y muchos se contradecían radicalmente. La prensa se abalanzaba sobre cualquier posibilidad, citaba a cualquier persona que tuviera una relación remota con el caso y quisiera hablar. La siguiente víctima en aparecer después de que se encontrara el cadáver de Terry Pue en Sigmon Road fue Patrick Baltazar, de doce años, en la autopista de Buford en el condado de DeKalb. Como Terry Pue, había sido estrangulado. En aquella época, alguien de la oficina de medicina forense anunció que los pelos y las fibras hallados en el cuerpo de Patrick Baltazar coincidían con los encontrados en cinco de las víctimas anteriores. Eran de las que yo había relacionado como obra del mismo asesino. El anuncio de los hallazgos forenses tuvo una amplia cobertura a gran escala.

Se me encendió una luz. «Va a empezar a tirar los cuerpos al río». Ahora sabía que tenían pelo y fibras. Un cuerpo anterior, el de Patrick Roger, se había encontrado en diciembre en el lado del condado de Cobb del río Chattahoochee, víctima de un

fuerte traumatismo craneal. Sin embargo, Patrick tenía quince años, medía uno ochenta y pesaba sesenta y cinco kilos, había abandonado los estudios y había tenido problemas con la ley. La policía no consideró que su caso tuviera relación con los demás. No obstante, estuviera relacionado o no, me daba la sensación de que ahora el asesino iría al río, donde el agua eliminaría cualquier rastro de prueba.

Les dije que teníamos que empezar a vigilar los ríos, sobre todo el Chattahoochee, el principal canal que se forma en el límite noroeste de la ciudad con el vecino condado de Cobb. Sin embargo, como había varias jurisdicciones implicadas, una por condado, además del FBI, nadie podía hacerse cargo del caso por completo. Para cuando se aprobó y organizó una operación de vigilancia conjunta compuesta por el FBI y el personal de homicidios, ya había empezado el mes de abril. Mientras tanto, no me sorprendió que el siguiente cuerpo que se encontró, el de Curtis Walker, de trece años, apareciera en el río South. Los dos siguientes, Timmie Hill, de trece años, y Eddie Duncan, el mayor con veintiún años, aparecieron con un día de diferencia en el Chattahoochee. A diferencia de las víctimas anteriores, la mayoría de las cuales fueron halladas completamente vestidas, esos tres cuerpos estaban en ropa interior, otra manera de eliminar el pelo y las fibras.

Fueron pasando las semanas con los equipos de vigilancia en su sitio, controlando puentes y posibles lugares donde abandonar los cuerpos a lo largo del río. No ocurrió nada. Era evidente que las autoridades estaban perdiendo la fe y parecía que no fueran a ninguna parte. Sin avances claros, se programó dar por finalizada la operación el 22 de mayo, en el cambio de turno de las seis de la mañana.

Hacia las dos y media de esa madrugada, un joven agente de la academia de policía llamado Bob Campbell estaba haciendo su último turno de vigilancia en la orilla del Chattahoochee, bajo el puente de la autopista Jackson. Vio que un coche lo cruzaba y se detenía un momento en el medio.

—¡Acabo de oír un chapoteo en el río! —informó, en tensión, por el trasmisor. Dirigió la linterna hacia el agua y vio las ondas del movimiento. El coche dio media vuelta y regresó por el puente, donde un coche de vigilancia lo siguió y luego lo hizo parar. Era una camioneta Chevi de 1970, y el conductor era un chico bajo, de pelo rizado, de veintitrés años, negro muy claro, llamado Wayne Bertram Williams. Se mostró cordial y colaborador. Dijo que era promotor musical y vivía con sus padres. La policía lo interrogó y registró su coche antes de dejarlo marchar, pero sin perderle la pista.

Dos días después, el cuerpo desnudo de Nathaniel Cater, de veintisiete años, apareció río abajo, no muy lejos de donde se había hallado el cadáver de Jimmy Ray Payne, de veintiún años, un mes antes. No había pruebas suficientes para detener a Williams y conseguir una orden de registro, así que quedó bajo vigilancia «de choque».

No tardó en advertir que la policía lo seguía y los condujo por persecuciones alocadas por toda la ciudad. Incluso fue en coche a casa del comisionado de

seguridad Lee Brown y se puso a tocar la bocina. Tenía una sala de revelado en casa, y antes de conseguir la orden se le vio quemando fotografías en el patio trasero de su casa. También limpió el coche.

Wayne Williams encajaba en nuestro perfil en todos los aspectos clave, incluido el ser propietario de un pastor alemán. Era un aficionado a la policía, detenido años antes por hacerse pasar por agente de la ley. Después había conducido un coche patrulla y utilizado placas de la policía para acceder a escenarios del crimen y hacer fotografías. Luego muchos testigos recordaron haberlo visto por Sigmon Road cuando la policía respondía a la pista telefónica y buscaba el cadáver inexistente. Había estado haciendo fotografías allí, y se las ofreció a la policía. También descubrimos que asistió al concierto benéfico en el Omni.

Sin detenerlo, el FBI le pidió que acudiera a la comisaría, donde se mostró colaborador y no pidió un abogado. Por los informes que recibí, pensé que el interrogatorio no se había planificado ni organizado bien. Había sido demasiado duro y directo. A mi juicio era accesible en ese momento. Tras la entrevista, me dijeron que se quedó dando vueltas por la comisaría y se comportaba como si quisiera seguir hablando de la policía y el FBI. Cuando ese día se fue, supe que nunca le sacaríamos una confesión. Accedió a someterse al polígrafo, que resultó no concluyente. Más tarde, cuando agentes de la policía y el FBI consiguieron una orden y registraron la casa que compartía con sus padres, profesores jubilados, encontraron libros sobre cómo engañar a un detector de mentiras.

La orden se consiguió el 3 de junio. Pese a que Williams había limpiado el coche, la policía encontró pelos y fibras que lo relacionaban con unos doce asesinatos, justo los que dije que eran obra del mismo asesino.

Las pruebas eran convincentes. Además de conseguir fibras que relacionaban los cuerpos con la habitación, la casa y el coche de Williams, Larry Peterson, del laboratorio criminal estatal de Georgia, las relacionó con fibras de la ropa que llevaban algunas víctimas en ocasiones anteriores a su desaparición. En otras palabras, había una conexión con Williams antes de algunos de los asesinatos.

El 21 de junio, Wayne B. Williams fue detenido por el asesinato de Nathaniel Cater. La investigación de las otras muertes continuaba. Bob Ressler y yo estábamos en el Hampton Inn, cerca de Newport News, Virginia, hablando antes de una reunión de la asociación de correccionales del sur, cuando se anunció la detención. Acababa de volver de Inglaterra y el caso del Destripador de Yorkshire, y estaba hablando acerca de mi trabajo sobre asesinos en serie. En marzo, la revista *People* había publicado un artículo sobre Ressler y yo en el que se decía que estábamos siguiendo la pista del asesino de Atlanta. En el texto, en el que la sede central nos dio instrucciones de colaborar, había explicado elementos del perfil, sobre todo nuestra idea de que el sujeto desconocido era negro. El artículo había llamado mucho la atención en todo el país. Cuando llegó el turno de preguntas en aquel público de más de quinientas personas, alguien me preguntó mi opinión sobre la detención de

Williams.

Di cierta información sobre el caso, nuestra participación en él y cómo habíamos deducido el perfil. Admití que encajaba en este y añadí con prudencia que, si resultaba ser él, «tenía buena pinta para un buen porcentaje de los asesinatos».

No sabía que la persona que preguntaba era periodista, aunque habría contestado lo mismo de haberlo sabido. Al día siguiente me citaron en el *Newport News-Hampton Daily Press* diciendo: «tiene buena pinta para un buen porcentaje de los asesinatos», y eliminaron la importante frase anterior.

El artículo saltó a la televisión, y al día siguiente me estaban citando en todos los programas informativos y los principales periódicos del país, incluido una crónica en el *Atlanta Constitution* con el titular: «El FBI: Williams podría haber matado a muchos».

Me llamaron de todas partes. Había cámaras de televisión en el vestíbulo del hotel y en el pasillo donde estaba mi habitación. Ressler y yo tuvimos que bajar por la escalera de incendios para escapar.

En la sede central estaban hasta el cuello. Parecía que un agente del FBI muy implicado en el caso hubiera declarado culpable a Wayne Williams sin juicio. Mientras regresaba en coche a Quantico intenté explicarle por teléfono al jefe de la unidad, Larry Monroe, lo que realmente había pasado. Él y el subdirector, Jim McKenzie, procuraron ayudarme e intercedieron por mí ante la Oficina de Responsabilidad Profesional del FBI.

Recuerdo estar sentado en la planta superior de la biblioteca de Quantico, donde solía redactar con calma mis perfiles. También tenía la ventaja de contar con ventanas para mirar fuera, a diferencia de nuestros despachos subterráneos. Monroe y McKenzie fueron a hablar conmigo. Ambos me defendían. Era el único que trazaba perfiles a jornada completa, estaba completamente quemado de ir de aquí para allá, Atlanta había supuesto un gran desgaste emocional, y el agradecimiento que recibía era una amenaza de censura por esa declaración que los medios sacaron de contexto.

El caso había supuesto un gran triunfo para el arte de la elaboración de perfiles y el análisis de investigación criminal. Nuestra evaluación del sujeto desconocido y lo que haría a continuación había sido exacta. Todo el mundo nos observaba, desde la Casa Blanca hacia abajo. Había asomado mucho la cabeza, así que, si metía la pata o me equivocaba, el programa estaba muerto.

Siempre nos habían dicho que era un trabajo muy arriesgado, pero con mucho que ganar. Con lágrimas en los ojos, les confesé a Monroe y McKenzie que lo veía «de alto riesgo sin una mierda a ganar». Les dije que no valía la pena y lancé las carpetas del caso sobre la mesa. Jim McKenzie me dijo que probablemente tenía razón, pero querían ayudarme.

Cuando fui a la sede central a presentarme ante la Oficina de Responsabilidad Profesional, lo primero que tuve que hacer fue firmar una renuncia a mis derechos. Defender la justicia en el mundo exterior y practicarla dentro no es necesariamente lo

mismo. Lo primero que hicieron fue sacar la revista *People*. En la portada aparecía Jackie Onassis.

—¿No le advirtieron de entrevistas como esta?

No, contesté, la entrevista había sido aprobada. Y en la convención estaba hablando de nuestra investigación sobre asesinos en serie en general cuando alguien sacó a colación el caso de Wayne Williams. Tuve mucho cuidado con cómo formulaba la respuesta. No pude evitar que se publicara de esa manera.

Me tuvieron cuatro horas dándole vueltas. Tuve que escribir una declaración en la que repasaba la información de la prensa y lo que había ocurrido, punto por punto. Cuando terminé, no me dijeron nada ni me explicaron qué iba a pasar conmigo. Tenía la sensación de haberle dado tanto a la Agencia sin apoyo, haber sacrificado tantas cosas, invertido tanto tiempo lejos de mi familia, y ahora me enfrentaba a la perspectiva de ser censurado, a estar «en reserva» sin sueldo durante un período de tiempo, o perder el empleo. Durante las semanas siguientes, literalmente no quería levantarme de la cama por la mañana.

Entonces fue cuando mi padre, Jack, me escribió una carta. En ella me hablaba de la época en que prescindieron de su trabajo en el *Brooklyn Eagle*. Él también se deprimió. Había trabajado mucho, hacía un buen trabajo, pero también tenía la sensación de no controlar su vida. Me explicó que había aprendido a afrontar lo que esta te planteaba y a hacer acopio de sus recursos interiores para luchar otro día. Durante mucho tiempo llevé esa carta encima, en el maletín, mucho después de que terminara el incidente.

Cinco meses después, la Oficina de Responsabilidad Profesional decidió censurarme, pues consideraba que me habían avisado después del artículo en *People* de que no hablara con la prensa de investigaciones abiertas. La carta de censura la firmaba el director Webster en persona.

Aunque estaba harto, no tenía mucho tiempo para ponerme nervioso a menos que estuviera dispuesto a dejarlo del todo, y, me sintiera como me sintiera hacia la organización en ese momento, el trabajo en sí era demasiado importante para mí. Aún tenía casos pendientes en todo Estados Unidos, y se acercaba el juicio a Wayne. Era el momento de luchar por otro día.

El juicio a Wayne Williams empezó en enero de 1982, tras seis días de selección del jurado. El grupo que conformaron era principalmente negro, nueve mujeres y tres hombres. Pese a que teníamos la sensación de que era el responsable de como mínimo doce de los asesinatos de niños, Williams estaba siendo juzgado solo por dos asesinatos, los de Nathaniel Cater y Jimmy Ray Payne. Resulta irónico que ambos tuvieran veintipocos años.

Williams estaba representado por un equipo de defensa legal de perfil alto de Jackson, Misisipi, Jim Kitches y Al Binder, y una mujer de Atlanta, Mary Welcome. Algunos miembros clave de la acusación eran los asistentes del fiscal del distrito del condado de Fulton, Gordon Miller y Jack Mallard. Debido a mi trabajo en la fase de

investigación del caso, la oficina del fiscal del distrito me pidió que los asesorara a medida que avanzara el juicio. Durante la mayoría del procedimiento estuve sentado justo detrás de la mesa de la fiscalía.

Si el juicio se celebrara hoy, podría testificar sobre el modus operandi, aspectos de la firma y vínculos del caso, como he hecho en muchos otros. Y si hubiera una condena, durante la fase de sanción podría ofrecer una opinión profesional acerca de la peligrosidad del acusado en el futuro. Sin embargo, en 1982 los tribunales aún no reconocían lo que hacíamos, así que solo podíamos asesorar sobre la estrategia.

Gran parte de la acusación se basaba en unas setecientas pruebas de pelos y fibras, analizadas con meticulosidad por Larry Peterson y el agente especial Hal Deadman, un experto del laboratorio del FBI en Washington. Aunque Williams solo fue acusado de dos asesinatos, el procedimiento criminal de Georgia permitió introducir los demás casos relacionados, algo que no se podría haber hecho en Misisipi y para lo que la defensa no estaba preparada. El problema para la fiscalía era que Williams tenía buenos modales, sabía controlarse, hablaba bien y era amable. Con sus gafas gruesas, los rasgos suaves y las manos delicadas, parecía más un muñeco dulce que un asesino en serie de niños. Había empezado a dar ruedas de prensa diciendo que no era culpable y que su detención era puramente racial. Justo antes de empezar el juicio, dijo en una entrevista: «Comparo al FBI con los Keystone Kops y la policía de Atlanta con la serie *Car 54, Where Are You?*».

Nadie en la fiscalía tenía la esperanza de que Williams subiera al estrado, pero yo creía que tal vez lo hiciera. Por su comportamiento durante los crímenes y ese tipo de declaraciones públicas, pensaba que era lo bastante arrogante y confiado para pensar que podía manipular el juicio igual que manipulaba a la sociedad, la prensa y la policía.

En una reunión a puerta cerrada entre las dos partes celebrada en el despacho del juez Clarence Cooper, Al Binder dijo que iban a presentar a un eminente psicólogo forense de Phoenix llamado Michael Brad Bayless para que testificara que Williams no encajaba en el perfil y que era incapaz de cometer los asesinatos. El doctor Bayless había llevado a cabo tres entrevistas separadas con Williams.

—De acuerdo —contestó Gordon Miller—. Tú tráelo y nosotros traeremos como testigo de refutación a un agente del FBI que predijo todo lo que ha ocurrido hasta ahora en el caso.

—Mierda, queremos conocerle —dijo Binder. Miller le informó que había estado sentado detrás de la mesa de la fiscalía durante la mayor parte del juicio.

Me reuní con ambas partes. Usamos la sala del jurado. Expliqué mis antecedentes a la defensa y les dije que, si tenían algún problema con el hecho de que fuera agente del FBI o que no fuera médico, podía llamar a un psiquiatra con el que trabajábamos, como Park Dietz, para que estudiara el caso, y estaba convencido de que testificaría lo mismo.

Binder y sus socios estaban fascinados con lo que iba a contarles. Fueron

cordiales y respetuosos; Binder incluso me dijo que su hijo quería ser agente del FBI.

Al final, Bayless nunca testificó. Una semana después de que terminara el juicio comentó a unos periodistas del *Atlanta Journal* y el *Atlanta Constitution* que creía que Williams era emocionalmente capaz de matar, que tenía una «personalidad inadaptada» y que, a su parecer, la motivación de los asesinatos era «el poder y una necesidad obsesiva de control». Dijo que Williams «quería que hiciera una de dos, o cambiar mi informe y no decir ciertas cosas, o no testificar». Declaró que uno de los problemas clave de la defensa era la insistencia de Williams en controlarlo todo.

Me pareció muy interesante, en gran parte porque encajaba muy bien con el perfil que habíamos elaborado Roy Hazelwood y yo. Sin embargo, durante el juicio se produjo otro incidente que me pareció igual de sugestivo.

Como la mayoría de participantes de fuera de la ciudad, estaba alojado en el Marriott del centro, cerca del juzgado. Una noche, mientras estaba comiendo solo en el comedor, se acercó a mi mesa un hombre negro de aspecto distinguido de cuarenta y tantos años que se presentó como el doctor Brad Bayless. Le dije que sabía quién era y por qué estaba allí. Me preguntó si podía sentarse.

Le dije que no me parecía buena idea que nos vieran juntos si iba a testificar para la defensa al día siguiente. Pero Bayless me refirió que eso no le preocupaba, se sentó y me preguntó si sabía algo de él y su formación y experiencia, que resultaron ser muy amplias. Le di una de mis breves conferencias sobre psicología criminal y comenté que si testificaba como quería que lo hiciera la defensa, iba a ser una vergüenza para sí mismo y su profesión. Cuando se fue de la mesa, me dio la mano y me dijo que le encantaría ir a Quantico y asistir a uno de nuestros cursos. Le hice un gesto y le dije que ya veríamos cómo se desenvolvía en el estrado la próxima sesión.

Al día siguiente en el juzgado, quién lo iba a decir, vi que el doctor Bayless había vuelto a Arizona sin testificar. En el juzgado, Binder se quejó del «poder de la acusación» y de que estaban asustando a sus testigos expertos. No era mi intención, si fue eso lo que ocurrió, pero no iba a amedrentarme cuando se me planteaba la ocasión. Lo que ocurrió en realidad, creo, fue que el doctor Bayless era demasiado íntegro para no decir lo que pensaba o para dejarse usar por alguna de las partes para su propio fin.

Durante la presentación de los cargos, Hal Deadman y Larry Peterson habían realizado un trabajo magistral con las pruebas de pelos y fibras, pero era un tema de una complejidad extrema y, por su propia naturaleza, no fue una presentación muy teatral: todo era sobre cómo la fibra de una alfombra se retuerce en una dirección y la de la otra alfombra en otra distinta. Al final hicieron coincidir las fibras de las doce víctimas con la colcha violeta y verde de Williams, relacionaron la mayoría con la alfombra del dormitorio de Williams, la mitad con la alfombra del salón, y la misma cantidad con su Chevrolet de 1970, y en todos los casos salvo uno pudieron relacionar el cabello del pastor alemán del acusado, Sheba.

Cuando llegó el turno de la defensa, apareció un guaperas encantador de Kansas

parecido a Kennedy que sonreía mucho al jurado para rebatir el testimonio de Deadman. Al finalizar la sesión, cuando el equipo de la fiscalía se reunió para repasar lo ocurrido durante el día, todo el mundo se reía de ese tipo atractivo de Kansas que no había sido nada convincente.

Se acercaron a mí.

—¿Tú qué crees, John?

Había estado observando al jurado. Dije:

—Os diré una cosa: estáis perdiendo el caso. —Se quedaron perplejos, era lo último que querían oír—. Tal vez os parezca que no ha sido convincente —les expliqué—, pero los miembros del jurado le creen. —Sabía de qué hablaba Hal Deadman y aun así me costó seguirle. Los testigos de la defensa tal vez fueron demasiado simplistas, pero eran mucho más fáciles de entender.

Tuvieron la elegancia de no enviarme al cuerno, pero, como buen especialista en perfiles psicológicos, vi que no era bien recibido allí. Tenía muchos casos atrasados esperando y estaba preparando el juicio por el asesinato de Mary Frances Stoner. Todo este tiempo fuera de casa también empezaba a pasar factura personal. Tenía problemas de pareja por mi falta de implicación en la familia; no hacía deporte, aunque sabía que lo necesitaba; estaba estresado todo el tiempo. Llamé a Larry Monroe a Quantico y le dije que volvía a casa. En cuanto llegué al National Airport y me dirigí en coche a mi domicilio, recibí un mensaje diciendo que la fiscalía tenía dudas. Empezaban a pensar que algunas de las cosas que había dicho yo estaban pasando. Querían que volviera a Atlanta y les ayudara a examinar a los testigos de la defensa.

Así que dos días después volví. Esta vez se mostraron mucho más abiertos, pedían consejo. La gran sorpresa para todos fue que Wayne Williams había decidido subir al estrado, tal como pronostiqué. Fue interrogado por su abogado, Al Binder, que tiene una voz profunda y resonante. Por la manera de encorvarse cuando formulaba las preguntas, parecía un tiburón, por eso lo llamaban Mandíbulas.

No paraba de decirle lo mismo al jurado.

—¡Mírenle! ¿Les parece un asesino en serie? Mírenle. Levántate, Wayne —dijo, y le indicó que enseñara las manos—. Miren qué manos tan suaves. ¿Ustedes creen que tendría fuerza para matar a alguien, para estrangular a alguien con estas manos?

Binder subió a Williams al estrado a media jornada y lo mantuvo allí durante todo el día siguiente. Williams hizo un trabajo excelente por su parte, como sabía que haría. Estaba totalmente creíble como la víctima inocente de un sistema vergonzoso, racialmente tendencioso, que necesitaba un sospechoso rápido y había encontrado a uno.

La siguiente pregunta para la acusación fue: ¿cómo íbamos a contrainterrogarlo? El asistente del fiscal del distrito Jack Mallard era el elegido. Es el que estaba sobre el terreno. Tiene una voz tenue y grave, y un melifluo acento del Sur.

Yo no tenía formación en actuaciones judiciales o interrogatorios a testigos, pero

sí un instinto de lo que costaría. En realidad, todo se basaba en la idea de «ponerse en la piel del otro». Me pregunté qué me alteraría. Y la respuesta fue que me preguntara alguien que supiera que soy culpable, por mucho que intentara hacerle creer otra cosa.

Le dije a Mallard:

—¿Recuerdas el viejo programa de televisión *This Is Your Life*? Eso debéis hacer con él. Tenéis que mantenerlo en el estrado lo máximo posible, que se derrumbe. Porque es una personalidad rígida con un excesivo control, un obsesivo compulsivo. Y para llegar a esa rigidez tenéis que presionarlo, mantener la tensión repasando todos los aspectos de su vida, incluso cosas que no tengan importancia, como en qué colegio estudió. Simplemente no parar. Luego, cuando lo tengáis desgastado, tenéis que tocarle físicamente, como hizo Al Binder. Lo que vale para la defensa, vale para la acusación. Acercaos, invadid su espacio y cogedlo con la guardia baja. Antes de que la defensa tenga opción de oponerse, preguntadle en voz baja: «¿Tuviste pánico cuando mataste a esos niños, Wayne?».

Cuando llegó el momento, es justo lo que hizo Mallard. Durante las primeras horas de contrainterrogatorio, no logró inquietar a Williams. Lo pilló en una serie de incoherencias flagrantes, pero era el mismo Williams tranquilo que decía «¿cómo iba a ser yo?». Mallard, canoso y vestido con traje gris, repasó metódicamente toda su vida y, en el momento adecuado, se acercó, posó una mano en el brazo de Williams y, con un acento suave y melódico del sur de Georgia le preguntó:

—¿Cómo fue, Wayne? ¿Cómo fue cuando pusiste los dedos en el cuello de la víctima? ¿Tuviste miedo? ¿Tuviste miedo?

Williams dijo con un hilo de voz:

—No.

Entonces se dio cuenta y tuvo un acceso de ira. Me señaló con el dedo y espetó:

—¡Está intentando hacer todo lo posible para que encaje en su perfil del FBI, y no voy a ayudarle en eso!

La defensa se puso hecha una furia. Williams se volvió loco y se puso a despotricar de «los imbéciles del FBI» y a decir que los del equipo de la defensa eran todos «idiotas». Ese fue el momento crucial del juicio. Los miembros del jurado así lo confirmaron. Estaban boquiabiertos. Por primera vez veían el otro lado de Wayne Williams. Vieron la metamorfosis con sus propios ojos. Entendieron de qué tipo de violencia era capaz. Mallard me guiñó el ojo y luego volvió a machacar a Williams en el estrado.

Tras estallar de esa manera en el juzgado, yo sabía que él sabía que su única opción era recuperar parte de la simpatía que se había ganado a lo largo del juicio. Le di un golpe en el hombro a Mallard y le dije:

—Ya verás, Jack. En una semana, Wayne se pondrá enfermo.

No sé por qué escogí ese período de una semana, pero exactamente una semana después se interrumpió el juicio y Williams fue trasladado al hospital con dolores de

estómago. No le vieron nada y le dieron el alta.

En su declaración al jurado, la abogada de Williams, Mary Welcome, sujetó un dedal y les preguntó:

—¿Van a permitir que una prueba que es como un dedal condene a este hombre? —Sujetó un pedazo de alfombra de su despacho para que vieran lo común que era. ¿Cómo se podía condenar a un hombre por tener una alfombra verde?

Así que ese día otros agentes y yo acudimos a su bufete. Entramos, fuimos a su despacho cuando ella no estaba y extrajimos algunas fibras de la alfombra. Nos las llevamos y luego hicimos que los expertos las pusieran bajo el microscopio, entregaran la prueba a la acusación y demostraran que las fibras de su alfombra eran completamente distintas a las de la alfombra de casa de Williams.

El 27 de febrero de 1982, tras once horas de deliberación, el jurado dio su veredicto de culpabilidad de los dos asesinatos. Wayne B. Williams fue condenado a dos cadenas perpetuas consecutivas, que está cumpliendo en el correccional de Valdosta, en el sur de Georgia. Sigue defendiendo su inocencia, y la controversia en torno al caso Williams nunca se ha disipado del todo. Si algún día lograra un juicio nuevo, estoy convencido de que el resultado sería el mismo.

Pese a lo que argumentan sus defensores, creo que las pruebas forenses y de comportamiento apuntan de manera concluyente que Wayne Williams era el asesino de once niños en Atlanta. Pese a lo que sus detractores y acusadores sostienen, creo que no hay pruebas sólidas que lo vinculen con todos o con la mayoría de las muertes y desapariciones de niños en la ciudad entre 1979 y 1981. Pese a lo que a algunos les gustaría creer, hay chicos negros y blancos que siguen muriendo misteriosamente en Atlanta y en otras ciudades. Tenemos una idea de quién cometió algunos de los demás asesinatos. No se trata de un solo agresor y la verdad no es agradable. De momento no ha habido pruebas ni la sociedad quiere presentar cargos.

Me llevé unas cuantas cartas y halagos por mi trabajo en el caso Wayne Williams, incluidas una de la oficina del fiscal del distrito del condado de Fulton en la que decía que había dado con una estrategia de contrainterrogatorio eficaz, y una de John Glover, jefe de equipo en la sede de Atlanta del FBI, en la que resumía toda la investigación. Uno de los elogios más conmovedores y apreciados fue el de Al Binder, el principal abogado de la defensa, que me escribió para decirme que estaba impresionado por mi trabajo en el caso.

Llegaron a la vez que la carta de censura. Jim McKenzie, muy inquieto por este giro de los acontecimientos, me había propuesto para una prima de incentivos, no solo por el caso Williams, sino por otros cinco en los que había participado.

Ya estábamos en mayo. Ahora tenía una carta de recomendación del director junto a una carta de censura, todo en el mismo caso. Decía que «gracias a su talento, dedicación y profesionalidad, ha potenciado la buena reputación de la Agencia en todo el país, y puede estar seguro de que sus valiosos servicios son muy valorados». La halagadora carta iba acompañada de una «sustanciosa» recompensa en efectivo de

doscientos cincuenta dólares, así que salía a unos cinco centavos la hora. Me apresuré a donar el dinero a un fondo en beneficio de las familias de hombres y mujeres que habían muerto sirviendo a nuestro país.

Si nos enfrentáramos a un caso como los asesinatos de niños de Atlanta hoy en día, me gustaría pensar que podríamos atrapar al asesino bastante antes de que el reguero de muerte y sufrimiento fuera tan largo. Todos coordinaríamos nuestros esfuerzos con mucha más eficacia. Nuestras técnicas proactivas son más sofisticadas y se basan en una experiencia mucho más real del mundo. Sabríamos cómo llevar a cabo el interrogatorio para lograr el máximo efecto. Planificaríamos mejor la orden de registro y la conseguiríamos antes de que pudieran destruirse pruebas esenciales.

Sin embargo, por muchos errores que se cometieran, el caso ATKID constituyó un hito en nuestra unidad. Nos pusimos en el mapa, demostramos el valor de lo que hacíamos, y durante el proceso nos ganamos la credibilidad absoluta de las fuerzas de la ley de todo el mundo y ayudamos a meter entre rejas a otro asesino.

Alto riesgo, pero alto beneficio.

12
Uno de los nuestros

Judson Ray es una de las leyendas vivas de Quantico. Estuvo a punto de no serlo. En febrero de 1982, mientras trabajaba en ATKID como agente especial en la sede de Atlanta del FBI, su esposa intentó matarlo.

Nos fijamos el uno en el otro, aunque no nos conocimos, a principios de 1978 durante el caso de «las Fuerzas del Mal». Un asesino en serie apodado «el Estrangulador de la Media» había agredido a seis ancianas en Columbus, Georgia, tras entrar en sus casas y estrangularlas con sus propias medias de nailon. Todas las víctimas eran blancas, y las pruebas que encontró el médico forense en algunos de los cuerpos indicaban que el estrangulador era negro.

Más adelante el jefe de la policía recibió una carta alarmante, escrita en papel del ejército estadounidense, que decía ser de un grupo de siete personas que se hacía llamar las Fuerzas del Mal. También mencionaban que creían que el Estrangulador de la Media era negro y amenazaba con matar a una mujer negra a modo de venganza si no lo detenían el 1 de junio, o «junio 1», como afirmaba el o los remitentes. Afirmaban haber raptado a una mujer llamada Gail Jackson. Si el «Estrangulador de la Media» no era detenido el «septiembre 1», «las víctimas serán el doble». La carta sugería que el papel militar había sido robado y que el grupo era originario de Chicago.

Aquello era la peor pesadilla de todo el mundo. Un brutal asesino al acecho en Columbus ya era lo bastante horrible. Una reacción organizada de justicieros asesinos podría dividir en dos a la comunidad.

Llegaron más cartas que subían la apuesta con otra demanda de un rescate de diez mil dólares, mientras la policía seguía sumida en una búsqueda frenética pero infructuosa de alguno de esos siete hombres blancos. Gail Jackson era una prostituta conocida en los bares de alrededor de Fort Benning. Y estaba desaparecida.

Jud Ray era comandante de turno en el departamento de policía de Columbus. Como veterano del ejército en Vietnam y agente de policía negro que se había abierto paso entre los rangos, era muy consciente de que la comunidad no descansaría hasta que esas dobles amenazas del Estrangulador de la Media y las Fuerzas del Mal fueran neutralizadas. Dado que la investigación no avanzaba pese a los tiempos y esfuerzos invertidos, su instinto de policía le decía que estaban buscando a la gente equivocada de la forma equivocada. Intentaba estar al día de los avances en las fuerzas de la ley de todo el país, y había oído hablar del programa de perfiles en Quantico. Propuso que el departamento se pusiera en contacto con la Unidad de Ciencia del Comportamiento para ver cómo veíamos el caso.

El 31 de marzo nos pidieron, a través de la agencia de investigación de Georgia,

que analizáramos el caso. Pese a lo que afirmaba la carta original, todos estábamos bastante seguros de que la relación del ejército y Fort Benning no era casual. Bob Ressler, que había sido policía militar antes de entrar en la Agencia, tomó la iniciativa.

En tres días redactamos nuestro informe. No teníamos pruebas de que ese grupo autodenominado Fuerzas del Mal estuviera formado por siete hombres blancos. De hecho, no creíamos que estuviera formado por ningún hombre blanco. Era un hombre negro solitario que intentaba distraer la atención de sí mismo y del hecho de que ya había matado a Gail Jackson. Por el uso militar de las fechas (como «junio 1») y su referencia a metros en vez de pies o yardas, estaba claro que era militar. Las cartas eran las propias de un casi analfabeto, lo que descartaba a un oficial del ejército porque tendría más estudios. Por experiencia, Bob creía que probablemente era artillero o policía militar, de entre veinticinco y treinta años. Ya habría matado a dos mujeres más, probablemente también prostitutas, de ahí su referencia a «las víctimas se doblarán», y pensábamos que había posibilidades de que también fuera el Estrangulador de la Media.

Cuando hicieron circular nuestro perfil por Fort Benning y los bares y clubs nocturnos, la víctima era conocida para los habituales, así que el ejército y la policía de Columbus enseguida dieron con el nombre de William H. Hance, un hombre negro de veintiséis años asignado a una unidad de artillería en el fuerte. Confesó los asesinatos de Gail Jackson, Irene Thirkield y otra mujer, una soldado del ejército llamada Karen Hickman, en Fort Benning, el otoño anterior. Admitió que se había inventado las Fuerzas del Mal para distraer a la policía.

Un testimonio en uno de los escenarios del crimen identificó en una fotografía al auténtico Estrangulador de la Media; era Carlton Gary, un hombre negro de veintisiete años que nació y se crio en Columbus. Fue detenido tras una serie de atracos a restaurantes, pero huyó y no lo volvieron a detener hasta mayo de 1984. Tanto Hance como Gary fueron juzgados y condenados a muerte por sus crímenes.

Cuando la comunidad volvió a la normalidad, Jud Ray se tomó un permiso para dirigir un programa en la Universidad de Georgia para reclutar a minorías y mujeres para hacer carrera en las fuerzas del orden. Una vez finalizado el proyecto, tenía previsto volver al trabajo de policía. No obstante, por su bagaje militar y en investigación, por no hablar del hecho de que era negro y en aquella época la Agencia estaba desesperada por consolidarse como un organismo que ofrecía igualdad de oportunidades, aceptó una oferta del FBI. Lo conocí por causalidad cuando estaba en Quantico en una formación de nuevos agentes. Luego lo destinaron a la sede de Atlanta, donde su experiencia y conocimiento de la zona y su población se consideraba un activo valiosísimo.

Nos volvimos a ver a finales de 1981 cuando estaba en Atlanta para el caso ATKID. Como todos en la sede, Jud estaba muy implicado en la investigación. Todos los agentes formaban parte de un equipo que trabajaba en cinco casos de ATKID, y

Jud tenía un intenso horario de trabajo.

También estaba sometido a una enorme presión por otra vía. Su matrimonio, que llevaba un tiempo tambaleándose, se estaba rompiendo. Su esposa bebía mucho, lo maltrataba verbalmente y tenía una conducta errática. «Ya ni siquiera conozco a esa mujer», decía. Finalmente, un domingo por la tarde, le dio un ultimátum: o cambiaba y buscaba ayuda, o se iba a llevar a sus dos hijas, de dieciocho meses y ocho años.

Para su sorpresa, Jud empezó a ver señales positivas. Se volvió más atenta con él y las niñas. «Vi un cambio brusco de personalidad. Dejó de emborracharse», recordaba. «Empezó a mimarme. Por primera vez en trece años de matrimonio, se despertaba por la mañana para hacerme el desayuno. Se había convertido en todo lo que quería que fuera».

Pero luego añadió: «Debería haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad. Y eso es algo que enseño a los policías a partir de entonces. Si tu esposa hace de repente un cambio de conducta radical, negativo o positivo, sospecha enseguida».

Lo que estaba ocurriendo era que la mujer de Jud ya había decidido matarlo y estaba ganando tiempo para prepararlo. Si lo conseguía, evitaría el trauma y la humillación de un divorcio feo, se quedaría con las dos niñas y cobraría el cuarto de millón de dólares de la póliza del seguro de vida. Mucho mejor ser la afligida y acaudalada viuda de un agente de la ley asesinado que una mujer divorciada sola en el mundo.

Sin que Jud lo supiera, dos hombres habían estado observando sus movimientos y hábitos durante varios días. Esperaban fuera de su edificio por la mañana y le seguían por la I-20 hasta Atlanta todos los días. Buscaban la oportunidad de pillarlo indefenso para poder dar el golpe de forma eficaz y escapar sin testigos.

Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que tenían un problema. Jud llevaba el tiempo suficiente siendo agente de la ley para saber que la primera regla que aprende un policía era instintiva para él: tener la mano de la pistola libre. Dondequiera que lo siguieran los dos supuestos tiradores, siempre tenía la mano derecha lista para agarrar la pistola.

Volvieron a hablar con la señora Ray y le contaron su problema. Querían cogerlo en el aparcamiento que había delante del edificio, pero Jud podría dar por lo menos a uno de ellos antes de poder acabar con él. Tenía que hacer algo con esa mano derecha.

Sin dejar que un detalle como aquel se interpusiera en su camino, cogió una taza de café de viaje y le sugirió a Jud que se la llevara al trabajo todos los días. «En trece años, nunca había hecho el desayuno, ni para mí ni para las niñas, y ahora intentaba que me llevara esa maldita taza».

Él se resistió. Después de tantos años, no se acostumbraba a la idea de conducir con la mano izquierda sobre el volante y la derecha ocupada con una taza de café. Era antes de que los accesorios para sujetar tazas fueran habituales en los coches. Si lo hubieran sido, la historia podría haber tenido un final completamente distinto.

Los pistoleros volvieron a hablar con la señora Ray. «No podemos atraparlo en el aparcamiento», le dijo uno de ellos. «Tenemos que hacerlo dentro».

El golpe se programó para principios de febrero. La señora Ray había salido con las niñas y Jud estaba solo en casa. Los pistoleros entraron en el edificio, recorrieron el pasillo y llegaron a la puerta del piso, donde llamaron al timbre. El único problema fue que tenían anotado el piso equivocado. Cuando apareció en la puerta un hombre blanco, los dos tipos le preguntaron dónde estaba el hombre negro que vivía allí. Con toda la inocencia, les dijo que se habían equivocado de piso y que el señor Ray vivía más allá.

Pero el vecino ya los había visto. Si lo hacían esa noche, sin duda iba a recordar que dos hombres negros le preguntaron dónde vivía Jud Ray cuando la policía le preguntara. Así que se marcharon.

Más tarde, la señora Ray volvió a casa pensando que el trabajo estaba hecho. Miró alrededor, vacilante, y luego entró a gatas en el dormitorio mientras se preparaba mentalmente para la llamada a urgencias y avisar de que a su marido le había pasado algo horrible.

Entró en el dormitorio y vio a Jud tumbado en la cama. Ella siguió a gatas. Él se dio la vuelta y dijo:

—¿Qué demonios estás haciendo?

Ella se llevó un susto de muerte y se fue corriendo al baño.

Sin embargo, durante los siguientes días su buen comportamiento continuó y Jud creyó que realmente había cambiado. Por ingenuo que parezca visto desde ahora, tras muchos años difíciles en una relación, el deseo de creer que las cosas han mejorado de verdad es acuciante.

Pasaron dos semanas, hasta el 21 de febrero de 1981. Jud estaba trabajando en el caso de Patrick Baltazar. Era un gran giro potencial en la investigación ATKID porque el pelo y las fibras encontrados en el cuerpo del niño de doce años coincidían con los encontrados en víctimas anteriores del asesino de niños.

Aquella noche, la esposa de Jud le preparó una cena italiana. Lo que él no sabía era que había sazonado la salsa de los espaguetis con mucho fenobarbital. Como tenía previsto, se llevó a las dos niñas a visitar a su tía.

Más tarde, cuando Jud estaba en su habitación, creyó oír algo en la entrada del piso. La luz del pasillo cambió, se volvió tenue. Alguien había desenroscado la bombilla del dormitorio de su hija mayor. Luego oyó voces amortiguadas en el pasillo. Lo que había ocurrido es que el primer pistolero había perdido los nervios, y los dos estaban comentando qué hacer. Jud no sabía cómo habían entrado, pero en ese momento no importaba. Estaban ahí.

—¿Quién hay ahí? —gritó Jud.

De pronto, se oyó un disparo, pero no le alcanzó. Jud se echó al suelo, pero una segunda bala le dio en el brazo izquierdo. Aún era de noche. Intentó esconderse detrás de la enorme cama.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

Un tercer disparo impactó en la cama, cerca de Jud. En su cabeza estaba pasando por un ejercicio de supervivencia intuitivo; intentaba averiguar qué tipo de pistola era. Si es una Smith & Wesson, le quedaban tres disparos. Si era una Colt, solo dos.

—¡Eh, tíos! —gritó—. ¿Qué pasa? ¿Por qué intentáis matarme? Coged lo que queráis y largaos. No os he visto. No me matéis.

No hubo respuesta, pero Jud lo vio, una silueta contra el claro de luna.

Jud se dijo: «Vas a morir esta noche». «No tienes manera de salir de esta, pero ya sabes cómo es. No quieres que los detectives entren aquí mañana y digan: "Este pobre idiota nunca se resistió. Les dejó entrar y ejecutarlo"». Jud decidió que cuando los detectives entraran en el escenario del crimen, iban a saber que se había enfrentado a esos tipos, joder.

Lo primero que tenía que hacer era coger su pistola, que estaba en el suelo, al otro lado de la cama. Pero una cama tamaño extragrande era mucho terreno que cubrir cuando alguien intenta matarte. Luego oyó:

—¡No te muevas, hijo de puta!

A oscuras, volvió a incorporarse y empezó a avanzar hacia el borde de la cama y su pistola.

Se acercó, en una lenta agonía, pero necesitaba más ventaja para que el último movimiento fuera eficaz.

Cuando estaba agarrando el borde con los cuatro dedos, giró hacia el suelo, pero acabó con la mano derecha bajo el pecho. Como había recibido un disparo en el brazo izquierdo, no tenía fuerza suficiente en la mano izquierda para llegar a la pistola.

Justo entonces, el pistolero saltó a la cama. Disparó a Jud a quemarropa.

Él sintió como si una mula le hubiera dado una coz. Algo en su interior se desmoronó. En ese momento no conocía los detalles técnicos, pero la bala le había atravesado la espalda, le había dado en el pulmón derecho, penetró el tercer espacio entre las costillas y salió por la parte delantera del pecho hasta meterse en la mano derecha, sobre la que seguía tumbado.

El asaltante saltó de la cama, se plantó ante él y le tomó el pulso.

—¡Ahí estás, hijo de puta! —dijo, y se marchó.

Jud entró en estado de choque. Estaba tumbado en el suelo, hiperventilando. No sabía dónde estaba ni qué le estaba ocurriendo.

Entonces pensó que debía de estar en un combate en Vietnam. Olía el humo, las explosiones. Pero no podía respirar. Pensó: «A lo mejor no estoy en Nam. A lo mejor solo estoy soñando. Pero si es un sueño, ¿por qué me cuesta tanto respirar?».

Intentó levantarse. Se tambaleó hasta el televisor y lo encendió. A lo mejor así sabría si estaba soñando. Apareció Johnny Carson y el programa *Tonight*. Estiró el brazo para tocar la pantalla, procurando ver si era real, y dejó un reguero de sangre en el cristal.

Necesitaba beber agua. Se dirigió al baño, abrió el grifo e intentó beber con las

manos. Entonces vio la bala incrustada en la mano derecha y la sangre cayendo del pecho. Ya sabía qué le había pasado. Volvió al dormitorio, se tumbó a los pies de la cama y esperó la muerte.

No obstante, hacía demasiado tiempo que era policía. No podía dejarse ir así, sin más. Cuando los detectives llegaran al día siguiente, tenían que ver que había luchado. Se levantó otra vez. Se dirigió al teléfono y marcó el cero. Cuando se puso la operadora, tomó aire, le dijo que era agente del FBI y que le habían disparado. Ella le puso de inmediato con el departamento de policía del condado de DeKalb.

Una agente joven se puso al teléfono. Jud le dijo que era del FBI y le habían disparado, pero apenas le salían las palabras. Lo habían drogado, había perdido mucha sangre y arrastraba las palabras.

—¿A qué se refiere con que es del FBI? —le inquirió ella. Jud la oyó gritarle a su sargento que tenía a un borracho en la línea que decía que era del FBI, que qué quería el sargento que hiciera. El sargento le dijo que podía colgar.

Entonces intervino la operadora, les repitió que era cierto y que tenían que enviar un equipo de urgencias de inmediato. No les dejó en paz hasta que accedieron.

—Esa operadora me salvó la vida —me dijo Jud más tarde.

Jud se desmayó cuando intervino la operadora, y no recuperó la conciencia hasta que el equipo de urgencias le estaba poniendo la máscara de oxígeno en la cara. «No lo preparéis para el electrochoque», oyó que decía el jefe del equipo. «No lo conseguirá».

Sin embargo, se lo llevaron al hospital general de DeKalb, donde hay un cirujano torácico. Tumbado en la camilla, en la sala de urgencias, mientras los médicos intentaban frenéticos salvarle la vida, lo supo.

Con la lucidez propia de la cercanía a la muerte, pensó: «Esto no es una venganza. He metido a mucha gente en la cárcel, pero no podían aproximarse tanto. La única persona que podría acercarse tanto a mí es alguien en quien confío sin reservas».

Cuando salió de la operación y lo llevaron a la unidad de cuidados intensivos, el agente especial al mando en Atlanta, John Glover, estaba allí. Glover llevaba meses soportando el peso del caso ATKID, y ahora eso. Como los niños fallecidos y como Jud, Glover también es negro, uno de los negros de mayor rango de la Agencia. Lo sentía mucho por Jud.

—Buscad a mi mujer —le susurró Jud—. Que os cuente lo que ha ocurrido.

Glover creyó que Jud aún estaba delirando, pero el médico le dijo que no: estaba consciente y atento.

Jud pasó veintiún días en el hospital; su habitación estaba protegida con guardias armados porque nadie sabía quiénes eran los asesinos o si iban a volver para acabar con él. Entre tanto, su caso no avanzaba. Su esposa se mostraba perpleja y consternada por lo sucedido, gracias a Dios no había muerto. Ojalá hubiera estado en casa esa noche.

En la oficina, un equipo de agentes rastreaba las pistas. Hacía mucho tiempo que Jud era policía. Podría tener muchos enemigos. Cuando quedó claro que se iba a recuperar, la pregunta se formuló en un tono más ligero, como en la popular serie de televisión *Dallas*: ¿Quién disparó a J. R.?

Jud tardó unos meses en recuperar la normalidad en su rutina. Por fin abordó el montón de facturas que se habían acumulado desde la agresión. Soltó un gemido al ver una factura telefónica de Southern Bell de más de trescientos dólares. Cuando se puso a revisarla, empezó a encajar las piezas.

Al día siguiente llegó a la oficina y dijo que pensaba que la factura telefónica era la clave. Como víctima, no debería trabajar en su propio caso, pero sus colegas le escucharon.

En la factura figuraban una serie de llamadas a Columbus. La compañía telefónica le dio el nombre y la dirección correspondientes al número. Jud no conocía al tipo, así que él y varios agentes subieron al coche y recorrieron los ciento sesenta kilómetros que los separaban de Columbus. Su destino era la casa de un predicador que, según Jud, en realidad era algo más que un charlatán.

Los agentes del FBI le presionaron, pero él negó cualquier relación con el intento de asesinato. Los agentes no lo iban a dejar escapar fácilmente. «Es uno de los nuestros», le dijeron, «y vamos a coger a la persona o las personas que lo hicieron».

Entonces empezó a dibujarse la historia. El predicador era conocido en Columbus por ser alguien que podía «conseguir cosas». La señora Ray había acudido a él para hacer el trabajo en octubre pero, según él, le dijo que no lo haría.

Ella le contestó que ya encontraría a alguien que lo hiciera, le pidió usar el teléfono y le dijo que luego le pagaría las llamadas de larga distancia. El predicador les contó a los agentes que ella llamó a un antiguo vecino de Atlanta que había estado en el ejército en Vietnam al mismo tiempo que Jud y que sabía usar armas. Le dijo: «¡Tenemos que hacerlo!».

Para colmo, el predicador dijo: «La señora Ray no me pagó las llamadas».

Los agentes se subieron al coche y regresaron a Atlanta, donde interrogaron al antiguo vecino. Bajo presión, admitió que la señora Ray le preguntó por un asesinato por encargo, pero juró que no tenía ni idea de que intentaba matar a Jud.

De todos modos, según él le dijo que no conocía a nadie que hiciera ese tipo de cosas y le puso en contacto con su cuñado, que a lo mejor sí sabía de alguien. El cuñado, a su vez, le presentó a otro tipo, que aceptó el trabajo y contrató a otros dos hombres como tiradores.

La señora Ray, el cuñado del antiguo vecino, el hombre que aceptó el encargo y los dos pistoleros fueron imputados. El antiguo vecino fue acusado por ser coconspirador no procesado. Los cinco acusados son declarados culpables de intento de asesinato, conspiración y robo. A cada uno le imponen una sentencia de diez años, la máxima que puede adjudicarles el juez.

Veía a Jud de vez en cuando en relación con el caso ATKID. Al poco tiempo,

empezó a buscarme. Dado que no era uno de sus colegas de oficina, pero sabía de qué iba el estrés del trabajo y entendía por lo que había pasado y seguía pasando, supongo que tenía la sensación de que podía hablar conmigo. Además de todos los sentimientos asociados a una situación así, me contó que le resultaba muy dolorosa y violenta la exposición pública de su situación doméstica.

Con todo lo que Jud había sufrido, la Agencia quería hacer lo mejor para él y pensó que trasladarlo a otra sede local lejos de Atlanta le ayudaría a recuperarse. Sin embargo, después de hablar con Jud y compartir sus sentimientos, no me pareció lo más adecuado. Pensé que tenía que quedarse allí un tiempo.

Fui a hablar con John Glover, el agente especial al cargo en Atlanta.

—Si lo trasladáis, eliminaréis la red de apoyo que tiene aquí, en la oficina. Necesita quedarse. Dale un año para que sus hijas se recompongan y él esté cerca de la tía que ayudó a criarlo.

Sugerí que, si iba a alguna parte, debería ser la agencia residente de Columbus, pues había sido policía allí y aún conocía a la mayor parte del cuerpo.

Lo mantuvieron en la zona de Atlanta-Columbus, donde empezó a recuperar el orden en su vida. Luego se mudó a la sede local de Nueva York, donde su principal función era la contrainteligencia extranjera. También se convirtió en uno de los coordinadores de perfiles de la oficina, el enlace entre la policía local y mi unidad en Quantico.

Cuando quedaban vacantes en la unidad, llamábamos a Jud, junto con Roseanne Russo, también de Nueva York, y Jim Wright, de la sede de Washington, que había trabajado durante más de un año en el caso y el juicio de John Hinckley. Al final Roseanne dejó la unidad por la sede de Washington y la contrainteligencia extranjera. Tanto Jud como Jim se convirtieron en miembros distinguidos y reconocidos internacionalmente del equipo y buenos amigos. Cuando pasé a ser el jefe de la unidad, Jim Wright tomó el relevo como jefe del programa de perfiles.

Jud dijo sentirse impresionado cuando lo escogimos, pero había sido un excelente coordinador en Nueva York y, gracias a su gran bagaje en las fuerzas de la ley, funcionó bien desde el principio. Aprendía deprisa y era extremadamente analítico. Como agente de policía había visto casos «desde las trincheras» y aportaba esa perspectiva.

Cuando surgía en una clase, a Jud no le importaba mencionar el intento de asesinato y sus repercusiones. Incluso tenía grabada en una cinta la llamada a urgencias, que a veces ponía en clase, pero no soportaba estar presente en el aula. Salía hasta que terminaba.

Le dije:

—Jud, esto es fantástico. —Expliqué que muchos elementos del escenario, como las huellas o la sangre en el televisor, habrían sido engañosos o sin sentido. Ahora empezábamos a entender que elementos en apariencia irracionales podían tener una explicación racional—. Si trabajas este caso, sería una herramienta didáctica

extremadamente valiosa.

Lo hizo, y se convirtió en uno de los casos más interesantes e informativos que enseñábamos. Y también fue una catarsis para él.

—Para mí fue como una revelación personal. Durante el proceso de preparación de la clase, me adentré en un callejón por el que nunca me había aventurado a ir. Cada vez que hablas de ello con personas de confianza, exploras otro callejón. En este país, los asesinatos o intentos de asesinato por encargo de esposas son más frecuentes de lo que nos gustaría creer.

Ver a Jud enseñar el caso ha sido una de las experiencias más conmovedoras como profesor de la Academia. Y sé que no soy el único. Al final llegó un momento en que se quedaba a escuchar la cinta con la llamada a urgencias.

Para cuando Jud pasó a formar parte de mi unidad, ya había investigado bastante sobre conducta posterior a la agresión. Para mí no había duda de que, por mucho que lo intente, gran parte de lo que el agresor hace después del crimen escapa a su control consciente. Como consecuencia de su propio caso, Jud se interesó mucho por el comportamiento previo a la agresión. Hacía tiempo que entendíamos la importancia de los factores estresantes desencadenantes como acontecimientos claros que conducían a la comisión de un crimen, pero Jud expandió de forma considerable los horizontes de la unidad y demostró lo importante que es centrarse en la conducta y las acciones interpersonales antes de que se produzca un crimen. Un cambio radical, o incluso sutil pero significativo, en el comportamiento de una pareja puede significar que él o ella ya ha empezado a planificar un cambio de la situación. Si el marido o la esposa se vuelve tranquilo o mucho más amable y receptivo que antes de forma inesperada, puede significar que ya considera que el cambio es inevitable o inminente.

Los asesinatos por encargo del cónyuge son difíciles de investigar. El superviviente ha trabajado bien la base emocional. La única manera de resolver esos casos es conseguir que alguien hable, y hay que entender la dinámica de la situación y lo que realmente ocurrió para tener autoridad en eso. Igual que la manipulación del escenario de un crimen puede llevar a la policía en la dirección equivocada, la conducta previa a la agresión por parte del cónyuge es una manera de fingir.

Ante todo, el caso de Jud es una lección objetiva para nosotros sobre cómo se puede malinterpretar el comportamiento en un escenario del crimen. Si Jud hubiera muerto, habrían extraído algunas conclusiones equivocadas.

Una de las primeras cosas que se le enseñan a un policía novato es a no contaminar el escenario del crimen. Sin embargo, con sus acciones apenas conscientes, como policía veterano y agente especial, Jud contaminó sin querer su propio escenario del crimen. Habríamos interpretado todas las huellas y las pruebas de sus movimientos como un robo que había salido mal, que los intrusos lo habrían llevado por la habitación y le habrían obligado a decirles dónde tenía escondidos determinados objetos. La sangre en el televisor habría sugerido que Jud estaba en la

cama viendo la televisión cuando le sorprendieron y le dispararon de inmediato.

La reflexión más importante, como me dijo Jud, era que «si hubiera muerto, estoy absolutamente convencido de que ella habría salido airosa. Estaba bien planeado y sus acciones habían preparado a todo el vecindario. Sería completamente creíble como la esposa afligida».

Como he dicho, Jud y yo nos hicimos buenos amigos, probablemente es lo más parecido a un hermano que he tenido nunca. Siempre le decía en broma que debería ponerme la cinta justo en el momento de las evaluaciones individuales de rendimiento del equipo, para ganarse toda mi simpatía. Por suerte, nunca fue necesario. El expediente de Jud habla por sí solo. Ahora es el jefe de la Unidad de Formación Internacional, donde sus habilidades y experiencia beneficiarán a una nueva generación de agentes y hombres y mujeres policía. No obstante, vaya donde vaya, siempre será uno de los nuestros y uno de los mejores, uno de los pocos agentes de la ley que ha sobrevivido a un intento de asesinato gracias a su carácter y férrea fuerza de voluntad, para luego llevar él mismo a los culpables ante la justicia.

13
El juego más peligroso

En 1924, el autor Richard Connell escribió un relato titulado *El juego más peligroso*. Trata de un cazador de caza mayor llamado general Zaroff, que, cansado de perseguir animales, empieza a cazar a una presa más difícil e inteligente: seres humanos. Sigue siendo una historia popular. Mi hija Lauren lo leyó hace poco en el colegio.

Por lo que sabemos, hasta 1980 el relato de Connell seguía perteneciendo al reino de la ficción. Sin embargo, eso cambió gracias a un panadero de suaves modales de Anchorage, Alaska, llamado Robert Hansen.

No trazamos un perfil de Hansen ni elaboramos una estrategia para identificarlo ni detenerlo según nuestro procedimiento habitual. En septiembre de 1983, cuando acudieron a mi unidad, la policía estatal en Alaska ya había identificado a Hansen como sospechoso de asesinato. Sin embargo, no estaban seguros del alcance de sus crímenes, o de si un individuo tan poco improbable, respetable padre de familia y pilar de la comunidad, era capaz de cometer las atrocidades de las que se le acusaba.

Lo que había ocurrido era lo siguiente:

El 13 de junio anterior, una mujer joven acudió corriendo a un agente de policía de Anchorage. Le colgaban unas esposas de una muñeca y contó una historia extraordinaria. Era una prostituta de diecisiete años a la que se le había acercado en la calle un hombre bajo con la cara picada y pelirrojo que le había ofrecido doscientos dólares por sexo oral en su coche. Dijo que, mientras lo hacía, le puso una esposa en la muñeca, sacó una pistola y se la llevó a su casa en Muldoon, una zona de moda de la ciudad. No había nadie más en la casa. El hombre le dijo que, si colaboraba y hacía lo que le pedía, no le haría daño. Luego la obligó a desnudarse, la violó y le causó un fuerte dolor mordiéndole los pezones y metiéndole un martillo en la vagina. Mientras aún la tenía esposada a un poste en el sótano, inmovilizada, él durmió varias horas. Cuando despertó, le dijo que le gustaba tanto que iba a llevarla en su avión privado a su cabaña en el bosque, donde volverían a mantener relaciones y seguidamente la llevaría de regreso a Anchorage, donde la liberaría.

Ella sabía que había escasas opciones de que acabara así. La había violado y agredido, y no había hecho nada para ocultar su identidad. Si la llevaba a esa cabaña, estaría en apuros de verdad. En el aeropuerto, mientras el secuestrador cargaba las provisiones en el avión, ella consiguió escapar. Corrió como alma que lleva el diablo en busca de ayuda, y se encontró al policía.

Por la descripción que dio, el secuestrador parecía ser Robert Hansen. En la mitad de la cuarentena, se había criado en Iowa y llevaba diecisiete años en la zona de Anchorage, donde tenía una panadería que funcionaba muy bien y era considerado un miembro destacado de la comunidad. Estaba casado y tenía una hija y un hijo. La

policía la llevó a casa de Hansen en Muldoon, y ella dijo que ahí había sido torturada. La llevaron al aeropuerto e identificó el Piper Super Cub propiedad de Robert Hansen.

Luego la policía fue a casa de Hansen y le expuso las acusaciones de la chica. Él contestó indignado que no la conocía de nada, y aseguró que era evidente que intentaba sacarle dinero por su posición. La mera idea era ridícula: «No se puede violar a una prostituta, ¿no?», le dijo a la policía.

Tenía coartada para la noche en cuestión. Su esposa y sus dos hijos estaban pasando el verano en Europa, y él estaba en casa cenando con dos socios. Dio sus nombres y ellos corroboraron la historia. La policía no tenía pruebas contra él, solo la palabra de la chica, así que no pudieron detenerlo ni acusarlo.

Pese a la falta de pruebas, tanto la policía de Anchorage como la policía estatal de Alaska olieron el humo, sabían que en alguna parte había un incendio. En 1980, unos obreros de la construcción habían excavado en Eklutna Road y encontraron los restos parciales de una mujer. Los osos se habían comido parcialmente el cuerpo, que tenía signos de haber sido apuñalado hasta la muerte y enterrado en una zanja poco profunda. Conocida solo como «Annie de Eklutna», nunca se la llegó a identificar ni se atrapó al asesino.

Más tarde ese mismo año se descubrió el cadáver de Joanne Messina en un cascajal cerca de Seward. Luego, en septiembre de 1982, unos cazadores encontraron cerca del río Knik el cuerpo de Sherry Morrow, de veintitrés años, en una fosa poco profunda. Era una bailarina de toples que llevaba desaparecida desde el mes de noviembre anterior. Había recibido tres disparos. Los casquillos encontrados en el escenario del crimen identificaron las balas de un Ruger Mini-14 del calibre 223, un rifle de caza de gran potencia. Por desgracia, era un arma muy común en Alaska, así que habría sido difícil seguirle la pista y entrevistar a todos los cazadores que tenían una. No obstante, una peculiaridad del caso era que no había agujeros de bala en la ropa de la víctima, de modo que tenía que estar desnuda cuando le dispararon.

Casi un año exacto después, se descubrió otro cadáver en una zanja poco profunda junto a la orilla del Knik. En esta ocasión se trataba de Paula Golding, una secretaria sin trabajo que había aceptado a la desesperada un empleo en un bar de toples para llegar a fin de mes. También le habían disparado con un Ruger Mini-14. Había desaparecido en abril, y desde entonces la prostituta de diecisiete años había sido raptada y había logrado huir. Ahora, con Golding sumándose a la lista de crímenes sin resolver, la Agencia de Investigación Criminal de la policía estatal de Alaska decidió seguir al señor Hansen.

Pese a que la policía tenía a un sospechoso antes de que yo supiera nada de él, quería estar seguro de que mi opinión no se vería eclipsada por la labor de investigación ya realizada. Antes de que me dieran los detalles sobre su sospechoso durante nuestra primera reunión por teléfono, les dije: «Primero habladme de los crímenes y luego yo os hablaré del autor».

Me explicaron los asesinatos sin resolver y los detalles de la historia de la chica. Yo describí un escenario y a un individuo que, según ellos, se parecía mucho a su sospechoso, hasta en el tartamudeo. Luego me hablaron de Hansen, su trabajo y su familia, su posición en la comunidad y su reputación de excelente cazador. ¿Sonaba al tipo de persona capaz de cometer esos crímenes?

Claro, les dije. El problema era que disponían de mucha información de segunda mano, pero ninguna prueba física para acusarlo. La única manera de sacarlo de la circulación, algo que estaban ansiosos por hacer, era conseguir una confesión. Me pidieron que fuera a ayudarles a llevar adelante el caso.

En cierto modo, era lo contrario de lo que solemos hacer, pues estábamos trabajando a partir de un sujeto conocido e intentando determinar si su pasado, personalidad y comportamiento encajaban con una serie de crímenes.

Me llevé a Jim Horn, que acababa de unirse a mi unidad desde la agencia residente de Boulder, Colorado. Habíamos hecho juntos la formación para nuevos agentes, y cuando finalmente obtuve la autorización para que cuatro efectivos trabajaran conmigo, le pedí a Jim que volviera a Quantico. Junto con Jim Reese, Jim Horn es ahora uno de los dos mejores expertos en gestión del estrés de la Agencia, una función esencial en nuestro trabajo. Sin embargo, en 1983 era uno de sus primeros casos en el ámbito del comportamiento.

Llegar hasta Anchorage fue uno de los viajes de trabajo más emocionantes y menos agradables que había hecho nunca. Acabó con un vuelo sobre el agua que me hizo agarrarme al asiento con los ojos inyectados en sangre. Cuando llegamos, la policía nos recogió y nos llevó al hotel. De camino, pasamos por algunos de los bares donde habían trabajado las víctimas. La mayoría del tiempo hacía demasiado frío para que las prostitutas trabajaran en la calle, así que hacían sus contactos en los bares, que estaban abiertos prácticamente las veinticuatro horas. Cerraban durante una hora para limpiar y echar a los borrachos. En aquella época, en gran medida por la enorme población temporal que llegó para construir el oleoducto, Alaska tenía una de las tasas de suicidio más altas del país, así como de alcoholismo y enfermedades venéreas. Se había convertido en la versión moderna de la frontera del Salvaje Oeste.

El ambiente en general me pareció muy extraño. Parecía haber un conflicto constante entre la población nativa y los de «los cuarenta y ocho de abajo» —en referencia a los cuarenta y ocho estados que, geográficamente, se encuentran debajo de Alaska—. Había un montón de machos con sus enormes tatuajes paseándose como si acabaran de salir de un anuncio de Marlboro. Con las grandes distancias que la gente tenía que recorrer, era como si casi todo el mundo tuviera un avión, así que Hansen no era una excepción en eso.

Lo significativo del caso para nosotros era que por primera vez un perfil psicológico se usaba para fundamentar una orden de búsqueda. Empezamos a analizar todo lo que sabíamos sobre los crímenes y sobre Robert Hansen. En cuanto a la tipología de las víctimas, las conocidas eran prostitutas o bailarinas de toples.

Formaban parte de un gran conjunto de posibles víctimas que viajaban por toda la costa oeste. Debido a su transitoriedad, y dado que las prostitutas no suelen comunicar su paradero a la policía, era difícil saber si le había pasado algo a alguna hasta que aparecía un cadáver. Era justo el mismo problema al que se enfrentaron la policía y el FBI en el caso del asesino de Green River en el estado de Washington. De modo que la selección de víctimas era muy significativa. El asesino solo atacaba a mujeres a las que nadie echaría de menos.

No conocíamos todo el pasado de Hansen, pero lo que sabíamos encajaba en el patrón. Era bajo y delgado, con la cara muy picada, y hablaba con un fuerte tartamudeo. Yo conjeturé que de adolescente tuvo graves problemas en la piel y, entre eso y los defectos del habla, probablemente sufría burlas de sus iguales o lo rehuían, sobre todo las chicas. Así que su autoestima sería baja. Tal vez por eso se mudó a Alaska, por la idea de un nuevo comienzo en una nueva frontera. Desde el punto de vista psicológico, agredir a prostitutas era una manera bastante estándar de devolvérsela a las mujeres en general.

También di mucha importancia al hecho de que Hansen fuera conocido como buen cazador. Se había labrado una reputación en la zona al abatir a un carnero de Dall salvaje con una ballesta mientras cazaba en las montañas Kuskikwim. No insinúo que la mayoría de cazadores sean inadaptados, pero mi experiencia me dice que, si tienes a un inadaptado, una de las maneras en las que intentará compensarlo será con la caza o jugando con armas o cuchillos. El tartamudeo me recordaba el caso de David Carpenter, el Asesino del Sendero de San Francisco. Como en el de Carpenter, estaba convencido de que el defecto del habla de Hansen desaparecía cuando se sentía dominante y que controlaba la situación.

Con todo ello, aunque fuera un escenario donde no había visto nada, empezaba a hacerme una idea de lo que estaba ocurriendo. Las prostitutas y «bailarinas exóticas» habían sido halladas muertas por heridas de bala que parecían de un rifle de caza en zonas boscosas aisladas. Por lo menos en un caso, los disparos se habían dirigido a un cuerpo desnudo. La chica de diecisiete años que afirmaba haber huido decía que Robert Hansen la quería llevar a su cabaña en el bosque. Hansen había enviado a su mujer y sus hijos a pasar el verano en Europa y estaba solo en casa.

Yo creía que, como el general Zaroff en *El juego más peligroso*, Robert Hansen se había cansado de cazar alces, osos y carneros de Dall y se fijó en una presa más interesante. Zaroff explicaba que utilizaba a marineros raptados que habían naufragado en las rocas no marcadas expresamente en el canal que conducía a su isla. «Cazo la escoria de la tierra, marineros de cargueros, un pura sangre o un sabueso valen más que ellos».

Hansen, especulaba yo, tenía una opinión muy parecida de las prostitutas. Eran personas que consideraba inferiores y menos valiosas que él. No necesitaba tener don de gentes para que se fueran con él. La escogía y la hacía prisionera, la llevaba al bosque, la desnudaba, la soltaba y luego la cazaba con una pistola o un cuchillo.

Seguramente el modus operandi no había empezado así. Habría comenzado matando a las primeras, para luego usar el avión para llevarse los cuerpos lejos. Eran crímenes de rabia. Se le ocurrió obligar a sus víctimas a suplicar por su vida. Como cazador, en algún momento se le ocurrió que podía combinar las diversas actividades llevándoselas vivas al bosque para luego cazarlas por deporte y posterior satisfacción sexual. Eso sería el control por excelencia. Se volvió adictivo, y quería hacerlo una y otra vez.

Eso me llevó a los detalles de la orden de búsqueda. Lo que quería era que Jim y yo hiciéramos una declaración jurada para presentarla ante un tribunal explicando lo que eran los perfiles psicológicos, qué esperaríamos encontrar en la búsqueda y nuestro argumentario que lo fundamentaba.

A diferencia de un delincuente común o alguien con un arma sustituible, el rifle de caza de Hansen era importante para él. Por tanto, pronostiqué que este se hallaría en su casa, pero no a la vista. Estaría en una cámara, detrás de un panel o una falsa pared, escondido en la buhardilla, un sitio así.

También pronostiqué que nuestro hombre sería un «salvador», aunque no del todo por los motivos habituales. Muchos asesinos con motivación sexual se llevan recuerdos de sus víctimas y se los dan a las mujeres de sus vidas como señal de dominancia y una manera de revivir la experiencia. Sin embargo, Hansen no podía colgar la cabeza de una mujer en la pared como haría con una gran presa de caza, así que pensé que tal vez se llevara otro tipo de trofeo. Dado que no había pruebas de mutilación humanas en los cuerpos, esperaba que se hubiera llevado joyas, que entregaría a su esposa o su hija tras inventarse una historia sobre la procedencia de la pieza. No parecía que se hubiera llevado ropa interior de las chicas o algún otro objeto, que supiéramos, pero podría haberse llevado fotografías pequeñas o algo de la cartera. Por mi experiencia en este tipo de personalidades, pensé que podríamos encontrar un diario o una lista que documentara sus hazañas.

El siguiente punto era desmontar la coartada. Para sus socios no suponía gran cosa decir que estaban con él la noche en cuestión si no se jugaban nada. No obstante, si éramos capaces de crear grandes riesgos, las cosas cambiarían. La policía de Anchorage hizo que el fiscal del distrito autorizara un gran jurado para investigar el rapto y la agresión a la joven prostituta que había identificado a Hansen. La policía pidió a los dos socios que volvieran a dar sus versiones, pero esta vez se les informó de que si se descubría que estaban mintiendo al gran jurado pasarían apuros.

Como habíamos anticipado, con eso bastó para romper el hielo. Los dos hombres admitieron que no habían estado con Hansen esa noche, y que él les había pedido ayuda para salir de lo que llamó una «situación incómoda».

Hansen fue detenido, acusado de secuestro y violación. La orden de registro de su casa se ejecutó de inmediato. La policía encontró el rifle Ruger Mini-14. Las pruebas de balística confirmaron que coincidía con los casquillos encontrados cerca de los cadáveres. Como habíamos imaginado, Hansen tenía una sala de trofeos bien

equipada donde veía la televisión, llena de cabezas de animales, colmillos de morsa, cuernos y astas, aves disecadas y pieles en el suelo. Bajo los tablones del suelo de la buhardilla encontraron más armas y varias piezas de joyería barata que pertenecían a las víctimas. Una era un reloj Timex. Había dado otros objetos a su esposa y su hija. También hallaron un permiso de conducir y algunos carnés de identidad de algunas de las fallecidas. No hallaron un diario, pero sí el equivalente: un mapa de aviación marcado con los lugares donde había abandonado los diferentes cuerpos.

Todas esas pruebas, por supuesto, bastaron para tener caso y acabar con él, pero sin la orden de registro no lo habríamos conseguido. La única manera de conseguir una orden en este caso era demostrarle a un juez que había suficientes pruebas de comportamiento para justificar un registro. Desde entonces hemos ayudado en multitud de ocasiones con declaraciones juradas para órdenes de registro; tal vez la más notable sea la del caso de Steven Pennell en Delaware, «el Asesino de la I-40», ejecutado en 1992 por torturar y matar a mujeres que recogía en una camioneta especialmente acondicionada.

Cuando en febrero de 1984 la policía de Anchorage y la policía estatal de Alaska interrogaron a Robert Hansen, yo estaba en casa recuperándome de mi ataque en Seattle. Roy Hazelwood, que me estaba cubriendo heroicamente al tiempo que seguía con su trabajo, enseñó a la policía técnicas de interrogatorio.

Hansen lo negó todo, igual que la primera vez que la policía le anunció la acusación de rapto. Arguyó su feliz vida familiar y su éxito en el negocio. Al principio dijo que el motivo por el que se habían encontrado casquillos de su rifle en distintos sitios era que había estado allí practicando el tiro. La presencia de cadáveres en todos esos lugares era pura coincidencia. Al final, cuando se enfrentó a la montaña de pruebas y la perspectiva de un fiscal enfadado buscando la pena de muerte si no quedaba limpio, admitió los asesinatos.

Al intentar racionalizarlo y justificarse, dijo que solo quería sexo oral de las prostitutas que escogía, algo que según él no debía pedir a su esposa, decente y respetable. Si la prostituta lo dejaba satisfecho, ahí se acababa todo. Las que no cumplieran, las que intentaran controlar la situación, a esas las castigaba.

Así, el comportamiento de Hansen reflejaba lo que habíamos aprendido en nuestra entrevista en la cárcel con Monte Rissell. Tanto Hansen como Rissell eran unos inadaptados con un pasado oscuro. Las mujeres que fueron objeto de la peor ira de Rissell eran las que intentaban fingir amabilidad o disfrute para aplacarlo. Lo que no veían era que, para ese tipo de individuo, el poder y la dominación de la situación lo es todo.

Hansen también afirmó que entre treinta y cuarenta prostitutas habían subido por voluntad propia a su avión y él las había devuelto vivas. Me costaba creerlo. La clase de prostitutas que escogía Hansen están en el negocio para ganar dinero rápido y pasar al siguiente cliente. Si llevaban algún tiempo en el negocio, por lo general era gente con vista. No se iban a ir en avión al bosque con un cualquiera al que acababan

de conocer. Si se habían equivocado con él era al dejarse convencer para ir a su casa. Una vez dentro, era demasiado tarde.

Como su contraparte en la ficción, el general Zaroff, Hansen decía que solo cazaba y mataba a un tipo de personas. Jamás haría daño a una mujer «decente», pero le parecía que las prostitutas o las bailarinas en toples o desnudas eran una presa justa. «No digo que odie a todas las mujeres, no es eso… pero supongo que considero a las prostitutas mujeres inferiores a mí… es como si fuera un juego, ellas tenían que lanzar la bola antes de que yo pudiera batear».

Una vez iniciada la caza, los asesinatos se convirtieron en un anticlímax. «La emoción estaba en la persecución», dijo Hansen durante el interrogatorio.

Confirmó nuestras sospechas sobre su pasado. Se crio en Pocahontas, Iowa, donde su padre era panadero. Robert cometía hurtos de niño y, mucho después de llegar a la edad adulta y de poderse permitir lo que quisiera, seguía robando por la emoción. Dijo que sus problemas con las chicas empezaron en el instituto. Estaba resentido porque su tartamudeo y el acné ahuyentaban a la gente. «Como parecía y hablaba como un tío raro, siempre que miraba a una chica ella se daba la vuelta». Pasó un período sin incidentes en el ejército y se casó a los veintidós años. Luego se sucedieron una serie de condenas por provocar incendios y robar, la separación y divorcio de su mujer, y se volvió a casar. Se mudó a Alaska cuando su segunda esposa se licenció. Ahí podría volver a empezar. Pero sus problemas con la ley se prolongaron durante varios años, incluidas reiteradas acusaciones de agresiones a mujeres que rechazaban sus cumplidos. Es interesante que, como tantos otros, en aquella época conducía un Volkswagen escarabajo.

El 27 de febrero de 1984 Hansen se declaró culpable de cuatro cargos de asesinato, uno de violación, uno de secuestro y varias acusaciones de robo y otras relacionadas con armas. Fue condenado a 499 años de cárcel.

Una de las preguntas que debíamos responder en el caso Hansen antes de que la policía supiera cómo proceder era si todas las muertes conocidas de prostitutas y bailarinas de toples en Anchorage las había cometido el mismo individuo. Suele ser un tema primordial en el análisis de investigación criminal. Más o menos en la misma época en que se descubrió el cadáver de la primera víctima de Robert Hansen en Alaska, me llamó el departamento de policía de Búfalo, Nueva York, para evaluar una serie de asesinatos despiadados, en apariencia crímenes de odio racial.

El 22 de septiembre de 1980, un chico de catorce años llamado Glenn Dunn fue asesinado a tiros en el aparcamiento de un supermercado. Los testigos describieron al autor como un joven blanco. Al día siguiente, Harold Green, de treinta y dos años, recibió un disparo en un restaurante de comida rápida en Cheektowaga. Esa misma noche, Emmanuel Thomas, de treinta años, fue asesinado delante de su casa, en el mismo barrio que el asesinato del día anterior. Y al día siguiente otro hombre, Joseph McCoy, fue asesinado en las cataratas del Niágara.

Solo dos factores vinculaban esos asesinatos sin sentido: todas las víctimas eran

hombres negros, y todos habían sido asesinados con balas del calibre 22, lo que empujó a la prensa a inventar un apodo al instante: «el Asesino del calibre 22».

La tensión racial era elevada en Búfalo. Gran parte de la comunidad negra se sentía impotente y acusaba a la policía de no hacer nada para protegerlos. En cierto sentido parecía un espejo del horror que se producía en Atlanta. Como ocurre a menudo en esa situación, las cosas no mejoraron de inmediato. Empeoraron.

El 8 de octubre, un taxista negro de setenta y un años llamado Parler Edwards fue encontrado en el maletero de su coche en Amherst, decapitado. El día después, otro taxista negro, Ersnest Jones, de cuarenta años, fue hallado en la orilla del río Niágara con el corazón extraído del pecho. El taxi, cubierto de sangre, se encontró a unos kilómetros de allí, dentro de los límites de la ciudad de Búfalo. Al día siguiente, un viernes, un hombre blanco que encajaba aproximadamente con la descripción del Asesino del calibre 22 entró en la habitación de hospital de Collin Cole, de treinta y siete años, anunció «odio a los negros» y procedió a estrangular al paciente. La llegada de una enfermera hizo que huyera y salvó a Cole de la muerte.

La comunidad estaba alterada. Las autoridades públicas estaban preocupadas por una inminente reacción a gran escala de los grupos activistas negros. A petición del agente especial al cargo de Búfalo, Richard Bretzing, acudí ese fin de semana. Bretzing es un tipo muy correcto, firme, un auténtico hombre de familia y miembro clave de la llamada «mafia mormona» del FBI. Nunca olvidaré que tenía un cartel en su despacho que decía algo parecido a: «Si un hombre fracasa en su casa, fracasa en la vida».

Como siempre intento hacer, primero consulté la tipología de víctimas. Tal como había sugerido la policía, no había denominadores comunes importantes entre las seis víctimas salvo la raza y me daba la sensación de que la desgracia de encontrarse en el lugar equivocado en el momento equivocado. Estaba bastante claro que los disparos del calibre 22 eran todos obra del mismo individuo. Eran asesinatos orientados a una misión, como de asesino a sueldo. La única psicopatología evidente en estos crímenes era un odio patológico hacia los negros. Todo lo demás era indiferente y se eliminaba.

Veía a ese individuo en grupos discriminatorios, o incluso en grupos con fines o valores positivos como una iglesia, convencido de estar ayudándoles. Por eso lo veía en el ejército, pero dado de baja al inicio de su carrera por motivos psicológicos o por no adaptarse a la vida militar. Sería un individuo racional y organizado, y su sistema imaginario basado en prejuicios sería ordenado y «lógico» en sí mismo.

Los otros dos crímenes, los espeluznantes ataques a taxistas, también se basaban en la raza, pero en esos casos no creía que se tratara del mismo agresor. Eran obra de una persona desordenada, patológicamente desorientada, posiblemente con alucinaciones y con toda probabilidad un esquizofrénico paranoide diagnosticado. Para mí, los escenarios del crimen reflejaban rabia, control excesivo y exageración. Si los cuatro disparos y las dos extracciones de vísceras habían sido perpetradas por el mismo individuo, significaba que se había producido una grave desintegración de la

personalidad entre los asesinatos de Joseph McCoy y el de Parler Edwards, menos de dos semanas después. No cuadraba con el incidente del hospital, si es que esa persona era el Asesino del calibre 22, y mi instinto y mi experiencia me decían que las horrendas fantasías del extractor de corazones llevaban formándose mucho tiempo, como mínimo varios años. El robo no era un motivo en ninguno de los asesinatos, pero, mientras los primeros cuatro consistían en un golpe rápido para luego largarse de allí, los escenarios del crimen de los dos últimos mostraban claramente que el agresor invirtió mucho tiempo. Si los seis crímenes estaban relacionados, me parecía más probable que el psicópata que había extraído los corazones se inspirara en el racista que ya había asesinado a negros en la comunidad.

El 22 de diciembre, en pleno Manhattan, cuatro negros y un hispano fueron apuñalados hasta la muerte en un período de treinta y cuatro horas por el «navajero del centro». Dos víctimas negras más escaparon por poco de ser asesinadas. El 29 y el 30 de diciembre el navajero aparentemente volvió a atacar en el estado y apuñaló y mató a Roger Adams, de treinta y un años, en Búfalo, y a Wendell Barnes, de veintiséis años, en Rochester. Durante los tres días siguientes, tres hombres negros más de Búfalo sobrevivieron a ataques parecidos.

No podía asegurar a la policía que el Asesino del calibre 22 fuera también el Navajero del centro o el hombre que había cometido la última serie de asesinatos, pero lo que sí podía afirmar con convicción era que se trataba del mismo tipo de individuo. Todos tenían el elemento racista, y todos eran asesinatos rápidos.

El caso del calibre 22 se dividió en dos fases durante los meses siguientes. En enero, el soldado Joseph Christopher, de veinticinco años, fue detenido en Fort Benning, Georgia (donde tres años antes William Hance había intentado jugar la carta racista con los asesinatos de las Fuerzas del Mal), acusado de apuñalar a un compañero negro. Un registro de su antigua casa en Búfalo descubrió un gran almacén de munición del calibre 22 y un rifle cortado. Christopher acababa de alistarse en noviembre y estaba de permiso de Fort Benning durante la época de los asesinatos de Búfalo y Manhattan.

Durante su estancia en el centro de confinamiento de Fort Benning, le dijo al capitán Aldrich Johnson, el oficial al cargo, que él «hizo eso en Búfalo». Fue acusado de los disparos de Búfalo y algunos apuñalamientos. Fue juzgado, y, tras algunas idas y venidas sobre su competencia mental, condenado a sesenta años de prisión. El capitán Matthew Levine, el psiquiatra que examinó a Christopher en el hospital militar de Martin, dijo que le sorprendió hasta qué punto encajaba Christopher con el perfil del Asesino del calibre 22. Tal como había pronosticado el perfil, el sujeto no se había adaptado bien a la vida militar.

Christopher no admitió ni negó los asesinatos de los dos taxistas. No fue acusado de ellos y no encajaban en el patrón de los demás, ni desde el punto de vista del modus operandi ni de la firma. Ambos son conceptos extremadamente importantes en el análisis de investigación criminal, y he invertido muchas horas en estrados como

testigo en tribunales de todo el país intentando que los jueces y los jurados comprendieran la diferencia entre ellos.

El modus operandi (MO) es la conducta aprendida. Es lo que hace el autor para cometer el crimen. Es dinámico, es decir, puede cambiar. La firma, un término que acuñé para distinguirlo del modus operandi, es lo que el autor tiene que hacer para sentirse pleno. Es estático, no cambia.

Por ejemplo, un joven no cometerá los crímenes de la misma manera a medida que vaya creciendo a menos que consiga la perfección la primera vez. Pero si sale airoso con uno, aprenderá de ello y lo irá mejorando. Por eso decimos que el MO es dinámico. Por otra parte, si el tipo comete los crímenes para dominar, infligir dolor o provocar un ruego o una súplica de la víctima, eso es una firma. Es algo que expresa la personalidad del asesino. Necesita hacerlo.

En muchos estados, la única manera que tienen los fiscales de vincular crímenes es el MO, y creo que hemos demostrado que es un método arcaico. En el caso de Christopher, un abogado de la defensa argumentó que los disparos del calibre 22 y los apuñalamientos en el centro de Manhattan demostraban un modus operandi muy distinto. Y tenía razón, pero la firma era parecida: la tendencia a asesinar aleatoriamente a hombres negros alimentada por el odio racial.

Los disparos y la extracción de vísceras, en cambio, me indicaban una firma muy diferente. El individuo que extrajo los corazones, pese a tener una motivación subyacente, tenía una firma ritual, obsesiva-compulsiva. Los dos necesitaban algo fuera del crimen, pero cada uno algo distinto.

Las diferencias entre el MO y la firma pueden ser sutiles. Tomemos el caso de un ladrón de bancos en Texas que obligó a desnudarse a todos los rehenes, los colocó en posturas sexuales y les hizo fotografías. Eso es su firma. No era necesario ni le ayudaba a atracar el banco. De hecho, le obligaba a permanecer más tiempo y por tanto corría un gran peligro de ser detenido. Pero era evidente que necesitaba hacerlo.

Había un ladrón de bancos en Grand Rapids, Michigan. Fui a ofrecer una consulta sobre el terreno en el caso. Este tipo también obligó a desnudarse a todo el mundo en el banco, pero no hizo fotografías. Lo hizo para que los testigos estuvieran tan preocupados y avergonzados que no lo miraran y por tanto no pudieran identificarlo más adelante. Era un medio para conseguir atracar el banco. Era su MO.

El análisis de la firma tuvo un papel importante en el juicio de 1989 de Steve Pennell en Delaware, en cuyo caso preparamos la declaración jurada que permitió obtener la orden de registro. Steve Mardigian, de mi unidad, colaboró estrechamente con el grupo operativo combinado del condado de New Castle y la policía estatal de Delaware, y trazó un perfil que permitió a la policía centrarse y estudiar una estrategia proactiva para acabar con el asesino.

Se habían encontrado prostitutas estranguladas con los cráneos fracturados en las interestatales 40 y 13. Estaba claro que habían sufrido agresiones sexuales y habían sido torturadas. El perfil de Steve fue muy preciso. Decía que el agresor sería un

hombre blanco rozando la treintena, empleado de uno de los sindicatos de la construcción. Conduciría una camioneta con muchos kilómetros, rondaría excesivamente buscando víctimas, tendría una imagen de macho y una relación duradera con una esposa o novia, pero disfrutaría dominando a las mujeres. Llevaría armas encima y destruiría las pruebas después. Conocería la zona y escogería los lugares donde abandonar los cadáveres en consecuencia. Se mostraría impasible emocionalmente durante los crímenes y mataría una y otra vez hasta que lo detuvieran.

Steven B. Pennell era un hombre blanco de treinta y un años que trabajaba de electricista, conducía una camioneta con muchos kilómetros, merodeaba demasiado en busca de víctimas, exhibía una imagen de macho, estaba casado pero disfrutaba dominando a mujeres, había preparado con cuidado un «kit de violación» en la camioneta, intentó destruir pruebas cuando supo que la policía iba a por él, conocía la zona y escogió los lugares donde dejar los cadáveres en consecuencia. Se mostró impasible emocionalmente y mató en repetidas ocasiones hasta que lo detuvieron.

Lo localizaron cuando Mardigian sugirió usar una agente de señuelo que se hiciera pasar por prostituta. Durante dos meses, la agente Renee C. Lano recorrió las carreteras buscando siempre a un hombre que encajara con la descripción del perfil. Tenían un interés especial en la moqueta de la camioneta. En una de las víctimas se habían encontrado fibras azules compatibles con el interior de un vehículo. Si se paraba una camioneta, Lano tenía órdenes estrictas de no subir, podría ser su sentencia de muerte pese a llevar micro, así que solo tenía que sacarle la máxima información posible. Cuando finalmente se paró un hombre cuyas características coincidían, empezó a charlar con él y a regatear el precio de sus servicios con la puerta del copiloto abierta. En cuanto vio el interior azul, empezó a elogiar la camioneta mientras hablaban y rasgaba con un gesto casual las fibras de la moqueta con las uñas. El laboratorio del FBI confirmó que coincidían con las muestras anteriores.

En el juicio de Pennell, me llamaron para testificar sobre los aspectos de la firma del caso. La defensa intentaba demostrar que era poco probable que todos los crímenes los hubiera cometido el mismo individuo porque variaban muchos detalles del modus operandi. Dejé claro que, fuera cual fuera el MO, el denominador común en todos los asesinatos era la tortura física, sexual y emocional. En algunos casos el asesino había usado unos alicates para estrujar los pechos de las víctimas y cortarles los pezones. A otras las había atado por las muñecas y los tobillos, les hizo cortes en las piernas, les dio latigazos o golpes en las nalgas o las golpeó con un martillo. Pese a que los métodos de tortura variaban, el MO, si queréis, la firma era el placer que obtenía de infligir dolor y oír los gritos de angustia de las víctimas. No era necesario para cometer el asesinato, pero sí para que él sacara lo que quería del crimen.

Aunque Steven Pennell siguiera vivo y leyera esto, no podría modificar su conducta en futuros crímenes. Tal vez sería capaz de inventar métodos distintos y

más ingeniosos de torturar a las mujeres, pero no de reprimirse de torturar.

Por suerte para todos, como he dicho, el estado de Delaware tuvo el buen juicio y la decencia de ejecutar a Pennell por inyección letal el 14 de marzo de 1992.

Uno de nuestros casos emblemáticos en el uso del análisis de la firma fue el juicio en 1991 de George Russell Jr., acusado de golpear y estrangular hasta matar a tres mujeres blancas en Seattle el año anterior: Mary Anne Pohlreich, Andrea Levine y Carol Marie Beethe. Steve Etter, de mi unidad, trazó el perfil, y luego yo fui a testificar. En esos casos, la acusación sabía que no lograría una condena basada en un solo asesinato. La policía tenía pruebas concluyentes en el asesinato de Pohl-reich, y tenía la sensación de que aparecerían en los otros dos casos, así que la clave era vincular los tres.

Russell no era el tipo de persona que uno consideraría capaz de semejantes atrocidades. Pese a tener un largo historial por pequeños robos, era un hombre negro y guapo que rozaba la treintena, hablaba bien, era encantador y tenía un amplio círculo de amigos y conocidos. Incluso la policía local de Mercer Island, que lo había atrapado por varios cargos en el pasado, no podía creer que fuera un asesino.

En 1990 aún no era habitual ver homicidios de motivación sexual entre razas, pero a medida que la sociedad se fue relajando y ganó en tolerancia, la raza empezaba a ser menos importante. Era especialmente cierto para un tipo más moderno y sofisticado como Russell. Tenía citas con regularidad con mujeres blancas y negras y amigos de ambas razas.

El núcleo estratégico llegó cuando la abogada de oficio Miriam Schwartz hizo una petición previa al juicio a la juez Patricia Aitken para juzgar los tres asesinatos por separado, basándose en la premisa de que no fueron obra del mismo autor. Los fiscales, Rebecca Roe y Jeff Baird, me pidieron que explicara cómo estaban vinculados los crímenes.

Mencioné el MO de ataque rápido usado en todos ellos. Dado que los tres asesinatos se cometieron en un período de siete semanas, el asesino no cambiaría su MO a menos que algo saliera mal en un caso y tuviera necesidad de mejorarlo. Sin embargo, el aspecto de la firma era más convincente.

Las tres mujeres estaban desnudas y colocadas en posturas provocadoras y degradantes. El contenido sexual de la escena iba a más de un asesinato al siguiente. La primera tenía las manos entrelazadas y las piernas cruzadas por los tobillos, y la dejó cerca de una rejilla de alcantarilla y un contenedor de basura. La segunda estaba en una cama con una almohada sobre la cabeza, con las piernas dobladas a los lados, un rifle insertado en la vagina y unos zapatos de tacón rojos puestos. La última estaba tumbada con brazos y piernas estirados, un consolador en la boca y el segundo libro de *El placer del sexo* bajo el brazo izquierdo.

Los ataques fugaces eran necesarios para matar a esas mujeres. La postura degradante no.

Expliqué la diferencia entre montar y simular. La simulación aparece en los

crímenes cuando el agresor intenta distorsionar la investigación haciendo creer a la policía que ocurrió algo distinto, como cuando un violador intenta que su intrusión parezca un robo rutinario. Ese sería un aspecto del MO. El montaje, en cambio, sería la firma.

—No hay muchos casos de montaje —testifiqué en la vista— que traten a la víctima como un accesorio para trasmitir un mensaje concreto […] Son crímenes de rabia, crímenes de poder. Es la emoción de la caza, del asesinato, y es la emoción de después de cómo el sujeto deja a la víctima y cómo básicamente está derrotando al sistema.

Me sentía seguro de decir:

—La probabilidad de que sea un solo sospechoso es extremadamente alta.

Bob Keppel, el investigador criminal jefe con la oficina del fiscal general y un veterano de la unidad operativa de Green River, testificó conmigo y dijo que, de los más de mil asesinatos que había examinado, solo en diez había un montaje, y ninguno tenía los elementos de esos tres.

En ese momento, no decíamos que Russell era el agresor, lo único que decíamos era que, lo hiciera quien lo hiciera, cometió los tres asesinatos.

La defensa planeó llevar a un experto para refutar lo que yo dijera, testificar que me equivocaba con la firma y que los tres crímenes no fueron cometidos por el mismo individuo. Resulta irónico que esa persona fuera mi colega del FBI y compañero en el estudio de asesinos en serie Robert Ressler, jubilado de la Agencia pero que aún ejercía de consultor sobre el terreno.

Pensé que era un caso bastante comprometido y convincente para alguien con tanta experiencia en perfiles psicológicos y análisis del escenario del crimen como Bob y yo, así que me sorprendió sobremanera que accediera a testificar por la otra parte para dividir los casos. Por decirlo sin rodeos, sentía que estaba completamente equivocado. Sin embargo, como he admitido en diversas ocasiones, lo que hacemos no es una ciencia exacta ni mucho menos, así que él tenía derecho a defender su opinión. Bob y yo habíamos discrepado en una serie de temas; tal vez el más destacado fue si Jeffrey Dahmer estaba loco. Bob coincidía con la defensa en que sí. Yo estaba de acuerdo con Park Dietz, que testificó para la acusación que no lo estaba.

Por tanto, me sorprendió aún más que Bob se excusara con otros compromisos y nunca se presentara a la vista previa del juicio de Russell y enviara a otro agente retirado en su lugar, Russ Vorpagel. Russ es un tipo brillante. Fue campeón de ajedrez y podía jugar contra diez contrincantes a la vez, pero los perfiles psicológicos no eran su especialidad, y pensé que los hechos le iban en contra. Vivió momentos bastante duros con Rebecca Roe cuando lo contrainterrogó tras poner en cuestión mi opinión. Al final de la vista, la juez Aitken dictó que, basándose en las pruebas de la firma que Keppel y yo habíamos presentado relativas a la probabilidad de un solo agresor en los tres casos, se podían juzgar juntos.

Testifiqué sobre la firma de nuevo durante el juicio y refuté la teoría de los

múltiples asesinos que la defensa había planteado. En el asesinato de Carol Marie Beethe, el abogado de la defensa Schwartz insinuó que su novio tenía la oportunidad y la motivación. Siempre estudiamos a los cónyuges o amantes en los homicidios sexuales, y yo estaba convencido de que se trataba de un homicidio con motivación sexual cometido por un «desconocido».

Al final, un jurado formado por seis hombres y seis mujeres deliberó durante cuatro días y declaró culpable a George Waterfield Russell Jr. de un caso de asesinato en primer grado y dos de asesinato en primer grado con agravantes. Fue condenado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional y enviado a la cárcel de máxima seguridad de Walla Walla.

Era la primera vez que volvía a Seattle desde que sufrí allí el ataque y quedé en coma. Estuvo bien volver y echar una mano para solucionar un caso tras la gran frustración de Green River. Volví al Swedish Hospital y me gustó ver que aún tenían la placa que les había regalado en agradecimiento. Volví al hotel Hilton por si recordaba algo, pero no. Supongo que fue un trauma demasiado intenso para mi cerebro para procesarlo conscientemente. De todos modos, después de tanto tiempo de viaje durante tantos años, confundo las habitaciones de hotel.

Hemos desarrollado el análisis de la firma hasta el punto de que testificamos de forma rutinaria en juicios de asesinos en serie, yo y otros especialistas en perfiles que me han llamado la atención, sobre todo Larry Ankrom y Greg Cooper.

En 1993, Greg Cooper desempeñó un papel primordial en la doble condena de asesinato en primer grado de Gregory Mosely, que había violado, golpeado y apuñalado a dos mujeres en dos jurisdicciones distintas en Carolina del Norte. Como los crímenes del juicio de Russell, cada jurisdicción por separado lo habría tenido difícil para condenarlo. Ambos tuvieron que ofrecer nuestro testimonio que vinculaba los casos y, tras estudiar las fotografías de los escenarios del crimen, Greg se sintió seguro para acudir.

Greg decidió que la clave del análisis de la firma en los casos Mosely era el exceso. Las dos víctimas eran mujeres solitarias, solteras, con leves discapacidades y de veintipocos años que habían ido al mismo club de country, donde las raptaron con unos meses de diferencia. Ambas habían recibido graves palizas. Podría decirse que las mataron a golpes, de no ser porque también fueron estranguladas a mano y con ligaduras. Una había sido apuñalada doce veces, y había indicios de penetración vaginal y anal. Había pruebas forenses en un caso, incluido el ADN del semen que vinculaba el crimen con Mosely. Ambos asesinatos con violación y tortura se habían cometido en zonas aisladas y los cadáveres habían sido abandonados en lugares solitarios y remotos.

Greg testificó en el primer juicio que las pruebas de comportamiento de la firma indicaban una personalidad inadecuada de un sádico sexual. La inadaptación quedaba clara por la selección de las víctimas. El sadismo aún era más evidente por lo que les hizo. A diferencia de muchos de los tipos inadaptados, desorganizados, este no las

mató antes de mutilar sus cuerpos. Quería tener el control absoluto, físico y emocional. Quería ser el autor de su dolor y disfrutar de la reacción que provocaba su crueldad.

Con su testimonio en el primer caso, Greg ayudó a que la acusación incluyera el segundo. Mosely fue juzgado y condenado a muerte. En el segundo juicio, nueve meses después, Greg pudo hacer lo mismo y logró otra condena a pena de muerte.

La primera vez que testificó, Greg y Mosely cruzaron las miradas cuando Greg describió la personalidad de Mosely ante una sala abarrotada. Greg sabía por el gesto adusto de Mosely que estaba pensado: «¿Cómo demonios sabes eso?». La presión era intensa. Si Greg no lo conseguía, el caso quedaría desestimado y el segundo debilitado sin solución.

Nada más ver a Greg en su segundo juicio, Mosely murmuró a los policías que lo escoltaban:

—¡Ese es el hijo de puta que va a intentar cogerme otra vez!

Antes, para conseguir una acusación y condena en un caso de asesinato se necesitaban pruebas forenses concluyentes, testimonios de testigos o una confesión, o bien unas buenas pruebas circunstanciales, sólidas. Ahora, gracias a nuestro trabajo en perfiles del comportamiento a partir de los escenarios del crimen y el análisis de la firma, la policía y la acusación cuentan con otra arma. Por sí misma, no suele bastar para lograr una condena. Pero unida a uno o más elementos, puede relacionar diversos crímenes y ser justo lo necesario para hacer avanzar un caso.

Los asesinos en serie juegan a un juego muy peligroso. Cuanto más entendamos cómo juegan, más podremos jugar nuestras cartas contra ellos.

14

¿Quién mató a la típica chica americana?

¿Quién mató a la típica chica americana?

Esa fue la pregunta suspendida en el aire de la pequeña ciudad de Wood River, Illinois, durante cuatro años. Entre muchas otras personas, el inspector Alva Busch, de la policía estatal, y Don Weber, abogado del estado del condado de Madison, estaban obsesionados con ella.

La tarde del martes 20 de junio de 1978, Karla Brown y su prometido, Mark Fair, organizaron una fiesta con mucha cerveza y música para sus amigos, que les habían ayudado en la mudanza a su nuevo domicilio en el número 979 de Acton Avenue, en Wood Rivere. Era una casa de una sola planta, blanca con los laterales de madera en una calle de tres carriles, con unas esbeltas columnas redondas flanqueando la puerta principal, y habían pasado las dos semanas anteriores poniendo en marcha esa típica casa para empezar. Para Karla, de veintitrés años, y Mark, de veintisiete, suponía un emocionante nuevo inicio. Llevaban cinco años saliendo juntos cuando Mark por fin dejó claro que había superado sus dudas masculinas y estaba preparado para un compromiso real. Karla estaba terminando la carrera en una universidad local, y Mark trabajaba de aprendiz de electricista, así que les esperaba un futuro brillante.

Pese a tantos años aplazando la gran pregunta, Mark Fair sabía que era afortunado de tener a Karla como futura esposa. Karla Lou Brown encarnaba a la chica perfecta americana: medía menos de metro y medio, tenía el cabello rubio y ondulado, un cuerpo formidable y una sonrisa de concurso de belleza. Era el ideal de los chicos y la envidia de las demás chicas en el instituto Roxana, donde todo el mundo la recordaba como una animadora coqueta y vivaracha. Sus amigos más íntimos conocían la dimensión sensible e introspectiva que iba asociada a la imagen pública de chica encantadora y ligona. Sabían que sentía devoción por Mark, que era fuerte, de complexión atlética y más de treinta centímetros más alto que ella. Juntos, Karla y Mark formaban una pareja genial.

El martes por la noche, después de la fiesta, volvieron a su piso en East Alton a recoger las cajas que quedaban. Esperaban estar listos para mudarse y dormir en la nueva casa al día siguiente.

El miércoles por la mañana, cuando Mark se fue a trabajar a Camp Electric and Heating Company, Karla fue a Acton Avenue, donde se dedicaría a ordenar y limpiar hasta que Mark saliera del trabajo hacia las cuatro y media. A los dos les hacía ilusión pasar la noche allí.

Cuando Mark terminó de trabajar, fue a casa de su amigo Tom Fiegenbaum, que vivía en el mismo bloque que los padres de Mark y le había prometido ayudar a mover una gran casa de perro del patio de sus padres.

Llegaron a Acton Avenue hacia las cinco y media y, mientras Tom estacionaba el camión en la entrada, Mark fue a buscar a Karla. No la encontró, así que probablemente había salido a buscar algo para la casa, pero vio que la puerta trasera de esta estaba abierta. Eso lo inquietó, Karla debería tener más cuidado con esas cosas.

Mark hizo pasar a Tom para enseñarle la casa. Tras mostrarle la planta principal, Mark lo llevó a la cocina y bajaron la escalera que llevaba al sótano. Cuando llegaron al último peldaño, no le gustó lo que vio. Había varias mesitas volcadas. Las cosas parecían desordenadas, aunque Karla y él lo habían colocado todo bien la noche anterior. Había un líquido derramado sobre el sofá y el suelo.

—¿Qué está pasando aquí? —fue la pregunta retórica de Mark. Cuando volvía para subir la escalera y buscar a Karla, miró por la puerta del lavadero.

Ahí estaba Karla, de rodillas, inclinada hacia delante, con un jersey, pero desnuda de cintura para abajo, con las manos atadas en la espalda con un cable eléctrico y la cabeza metida en un barril lleno de agua que parecía un tambor. El barril era uno de los que Karla y él habían utilizado para trasladar ropa. El jersey, que había estado en uno de los barriles, era uno de los que Karla solo se ponía en invierno.

—¡Dios mío, Karla! —gritó Mark al tiempo que se abalanzó sobre ella con Tom. Mark le sacó la cabeza del barril y la tumbó boca arriba en el suelo. Tenía la cara hinchada y azul, con un corte profundo en la frente y otro en la mandíbula. Tenía los ojos abiertos, pero era evidente que estaba muerta.

Mark se derrumbó de pena. Le pidió a Tom que buscara algo para taparla y, tras regresar Tom con una manta roja, llamaron a la policía.

Cuando el agente David George, del departamento de policía de Wood River, llegó cinco minutos después, Mark y Tom estaban en la puerta esperándolo. Lo llevaron al sótano y le enseñaron la escena. Durante todo el encuentro, Mark apenas podía contenerse, no paraba de repetir: «Dios mío, Karla».

Se supone que ese tipo de horror no llega a Wood River, una comunidad tranquila a unos quince minutos de San Luis. Al poco tiempo, todos los policías mejor valorados estaban allí para ver qué ocurría, incluido el jefe de policía Ralph Skinner, de treinta y nueve años.

Karla presentaba signos de traumatismo grave en la cabeza, posiblemente del mueble del televisor volcado en el salón. Tenía dos calcetines atados al cuello, y la autopsia concluyó que había fallecido por estrangulamiento y ya estaba muerta cuando le sumergieron la cabeza en el agua.

Por muy claro que fuera el escenario del crimen, la policía tuvo problemas desde el principio. El inspector de policía de Illinois Alva Busch, un técnico experimentado en escenarios del crimen, no logró que funcionara el flash de la cámara. Bill Redfern, que había atendido la llamada de Tom Fiegenbaum en la comisaría, por suerte llevaba una cámara para hacer fotografías del escenario del crimen, pero en ese momento solo tenía película en blanco y negro en la cámara. Otro problema era la cantidad de

gente que había estado en la casa ayudando en la mudanza de la pareja. Había un montón de posibles huellas recientes y legítimas en el escenario del crimen. Sería difícil, si no imposible, distinguir las unas de las otras.

Algunos elementos parecían posibles pistas, pero no tenían sentido. El más destacado era una jarra de café de cristal clavada entre las vigas del sótano. Justo antes de verla, la policía había advertido que faltaba la jarra en la máquina de la cocina. Nadie, ni siquiera Mark, tenía una explicación lógica a por qué estaba allí, y su función en el asesinato, si la tenía, no estaba clara. Alva Busch logró obtener unas cuantas huellas latentes de la superficie de cristal, pero no estaban lo bastante completas para usarlas.

Durante los días posteriores al asesinato, la policía peinó el barrio y habló con todo aquel que pudiera haber visto a alguien. El vecino de al lado, Paul Main, dijo que el día del asesinato pasó gran parte de la tarde en el porche con su amigo John Prante. Este recordaba haber estado en casa de Main un momento esa mañana, después de presentarse a un puesto en una refinería de petróleo de la zona, pero dijo que se fue pronto para solicitar otros trabajos. La víspera del asesinato, Main, Prante y otro amigo vieron a Karla, Mark y sus amigos ayudándoles con la mudanza. Los tres dijeron que esperaban ser invitados a la fiesta de inauguración porque Main era vecino y el otro amigo conocía a Karla de casualidad del instituto. Pero no les invitaron. Lo máximo que se acercaron fue cuando el amigo llamó a Karla desde el otro lado de la calle. La vecina de al lado, una anciana llamada Edna Vancil, recordaba haber visto un coche rojo con el techo blanco aparcado delante del 979 el día del asesinato. Bob Lewis, uno de los invitados a la fiesta, declaró que había visto a Karla hablando en la entrada con un chico «de aspecto duro» y pelo largo de la casa de al lado que había señalado a Karla y la había llamado por su nombre. Era el amigo de Paul Main.

Lewis oyó que Karla contestaba: «Tienes buena memoria, ha pasado mucho tiempo». Dijo que luego le contó a Mark Fair el encuentro e insinuó que si ese era el tipo de vecinos que tenían, sería mejor que anduviera con cuidado hasta que los conocieran mejor. Mark no parecía preocupado y dijo que Karla conocía al del pelo largo del instituto y que solo estaba de visita en casa de Paul Main.

Otra mujer pasó en coche por la calle cuando llevaba a su nieto al dentista. Ella y el niño vieron a un hombre y una mujer hablando en la entrada, pero, incluso cuando se le preguntó bajo el efecto de la hipnosis, la descripción no fue gran cosa.

La policía habló con muchas amigas de Karla; intentaba averiguar si alguien le tenía rencor, tal vez un novio rechazado. Todas dijeron que Karla caía bien y no tenía enemigos que ellas supieran.

Una chica, la antigua compañera de habitación de Karla, sí tenía una idea. El padre de Karla había fallecido cuando ella era pequeña, y su madre, Jo Ellen, se había casado con Joe Sheppard Sr., del que ahora estaba divorciada. La compañera de habitación dijo que Karla no se llevaba bien con Sheppard, que la había pegado y

siempre estaba insinuándose a sus amigas. Tenía que ser considerado sospechoso. La noche del asesinato acudió a la policía y la acosó a preguntas. No es raro que un asesino se acerque a los agentes o intervenga de alguna manera en la investigación. Pero no había pruebas que vincularan a Sheppard con el crimen.

La otra persona que había que examinar bien era Mark Fair. Había encontrado el cadáver junto con Tom Fiegenbaum, tenía acceso a la casa y era la persona más próxima a la víctima. Como vi en el caso de George Russell, siempre hay que tener en cuenta al cónyuge o el amante. Pero Mark estaba trabajando para la compañía eléctrica cuando supuestamente se cometió el asesinato, varias personas lo habían visto y habían hablado con él. Tampoco cabía duda en la mente de nadie, de la policía, los amigos de Karla, su familia, de que su pena era genuina y profunda.

A medida que avanzaba la investigación, la policía sometió al polígrafo a muchas de las personas que había interrogado, gente que había tenido contacto con Karla poco antes de su muerte. Mark, Tom y Joe Sheppard lo pasaron sin ambigüedades. En realidad, nadie falló. El que más cerca estuvo fue Paul Main, un hombre de intelecto limitado que aquella tarde estaba en la casa de al lado. Pese a que según él John Prante estuvo con él en el porche y no se marchó, Prante, que pasó el examen del polígrafo, afirmó que se había ido por la mañana a buscar trabajo y por tanto no sabía dónde había estado Main durante ese tiempo. Sin embargo, pese a que el polígrafo de Main era cuestionable y seguía siendo sospechoso, como ocurría con todos los demás, nada lo vinculaba directamente con el crimen.

El trauma del asesinato de Karla Brown afectó profundamente a los habitantes de Wood River. Seguía siendo una herida que no se curaba. Tanto la policía local como la estatal habían interrogado a todo el mundo, habían seguido todas las pistas posibles. Sin embargo, no se acercaban a una solución, y eso era frustrante. Los meses pasaban. Luego fue un año. Y dos. Fue especialmente duro para la hermana de Karla, Donna Judson. Junto con su marido Terry, estaban implicados casi a diario. La madre de Karla y su otra hermana, Connie Dykstra, eran incapaces de enfrentarse a una implicación tan intensa y tenían menos contacto con las autoridades que trabajaban en el caso.

También era duro para Don Weber, el abogado del estado responsable del condado de Madison, que incluía Wood River. Era fiscal asistente en el momento del asesinato. Weber, una combinación de fiscal duro y hombre profundamente sensible, estaba desesperado por demostrar a la sociedad que en ese distrito no se toleraba el tipo de atrocidad perpetrada con Karla. Estaba prácticamente obsesionado con llevar al asesino ante la justicia. Tras su elección en noviembre de 1980 para el puesto de abogado del estado, enseguida reactivó el caso.

La otra persona que no podía dejar el caso por mucho que se alargara sin progresos era el investigador de escenarios del crimen de la policía del estado, Alva Busch. En la carrera de un agente siempre hay unos cuantos casos que lo persiguen. Gracias a Busch, finalmente el caso dio un giro esencial.

En junio de 1980, dos años después del asesinato de Karla, Busch se encontraba en Albuquerque, Nuevo México, para testificar en un juicio por asesinato en un caso en el que él había tramitado un coche robado en Illinois. Mientras esperaba a que terminaran las mociones previas, asistió a una presentación que dio el doctor Homer Campbell, experto de la Universidad de Arizona, sobre ampliación informatizada de fotografía, en el departamento del sheriff.

—Señor —le dijo Busch al final de la presentación—, tengo un caso para usted.

El señor Campbell accedió a examinar las fotografías del escenario del crimen y de la autopsia por si podía ayudar a determinar con exactitud el tipo de instrumento o arma que se había usado con Karla. Busch copió y envió todas las imágenes relevantes a Campbell.

El hecho de que las fotografías fueran en blanco y negro no facilitaba el trabajo, pero Campbell pudo realizar un análisis pormenorizado con su sofisticado instrumental. Gracias a la ampliación informatizada podía dar la vuelta a las imágenes y ver varias cosas. Los cortes profundos eran de un sacaclavos, y los de la barbilla y la frente de las ruedas del mueble de la televisión volcado. Pero lo que le dijo a Busch a continuación dio un giro de ciento ochenta grados al caso y una nueva dirección.

—¿Y las marcas de mordiscos? ¿Tenéis alguna sospecha sobre las marcas de mordiscos en el cuello?

—¿Qué marcas de mordiscos? —Fue lo único que se le ocurrió decir a Busch al teléfono.

Campbell le dijo que, aunque las imágenes que había obtenido no eran de la mejor calidad, sin duda había marcas de mordisco en el cuello de Karla, lo bastante claras para que, si se identificaba a un sospechoso, pudieran compararlas. Una en concreto no se solapaba con ninguna otra herida o marca en la piel.

A diferencia de todo lo que tenían hasta ahora, las marcas de mordiscos eran una prueba sólida, prácticamente igual que las huellas. Al comparar los dientes de Ted Bundy con las marcas de mordiscos encontradas en las nalgas de una víctima de asesinato encontrada en la hermandad Chi Omega de la Universidad Estatal de Florida, se pudo condenar a ese célebre asesino en serie. Campbell había sido testigo de la acusación en el juicio de Bundy. (La mañana del 24 de enero de 1989, tras extensas entrevistas y conversaciones con Bill Hagmaier, de nuestra unidad, Bundy fue ejecutado en la silla eléctrica en Florida. Nadie sabrá jamás con certeza cuántas vidas jóvenes cercenó).

Cuando la policía de Illinois tuvo las imágenes de las marcas de mordiscos de Campbell, empezaron a volver sobre algunas de las posibilidades originales, sobre todo el vecino Paul Main. No obstante, cuando la policía obtuvo una muestra de los dientes de Main, Campbell no pudo hacerla coincidir con las fotografías del escenario del crimen y la autopsia. Intentaron localizar a John Prante, el amigo de Main, por si señalaba a este con esa información añadida, pero no lo encontraron.

Hubo otros intentos de resolver el caso, entre ellos la intervención de un conocido mentalista de Illinois que, sin saber detalles del caso, dijo: «Oigo gotear agua». Para la policía, era una clara referencia al descubrimiento del cadáver de Karla, pero, más allá del hecho de que el asesino vivía cerca de las vías del tren (como la mayoría en el condado de Madison), el mentalista no fue de gran ayuda.

Incluso sabiendo que había marcas de mordiscos, poco se avanzó en el caso. En julio de 1981, Don Weber y cuatro miembros de su plantilla asistieron a un seminario en Nueva York sobre la ciencia forense en investigaciones criminales para inaugurar su puesto de fiscal del Estado. Sabiendo que Weber asistiría, Campbell le propuso que llevara las fotografías del caso Brown y se las enseñara al doctor Lowell Levine, un odontólogo forense de la Universidad de Nueva York que participaba en el seminario. Levine estudio las imágenes, pero, tras coincidir con Campbell en que determinadas heridas eran sin duda marcas de mordiscos, no pudo lograr una coincidencia definitiva. Sugirió la exhumación del cuerpo de Karla porque «un ataúd es un almacén frío para las pruebas». Yo no conocía a Levine en persona, pero sí su reputación. Había hecho el análisis del caso de Francine Elveson en Nueva York. (Debió de hacer un gran trabajo, porque cuando Bill Hagmaier y Roseanne Russo fueron a entrevistar a Carmine Calabro en el correccional de Clinton, ya se había quitado los dientes para no incriminarse en el recurso de apelación. El doctor Levine acabó dirigiendo la unidad de ciencia forense del estado de Nueva York).

En marzo de 1982, Weber y dos investigadores de la policía estatal asistieron a la sesión anual de formación de la patrulla metropolitana de casos importantes de San Luis. Yo estaba en la reunión y les hice un resumen de lo que era un perfil de la personalidad y el análisis del escenario del crimen a los asistentes, muy numerosos. Pese a que no recuerdo el encuentro, Weber escribe en su fascinante estudio del caso, *Silent Witness* (con Charles Bosworth Jr.), que él y sus colegas se acercaron a mí después de mi presentación y me preguntaron si lo que acababa de explicar se podía usar en su caso. Por lo visto les dije que me llamaran a mi despacho cuando regresara a Quantico y que les ayudaría en lo que pudiera.

A su regreso, Weber se enteró de que Rick White, de la policía de Wood River, también había asistido a la sesión y había concluido por su cuenta que sería un buen enfoque para la investigación sobre Brown. White se puso en contacto conmigo y quedamos en que iría a Quantico con las fotografías de los escenarios del crimen para que yo las analizara y le expusiera mis conclusiones. Weber estaba demasiado ocupado con casos que se estaban preparando para el juicio, pero asignó al asistente de la fiscalía Keith Jensen en su lugar, junto con White, Alva Busch y Randy Rushing, uno de los agentes de la policía estatal que estaba con él en San Luis. Los cuatro recorrieron en coche los mil trescientos kilómetros que había hasta Quantico en un coche de la policía sin distintivos. El jefe de la policía de entonces en Wood River, Don Greer, estaba de vacaciones en Florida, pero voló a Washington para asistir a la reunión.

Nos encontramos en la sala de reuniones. Los cuatro investigadores habían pasado gran parte del viaje ordenando ideas y teorías para presentármelas: no sabían que me gusta llegar a mis propias conclusiones antes de que me influyan las ideas de los demás. Pero lo llevamos bien. A diferencia de muchas situaciones en las que nos habían llamado por motivos políticos o para salvarle el culo a alguien, esos agentes estaban ahí simplemente porque no se rendían. Querían estar allí de verdad y estaban realmente ansiosos por que yo los orientara en la dirección adecuada.

Me llevé especialmente bien con Alva Busch, que compartía mis dificultades con la autoridad. Como yo, era conocido por hacer enfadar a mucha gente con su franqueza. De hecho, Don Weber había tenido que amenazar con llamar a todos sus contactos políticos para que Busch pudiera viajar a Quantico.

Pedí las fotografías del escenario del crimen y pasé varios minutos observándolas. Hice algunas preguntas para orientarme y luego dije:

—¿Estáis preparados? A lo mejor queréis grabarlo.

Lo primero que les expliqué fue que mi experiencia me decía que cuando los cuerpos acababan en agua dentro de una casa, en un baño, una ducha o un recipiente, el propósito no era eliminar las pistas o pruebas, como vimos en Atlanta, sino «presentar» el crimen para que pareciera distinto a lo que en realidad era. Luego añadí que sin duda ya habían interrogado al asesino. Estaba en el barrio o las proximidades. Ese tipo de crimen casi siempre era un crimen de barrio o familiar. La gente no recorre grandes distancias para cometerlos. Si acababa manchado de sangre, y seguro que fue así, tenía que poder ir a algún sitio cercano a limpiarla y deshacerse de la ropa manchada. Nuestro sujeto se sentía cómodo con la situación y sabía que nadie lo molestaría, porque conocía bien a Karla o porque la había observado lo suficiente para conocer sus hábitos y los de Mark. Dado que ya habían hablado con él, había colaborado en la investigación. Así sentía que controlaba la situación.

No fue a casa de Karla aquella tarde con intención de matarla. El asesinato se le ocurrió después. De haberlo planeado, habría llevado sus armas y accesorios (su «kit de violación»). En cambio, teníamos una estrangulación manual y un fuerte traumatismo que demostraban un acto espontáneo de rabia o desesperación como reacción al rechazo de la víctima. La manipulación, la dominación y el control son las consignas del violador. Probablemente fue a la casa a ofrecerle ayuda en la mudanza. Sabía que Karla era simpática, y como ella conocía al tipo de alguna manera, posiblemente lo dejó pasar. Él quería sexo, algún tipo de relación. Cuando ella se resistió o él se dio cuenta de que se le había ido la cabeza, como el asesino de Mary Frances Stoner en Carolina del Sur, decidió que la única manera de salvarse era matarla. En ese momento probablemente el pánico se apoderó de él y dudó. Había agua en el suelo y en el sofá. Después de estrangularla, podría haberle tirado agua en la cara para intentar reanimarla. Al ver que no funcionaba, tenía que arreglar lo de la cara mojada, así que la arrastró por el suelo y metió la cabeza en el barril para que pareciera un ritual extraño o fetichista. En otras palabras, para distraer la atención de

lo que realmente había ocurrido. La cabeza en el barril de agua también tenía un segundo significado: ella lo había rechazado, así que ahora él podía humillarla. Como en muchos otros casos, cuanto más interviene el agresor en un escenario, aunque sea un intento de despistar a la policía, más pistas y pruebas de comportamiento te da con las que trabajar.

Les dije que el asesino tenía entre veinticinco y treinta años, y que no era obra de alguien con experiencia matando. El montaje era burdo y demostraba que no lo había intentado nunca. No obstante, tenía una personalidad explosiva y violenta, así que podría haber cometido delitos menores. Si había estado casado, se acababa de separar o divorciar o tenía problemas de pareja. Como muchos de esos tipos, era un perdedor con una pobre autoestima. Podía parecer seguro, pero en el fondo era un «sujeto» profundamente inadaptado.

Poseía una inteligencia y coeficiente intelectual medios, no había pasado del instituto y el uso del cable para atarla sugería que era dependiente o tenía un oficio. Una vez iniciada la investigación, cambiaría de residencia o trabajo, y cuando pasara lo peor y ya no levantara sospechas, podría marcharse de la ciudad. También habría recurrido a las drogas, el alcohol o el tabaco para aliviar la tensión. De hecho, el alcohol podría haber tenido algo que ver con el crimen. Era un movimiento potente para un tipo así. Tal vez había bebido antes, lo que había bajado su inhibición, aunque no estaría borracho porque no habría podido haber manipulado tanto el escenario tras la agresión.

Tenía problemas para dormir, dificultades con su vida sexual y cada vez era más noctámbulo. Si tenía un trabajo regular, había faltado mucho a medida que avanzaba la investigación. También habría cambiado de aspecto. Si llevaba barba y pelo largo en el momento del asesinato, se habría afeitado. Si iba recién afeitado, se habría dejado barba. Pero no estaban buscando a un niño pijo. Iba desaliñado y sin peinar, y todo intento de mantenerse bien sería una evidente manifestación de un control excesivo. Ese esfuerzo le resultaba física y mentalmente agotador.

En cuanto al vehículo, en este caso volví al de siempre de los asesinos: un Volkswagen escarabajo. Estaría viejo y no perfectamente conservado, rojo o naranja.

Era alguien que seguía con atención la investigación policial en los medios y obtenía las pistas de ellos. Si el jefe de la policía anunciaba en público que no había nuevas pistas, le daría un mecanismo para superarlo. Pasaría un polígrafo sin dificultades, como muchos asesinos. La siguiente fase de la investigación debía tener como objetivo darle una sacudida.

Podía haber muchos factores estresantes. Tal vez todos los años en junio estaba más nervioso. Lo mismo podía ocurrir cuando se acercara el cumpleaños de Karla. Probablemente había visitado su tumba en el cementerio de Calvary Hill. Podría haber enviado flores y haberle pedido perdón directamente.

Les dije que lo siguiente que debían hacer era anunciar una nueva pista muy prometedora, algo que pareciera dar un giro al caso y sacarlo a la palestra de nuevo.

Había que anunciarlo y divulgarlo continuamente. Que ese «factor aterrador» fuera lo más intenso posible. Debían mencionar que habían introducido a un especialista en perfiles psicológicos del FBI en el caso y que lo que les decía encajaba perfectamente con esa nueva prueba.

En ese momento me contaron la recomendación del doctor Levine de exhumar el cadáver y querían saber qué pensaba. Les dije que era una idea magnífica, y que cuanto más escándalo público armaran con eso, mejor. Weber debería aparecer antes en televisión y anunciar que si el cuerpo aún estaba en buen estado y el nuevo examen daba los resultados que esperaban, solucionarían el asesinato. En cierto modo, lo que iban a trasmitir al asesino era que estaban «resucitando» a Karla, que se disponían a devolverla de la tumba para ser testigo de su propio asesinato.

La exhumación del cuerpo sería un tremendo factor estresante. Quería que Weber declarara públicamente que, aunque tardara veinte años más, iba a resolver el caso. El asesino estaría preocupado e intrigado. Haría muchas preguntas. Podría hasta llamar a la policía directamente. Tenían que grabar o fotografiar a todo aquel que apareciera en el cementerio, podría estar ahí. Estaría muy intrigado con el estado de conservación del cuerpo. Cuando finalmente anunciaran lo satisfecha que estaba la policía con el estado de conservación, lo sacaría de quicio. Al mismo tiempo, se volvería aún más solitario, se aislaría de los amigos que pudiera tener. Sería el momento de empezar a escuchar a la gente en bares y lugares parecidos por si alguno de los habituales había cambiado de comportamiento. Podría haberse unido poco antes a una iglesia o adoptado la religión como medio para soportarlo. Mientras acentuaban el estrés, uno de los agentes debería hacer un comentario en prensa, incluso podía ser mío, que sonara casi empático. Debíamos decirle que sabíamos por lo que estaba pasando, que no pretendía matarla y que llevaba todos esos años cargando con ese peso.

Pasé a esbozar una estrategia para el interrogatorio parecida a la que había funcionado en el caso Stoner. Lo importante era que, una vez identificado un sospechoso, no había que detenerlo enseguida, sino dejarlo macerar una semana o así; queríamos que confesara antes de detenerlo. Cuantos más hechos tuviéramos a nuestra disposición, más cosas podrían decir del tipo: «¿Cómo la llevaste de aquí a allá?» o «Sabemos lo del agua»; más opciones tendrían. Estaría bien tener en la sala un material implicado en el asesinato (como la roca en el caso Stoner).

Tras escuchar mis conclusiones, los cinco investigadores se tomaron en serio lo que había dicho. Me preguntaron cómo sabía todo eso solo con oír detalles rutinarios del caso y observando fotografías. No estoy seguro de la respuesta, pero según Ann Burgess soy una persona visual y me gusta trabajar primero con lo que puedo ver. Dice, y probablemente sea cierto, que en las consultas tengo tendencia a decir «veo» en vez de «pienso». Probablemente una parte tenga que ver con que la mayoría de las veces no puedo estar en el escenario del crimen, así que tengo que recrear el entorno en mi cabeza. A menudo, cuando la policía me llamaba años después de analizar un

caso para ellos, lo recordaba y me acordaba de lo que había dicho del sujeto desconocido si me describían el escenario del crimen.

Los investigadores de Illinois me contaron que, por lo que yo les había dicho, dos de los interrogados seguían siendo sospechosos sólidos: Paul Main y su amigo John Prante. Ambos estaban en la casa contigua ese día, y por lo menos uno, Prante, había bebido cerveza. Sus versiones nunca cuadraron, lo que podría ser consecuencia de su escasa inteligencia y la bebida, o podría significar que uno de los dos mentía. Prante había pasado mejor la prueba del polígrafo, pero ambos casaban bien con el perfil. De hecho, en algunos aspectos Prante encajaba mejor. Se había mostrado más colaborador con la policía y, cuando se calmó la cosa, se fue de la ciudad como yo pronostiqué que haría el asesino y regresó más tarde.

Le dije que la campaña que había diseñado se podía utilizar contra ambos. De hecho, como el asesino sentía culpa y remordimientos periódicamente, se podía añadir un poco de tensión con una mujer que se hiciera pasar por Karla y los llamara a cada uno en plena noche, sollozando, y les preguntara: «¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?». Debería coincidir con los artículos en la prensa sobre la americana perfecta que era Karla y la tragedia de que la hubieran matado en la flor de la vida. Siempre me ha gustado ese toque teatral.

Cuando la campaña llevaba en marcha una semana o diez días, la policía comprobó si Main o Prante reaccionaban como yo había dicho que reaccionaría el asesino. Uno de ellos lo hizo, así que el siguiente paso sería utilizar a informantes (amigos, conocidos, compañeros de trabajo) para sacarle comentarios o una confesión.

La exhumación del cadáver, el 1 de junio de 1982, salió como esperaba, con Lowell Levine en el escenario, mucha cobertura de prensa y televisión y las declaraciones solemnes y optimistas de Weber. En las ciudades pequeñas es mucho más fácil conseguir la colaboración que necesitas de los periodistas que en las grandes ciudades, donde tienden a pensar que intentas manipularles o decirles qué publicar. Yo lo veo más bien como una colaboración entre la prensa y las fuerzas de la ley que no debería comprometer la integridad de nadie. Nunca le he pedido a un periódico o un reportero de televisión que mienta o reproduzca una historia falsa o incompleta, pero en multitud de ocasiones he dado la información que necesitaba para que el sujeto desconocido la leyera y reaccionara. Cuando los periodistas colaboran, yo colaboro con ellos. Y en determinados casos, cuando han sido muy colaboradores, les doy la exclusiva cuando por fin se puede contar la historia desde dentro.

Por suerte, el cuerpo de Karla estaba en un estado de conservación increíblemente bueno. La doctora Mary Case, médico forense asistente para la ciudad de San Luis, hizo la nueva autopsia. A diferencia de la primera, la doctora Case determinó que la causa de la muerte había sido el ahogamiento. También encontró una fractura en el cráneo. Y lo más importante, consiguieron las pruebas de las marcas de mordisco que

necesitaban.

La campaña organizada continuaba en serio. Tom O'Connor, de la policía estatal, y Wayne Watson, de la Unidad de Fraudes Económicos y Falsificación, entrevistaron a Main en su casa, en principio por los pagos de unas subvenciones que recibía y a las que tal vez no tenía derecho. Desviaron la conversación hacia el asesinato de Karla Brown. Pese a que no confesó y negó toda implicación en el crimen, era evidente que había seguido de cerca la campaña y tenía alguna información desde dentro. Por ejemplo, Watson mencionó que Main había olvidado Acton Avenue en su lista de direcciones anteriores. Aseguró que había intentado olvidarlo por los malos recuerdos de policías molestándolo debido a la vecina que asesinaron allí.

Dijo Watson:

—Es la que fue disparada, estrangulada y ahogada en un barril.

—¡No, no! ¡Disparos no, disparos no! —contestó Main con empatía.

Más o menos durante la época de la exhumación, un hombre llamado Martin Higdon acudió a la policía de Wood River y les contó que había ido al instituto con Karla Brown y que la campaña había provocado conversaciones en el trabajo. Pensaba que la policía debería saber que una compañera de trabajo afirmaba que, durante una fiesta poco después del asesinato, un hombre dijo que había estado en casa de Karla el día de su muerte.

O'Connor y Rick White interrogaron a la mujer, cuyo nombre era Vicki White (sin relación). Ella confirmó la historia y afirmó haber estado con su marido, Mark, en una fiesta en casa de Spencer y Roxanne Bond, donde ella habló con un hombre que había conocido en Lewis and Clark Community College. El hombre dijo que había estado en casa de Karla el día del asesinato. Mencionó dónde la habían encontrado y que la habían mordido en el hombro. Tendría que irse de la ciudad porque pensaba que iba a ser el principal sospechoso. En aquel momento la chica pensó que era palabrería.

El chico se llamaba John Prante.

¿Cómo podía saber lo de las marcas de mordiscos tan poco tiempo después del asesinato, cuando la policía no lo supo hasta al cabo de dos años?, pensaron O'Connor y White. Luego interrogaron al organizador de la fiesta, Spencer Bond, que recordaba lo mismo que Vicki y Mark White. Bond también mencionó que Main le había dado detalles de cómo habían encontrado a Karla. La pregunta era si Main tenía esa información por Prante, o al revés. Pese a que Prante había pasado mejor la prueba del polígono, Weber y la policía no creían que Main fuera lo bastante fuerte para cometer el crimen ni lo bastante listo para vender a Prante.

Bond había visto a Prante poco antes, conduciendo su vieja furgoneta Volkswagen. Pese a que había acertado en el color y la marca, me había equivocado en el modelo. Sin embargo, era significativo. En aquella época empezábamos a ver un cambio en el vehículo preferido hacia las furgonetas. Bittaker y Norris usaban una. Steven Pennell también. A diferencia de un coche, en la parte trasera de una

camioneta se puede hacer lo que uno quiera sin ser visto. De hecho, tienes un lugar móvil para asesinar.

No me sorprendió saber que John Prante se había dejado crecer la barba desde el asesinato. Bond accedió a ponerse un micro cuando hablara con Prante del caso. Aunque no admitió el asesinato, reveló hasta qué punto encajaba en el perfil. Había estudiado soldadura en Lewis and Clark. Se marchó de la ciudad después del asesinato. Se había divorciado y tenía problemas con las mujeres. Sentía una curiosidad extrema por la investigación.

El jueves 3 de junio, la comisaría de Weber consiguió una orden judicial que obligaba a Prante a someterse a una impresión dental al día siguiente. El jefe Don Greer le dijo que estábamos intentando atar cabos sueltos, y que si no coincidía podríamos descartarlo como sospechoso.

Al salir de la consulta del dentista, Prante llamó a Weber, como imaginé. Quería saber qué estaba pasando con la investigación. Weber tuvo la buena idea de hacer que su asistente Keith Jensen se pusiera al teléfono al mismo tiempo, para asegurarse de que Weber no era eliminado del caso como testigo potencial. Mientras hablaba con Weber, Prante contradijo su versión anterior sobre cuándo había estado en casa de Paul Main. Como había pronosticado, se mostró colaborador.

La policía consiguió más información gracias a una segunda conversación con micro entre Bond y Prante, y más de una charla grabada entre Bond y Main. Prante le dijo a Bond que estaba fumando varios paquetes al día. Main llegó a insinuarle que a lo mejor Karla había sacado de quicio a Prante al rechazar sus insinuaciones sexuales. Eso condujo a otra entrevista de la policía a Main, en la que afirmó que creía que Prante era el autor del asesinato, aunque se retractó tras una conversación privada con Prante.

El martes siguiente, Weber, Rushing y Greer volaron a Long Island para ver al doctor Levine. Le dieron las nuevas fotografías de la autopsia y tres juegos de impresiones dentales: la de Main, la de otro sospechoso cualquiera y la de Prante. Levine descartó los dos primeros de un vistazo. No podía afirmar con certeza científica que solo los dientes de Prante de entre los del resto del mundo encajarían, pero el hecho era que encajaban a la perfección.

Paul Main fue detenido y acusado de obstruir a la justicia. Prante lo fue de asesinato y robo con intento de violación. Fue a juicio en junio de 1983. En julio, fue declarado culpable y condenado a setenta y cinco años de cárcel.

Tardaron cuatro años, pero gracias a los esfuerzos de mucha gente entregada, finalmente llevaron a un asesino ante la justicia. Sentí una satisfacción y gratificación especial al recibir una copia de una carta que el fiscal del Estado Keith Jensen envió al director del FBI, William Webster. En ella decía: «Por fin la comunidad se siente a salvo, la familia considera que se ha hecho justicia, y nada de eso habría sido posible sin John Douglas. Pese a ser un hombre extremadamente ocupado, sus esfuerzos no deberían pasar desapercibidos. Me gustaría agradecérselo con sinceridad y ojalá

hubiera más John Douglas con la competencia, capacidad y habilidad de ayudar como él».

Eran palabras muy amables. Por suerte, en enero anterior había podido convencer a Jim McKenzie, el subdirector de la Academia, de que necesitábamos «más John Douglas». Él, a su vez, había conseguido vendérselo a la sede central, aunque significara robar agentes a otros programas. Así conseguí a Bill Hagmaier, Jim Horn, Blaine McIlwaine y Ron Walker en la primera ronda; luego a Jim Wright y Jud Ray en la segunda. El tiempo demostró que todos hicieron aportaciones considerables.

Pese a los esfuerzos de todo el mundo, algunos casos, como el de Karla Brown, tardan años en solucionarse. Otros igual de complejos se pueden resolver en cuestión de días o semanas si todo sale bien.

Cuando una noche una taquígrafa llamada Donna Lynn Vetter, empleada en una de las sedes locales del FBI del sudoeste, fue violada y asesinada en su piso de planta baja, Roy Hazelwood y Jim Wright recibieron una orden inequívoca de la oficina del director: «Id inmediatamente y resolved el caso». Para entonces, habíamos dividido el país en regiones. Esta quedaba en territorio de Jim.

El mensaje debía ser alto y claro: no os libraréis si matáis a personal del FBI, haremos lo que haga falta para que sea así. A las dos de la tarde siguiente, un helicóptero del equipo de rescate de rehenes del FBI llevó a dos agentes y sus maletas hechas a toda prisa de Quantico a la base de las fuerzas aéreas de Andrews en Maryland, donde fletaron un avión de la Agencia. Al aterrizar, fueron inmediatamente al escenario del crimen, que la policía local había mantenido intacto para ellos.

Vetter era una mujer blanca de veintidós años que se había criado en una granja y, pese a llevar más de dos años trabajando para la Agencia, solo hacía ocho meses que se había mudado a la ciudad. Ingenua con los peligros de la vida urbana, había alquilado un piso en una zona industrial en la que predominaban los negros y los hispanos. El gerente era consciente de los temas de seguridad. Había instalado una bombilla blanca como las de los porches, en vez de una normal con luz amarilla y tenue, encima de la puerta de todos los pisos donde vivía una inquilina sola para que su personal y los guardias de seguridad prestaran especial atención. El sistema no era de dominio público, pero, pese a las buenas intenciones, el código era bastante transparente incluso para el intruso más casual.

Llamaron a la policía poco después de las once de la noche, cuando otra residente notó que la ventana del piso estaba rota y llamó al guardia de seguridad. El cuerpo desnudo de la víctima, con golpes en la cara y múltiples puñaladas, estaba cubierto de sangre. La autopsia reveló que había sido violada.

El asaltante entró por la ventana delantera, que rompió de un golpe con una gran maceta. El cable del teléfono estaba desconectado de la pared. Había grandes manchurrones de sangre horribles en la alfombra del salón y el suelo de la cocina, donde parecía haberse producido el principal ataque. Una mancha donde estaba el

cadáver guardaba un siniestro parecido con un ángel a tamaño natural, con las alas desplegadas como para volar. Los rastros de sangre indicaban que habían arrastrado a la víctima hasta el salón. Por las heridas de defensa que había en el cuerpo, parecía que ella hubiera ido a buscar un cuchillo de cocina, pero él la agarró y lo giró hacia ella.

El equipo de urgencias médicas encontró la ropa manchada de sangre en el borde del suelo de la cocina, cerca de los armarios. Los pantalones cortos y las medias estaban enrollados, lo que indicaba que el agresor se los había quitado mientras estaba tumbada. Cuando llegó la policía al escenario del crimen, las luces del piso estaban apagadas. Especularon con que probablemente el agresor las había apagado para aplazar el descubrimiento cuando se fuera.

Por todo lo que sabíamos por sus compañeros de trabajo, familia y vecinos, la chica era tímida, honesta y trabajadora. Se había criado en un entorno estricto y muy religioso, y se tomaba en serio la religión. No tenía ningún tipo de glamur y poca vida social, si es que tenía alguna, con hombres o compañeras de trabajo, que la describieron como una persona meticulosa, laboriosa, pero «distinta». Probablemente tenía mucho que ver con su falta de sofisticación y educación protectora. Nadie insinuó ningún tipo de conducta ilícita ni que saliera con «el chico equivocado». Nada de drogas, alcohol, cigarrillos ni píldoras anticonceptivas en su piso. Sus padres estaban absolutamente convencidos de su castidad y pensaban que haría cualquier cosa por proteger su virginidad.

Tras estudiar el escenario, Roy y Jim sacaron las siguientes conclusiones. Pese a que había sangre por todas partes, una mancha en concreto despertó en ellos un interés especial. Estaba justo fuera de la puerta del lavabo. Dentro del baño, vieron orina, pero no había papel en la taza del retrete, en el que no se había tirado de la cadena.

Eso les dio una idea inmediata de lo ocurrido entre el intruso y la víctima. Debía de estar en el baño cuando oyó que alguien entraba. Se levantó sin tiempo a tirar de la cadena y salió a ver qué pasaba. En cuanto atravesó la puerta del baño, él le dio un fuerte puñetazo en la cara para neutralizarla. Jim y Roy encontraron el arma del asesinato, un cuchillo de cocina, escondido bajo el cojín de una silla del salón.

El arma del crimen les decía algo: que el sujeto desconocido no había entrado en el piso con la intención de matar. El hecho de que no se hubiera llevado nada de valor sugería que había entrado con intenciones distintas al robo. Las pruebas indicaban que había ido a violar. Si hubiera ido a matar, en vez de pasar tiempo con ella, no habría motivo para desconectar el teléfono. El fácil acceso al piso, la sencillez de la víctima, el hecho de que la golpeara antes de siquiera decir una palabra, todo apuntaba a un macho rabioso con escasa inteligencia y ninguna habilidad social o confianza en su capacidad de control sobre otra persona mediante las palabras. A menos que controlara del todo a esa víctima inofensiva desde el principio, sabía que no lograría su objetivo.

Con lo que no contaba era con la furia con la que se resistiría esa mujer tímida y tranquila. Toda la información de la víctima decía a los especialistas en perfiles que eso haría exactamente para defender su honor. Sin embargo, el agresor no lo sabía. Cuanto más luchara ella, más peligro corría el agresor de perder el control, y más aumentaba la rabia. Con el caso de Karla Brown, otra violación que acabó en asesinato, me dio la sensación de que la ira del agresor era superada por su necesidad de «arreglar» el lío que había armado. En este asesinato, parecía que la rabia y la necesidad de deshacerse de la víctima tuvieran la misma importancia. En este caso la rabia era sostenida, y no momentánea. Las marcas del arrastre indicaban que, después de agredirla en la cocina, la arrastró a otra sala donde la violó mientras se desangraba y moría.

Roy y Jim empezaron a preparar su perfil la misma tarde de su llegada. Buscaban a un hombre de entre veinte y veintisiete años. Normalmente, en un asesinato de motivación sexual o lujuriosa, si la víctima era blanca, cabía esperar que el agresor fuera blanco. No obstante, los agentes estaban convencidos de que aquello había empezado como una violación, así que se aplicaban las «normas» de la violación. Era un edificio de pisos y un barrio donde predominaban los negros y los hispanos, con una gran incidencia en la zona de mujeres blancas violadas por hombres de color, así que había muchas opciones de que el asesino fuera negro.

No creían que el sujeto desconocido estuviera casado, pero podría convivir con alguien con quien tuviera una relación de dependencia económica o explotación. La mujer que tuviera una relación con él sería más joven, con menos experiencia o de alguna manera fácilmente influenciable. El asesino no tendría relaciones con nadie que le pareciera desafiante o que le intimidara de alguna manera. Pese a su escasa inteligencia y las notas poco espectaculares en el colegio (donde probablemente tuvo problemas de conducta), era una persona espabilada capaz de defenderse en una pelea. Quería parecer un macho duro ante los demás, y vestía la mejor ropa que podía permitirse. Asimismo, era deportista y procuraba mantenerse en buena forma.

Desde su casa, situada en un lugar de alquiler de bajos ingresos, podía ir a pie al escenario del crimen. Tenía un trabajo no especializado y tenía conflictos frecuentes con los compañeros de faena o las figuras de autoridad. Debido a su temperamento explosivo, no estaba en el ejército, y si lo había estado lo habían dado de baja. Los agentes no creían que hubiera matado antes, pero sí cometido robos y agresiones. Roy Hazelwood, uno de los principales expertos en violación y crímenes contra las mujeres, estaba convencido de que tenía un historial de violación y agresiones sexuales.

Realizaron un pronóstico de su conducta posterior a la agresión, que en muchos sentidos era un reflejo del asesino de Karla Brown, incluidos el desempleo, el fuerte consumo de bebida, la pérdida de peso y el cambio de imagen. Lo más importante era que les daba la sensación de que ese tipo de individuo mencionaría su crimen o se lo confesaría a un miembro de la familia o algún conocido cercano. Esa podía ser la

clave de una estrategia proactiva para atraparlo.

Como sabían que el sujeto desconocido seguiría las noticas, Roy y Jim decidieron hacer público el perfil y hacer entrevistas con la prensa local. El único detalle significativo que omitieron fue el factor racial. Si se equivocaban, no querían desviar la investigación y que se malinterpretaran posibles pistas.

Sin embargo, lo que sí dijeron públicamente era que quienquiera que hubiera hablado con el sujeto desconocido sobre el asesinato corría un grave peligro ahora que tenía esa información que lo incriminaba. Si alguien se reconocía en esa situación, rogaron, debía ponerse en contacto con las autoridades antes de que fuera demasiado tarde. En dos semanas y media, el socio del agresor en los atracos a mano armada llamó a la policía. El sujeto fue detenido y, basándose en una coincidencia de huellas de la palma de la mano encontradas en el escenario del crimen, fue acusado formalmente.

Cuando más adelante repasamos el perfil vimos que Jim y Roy tenían razón en cuanto al dinero. El agresor era un hombre negro de veintidós años que vivía a cuatro manzanas del escenario del crimen. Estaba soltero y vivía con su hermana, de la que dependía económicamente. En el momento del asesinato estaba en libertad condicional por violación. Fue juzgado, declarado culpable y condenado a muerte. Hace poco se llevó a cabo su ejecución.

Suelo decir a mi gente que deberíamos ser como el Llanero Solitario, que llega a la ciudad, ayuda a impartir justicia y luego se va con sigilo.

«—¿Quiénes eran esos hombres de la máscara? Se han dejado esta bala de plata.

—¿Esos? Ah, eran de Quantico».

En este caso concreto, Jim y Roy se fueron de la ciudad con discreción. Los habían llevado hasta allí en un avión privado de la Agencia. Una vez terminado el trabajo, se fueron a casa en clase turista, en la parte trasera de un avión comercial abarrotado de gente feliz de vacaciones y niños gritando. Nosotros sabíamos lo que habían hecho, igual que todos los destinatarios de las «balas de plata» que habían dejado atrás.

15

Hacer daño a nuestros seres queridos

Un día, mientras repasaba archivos de casos en su despacho sin ventanas de Quantico, Gregg McCrary recibió una llamada de uno de los departamentos de policía de su región. Era uno de esos casos angustiantes de los que oímos hablar demasiado a menudo.

Una joven madre soltera salía de su edificio de pisos con jardín para ir a comprar con su hijo de dos años. Justo antes de subir al coche sintió unos retortijones, así que dio media vuelta, cruzó a toda prisa el aparcamiento y entró en un baño justo al otro lado de la puerta trasera del edificio. Era un barrio seguro y plácido donde todo el mundo se conocía, así que le dio a su hijo instrucciones de quedarse dentro del edificio jugando tranquilo hasta que saliera ella.

Seguro que ya imagináis lo que ocurrió. La chica tardó unos cuarenta y cinco minutos en terminar en el baño. Al salir, el niño no estaba en el vestíbulo. Aún sin alarmarse, salió fuera y echó un vistazo, pensando que quizá se había alejado un poco, aunque hacía frío.

Entonces lo vio: una manopla tejida a mano de su hijo en el pavimento del aparcamiento y ni rastro del niño. Cayó presa del pánico.

Volvió corriendo a su piso y marcó enseguida el número de emergencias. Le contó atropelladamente a la operadora que habían secuestrado a su hijo. La policía llegó enseguida y peinó la zona en busca de pistas. Para entones la joven estaba histérica.

Los programas de noticias se hicieron eco de la historia. La chica apareció ante los micrófonos para suplicar a quien se hubiera llevado a su hijo que se lo devolviera. Por muy empática que fuera la policía, quería ir sobre seguro, así que le hicieron pasar la prueba del polígrafo con discreción, y ella la pasó. Sabían que en todos los secuestros de niños el tiempo era primordial; por eso llamaron a Gregg.

Él escuchó la historia y la grabación de la llamada a emergencias. Hubo algo que no le gustó. Luego se produjo un nuevo giro. La mujer, angustiada, recibió un paquetito por correo. No figuraba el remitente, ni había una nota o un mensaje, solo la otra manopla, la pareja de la que encontró en el aparcamiento. La mujer se desmoronó.

Entonces Gregg lo supo. Le dijo a la policía que el niño estaba muerto y que su madre lo había matado.

La policía lo presionó para que explicara cómo lo sabía. Hay pervertidos que raptan a niños continuamente, ¿cómo sabía que no era uno de esos casos?

Gregg se lo explicó. En primer lugar, estaba el escenario en sí. Nadie tiene más miedo de que un pervertido se lleve a un niño que una madre. ¿Era lógico que lo

dejara sin vigilar tanto tiempo? Si tenía que ir al baño un buen rato, ¿no se lo habría llevado con ella o habría improvisado otra solución? Podía ser que ocurriera tal y como ella contó, pero luego había que empezar a relacionar los datos.

En la cinta de emergencias decía con claridad que alguien había «secuestrado» a su hijo. Según la experiencia de Gregg, los padres hacían casi cualquier cosa para negar psicológicamente una situación tan horrible. Con la histeria, cabía esperar que dijera que había desaparecido, había salido corriendo, que no sabía dónde estaba o algo parecido. El hecho de que utilizara la palabra «secuestrar» en esa etapa indicaba que estaba avanzando el escenario que se desplegaría.

La súplica lacrimógena ante los medios no la incriminaba, pero entonces todos recordamos la imagen de Susan Smith en Carolina del Sur rogando que le devolvieran a sus dos hijos sanos y salvos. Por lo general, los padres que hacen ese tipo de súplicas en público son completamente sinceros, el problema es que ese tipo de manifestaciones públicas suelen legitimar a los pocos que no lo son.

Para Gregg el remate fue la devolución de la manopla. Básicamente, los secuestros de niños se producen por tres motivos: son obra de secuestradores para sacar beneficio, los raptan pederastas para su placer sexual o los secuestran personas patéticas, solitarias e inestables desesperadas por tener hijos. El secuestrador tendrá que comunicarse con la familia, por teléfono o por escrito, para exponer su demanda. Los otros dos tipos no quieren saber nada de la familia. Ninguno de los tres devuelve sin más un objeto para que la familia sepa que el niño fue secuestrado. La familia ya lo sabe. Si tiene que haber alguna prueba de la veracidad del crimen, irá acompañada de una demanda, De lo contrario, no tiene sentido.

Gregg pensó que la madre había fingido un secuestro según su percepción de cómo debía de ser uno real. Por desgracia para ella, no tenía ni idea de la dinámica real de ese tipo de delito, así que metió la pata.

Estaba claro que tenía motivos para hacer lo que había hecho y por tanto se había convencido de que no había hecho nada mal. Por eso pasó el polígrafo. Pero Gregg no se conformó con eso. Llevó a un experto en polígrafos del FBI muy experimentado y le volvió a hacer la prueba, esta vez sabiendo que era sospechosa. Los resultados fueron completamente distintos. Tras algunas preguntas dirigidas, admitió haber matado a su hijo y llevó a la policía hasta el cadáver.

Su motivo era común, el que Gregg había sospechado todo el tiempo. Era una joven madre soltera que se estaba perdiendo toda la diversión de juventud por cargar con ese niño. Había conocido a un chico que quería implicarse más y formar una nueva familia, pero había dejado claro que en su vida juntos no había sitio para ese niño.

Lo significativo en este tipo de caso es que, de haber encontrado la policía el cadáver sin que se hubiera denunciado la desaparición del niño, Gregg habría llegado a la misma conclusión. El crío fue encontrado enterrado en el bosque con el traje de nieve, envuelto en una manta, y luego completamente tapado con una gruesa bolsa de

plástico. Un secuestrador o un pederasta no se habría tomado tantas molestias para que estuviera abrigado y «cómodo», ni intentaría proteger el cuerpo de los elementos. Pese a que en muchos escenarios del crimen se refleja una rabia evidente y prolongada, y los lugares donde abandonan los cuerpos muestran contención y hostilidad, las marcas de ese entierro eran de amor y culpa.

La raza humana cuenta con un largo historial de hacer daño a los seres queridos o a los que deberíamos querer. De hecho, durante la primera entrevista en televisión de Alan Burgess tras convertirse en el jefe de la Unidad de Ciencia del Comportamiento este declaró: «Hace generaciones que sufrimos violencia, hasta remontarnos a la Biblia cuando Caín disparó a Abel». Por suerte, los periodistas no entendieron su reinterpretación de la primera arma del mundo.

Uno de los casos más importantes de la Inglaterra decimonónica incluyó acusaciones de violencia familiar. En 1860, el inspector de Scotland Yard Jonathan Whicher fue a la ciudad de Frome, en Somerset, por el asesinato de un niño llamado Francis Kent, de una acaudalada familia de la zona. La policía local estaba convencida de que unos gitanos habían matado al niño, pero, después de investigar, Whicher concluyó que la verdadera culpable era Constance, la hermana de dieciséis años de Francis. Dada la posición de la familia y ante la mera idea de que una adolescente pudiera matar a su hermano pequeño, las pruebas de Whicher fueron desestimadas en el tribunal y Constance absuelta de los cargos que había contra ella.

La desmesurada reacción pública contra Whicher le obligó a dimitir de Scotland Yard. Durante años trabajó por cuenta propia para demostrar que tenía razón y que esa chica era una asesina. Al final, los problemas económicos y de salud le hicieron abandonar la búsqueda de la verdad, un año antes de que Constance Kent confesara el crimen. Fue juzgada de nuevo y condenada a cadena perpetua. Tres años más tarde, Wilkie Collins basó su revolucionaria novela de detectives *La piedra lunar* en el caso Kent.

La clave de muchos asesinatos con víctimas y asesinos conocidos o familiares es la simulación. Alguien tan cercano a la víctima tiene que hacer algo para distraer las sospechas. Uno de los primeros ejemplos con los que trabajé fue el asesinato de Linda Haney Dover en Cartersville, Georgia, el día después de la Navidad de 1980.

Pese a que ella y su marido, Larry, estaban separados, mantenían una relación razonablemente cordial. Linda, que medía uno sesenta y tenía veintisiete años, iba con regularidad a la casa que antes compartían para limpiarla. De hecho, eso estaba haciendo ese viernes 26 de diciembre. Larry, mientras tanto, llevó a su hijo pequeño a pasar el día en el parque.

Cuando ambos regresaron de su salida por la tarde, Linda ya no estaba, pero en vez de encontrar la casa limpia y ordenada, Larry vio que el dormitorio estaba hecho un desastre. Las sábanas y almohadas estaban fuera de la cama, los cajones entreabiertos, la ropa esparcida por todas partes y en la alfombra había unas manchas rojas que parecían de sangre. Larry llamó de inmediato a la policía, que acudió con

rapidez y registró la casa, por dentro y por fuera.

Encontraron el cadáver de Linda envuelto en el edredón del dormitorio, solo con la cabeza al descubierto, en el espacio abierto que había debajo de la casa. Al retirar la manta vieron que tenía la camisa y el sujetador por encima de los pechos, los tejanos por las rodillas y las medias bajadas justo por debajo de la zona púbica. Tenía un fuerte traumatismo en la cabeza y la cara y múltiples puñaladas, aunque los agentes vieron que las heridas eran posteriores a levantarle el sujetador. Creían que el arma era un cuchillo de un cajón abierto, pero no lo encontraron (nunca lo hallaron). El escenario del crimen indicaba que había sido agredida primero en un dormitorio y luego trasladaron fuera el cuerpo hasta llevarlo al cuarto. Las gotas de sangre de los muslos demostraban que el asesino la había manipulado y colocado.

Nada de su pasado convertía a Linda Dover en una víctima de alto riesgo. Pese a haberse separado de Larry, no tenía otras relaciones. Los únicos factores de estrés peculiares eran el período festivo del año y lo que provocara la ruptura de su matrimonio.

Basándome en las fotografías del escenario del crimen y la información que me envió al policía de Cartersville, les expliqué que el sujeto desconocido sería uno de dos tipos. Era muy posible que fuera un solitario inadaptado, joven e inexperto, que viviera cerca y, básicamente, se hubiera topado con su crimen de oportunidad. Cuando lo dije la policía me contó que había tenido problemas con un matón del barrio al que muchos vecinos tenían miedo.

No obstante, en el crimen había demasiados elementos de simulación que me decantaban hacia el segundo tipo: alguien que conocía bien a la víctima y por tanto quería distraer la atención. La única razón por la que un asesino sentiría la necesidad de esconder el cuerpo era lo que llamamos «homicidio por causas personales». Los traumatismos de la cara y el cuello también parecían muy personales.

Les dije que me daba la sensación de que ese sujeto desconocido era inteligente, pero con estudios solo de secundaria y un trabajo que requería fuerza física. Tenía un historial de conducta agresiva y un nivel bajo de toleración de la frustración. Era temperamental, incapaz de aceptar la derrota y probablemente estaba deprimido por algún motivo en el momento del asesinato, seguramente por problemas económicos.

El montaje tenía su propia lógica interna y sus razones. Quienquiera que hubiera agredido a Linda no quería dejar el cuerpo al aire libre, donde otro miembro de la familia, sobre todo su hijo, pudiera encontrarlo. Por eso se tomó la molestia de envolverla en la manta y trasladarla al cuarto. Quería que pareciera una agresión sexual, de ahí el sujetador levantado y la exposición de la zona genital, pero no había pruebas de violación o agresión sexual. Pensó que tenía que hacerlo, pero aun así le incomodaba que la policía le viera los genitales y los pechos desnudos, así que los tapó con la manta.

Les advertí que el asesino se mostraría muy colaborador y preocupado al principio, para luego volverse arrogante y hostil cuando se cuestionara su coartada.

Su conducta después de la agresión podría incluir un aumento del consumo de alcohol o drogas, o tal vez un giro hacia la religión. Habría modificado su imagen, tal vez incluso habría cambiado de trabajo y se habría mudado de la zona. Aconsejé a la policía que buscara un cambio absoluto de personalidad y comportamiento.

—No tiene nada que ver cómo es hoy a como era antes del homicidio —aseguré.

Lo que no sabía era que, en el momento en que la policía de Cartersville me solicitaba un perfil, ya habían acusado a Larry Bruce Dover por el asesinato de su esposa y querían estar seguros de que iban por buen camino. Eso me molestó por varios motivos. Para empezar, no daba abasto con los casos que tenía en marcha, pero lo más importante es que ponían a la Agencia en lo que podría ser una posición incómoda. Por suerte para todos los implicados, el perfil coincidió a la perfección. Tal como les expliqué al director y al agente especial al cargo de Atlanta, de no haber sido tan preciso un abogado hábil podría haberme citado como testigo de la defensa y haberme obligado a decir que mi perfil «de experto» divergía con respecto al del acusado en algunos puntos. A partir de entonces aprendí a preguntar siempre a la policía si ya tenían un sospechoso, aunque no quisiera saber quién era.

Por lo menos en este caso se hizo justicia. El 3 de septiembre de 1981, Larry Bruce Dover fue acusado de asesinar a Linda Haney Dover y condenado a cadena perpetua.

Una variante del tema del montaje doméstico fue el asesinato de Elizabeth Jayne Wolsieffer, conocida como Betty, en 1986.

Poco después de las siete de la mañana del sábado 30 de agosto, la policía de Wilkes-Barre, Pensilvania, recibió una llamada del número 75 de Birch Street, el domicilio de un popular dentista y su familia. Al llegar, al cabo de unos cinco minutos, los agentes Dale Minnick y Anthony George se encontraron al doctor Edward Glen Wolsieffer, de treinta y tres años, tumbado en el suelo víctima de un intento de estrangulamiento y con un golpe en la cabeza. Su hermano Neil estaba con él. Neil explicó que vivía al otro lado de la calle, que su hermano le llamó y acudió corriendo. Glen estaba aturdido y desorientado, y dijo que el único número que recordaba era el de Neil. En cuanto este llegó, él llamó a la policía.

Los dos hombres dijeron que Betty, la esposa de Glen, de treinta y dos años, y su hija de cinco, Danielle, estaban arriba. Siempre que Neil se disponía a subir a verlas, Glen tenía vahídos o se ponía a gemir de nuevo, así que nadie había subido aún. Glen dijo que Neil tenía miedo de que aún hubiera un intruso en la casa.

Los agentes Minnick y George registraron la casa. No encontraron al intruso, pero sí a Betty muerta en el dormitorio principal. Estaba de costado, tumbada en el suelo con la cara hacia los pies de la cama. Por los morados del cuello, la saliva que se le estaba secando en los labios y el color azulado de la cara amoratada, parecía haber sido estrangulada manualmente. Las sábanas estaban teñidas de sangre, pero tenía la cara limpia. Solo llevaba el camisón, levantado hasta la cintura.

Danielle estaba dormida e ilesa en la habitación contigua. Cuando se despertó, le

dijo a la policía que no oyó nada, ningún ruido de algo que se rompiera, ni de pelea, ni ningún golpe.

Sin describir la escena que habían visto arriba, Minnick y George bajaron y le preguntaron al doctor Wolsieffer qué había ocurrido. Dijo que se despertó cuando amanecía por un ruido que le pareció de alguien que entraba en la casa. Cogió la pistola de la mesita de noche y fue a investigar sin despertar a Betty.

Cuando se acercó a la puerta del dormitorio vio a un hombre grande en lo alto de la escalera. El tipo no lo vio, él lo siguió hasta abajo, pero lo perdió y empezó a buscarlo por la primera planta.

De pronto lo atacaron por detrás con una especie de cuerda o ligadura, pero pudo soltar la pistola y meter la mano antes de que pudiera apretar en el cuello. Glen dio una patada hacia atrás, le dio al hombre en la entrepierna y le hizo perder el equilibrio. Sin embargo, antes de que Glen pudiera darse la vuelta recibió un golpe en la nuca y perdió el conocimiento. Cuando al cabo de un rato despertó, llamó a su hermano.

Ni la policía ni el equipo médico que acudió al escenario del crimen consideraron que las heridas visibles del doctor Wolsieffer fueran graves: una contusión en la cabeza, marcas rosas en la nuca y unos rasguños en la parte izquierda de las costillas y el pecho. Aun así, no querían arriesgarse, así que se lo llevaron a urgencias. El médico de urgencias tampoco lo vio mal, pero, basándose en la declaración del dentista en la que decía que había estado inconsciente, lo admitió en el hospital.

La policía sospechó de la historia de Wolsieffer desde el principio. No era lógico que un intruso entrara en la casa por una ventana de la segunda planta a plena luz del día. Fuera encontraron una vieja escalera que llevaba a la ventana abierta del dormitorio de atrás que supuestamente el intruso había usado para entrar. No obstante, la escalera estaba tan desvencijada que no podría soportar el peso ni siquiera de una persona de tamaño medio. Estaba apoyada en el lateral de la casa con los travesaños mirando en la dirección equivocada. No había dejado marcas en el suelo blando, lo que indicaba que no había soportado peso, ni había marcas en los canalones de aluminio en los que estaba apoyada. Tampoco había rocío ni hierba en los travesaños ni en el tejado cerca de la ventana como debería haber si alguien la hubiera usado esa mañana.

También había indicadores contradictorios dentro de la casa. No se habían llevado nada de valor, ni siquiera joyas que estaban a la vista en el dormitorio. Y si el intruso pretendiera matar, ¿por qué iba a dejar a un hombre inconsciente con una pistola cerca en la planta baja para subir a matar, pero no agredir sexualmente, a la esposa?

Dos puntos eran especialmente perturbadores. Si a Glen le habían asfixiado hasta el punto de desmayarse, ¿por qué no había marcas en la parte delantera del cuello? Y la parte más incomprensible era que ni Glen ni su hermano, Neil, habían subido a ver a Betty y a Danielle.

Para colmo, la historia del doctor Wolsieffer evolucionó con el tiempo. Su

descripción del intruso era más explícita a medida que iba recordando más detalles. El hombre llevaba una sudadera oscura, una media en la cabeza y tenía bigote, según él. Se contradijo en varios puntos. Dijo a su familia que había salido el viernes por la noche, pero habló con su mujer antes de acostarse. Le había dicho a la policía que nunca la despertó. Al principio dijo que se habían llevado unos mil trescientos dólares de un cajón, pero luego se retractó cuando la policía encontró un depósito del banco por el dinero. Cuando al llegar la policía intentó interrogarlo sobre la llamada a emergencias, apenas estaba consciente y se mostraba muy incoherente, pero cuando en el hospital le informaron de la muerte de su esposa, dijo que había oído a la policía llamar al médico forense.

Mientras duró la investigación, Glen Wolsieffer fue añadiendo escenarios nuevos y más elaborados para explicar el ataque. Al final eran dos intrusos. Admitió tener una aventura con una antigua asistente dental, pero le dijo a la policía que había terminado hacía un año. Más tarde admitió que acababa de ver a la mujer unos días antes del asesinato y había mantenido relaciones con ella. También olvidó contar a la policía que tenía otra aventura a la vez con una mujer casada.

Las amigas de Betty Wolsieffer contaron a la policía que, por mucho que amara a su marido e intentara que las cosas funcionaran, estaba harta de su comportamiento, sobre todo los viernes por la noche, que se habían convertido en algo habitual. Días antes de ser asesinada le dijo a una amiga que iba a «ponerse seria» si Glen llegaba tarde de nuevo el viernes siguiente.

Tras las entrevistas iniciales en su casa y en el hospital, por recomendación de su abogado, Glen se negó a hablar con la policía. Así que se centraron en su hermano, Neil. Su historia de aquella mañana era casi tan extraña como la de Glen. Se negó a someterse al polígrafo con la excusa de que había oído que a menudo eran imprecisos y temía que el resultado le perjudicara. Tras reiteradas solicitudes de la policía, la familia de Betty y la presión de los medios para que colaborara en la investigación, Neil programó en octubre una entrevista con la policía en el juzgado.

Hacia las diez y cuarto, quince minutos después de la hora prevista para la entrevista, Neil se mató en un choque frontal entre su pequeño Honda y un camión Mack. Estaba cerca del juzgado cuando tuvo el accidente. La investigación del médico forense concluyó que su muerte había sido un suicidio, aunque más tarde pareció que había pasado de largo y estaba intentando volver, nervioso. Nunca lo sabremos con certeza.

Más de un año después del asesinato, la policía de Wilkes-Barre había reunido una gran cantidad de pruebas circunstanciales que apuntaban a Glen Wolsieffer como asesino de su esposa, pero no tenían ninguna prueba sólida y por tanto no podían acusarlo. Se encontraron huellas y cabellos suyos en el escenario del crimen, pero como era su dormitorio no significaba mucho. La policía supuso que había arrojado los cordones o ropa ensangrentada que llevaba a algún río cercano antes de llamar a su hermano. Su única esperanza de detenerlo y condenarlo era reforzar el caso con

una opinión experta de que el crimen fue obra de alguien que conocía a la víctima personalmente y había montado el escenario del crimen.

En enero de 1988, la policía de Wilkes-Barre me pidió que hiciera un análisis del crimen. Tras revisar el material, que para entonces era muy voluminoso, saqué la rápida conclusión de que, en efecto, el asesinato era obra de alguien que conocía bien a la víctima y había montado el escenario del crimen para ocultarlo. Dado que la policía ya tenía un sospechoso, no quería generar nuestro perfil habitual, ni señalar directamente al marido, sino que procuré dar munición a la policía para respaldar la detención.

Un robo a la luz del día en fin de semana en ese barrio, en una casa con dos coches aparcados en la entrada, era un delito de alto riesgo contra unas víctimas de bajo riesgo. Era muy improbable que se tratara de un robo.

Era totalmente incoherente con todo lo que habíamos visto durante nuestros años de investigación y consultas sobre casos de todo el mundo que un intruso entrara por una ventana de la segunda planta y bajara de inmediato sin comprobar las habitaciones de dicha planta.

No había pruebas de que el intruso llevara armas, lo que hacía muy improbable que se tratara de un homicidio premeditado. La señora Wolsieffer no había sido violada, lo que hacía que la versión de un intento de violación que había salido mal fuera muy improbable. No había pruebas, ni siquiera un intento de llevarse algo, otra razón por la que era dudoso que se tratara de un robo. Eso reducía considerablemente los potenciales motivos.

El método de la muerte, la estrangulación manual, es un crimen de tipo personal. Un desconocido no elegirá ese método, y menos alguien que lo haya planificado y haya hecho el esfuerzo de entrar en la casa.

La policía siguió construyendo su caso de forma metódica y meticulosa. Pese a estar convencidos de quién era el asesino, las pruebas seguían siendo circunstanciales y tenían que aguantar ante el tribunal. Entre tanto, Glen Wolsieffer se mudó a Falls Church, Virginia, en las afueras de Washington, D. C., y abrió una consulta dental allí. En 1989 se preparó una declaración jurada de causa probable y una orden de arresto en la que se hacía referencia a mi informe. El 3 de noviembre de 1989, treinta y ocho meses después del asesinato, un equipo formado por la policía estatal, la del condado y la local fue a Virginia y detuvo a Wolsieffer en su consulta.

Le dijo a uno de los agentes que lo detuvo:

—Todo fue muy rápido. Acabamos así, todo era borroso. —Más tarde declaró que hablaba del ataque del intruso, no del asesinato de su esposa.

Pese a que en aquella época ya había sido reconocido como experto en análisis de escenarios del crimen en varios estados, la defensa se refería a mí como «el hombre del vudú» por cómo llegaba a mis interpretaciones, y el juez al final dictó que no podía testificar. Aun así, la acusación pudo incluir lo que les había dicho. Unido al trabajo policial, consiguieron una condena por asesinato en tercer grado.

En el caso Wolsieffer había muchas alertas: la escalera desvencijada y mal colocada, la simulación de un delito sexual sin pruebas de agresión sexual, la incoherencia de las heridas por asfixia, la aparente falta de preocupación que demuestra no ir a ver a la mujer y la hija, el hecho de que la pequeña no se despertara por un ruido. Sin embargo, la alerta más importante de todas era la extrema falta de lógica de las supuestas acciones y comportamiento del intruso. Alguien que entra en una casa para cometer un delito, de cualquier tipo, primero se ocupará de la mayor amenaza, en este caso del hombre de la casa, de metro noventa y noventa kilos, y luego de la segunda amenaza, la mujer desarmada.

Un investigador siempre debe tener las antenas a punto para esas incoherencias. Tal vez por haber visto tantos casos, siempre somos muy conscientes de ir más allá de lo que la gente dice y procuramos averiguar lo que realmente indica el comportamiento.

En ciertos aspectos somos como actores que preparan un papel. El autor ve el texto escrito en el guion, pero lo que quiere interpretar es el «subtexto», de qué va realmente la escena.

Uno de los ejemplos más claros es el asesinato en 1989 de Carol Stuart y su marido gravemente herido, Charles, en Boston. Antes de terminar, convirtió en un caso célebre y amenazó con dividir a la comunidad.

Una noche, cuando la pareja volvía a casa en coche por Roxbury tras una clase de parto natural, fueron supuestamente atacados por un gran hombre negro mientras estaban parados en un semáforo. El sujeto disparó a Carol, de treinta años, y luego fue a por Charles, de veintinueve, que tenía graves heridas abdominales que requirieron dieciséis horas de cirugía. Pese a que los médicos del Brigham and Women’s Hospital hicieron todo lo posible por salvar a Carol, falleció pasadas unas horas. Su hijo, Christopher, nació en ese mismo momento por cesárea, pero murió al cabo de unas semanas. Charles aún se estaba recuperando en casa cuando se celebró el funeral de Carol, muy concurrido y divulgado.

La policía de Boston pasó a la acción y empezó a rondar a todos los hombres negros que encontraron que coincidían con la descripción que Charles había dado del agresor. Al final escogieron a uno en una rueda de reconocimiento.

Poco después, su historia empezó a aclararse. Su hermano Matthew dudaba de que se hubiera producido un robo cuando lo llamaron para ayudar a Charles a deshacerse de una bolsa que contenía los objetos supuestamente robados. El día después de que el fiscal del distrito anunciara que iba a acusar a Charles Stuart del asesinato, este se suicidó saltando de un puente.

La comunidad negra estaba indignada con razón por su acusación, igual que seis años después cuando Susan Smith mintió diciendo que un hombre negro había secuestrado a sus dos hijos. En el caso Smith, el sheriff local de Carolina del Sur salió al paso para calmar los ánimos. Gracias a su colaboración con los medios de comunicación y las autoridades federales (como nuestro agente, Jim Wright), se supo

la verdad en cuestión de días.

No funcionó con la misma eficacia en el caso Stuart, aunque me daba la sensación de que la policía podía haber analizado claramente lo que Stuart les había dicho y compararlo con lo que parecía decir el escenario. No todo el mundo llegaba tan lejos para simular un crimen, es decir, hasta dispararse de forma tan grave, No obstante, igual que en el caso Wolsieffer, si un supuesto agresor ataca primero a la menor amenaza, en la mayoría de casos las mujeres, tiene que haber un motivo. En cualquier situación de robo, el ladrón siempre intentará neutralizar al mejor rival primero. Si no se elimina la mayor amenaza antes, tiene que haber un motivo. El Hijo de Sam, David Berkowitz, disparaba primero a las mujeres, y en la mayoría de casos quedaban más gravemente heridas, porque eran su objetivo. El hombre solo estaba en el lugar erróneo en el momento equivocado.

El problema que plantean a las fuerzas de la ley los crímenes simulados es que es fácil implicarse emocionalmente con las víctimas y los supervivientes. Si alguien sufre una angustia evidente, queremos creerle. Si es un actor medio decente y el crimen parece auténtico en la superficie, la tendencia es no ir más allá. Como los médicos, podemos empatizar con las víctimas, pero no hacemos un favor a nadie si perdemos la objetividad.

«¿Qué tipo de persona haría algo así?».

Por dolorosa que pueda ser en ocasiones la respuesta, eso es lo que queremos averiguar.

16
«Dios quiere que te unas a Shari Faye»

Shari Faye Smith, una guapa y vivaracha estudiante de último curso del instituto, fue raptada cuando se detuvo en el buzón que había ante la casa de sus padres cerca de Columbia, Carolina del Sur. Volvía a casa de un centro comercial cercano donde había quedado con su novio estable, Richard. Eran las 15.38 de un cálido y soleado 31 de mayo de 1985, dos días antes de que Shari tuviera previsto cantar el himno nacional en la graduación de la Lexington High School.

Pasados unos minutos, su padre, Robert, encontró su coche en el inicio de la larga entrada a la casa. La puerta estaba abierta, el motor en marcha, y el bolso de Shari en el asiento. Presa del pánico, llamó de inmediato al departamento de policía del sheriff del condado de Lexington.

En Columbia, una comunidad orgullosa y tranquila que encarnaba la idea de los «valores familiares», no pasaban cosas como esa. ¿Cómo podía desaparecer esa joven rubia y extrovertida delante de su propia casa, y qué tipo de persona podía hacer algo así? El sheriff Jim Metts no lo sabía, pero notaba que tenía una patata caliente en las manos. Lo primero que hizo fue organizar lo que se convirtió en la persecución de mayor envergadura de la historia de Carolina del Sur. Agentes de la ley de agencias estatales y condados vecinos acudieron en su ayuda, con el apoyo de más de mil voluntarios civiles. Lo segundo que hizo Metts fue descartar con discreción como sospechoso a Robert Smith, que había suplicado en público el regreso de su hija. En todos los casos de desaparición o posible crimen contra una víctima de bajo riesgo siempre hay que tener en cuenta a la pareja, los padres y los familiares cercanos.

La angustiada familia Smith esperaba cualquier noticia, incluso una petición de rescate. Entonces recibieron una llamada de teléfono. Un hombre con la voz distorsionada afirmaba tener retenida a Shari.

—Para que sepáis que no es un fraude, Shari llevaba puesto un bañador negro y amarillo debajo de la camisa y los pantalones.

La madre de Shari, Hilda, le suplicó y se aseguró de que supiera que Shari era diabética y necesitaba alimentos, agua y medicación con regularidad. El secuestrador no pidió un rescate, solo dijo: «Recibiréis una carta hoy». La familia y los agentes de la ley se alarmaron aún más.

El siguiente movimiento de Metts era fruto de su experiencia y formación. Tanto él como el subsheriff Lewis McCarty habían estudiado en la Academia Nacional del FBI y tenían una excelente relación con la Agencia. Sin dudarlo, Metts llamó a Robert Ivey, agente especial al cargo de la sede de Columbia, Carolina del Sur, y a mi unidad en Quantico. Yo no estaba disponible, pero logró una respuesta rápida y empática de los agentes Jim Wright y Ron Walker. Tras analizar las circunstancias del

rapto, las fotografías del escenario y los informes de la llamada, los dos agentes coincidieron en que se trataba de un hombre sofisticado y extremadamente peligroso, y que la vida de Shari corría gran peligro. Temían que la chica pudiera estar muerta y que el sujeto no tardara en sentir el impulso de cometer otro crimen. Conjeturaron que lo que probablemente sucedió fue que el secuestrador vio a Shari y a su novio besándose en el centro comercial y después la había seguido hasta casa. Shari tuvo la mala suerte de pararse en el buzón. De no haber parado, o si hubieran pasado coches por la calle, el crimen jamás se habría producido. El departamento del sheriff instaló un equipo de grabación en casa de los Smith con la esperanza de que hubiera más comunicaciones.

Luego llegó una prueba crítica y muy inquietante. En todos mis años de carrera en las fuerzas de la ley, con todas las atrocidades casi increíbles que he visto, debo decir que es casi la más desgarradora. Era una carta manuscrita de dos páginas a la familia de Shari. A la izquierda, en mayúsculas, decía: «DIOS ES AMOR».

Por desagradable que me resulte leer la carta, es un documento tan extraordinario del carácter y el coraje de esa joven que debo reproducirlo completa:

6/1/85 3.10 A M OS QUIERO a todos

Testamento y últimas voluntades

Os quiero, mamá, papá, Robert, Dawn y Richard, y a los demás amigos y parientes. Ahora estaré con mi padre, así que, por favor, por favor, ¡no os preocupéis! Recordad mi personalidad alegre y los grandes momentos especiales que hemos compartido. No dejéis que esto os arruine la vida, seguid viviendo día a día por Jesús. Algo bueno saldrá de todo esto. Mis pensamientos siempre estarán con y en vosotros (ataúd cerrado). Os quiero a todos muchísimo, joder. Lo siento, papá, tenía que decir una palabrota. Que Dios me perdone. Richard, cariño, siempre te quise y aprecié nuestros momentos especiales. Os pido una cosa. Aceptad a Jesús como vuestro salvador personal. Mi familia ha sido la mayor influencia de mi vida. Siento lo del dinero del crucero. Algún día id en mi lugar, por favor.

Lo siento si os he decepcionado de alguna manera, solo quería que estuvierais orgullosos de mí porque yo siempre lo he estado de mi familia. Mamá, papá, Robert y Dawn, os quiero decir tantas cosas que os debería haber dicho antes. ¡Os quiero!

Sé que todos me queréis y me echaréis mucho de menos, pero si permanecéis juntos como siempre hemos hecho, ¡podéis hacerlo!

Por favor, no os volváis duros ni amargados. Todo sale bien para los que aman al Señor.

Todo mi amor, siempre

Os quiero a todos
Con todo mi corazón Sharon (Shari) Smith

P. D. Abuela, te quiero mucho. Siempre sentí que era tu favorita. ¡Tú eras la mía!

Os quiero mucho

El sheriff Metts envió las páginas al laboratorio criminal de SLED, la división de fuerzas policiales de Carolina del Sur, para que hicieran un análisis del papel y las huellas. Al leer la copia de la carta en Quantico tuvimos la certeza razonable de que el secuestro se había convertido en asesinato. Sin embargo, la familia Smith, muy unida y con una fe religiosa que se reflejaba de manera tan conmovedora en el texto de Shari, se aferraba a la esperanza. El 3 de junio por la tarde, Hilda Smith recibió una breve llamada preguntando si había llegado la carta.

—¿Me cree ahora?

—Bueno, no estoy segura de creerle porque no he oído ni una palabra de Shari y necesito saber si está bien.

—Lo sabrá en dos o tres días —dijo el secuestrador, inquietante.

Volvió a llamar esa tarde diciendo que Shari estaba viva, además de insinuar que la liberaría pronto. Sin embargo, muchas de las afirmaciones de esa persona nos decían lo contrario:

—Quiero decirle otra cosa: ahora Shari es parte de mí. Física, mental, emocional y espiritualmente. Nuestras almas ahora son una.

Cuando la señora Smith pidió una prueba de que su hija estaba bien, dijo:

—Shari está protegida… es parte de mí y Dios cuida de todos nosotros.

Al final se rastrearon todas las llamadas hasta cabinas de la zona, pero en aquella época para «atrapar y rastrear» una llamada se necesitaban unos quince minutos al teléfono, y nunca se logró. No obstante, el sistema de grabación estaba instalado y la sede del FBI nos envió las cintas. Cuando Wright, Walker y yo escuchamos cada una de las grabaciones, nos impresionó la fuerza y el control de la señora Smith al hablar con ese monstruo. Estaba claro de dónde salía Shari.

Con la esperanza de que hubiera más llamadas, Metts nos pidió que aconsejáramos a la familia sobre cómo afrontarlas. Jim Wright le dijo que deberían procurar reaccionar de forma muy parecida a un negociador de la policía que gestiona una situación con rehenes. Es decir, escuchar con atención, reformular todo lo que la persona dijera que pudiera tener importancia para asegurarse de que entendían el mensaje, intentar conseguir una reacción y que revelara más de sí mismo y sus intenciones. Eso podría tener varias ventajas. En primer lugar, podría alargar la llamada lo suficiente para rastrearlo y atraparlo. En segundo lugar, podría «calmar» al secuestrador si pensara que alguien lo escuchaba con empatía y le animaría a establecer más contactos.

Ni que decir tiene que ese grado de actuación controlada es mucho pedir para una familia horrorizada y paralizada por la pena. Pero la capacidad de los Smith para conseguirnos información importante era increíble.

El secuestrador llamó al día siguiente por la noche, y en esta ocasión habló con Dawn, la hermana de veintiún años de Shari. Habían pasado cuatro días desde la desaparición. Le dio detalles a Dawn sobre el secuestro, dijo que paró el coche al verla en el buzón, parecía simpática, le hizo unas cuantas fotografías y luego la

obligó a entrar en el coche a punta de pistola. Mediante esta y otras conversaciones, oscilaba entre mostrarse aparentemente simpático, cruelmente indiferente y vagamente arrepentido con que todo «se le hubiera ido de las manos».

Continuó su relato:

—De acuerdo, las cuatro y cincuenta y ocho de la tarde. No, lo siento, espere un momento. Las tres y diez de la tarde, sábado, 1 de junio, sí, escribió lo que recibisteis. A las cuatro y cincuenta y ocho del sábado 1 de junio nos convertimos en una sola alma.

—En una sola alma —repitió Dawn.

—¿Qué significa eso? —preguntó Hilda de fondo.

—Nada de preguntas ahora —repuso el secuestrador.

Nosotros sabíamos a qué se refería, pese a que él insistía en que «se acercaban bendiciones» y que Shari volvería la noche siguiente. Incluso le dijo a Dawn que tuviera una ambulancia preparada.

—Recibirán instrucciones de dónde encontrarnos.

Para nosotros, en Quantico, la parte más significativa de la conversación grabada era ese comentario sobre la hora: 4.58, para luego volver a las 3.10. La siniestra llamada que recibió Hilda al día siguiente por la tarde lo confirmó:

—Escuche con atención. Tome la autopista 378 al oeste hasta la rotonda. Coja la salida de Prosperity, recorra tres kilómetros, gire a la derecha en la señal de Moose Lodge número 103, siga cuatrocientos metros, tuerza a la izquierda en un edificio blanco, vaya al patio trasero y dos metros más allá estaremos esperando. Dios nos escogió. —Y colgó.

El sheriff Metts puso la grabación, que le llevó directamente al cadáver de Shari Smith, a cinco kilómetros en el condado vecino de Saluda. Llevaba el top amarillo y los pantalones cortos blancos con los que se la vio por última vez, pero la descomposición del cuerpo indicó al sheriff y al médico forense que llevaba varios días muerta; desde las 4.58 de la madrugada del 1 de junio (estábamos bastante seguros). De hecho, el estado en que se encontraba el cuerpo hacía imposible determinar el método del asesinato o si Shari había sido agredida sexualmente.

Pero Jim Wright, Ron Walker y yo estábamos convencidos de que su asesino había mareado a la familia con esperanzas de que regresaría lo justo para que las pruebas forenses esenciales se degradaran. En la cara y el pelo había un resto pegajoso de cinta aislante, pero la cinta en sí se había quitado, otro indicador de planificación y organización. Por lo general no empiezan bien organizados, lo que apuntaba a un individuo inteligente, algo mayor, que volvía al lugar donde había abandonado el cuerpo por algún tipo de satisfacción sexual. Cuando el cuerpo estuvo tan descompuesto que ya no pudo haber «relación» dejó de ir.

El rapto en sí, en plena tarde en una zona rural y residencial requería cierto grado de finura y sofisticación. Calculamos que rozaría la treintena, y yo me inclinaba por la edad más avanzada de ese rango. Por la crueldad gratuita de los juegos a los que

sometía a la familia, coincidimos en que probablemente se había casado pronto, un matrimonio breve y fracasado. En la actualidad viviría solo o con sus padres. Esperábamos que tuviera algún tipo de historial por agresiones a mujeres o por lo menos llamadas obscenas. Si tenía antecedentes por asesinato, sería de niños o chicas jóvenes. A diferencia de muchos asesinos en serie, no perseguiría a prostitutas; le intimidaban demasiado.

Las indicaciones precisas y la autocorrección con la hora nos daban otros datos importantes. Las indicaciones estaban muy pensadas y apuntadas por escrito. Había vuelto al escenario del crimen varias veces para hacer mediciones exactas. Cuando llamaba a la familia, estaba leyendo un guion. Entendía que debía trasmitir su mensaje y colgar el teléfono cuanto antes. Había perdido los nervios al teléfono varias veces cuando le interrumpían y tenía que volver a empezar. Quienquiera que fuese, era rígido y ordenado, meticuloso y obsesivamente limpio. Tomaba notas compulsivamente y perdía el hilo del pensamiento. Sabíamos que tenía que ir en coche al lugar donde raptó a Shari delante de su casa. Deduje por su personalidad que el vehículo estaría limpio y bien conservado, tres años de antigüedad o menos. En pocas palabras, era una presentación mixta de alguien cuya extrema arrogancia y desprecio por el mundo entero estúpido de ahí fuera entraba en conflicto continuo con la profunda inseguridad y los sentimientos de inadaptación.

En este tipo de caso, el escenario del crimen se convierte psicológicamente en parte del crimen. La geografía del crimen también apuntaba a un hombre de los alrededores, probablemente alguien que había vivido en la zona casi toda su vida. Por las cosas que quería hacer con Shari, y luego con su cuerpo, necesitaba tiempo a solas en un espacio aislado donde sabía que no le molestarían. Solo alguien de los aledaños sabría dónde estaban esos lugares.

La Unidad de Análisis de Señales de la Sección de Ingeniería del FBI nos dijo que la distorsión de la voz del autor de las llamadas se hacía con algo que llamaban «aparato de control de velocidad variable». Los teletipos solicitando ayuda para rastrear a los fabricantes y ventas al detalle se enviaron a las sedes de todo el país. A partir de ese informe dedujimos que el sujeto en cuestión tenía algún tipo de conocimiento de electrónica, y un posible empleo en la construcción o el campo de las reformas.

Al día siguiente, cuando Bob Smith hacía los preparativos finales del funeral en casa para enterrar a su hija pequeña, el asesino volvió a llamar, esta vez a cobro revertido, y pidió hablar con Dawn. Le dijo que se entregaría al día siguiente por la mañana y que las fotografías que le había hecho a Shari ante el buzón estaban en el correo de la familia. Pidió perdón y oraciones a la familia a través de Dawn con autocompasión. También insinuó que, en vez de entregarse, estaba pensando en suicidarse, y se lamentó de nuevo de que «esto se le hubiera ido de las manos, lo único que quería era hacer el amor con Dawn. La había observado unas cuantas…».

—¿Con quién? —le interrumpió Dawn.

—Con… lo siento, con Shari —se corrigió—. La observé durante unas semanas y bueno, se me fue de las manos.

Fue el primero de varios ejemplos en los que confundía a las dos hermanas, algo lógico porque las dos chicas eran rubias, guapas y extrovertidas y guardaban un parecido impresionante. En la prensa y televisión había aparecido una fotografía de Dawn, y lo que le atrajera de Shari probablemente también lo tenía Dawn. Al escuchar las grabaciones, era imposible no indignarse con esa actuación tan sádica e increíblemente autocomplaciente. Pero en ese momento sabía, por frío y calculador que suene, que Dawn podía servir de cebo para atrapar al asesino.

En una llamada ese mismo día a un presentador de la televisión local, Charlie Keyes, reiteró su intención de entregarse, anunció que quería que el popular Keyes hiciera de «mediador» y le prometió una entrevista en exclusiva. Aquel escuchó, pero se mantuvo distante y no le prometió nada.

En primer lugar, le dije a Lewis McCarty por teléfono, no tenía intención de rendirse. Tampoco iba a suicidarse. Le había dicho a Dawn que era «un amigo de la familia», cuando solo era lo bastante psicópata para querer que los Smith le entendieran y empatizaran con él. No creíamos que conociera a la familia, era solo parte de su fantasía de ser cercano y querido por Shari. Era un narcisista empedernido, y cuanto más se alargara la situación, le aconsejé a McCarty, mayor reacción conseguiría de la familia y más cómodo se sentiría con la experiencia. Volvería a matar a alguien muy parecido a Shari si lo encontraba, o a otra víctima de oportunidad si no la daba ella. El tema subyacente de todo lo que hacía era el poder, la manipulación, la dominación y el control.

La tarde del día del funeral de Shari, volvió a llamar y habló con Dawn. En una acción especialmente perversa, hizo que la operadora le dijera a Dawn que era una llamada a cobro revertido de Shari. De nuevo dijo que iba a entregarse, y luego entró en una descripción de una naturalidad y banalidad terribles de su muerte:

—Desde las dos de la madrugada, el momento en que ella supo realmente lo que ocurriría, hasta que murió a las cuatro cincuenta y ocho, hablamos mucho y de todo y ella escogió el momento. Dijo que estaba lista para irse, que Dios estaba listo para aceptarla como un ángel.

Describió las relaciones sexuales con ella y dijo que le había dado a escoger la muerte: por disparo, sobredosis o ahogamiento. Shari eligió la última y él la ahogó con cinta aislante sobre la boca y la nariz.

—¿Por qué tuviste que matarla? —le preguntó Dawn entre lágrimas.

—Se me fue de las manos. Me asusté porque, bueno, quién sabe, Dawn. No sé por qué. Que Dios me perdone. Espero arreglarlo o me enviará al infierno y estaré allí el resto de mi vida, pero no voy a ir a la cárcel o a la silla eléctrica.

Tanto Dawn como su madre suplicaron al asesino que se entregara a Dios en vez de suicidarse. En mi unidad estábamos bastante seguros de que no tenía ninguna intención de hacer ninguna de las dos cosas.

Dos semanas después del día del secuestro de Shari Smith, Debra May Helmick fue raptada en el patio delantero de la casa remolque de sus padres en el condado de Richland, a cuarenta kilómetros del hogar de los Smith. Su padre estaba en casa en ese momento, a seis metros. Un vecino vio a alguien parar en un coche, salir y hablar con Debra; luego la agarró de repente, la metió en el auto y salió disparado. El vecino y el señor Helmick salieron a perseguir el coche, pero lo perdieron. Como Shari, Debra era una rubia guapa de ojos azules. A diferencia de Shari, solo tenía nueve años.

El sheriff Metts inició una intensa operación para encontrarla. Entre tanto, el asunto empezaba a afectarme. Cuando haces el tipo de cosas que hacemos mi unidad y yo para ganarte la vida, debes mantener la distancia y objetividad del material y el tema del caso. Si no, te vuelves loco. Por difícil que hubiera sido el caso Smith hasta ahora, este último horrible giro lo hizo imposible. La pequeña Debra Helmick solo tenía nueve años, la misma edad que mi hija Erika, y también era rubia de ojos azules. Mi segunda hija, Lauren, solo tenía cinco años. Aparte de esa horrible sensación que me corroía de «podría ser mi hija», tenía el comprensible deseo de tener siempre a mis hijas conmigo y no perderlas de vista jamás. Cuando uno ve lo que yo he visto, no llegar a hacerlo y dar a tus hijos el espacio y la libertad que necesitan para vivir es una lucha emocional constante.

Pese a la diferencia de edad de las niñas Smith y Helmick, los horarios, las circunstancias y el modus operandi indicaban que probablemente se trataba del mismo agresor. Sabía que el departamento del sheriff y mi unidad estábamos de acuerdo. Lewis McCarty aceptó la lúgubre probabilidad de que estuvieran enfrentándose a un asesino en serie y voló a Quantico con todo el material del caso.

Walker y Wright revisaron todas las decisiones que habían definido el perfil y las recomendaciones que habían dado. Con la información añadida del nuevo crimen, no vieron motivo para cambiar su evaluación.

Pese a la distorsión de la voz, casi no había duda de que el sujeto desconocido era blanco. Ambos eran crímenes de motivación sexual perpetrados por un hombre adulto, inseguro e inadaptado. Ambas víctimas eran blancas, y no era habitual ver ese tipo de crímenes entre razas. El hombre era aparentemente tímido y educado, tenía poca autoestima y probablemente era fornido o tenía sobrepeso, y no era atractivo para las mujeres. Le dijimos a McCarty que esperábamos que nuestro hombre mostrara una conducta aún más compulsiva. La gente cercana notaría una pérdida de peso, tal vez bebiera mucho, no se afeitara con regularidad y estuviera deseoso de hablar sobre el asesinato. Alguien así de meticuloso seguiría con avidez las noticias en televisión y recopilaría las noticias de prensa. También coleccionaba pornografía, con especial énfasis en el bondage y el sadomasoquismo. Estaba disfrutando de su popularidad, su sensación de poder sobre sus víctimas y la comunidad, su capacidad de manipular a la afligida familia Smith. Como me temía, al no encontrar una víctima que encajara con sus fantasías y deseos, fue a por la víctima de oportunidad más

vulnerable. Teniendo en cuenta la edad de Shari, por lo menos era razonablemente fácil acercarse a ella. Pero si lo pensábamos bien, no creíamos que el tipo se sintiera muy bien con Debra Helmick, así que no esperábamos llamadas a la familia.

McCarty se fue a casa con una lista de veintidós puntos de conclusiones y características sobre el sujeto. Cuando regresó, le dijo a Metts: «Conozco a ese hombre. Ahora tenemos que averiguar cómo se llama».

Por gratificante que fuera su fe en nosotros, las cosas rara vez eran tan sencillas. Las agencias estatales y la sede en Columbia del FBI peinaron la zona en busca de rastros de Debra. Sin embargo, no hubo comunicación, ni peticiones, ni pruebas recientes. En Quantico esperábamos instrucciones, intentábamos prepararnos para lo que sucediera. La empatía que uno siente por la familia de un niño desaparecido es casi insoportable. A petición tanto del agente especial al cargo Ivey como del sheriff Metts, hice las maletas y volé a Columbia para ayudar sobre el terreno en lo que prometía ser un caso importante. Me llevé a Ron Walker. Era el primer viaje que hacíamos juntos desde que él y Blaine McIlwain me salvaron la vida en Seattle.

Lew McCarty nos recogió en el aeropuerto, no perdimos el tiempo y nos dispusimos a familiarizarnos con los diversos escenarios. McCarty nos llevó a los lugares donde habían sido raptadas. Hacía calor y había humedad, incluso para los estándares de Virginia. No había señales evidentes de lucha delante de las casas. El lugar donde se abandonó el cadáver de Smith era solo eso: estaba claro que el asesinato se había producido en otro sitio. No obstante, al ver las localizaciones estaba aún más convencido de que nuestro sujeto desconocido conocía muy bien la zona y, pese a que varias de las llamadas a los Smith habían sido de larga distancia, tenía que ser de los alrededores.

Hubo una reunión en el departamento del sheriff, que tenía un despacho impresionante, de unos nueve metros de largo, techos de varios metros de alto y las paredes completamente cubiertas de placas, certificados y recuerdos. Todo lo que había hecho en su vida estaba colgado en esas paredes, desde agradecimientos por haber resuelto casos hasta la valoración de las Girl Scouts. Se sentó en su enorme escritorio y el resto, Ron y yo, Bob Ivey y Lew McCarty, formamos un semicírculo alrededor de él.

—Ha dejado de llamar a los Smith —se lamentó.

—Haré que vuelva a llamar —aseguré.

Les dije que el perfil debería ser una valiosa ayuda en la investigación policial, pero que también deberíamos intentar obligarle a salir a la luz, y les expliqué algunas de las técnicas proactivas que tenía en mente. Pregunté si algún periodista de la prensa local colaboraría con nosotros. No era una cuestión de censura o de darle órdenes directas de qué tenía que escribir, pero tenía que ser alguien que comprendiera lo que intentábamos hacer y que no estuviera ansioso por jugárnosla como muchos periodistas.

Metts propuso a Margaret O'Shea, del periódico *Columbia State*. Ella accedió a

acudir a la oficina, donde Ron y yo intentamos explicarle la personalidad criminal y cómo creíamos que iba a reaccionar el individuo.

Le dijimos que seguía de cerca la prensa, sobre todo los artículos donde apareciera Dawn. Sabíamos por nuestra investigación que esos tipos a menudo regresaban a los escenarios del crimen o las tumbas de sus víctimas. Le aseguré que, con el artículo adecuado, podríamos hacerle salir a la luz y atraparlo. Por lo menos esperábamos poder hacerle volver a llamar. Le dije que habíamos contado con la estrecha colaboración de miembros de la prensa en los envenenamientos con Tylenol y que había servido de modelo de cómo queríamos hacer las cosas.

O'Shea aceptó darnos el tipo de cobertura que queríamos. Luego McCarty me llevó a conocer a los Smith y explicarles lo que queríamos que hicieran. Lo que tenía en mente, básicamente, era usar a Dawn de cebo. A Robert Smith le puso extremadamente nervioso, no quería poner en peligro a la hija que le quedaba. Por mucho que me preocupara esa estratagema, creía que era nuestra mejor opción, así que intenté calmar al señor Smith y le dije que el asesino de Shari era un cobarde y no iba a ir a por Dawn con tanta atención mediática y vigilancia. Tras estudiar las grabaciones telefónicas, estaba convencido de que Dawn era lista y valiente para hacer lo que pretendíamos.

Dawn me llevó a la habitación de Shari, que estaba intacta desde la última vez que estuvo ella. Era de esperar, es habitual en las familias que han perdido a un hijo de forma súbita y trágica. Lo primero que me impresionó fue el surtido que tenía Shari de koalas de peluche, de todas las formas, tamaños y colores. Dawn dijo que la colección era importante para Shari, y todos sus amigos lo sabían.

Pasé mucho tiempo en la habitación, intentando captar cómo era Shari. Podíamos atrapar al asesino, solo teníamos que tomar las decisiones correctas. Al cabo de un rato cogí un koala diminuto, de esos que abren y cierran los brazos si les aprietas los hombros. Le expliqué a la familia que, en unos días, el tiempo suficiente para conseguir una cobertura completa de la prensa, celebraríamos una misa en recuerdo de Shari en su tumba en el cementerio de Lexington, durante la cual Dawn dejaría el animal de peluche junto a un ramo de flores. Pensaba que había opciones de atraer al asesino hasta la misa, y aún más de que regresara una vez terminada la ceremonia para llevarse el koala como recuerdo tangible de Shari.

Margaret O'Shea comprendió exactamente el tipo de presión que necesitábamos y envió a un fotógrafo a la misa. Dado que aún no había lápida, habíamos construido un atril de madera blanca con la fotografía de Shari delante. La familia se quedó de pie junto a la tumba y ofreció oraciones por Shari y Debra. Luego Dawn agarró el koala de Shari y lo juntó por los brazos al tallo de una rosa de uno de los ramos que habían enviado al cementerio. En conjunto fue una experiencia extremadamente emocional y conmovedora. Mientras los Smith hablaban y un grupo de fotógrafos los retrataban para la prensa local, los hombres de Metts apuntaron con discreción las matrículas de todos los coches que pasaban. Lo que me molestaba era que la tumba estuviera tan

cerca de la calle. Pensé que un lugar tan poco resguardado podría intimidar al asesino, impedir que se acercara y al mismo tiempo permitirle ver lo que quería desde la calle. No podíamos hacer nada en cuanto a eso.

Al día siguiente aparecieron las fotografías en la prensa. El asesino de Shari no fue a buscar el koala esa noche como esperábamos. Creo que la cercanía de la calle lo asustó. Pero sí volvió a llamar. Poco después de medianoche, Dawn contestó al teléfono otra llamada a cobro revertido «de Shari Faye Smith». Tras confirmar que era Dawn la que estaba al teléfono y asegurarse de que «sabía que no era un fraude», hizo la declaración más espeluznante hasta entonces:

—De acuerdo, ya sabes que Dios quiere que vayas con Shari Faye. Solo es cuestión de tiempo. Este mes, el mes que viene, este año, el año que viene. No puedes estar protegida siempre. —Luego le preguntó si había oído hablar de Debra May Helmick.

—Eh, no.

—¿La niña de diez años? ¿H-E-L-M-I-C-K?

—¿Del condado de Richland?

—Sí.

—Ah.

—Bueno, escucha. Ve por la Uno norte… bueno, Uno oeste, gira a la izquierda en Peach Festival Road o Bill's Grill, sigue cinco kilómetros y medio por Gilbert, tuerce a la derecha por la última calle sucia y para en un cartel que dice «Two Notch Road», traspasa la cadena y la señal de «No pasar», camina cuarenta y cinco metros, gira a la izquierda y camina nueve metros. Debra May está esperando. Que Dios nos perdone a todos.

Se estaba volviendo más audaz y arrogante, ya no usaba el aparato para distorsionar la voz. Pese a la clara amenaza contra su vida, Dawn hizo todo lo posible por mantenerlo al teléfono lo máximo posible, mantuvo el buen juicio de una forma brillante y le pidió las fotografías de su hermana que le había prometido y nunca llegaron.

—Las debe de tener el FBI —dijo a la defensiva, de modo que reconocía que sabía de nuestro papel en el caso.

—No, señor —replicó Dawn—, porque cuando tienen algo nosotros también lo recibimos. ¿Las va a enviar?

—Sí, claro —respondió él con evasivas.

—Creo que está usted mareando la perdiz porque dijo que llegarían y no están.

Nos estábamos acercando, pero la responsabilidad de haber puesto a Dawn en más peligro me pesaba mucho. Mientras Ron y yo ayudábamos a las autoridades locales, los técnicos del laboratorio SLED de Columbia estaban sometiendo la única prueba sólida, las últimas voluntades y el testamento de Shari, a todo tipo de pruebas. Se había escrito en papel rayado de un bloc, y eso le dio una idea a un analista.

Con un aparato llamado «máquina Esta», que puede detectar impresiones casi

microscópicas en el papel causadas por las hojas que estaban encima en el bloc, detectó una lista parcial de la compra y lo que parecía una secuencia de números. Al final pudo sacar nueve cifras de una secuencia de diez: 205-837-13_8.

El código de Alabama es 205, y 837 es un lugar de cambio en Huntsville. Al trabajar con la división de seguridad de Southern Bell, SLED comprobó los diez posibles números de teléfono de Huntsville y luego los cruzó para ver si alguno estaba relacionado con el condado de Columbia-Lexington. Uno de ellos había recibido varias llamadas de un domicilio a solo veinticuatro kilómetros de casa de los Smith, varias semanas antes de que Shari fuera secuestrada. Era la mejor pista hasta el momento. Según los registros municipales, la casa era propiedad de una pareja de mediana edad, Ellis y Sharon Sheppard.

Armado con esa información, McCarty se llevó a varios adjuntos y se fue corriendo a casa de los Sheppard. La pareja fue cordial y amable, pero, aparte de que Ellis, de cincuenta años, era electricista, nada de él encajaba en el perfil. Los Sheppard llevaban muchos años felizmente casados y no tenía el pasado que habíamos pronosticado para el asesino. Admitieron haber hecho las llamadas a Huntsville, donde estaba destinado su hijo en el ejército, pero dijeron que estaban fuera de la ciudad cuando se cometieron los dos asesinatos. Tras una pista forense tan prometedora, el resultado fue decepcionante.

No obstante, McCarty había trabajado bastante tiempo con nosotros y creía que el perfil era preciso. Se lo explicó a los Sheppard y les preguntó si conocían a alguien que encajara.

Se miraron en un momento de lucidez. Coincidían en que era Larry Gene Bell.

Mediante las cuidadosas preguntas de McCarty, le contaron al subsheriff todo lo que sabían sobre Bell. Tenía treinta y pocos años, estaba divorciado y tenía un hijo que vivía con su exmujer. Era tímido y corpulento y trabajaba para Ellis instalando cables en varias casas y otros trabajillos. Meticuloso y ordenado, les había cuidado la casa durante las seis semanas que habían estado fuera; luego volvió al domicilio de sus padres. Sharon Sheppard recordó que apuntó el número de teléfono de su hijo en un bloc de notas para Gene, como lo llamaban, por si pasaba algo con la casa mientras él estaba allí. Ahora que lo pensaban, cuando los recogió en el aeropuerto solo quería hablar del secuestro y asesinato de la chica Smith. Les sorprendió su aspecto al verlo: había adelgazado, iba sin afeitar y parecía muy alterado.

McCarty le preguntó al señor Sheppard si tenía un arma. Ellis contestó que tenía una pistola del calibre 38 cargada en casa para protegerse. McCarty le pidió verla, y Ellis lo llevó obediente a donde guardaban el arma. No estaba. Los dos hombres buscaron por toda la casa y finalmente la encontraron: debajo del colchón de la cama donde había dormido Gene. La habían disparado y estaba atascada. Debajo del colchón también había un número de la revista *Hustler* en el que aparecía una rubia guapa atada en la posición de la crucifixión. Cuando McCarty les puso un fragmento de una de las llamadas a Dawn, Ellis estuvo seguro de estar escuchando la voz de

Larry Gene Bell: «No tengo dudas».

Hacia las dos de la madrugada, Ron Walker llamó a mi puerta y me sacó de la cama. Acababa de recibir una llamada de McCarty, que nos contó lo de Larry Gene Bell y nos pidió que fuéramos a su despacho enseguida. Entre todos hicimos encajar las pruebas y el perfil. Era asombroso la precisión con la que encajaban. Parecía que habíamos dado en el blanco. En las fotografías del sheriff aparecía un coche registrado a nombre de Bell en la calle cercana a la tumba, pero el conductor no había salido.

Metts tenía previsto detener a Bell cuando saliera de trabajar por la mañana, y quería mi consejo para llevar el interrogatorio. Detrás del despacho había un camión que el departamento había obtenido en un operativo antidrogas que usaron como oficina auxiliar. Les sugerí que lo convirtieran en un centro «operativo» para el caso. Pusieron fotografías del caso y mapas de los escenarios del crimen en las paredes y colocaron un montón de carpetas y materiales del caso sobre las mesas. Les dije que llenaran el camión de agentes que parecieran muy atareados para dar la sensación de que había un montón de pruebas contra el asesino.

Sería difícil conseguir una confesión, les advertimos. Carolina del Sur era la capital de la pena de muerte, y como mínimo el tipo esperaba una cadena perpetua dura como pederasta y asesino; no eran las circunstancias óptimas para alguien que aprecie su vida y su integridad física. La mejor opción era un escenario en el que se salvaran las apariencias: intentar atribuir parte de la culpa a las víctimas, por ofensivo que fuera para los interrogadores, o dejarle explicarse con una defensa basada en la demencia. Los acusados que no tenían otra salida solían recurrir a eso, aunque, estadísticamente, rara vez los jueces lo aceptan.

Los adjuntos del sheriff detuvieron a Larry Gene Bell a primera hora de la mañana cuando salía de casa de sus padres para trabajar. Jim Metts observó con atención su cara cuando lo introdujeron en el camión «operativo». «Era como si le hubieran encalado la cara», informó el sheriff. «Lo puso en la perspectiva psicológica adecuada». Le leyeron los derechos, renunció a ellos y accedió a hablar con los investigadores.

Los agentes estuvieron con él casi todo el día mientras Ron y yo esperábamos en el despacho de Metts y recibíamos boletines sobre el progreso y les orientábamos acerca de qué hacer a continuación. Entre tanto, agentes armados con una orden de registro estaban examinando el domicilio de Bell. Como podríamos haber pronosticado, los zapatos estaban perfectamente alineados debajo de la cama, el escritorio ordenado con meticulosidad, incluso las herramientas del maletero de su coche de tres años bien conservado estaban igual de ordenadas. En el escritorio encontraron las indicaciones para llegar a casa de sus padres escritas exactamente de la misma manera que las instrucciones que dio para localizar los cadáveres de Smith y Helmick. Hallaron más pornografía bondage y sadomasoquista, tal como esperábamos. Los técnicos descubrieron cabellos en la cama que coincidían con los

de Shari, y el sello conmemorativo que usó para enviar sus últimas voluntades y testamento coincidía con una hoja de un cajón del escritorio.

Enseguida emergió su pasado. Como habíamos pronosticado, había estado implicado en varios incidentes sexuales desde pequeño, una práctica que finalmente se le fue de las manos cuando a los veintiséis años intentó forzar a una mujer casada de diecinueve en su coche con un cuchillo. Para evitar ir a la cárcel aceptó un tratamiento psiquiátrico, pero lo dejó después de dos sesiones. Cinco meses después intentó forzar a una universitaria a entrar en su coche a punta de pistola. Recibió una condena de cinco años y quedó en libertad condicional a los veintiún meses. Mientras estaba en libertad condicional realizó más de ochenta llamadas obscenas a una niña de diez años. Se declaró culpable y solo le impusieron más libertad condicional.

En el camión, Bell no hablaba. Negó cualquier implicación en los crímenes; solo admitió su interés por ellos. Incluso cuando le pusieron las cintas, se mostró impasible. Unas seis horas después, dijo que quería hablar con el sheriff Metts personalmente. Metts entró y de nuevo le leyó sus derechos, pero no confesó nada.

A última hora de la tarde, Ron y yo seguíamos en la oficina del sheriff cuando Metts y el fiscal del distrito Don Meyers entraron con Bell. Era gordo y blando, me recordaba al muñeco gigante de *Los Cazafantasmas*. Ron y yo nos quedamos sorprendidos, y Meyers le dijo a Bell con su acento de Carolina:

—¿Sabes quiénes son estos chicos? Son del F-B-I. ¿Sabes? Hicieron un perfil y encaja contigo hasta el último detalle. Ahora estos chicos van a hablar contigo un rato.

Lo sentaron en el sofá blanco que había contra la pared, se fueron y nos dejaron solos con Bell.

Yo estaba sentado en el borde de la mesita que había justo enfrente de Bell. Ron estaba detrás, de pie. Aún llevaba la misma ropa con la que había salido del motel mucho antes del amanecer, una camisa blanca y unos pantalones casi iguales blancos. Lo llamo mi uniforme de Harry Belafonte, pero en este contexto, en la sala blanca con el sofá blanco, parecía un médico, casi un extraterrestre.

Empecé a informar a Bell sobre nuestro estudio de asesinos en serie y le dejé claro que, gracias a nuestra investigación, comprendía perfectamente la motivación del individuo responsable de esos homicidios. Le dije que tal vez llevaba todo el día negando los crímenes porque intentaba reprimir pensamientos que no le hacían sentir bien.

—Una de las cosas que he descubierto con las visitas a los centros penitenciarios y las entrevistas a todos esos sujetos es que la verdad casi nunca se escapa del pasado de la persona. Por lo general, cuando se produce un crimen de este tipo, para la persona que lo comete es como una pesadilla. Sufren muchos factores estresantes y desencadenantes en su vida: problemas económicos, conyugales o con una novia.

Mientras yo hablaba, él asentía como si tuviera todos esos problemas.

Luego dije:

—La cuestión para nosotros, Larry, es que cuando vayas al juzgado, probablemente tu abogado no querrá que subas al estrado, así que nunca tendrás la oportunidad de explicarte. Solo se conocerá tu lado malo, nada bueno de ti, solo que eres un asesino a sangre fría. Como digo, es muy común cuando la gente hace este tipo de cosas, es como una pesadilla, y cuando al día siguiente despiertan no pueden creer que hayan cometido el crimen.

Mientras hablaba, Bell seguía asintiendo como si estuviera de acuerdo.

En ese momento no le pregunté directamente si él cometió los asesinatos, porque sabía que, si lo formulaba así, la respuesta sería negativa. Así que me incliné hacia él y le interpelé:

—¿Cuándo empezaste a sentirte mal por el crimen, Larry?

Y él respondió:

—Cuando vi una fotografía y leí una noticia sobre la familia rezando en el cementerio.

Luego dije:

—Larry, ya que estás aquí sentado, ¿tú hiciste esto? ¿Podrías haberlo hecho tú? —En este tipo de situaciones, intentamos evitar palabras acusatorias o incendiarias como «matar», «crimen» y «asesinato».

Levantó la mirada con lágrimas en los ojos y dijo:

—Solo sé que el Larry Gene Bell que está aquí sentado no podría haberlo hecho, pero el Larry Gene Bell malo, sí.

Sabía que era lo más parecido a una confesión que íbamos a conseguir. Sin embargo, Don Meyers quiso que probáramos otra cosa, y estuve de acuerdo. Pensaba que si Bell veía cara a cara a la hermana y la madre de Shari, conseguiríamos una reacción instantánea.

Hilda y Dawn aceptaron hacerlo, así que las preparé para lo que quería que dijeran y cómo quería que actuaran. Luego fuimos al despacho de Metts, que estaba sentado tras su enorme escritorio, Ron Walker y yo a ambos lados de la sala, formando un triángulo. Hicieron pasar a Bell y lo sentaron en el medio, de cara a la puerta. A continuación llamaron a Hilda y Dawn y le pidieron a Bell que dijera algo. Él seguía con la cabeza gacha, como si no se atreviera a mirarlas.

Sin embargo, tal como le pedí, Dawn lo miró a los ojos y dijo:

—¡Eres tú! Sé que eres tú, reconozco la voz.

Él no lo negó, pero tampoco lo admitió. Empezó a repetirles todo lo que yo había usado para hacerle hablar. Les contó lo de que el Larry Gene Bell que estaba ahí sentado no podría haberlo hecho y las demás tonterías. Aún espero que se aferre a una defensa basada en la enajenación mental y lo saque todo.

Así continuó un rato. La señora Smith no paraba de hacer preguntas para sacarlo de quicio. Por dentro, estoy seguro de que a todo el mundo se le revolvía el estómago por tener que escucharlo.

De pronto se me ocurrió una idea. Pensé si Dawn o Hilda iban armadas. ¿Alguien

había comprobado si llevaban un arma? Porque no recordaba a nadie haciéndolo. Así que ahora estaba todo el tiempo en el borde de mi asiento, prácticamente balanceándome sobre los talones, listo para agarrar una pistola o desarmar a alguna de ellas si estiraban el brazo hacia el bolso. Yo sé lo que querría hacer en una situación así si fuera mi hija, y muchos otros padres se sienten igual. Era la ocasión perfecta para matar a ese tipo, y ningún jurado del mundo la condenaría.

Por suerte, Dawn y Hilda no intentaron entrar un arma. Tenían más control y fe en el sistema del que habría tenido yo, pero Ron lo comprobó más tarde y nadie las había cacheado.

Larry Gene Bell fue juzgado por el asesinato de Shari Faye Smith a finales del mes de enero siguiente. Debido a la enorme cobertura, se celebró en el condado de Berkeley, cerca de Charleston. Don Meyers me pidió que testificara como experto sobre el perfil y cómo se elaboró, así como sobre el interrogatorio al acusado.

Bell no subió al estrado y nunca volvió a admitir ninguna culpa. Lo que me dijo en el despacho del sheriff Metts fue lo más cerca que estuvo de confesar. Pasó la mayor parte del juicio tomando numerosas y compulsivas notas en el mismo tipo de bloc en el que se habían escrito las últimas voluntades y el testamento de Shari Smith. No obstante, el caso era bastante convincente. Tras casi un mes de testimonios, el jurado solo necesitó cuarenta y siete minutos para emitir su veredicto de culpabilidad de secuestro y asesinato en primer grado. Cuatro días después, tras más deliberaciones y recomendaciones del jurado, fue condenado a muerte por electrocución. Fue juzgado por separado por el secuestro y asesinato de Debra May Helmick. Ese jurado no necesitó mucho más tiempo para llegar al mismo veredicto y castigo.

Desde mi punto de vista, el caso de Larry Gene Bell fue un ejemplo de la mejor actuación de las fuerzas de la ley. Se produjo una fantástica colaboración entre muchas agencias del condado, estatales y federales, un liderazgo sensato y enérgico local, dos familias heroicas y una simbiosis perfecta entre el análisis del perfil psicológico y el escenario del crimen y las técnicas policiales y forenses tradicionales. Trabajando juntos, paramos a un asesino en serie cada vez más peligroso al principio de su potencial carrera. Me gustaría que sirviera de modelo para futuras investigaciones.

Dawn Smith siguió haciendo cosas impresionantes en su vida. Un año después del juicio, fue Miss Carolina del Sur y subcampeona en el concurso de Miss América. Se casó, siguió sus ambiciones musicales y se convirtió en cantante de country y de góspel. La veo en televisión de vez en cuando.

En el momento de escribir este libro, Larry Gene Bell sigue en el corredor de la muerte del correccional central de Carolina del Sur, donde mantiene su celda muy limpia y ordenada. La policía cree que es el autor de otros asesinatos de niñas y

chicas jóvenes en Carolina del Norte y del Sur. A mi juicio, basado en la investigación y la experiencia, no es posible rehabilitar a este tipo de individuos. Si llega a salir, volverá a matar. Y para los que argumentan que tanto tiempo en el corredor de la muerte constituye un castigo cruel e insólito, estaría de acuerdo hasta cierto punto. Retrasar la imposición de la pena última es cruel e insólito para las familias Smith y Helmick, para los que conocieron y amaron a esas dos chicas y para todos aquellos que queremos que se haga justicia.

17
Cualquiera puede ser una víctima

El 1 de junio de 1989, un pescador vio desde su barca tres «ahogados» en la bahía de Tampa, Florida. Se puso en contacto con la guardia costera y la policía de St. Petersburg, que sacaron del agua los tres cadáveres, muy descompuestos. Todos eran de mujeres, atadas de pies y manos con una combinación de cuerda de plástico amarillo y cuerda blanca normal. Las tres se habían sumergido atadas por el cuello a bloques de veintidós kilos. Los bloques tenían dos agujeros, no tres, como los más comunes. Los cadáveres tenían la boca tapada con cinta aislante plateada y, por los restos, parecía que les habían tapado los ojos cuando las lanzaron al agua; además, las tres llevaban camisetas y la parte superior del biquini. La parte de abajo faltaba, lo que apuntaba a una motivación sexual en el crimen, aunque el estado de los cuerpos en el agua no permitió que el forense determinara si había habido agresión sexual.

Gracias a un coche que había cerca de la orilla, pudo identificarse los cadáveres: Joan Rogers, treinta y ocho años, y sus dos hijas, Michelle, de diecisiete, y Christie, de quince. Vivían en una granja en Ohio, y eran sus primeras vacaciones de verdad. Ya habían estado en Disney World y se alojaban en el Day's Inn, en St. Petersburg, antes de volver a casa. El señor Roger pensó que no podía ausentarse de la granja y no había acompañado a su mujer e hijas.

El examen del contenido del estómago de las tres mujeres, contrastado con la entrevista a empleados del restaurante del Day's Inn, fijaron la hora de la muerte aproximadamente en cuarenta y ocho horas antes. La única prueba forense tangible era una nota garabateada encontrada en el coche con las indicaciones para ir del Day's Inn al lugar donde se encontró el coche. Por el otro lado estaban las indicaciones y el dibujo de un mapa para ir de Dale Mabry, una frecuentada calle comercial de St. Petersburg, al hotel.

El caso se convirtió de inmediato en una gran noticia que implicaba a los departamentos de policía de St. Petersburg y Tampa y el departamento del sheriff del condado de Hillsborough. El miedo en la sociedad era palpable. Si esas tres turistas inocentes de Ohio podían ser asesinadas así, pensó todo el mundo, cualquiera podía ser una víctima.

La policía intentó rastrear la nota y contrastó la letra con la de los empleados del hotel y los dependientes de tiendas y oficinas de la zona de Dale Mabry, donde empezaban las indicaciones. No averiguaron nada. No obstante, la naturaleza brutal y sexual de los asesinatos era alarmante y significativa. La oficina del sheriff de Hillsborough se puso en contacto con la sede del FBI en Tampa y les dijo: «Podríamos tener un caso de asesino en serie». Aun así, la colaboración entre las tres jurisdicciones policiales y el FBI no condujo a avances importantes.

Jana Monroe era una agente de la sede de Tampa. Antes de llegar a la Agencia fue agente de policía y luego detective de homicidios en California. En septiembre de 1990, después de entrevistarla Jim Wright y yo para una vacante en la unidad, solicitamos que la destinaran a Quantico. Jana había sido coordinadora de perfiles en la sede local, y cuando entró en la unidad el de Rogers fue uno de sus primeros casos.

Representantes de la policía de St. Pete volaron a Quantico y presentaron el caso a Jana, Larry Ankrom, Steve Etter, Bill Hagmaier y Steve Mardigian. Luego trazaron un perfil que describía a un hombre blanco de treinta y tantos o cuarenta y tantos años, con un trabajo no cualificado del tipo mantenimiento de casa, con pocos estudios, un historial de agresiones sexuales y físicas y factores estresantes desencadenantes antes del asesinato. En cuanto pasara el ajetreo de la investigación se iría de la zona, pero, como John Prante en el caso de Karla Brown, podría volver más tarde.

Los agentes confiaban en el perfil, pero este no desembocó en una detención. Avanzaban poco. Necesitaban un enfoque más proactivo, así que Jana fue a *Misterios sin resolver*, uno de los programas de televisión que a menudo conseguía buenos resultados localizando e identificando a sujetos desconocidos. Tras la aparición de Jana y su descripción del crimen, se generaron miles de pistas, pero ninguna sirvió.

Siempre digo a mi gente que, si algo no funciona, se prueba otra cosa, aunque no se haya probado nunca. Eso hizo Jana. La nota de indicaciones garabateadas parecía el único objeto que relacionaba a las víctimas con el asesino, pero hasta entonces no había sido muy útil. Como el caso era muy conocido en la comunidad de Tampa-St. Pete, se le ocurrió la idea de hacer carteles con ella por si alguien reconocía la letra. Los círculos de las fuerzas de la ley saben que la mayoría de la gente no reconoce la letra de nadie que no sea de su familia cercana o amigos íntimos, pero Jana pensó que tal vez saliera alguien, sobre todo si el sujeto había sido agresivo y una esposa o pareja buscaba un motivo para acabar con él.

Varios empresarios locales donaron espacio en carteles, y la nota se reprodujo para que todo el mundo la viera. En unos días, tres individuos que no se habían conocido nunca llamaron a la policía para identificar la letra de Oba Chandler, un hombre blanco de cuarenta y tantos años. Instalador de revestimiento de aluminio no autorizado, esas tres personas lo demandaron cuando su revestimiento recién colocado se soltó tras la primera lluvia fuerte. Estaban tan seguros de que era él porque todos tenían una copia manuscrita de su respuesta legal a los cargos.

Además de la edad y la profesión, encajaba en el perfil en otros aspectos clave. Tenía un historial de crímenes contra la propiedad, agresión y violencia y agresión sexual. Se mudó de la zona cuando pasó el alboroto, aunque no sintió la necesidad de irse de la región. El desencadenante era que su esposa actual acababa de tener un hijo que él no deseaba.

Como ocurre a menudo cuando puedes hacer algo para abrir un caso, tras oír los detalles del asesinato apareció otra víctima. Una mujer y su amiga conocieron a un

hombre que encajaba con la descripción de Chandler que quería que salieran con él en su barco en la bahía de Tampa. A la novia todo le dio un mal pálpito y se negó, así que la otra mujer fue amiga.

Cuando estaban en medio de la bahía, intentó violarla. Ante la resistencia de ella, le advirtió: «No grites o te pongo cinta aislante en la boca, te ato a un bloque y te ahogo».

Oba Chandler fue detenido, juzgado y declarado culpable de asesinato en primer grado de Joan, Michelle y Christie Rogers. Fue condenado a muerte.

Sus víctimas eran personas normales y confiadas cuya selección fue casi aleatoria. A veces la selección era completamente aleatoria, lo que demuestra que la espeluznante frase de que cualquiera puede ser una víctima es cierta. En situaciones como esa, como en el caso Rogers, las técnicas proactivas son esenciales.

A finales de 1982, varias personas murieron de forma repentina y misteriosa en la zona de Chicago. Al poco tiempo, la policía de Chicago estableció una conexión entre las muertes y aisló la causa: todas las víctimas habían tomado cápsulas de Tylenol envenenadas con cianuro. Cuando la cápsula se rompía en el estómago, la muerte era rápida.

Ed Hagarty, el agente especial al cargo de Chicago, me pidió que entrara en la investigación. Nunca había trabajado en un caso de falsificación de productos, pero cuando lo pensé imaginé que gran parte de lo que había aprendido en las entrevistas en la cárcel y la experiencia con otros tipos de agresiones también se podría aplicar en ese caso. En el código del FBI, el caso se hizo conocido como «Tymurs».

El principal problema al que se enfrentaban los investigadores era la naturaleza aleatoria de los envenenamientos. Dado que el agresor no atacaba a una víctima específica ni estaba presente en el escenario del crimen, el tipo de análisis que solíamos hacer no revelaría nada directamente.

En apariencia, los homicidios no tenían motivación ninguna, es decir, no tenían un motivo tradicional y reconocible como el amor, los celos, la avaricia o la venganza. El envenenador podía estar atacando al fabricante, Johnson & Johnson, a cualquiera de las tiendas que vendían el producto, a una o más de las víctimas o a la sociedad en general.

Para mí esos envenenamientos eran el mismo tipo de acto que las bombas aleatorias o el lanzar rocas desde un puente a los coches que pasan debajo. En todos esos crímenes el atacante nunca ve la cara de la víctima. Me imaginé al agresor como David Berkowitz, que disparaba a coches oscuros, más preocupado por desahogar su rabia que por atacar a un tipo concreto de víctima. Si ese tipo de sujeto viera la cara de sus víctimas, tal vez se lo habría pensado o habría tenido remordimientos.

Comparando con otros crímenes aleatorios y cobardes, pensé que entendía cómo sería el sujeto desconocido. Pese a que tratábamos otro tipo de crimen, el perfil me

resultaba familiar en muchos sentidos. Nuestra investigación había demostrado que los sujetos que mataban indiscriminadamente sin buscar notoriedad suelen estar motivados sobre todo por la rabia. Pensé que el tipo tendría períodos de grave depresión y sería un inadaptado, un tipo desesperado que habría fracasado durante toda su vida en el colegio, el trabajo y las relaciones.

Era probable que estadísticamente el sujeto encajara en el molde del asesino: un hombre blanco rozando la treintena, un solitario noctámbulo. Tal vez iba a casa de las víctimas o visitaba las tumbas, quizá dejaba algo significativo allí. Esperaba que tuviera un puesto de trabajo tan cercano al poder y la autoridad como pudiera: conductor de ambulancia, guarda de seguridad, guardia de tienda o auxiliar de policía. Probablemente tenía experiencia militar, ya fuera en el ejército o la marina.

Se había sometido a un tratamiento psiquiátrico antes y se había medicado para controlar su problema. Su coche tendría como mínimo cinco años de antigüedad y no estaría bien conservado, pero representaba fuerza y poder, como un modelo Ford, que gustaba a los departamentos de policía. Aproximadamente en el momento del primer envenenamiento, el 28 o 29 de septiembre, habría experimentado un factor estresante desencadenante del que culpaba a la sociedad en general y que alimentaba su rabia. Una vez se hizo público el caso, lo comentaría con quien quisiera escucharle en bares, tiendas y con la policía. El poder que representaban esos crímenes era un gran impulso para su ego, lo que indicaba que seguramente tenía un diario o un recopilatorio de la cobertura mediática.

Le dije a la policía que también era probable que hubiera escrito a personas con posiciones de poder, como el presidente, el director del FBI, el gobernador o el alcalde, para quejarse de las supuestas injusticias cometidas con su persona. En las primeras cartas firmaba con su nombre. A medida que pasaba el tiempo sin recibir lo que consideraba una respuesta adecuada de nadie, se puso furioso al ver que no le hacían caso. Esos asesinatos aleatorios podrían ser su manera de devolvérsela a todos aquellos que no le tomaban en serio.

Finalmente, les advertí de que no le dieran mucha importancia a la elección del Tylenol como medio para envenenar. Era una operación tosca, chapucera. El Tylenol era un medicamento común y las cápsulas fáciles de abrir. Como mínimo era tan probable que le gustara el envoltorio como que tuviera una cuenta pendiente con Johnson & Johnson.

Igual que con los que ponían bombas, los pirómanos y otros casos parecidos, en una gran ciudad como Chicago mucha gente encajaría en el perfil general. Por tanto, como en el caso Rogers, era más importante centrarse en técnicas proactivas. La policía debía mantener la presión en el sujeto y no dejarle respirar. Una de las maneras de hacerlo era hacer declaraciones solo positivas. Al mismo tiempo, les aconsejé que no lo provocaran llamándolo loco, aunque, por desgracia, ya estaba ocurriendo.

No obstante, lo más importante era animar a la prensa a publicar artículos que

humanizaran a las víctimas, pues la propia naturaleza del crimen tendía a deshumanizarlas en la mente del sujeto desconocido. En concreto, pensé que empezaría a sentir algo de culpa si se le obligaba a enfrentarse con el rostro humano de una niña de doce años que había muerto, y tal vez así pudiéramos llegar hasta él.

Como variante de lo que intentamos en Atlanta y en el caso de Shari Smith, propuse que celebraran un velatorio en las tumbas de algunas de las víctimas, pues creía que el sujeto desconocido asistiría. Consciente de que era probable que el tipo no se sintiera bien consigo mismo, también les recomendé que ejercieran mucha presión en los aniversarios asociados a los crímenes.

Pensé que podíamos animarle a visitar tiendas concretas, igual que habíamos podido «dirigir» a los atracadores de bancos de Milwaukee y Detroit para que atacaran oficinas concretas en las que estábamos esperándolos. Por ejemplo, la policía podía filtrar información sobre los pasos que iba dando para proteger a los clientes de una tienda concreta. Pensé que el tipo se sentiría impulsado a visitar esa tienda para ver de primera mano los efectos de sus acciones. Una variante sería publicar un artículo sobre un arrogante encargado de tienda que declarara lo mucho que confiaba en la seguridad de su establecimiento y que sería imposible que el envenenador del Tylenol alterara algún producto de sus estantes. Otra versión de esa estratagema sería que la policía y los agentes del FBI dieron respuesta a «una pista caliente» en una tienda en concreto con publicidad de los dependientes. Al final sería una falsa alarma, pero el agente de policía declararía ante las cámaras que la capacidad de investigación de su departamento era tan eficaz que su sujeto desconocido decidió no introducir el Tylenol envenenado. Sería un desafío indirecto que le costaría desdeñar.

Podíamos presentar a un psiquiatra humanitario que diera una entrevista en la que apoyara al sujeto, lo categorizara de víctima de la sociedad y por tanto le proporcionara un escenario en que salvara la imagen. El sujeto llamaría o acudiría a la consulta del médico, donde estaríamos listos para atraparlo.

Pensé que, si los agentes creaban un grupo de voluntarios para ayudar a la policía con las pistas telefónicas, el sujeto se presentaría voluntario. Si hubiéramos podido hacer algo así en Atlanta, creo que habríamos visto a Wayne Williams. Ted Bundy, en su época, se presentó voluntario en un centro de crisis de violaciones de Seattle.

Siempre hay algún recelo por parte de las fuerzas de ley ante la colaboración demasiado estrecha con los medios, o a utilizarlos. Me ha ocurrido en varias ocasiones en mi carrera. A principio de la década de 1980, cuando el programa de perfiles era relativamente nuevo, me llamaron de la sede central para una reunión con la División de Investigación Criminal y la asesoría legal de la Agencia para explicar algunas de mis técnicas proactivas.

—John, no estás mintiendo a la prensa, ¿verdad?

Les di un ejemplo reciente de cómo un enfoque proactivo con los medios de comunicación había funcionado. En San Diego, se halló el cadáver de una mujer

joven en las colinas, estrangulada y violada, con un collar y una correa de perro en el cuello. Se encontró el coche junto a una de las autopistas. Aparentemente se había quedado sin gasolina y el asesino la había recogido, como buen samaritano o por la fuerza, y llevado hasta donde fue encontrada.

Propuse a la policía que dieran información a la prensa en un orden concreto. Primero, tenían que describir el crimen y nuestro análisis del mismo. En segundo lugar, debían hacer hincapié en la implicación del FBI con las autoridades estatales y locales y en que, «aunque tardemos veinte años, vamos a atrapar a ese tipo». Y tercero, que en una carretera transitada como donde habían recogido a la chica, alguien tenía que haber visto algo. Quería que en la tercera historia se dijera que alguien había informado de algo sospechoso hacia la hora del rapto y que la policía estaba pidiendo al público general que le proporcionara información.

Mi razonamiento era que, si el asesino pensaba que alguien podía haberlo visto en algún momento (lo que probablemente era cierto), sentiría la necesidad de neutralizar eso con la policía y explicar y justificar su presencia en el escenario del crimen. Saldría a la luz para decir algo parecido a: «Pasé en coche y vi que estaba parada. Paré, le pregunté si necesitaba ayuda, pero me dijo que estaba bien, así que me marché».

La policía busca ayuda de la sociedad continuamente a través de los medios de comunicación, pero no suelen considerarlo una técnica proactiva. Me pregunto cuántas veces han aparecido agresores que se les escaparon de entre los dedos por no saber qué buscaban. Por cierto, no insinúo que los testigos auténticos deban temer ofrecer su testimonio. No os convertiréis en sospechosos, sino que ayudaréis a propiciar la detención de uno.

En el caso de San Diego, la técnica funcionó exactamente como tenía previsto. El sujeto desconocido se entrometió en la investigación y lo atrapamos.

—De acuerdo, Douglas, ya vemos lo que pretendes —contestó el personal de la sede central del FBI a regañadientes—. Pero mantennos informados cuando creas que vayas a usar esta técnica. —Cualquier novedad o innovación asustaba a la burocracia.

Esperaba que, de una forma u otra, la prensa ayudara a que el envenenador del Tylenol saliera a la luz. Bob Greene, el popular columnista del *Chicago Tribune*, se reunió con la policía y el FBI. Luego escribió un conmovedor artículo sobre Mary Kellerman, de doce años, la víctima más joven del envenenador, hija única de una pareja que no podía tener más hijos. Cuando se publicó el artículo, había agentes de la policía y el FBI vigilando la casa y la tumba de la víctima. Creo que la mayoría de la gente implicada pensaba que era una tontería, que los asesinos corroídos por la culpa o a los que les gustaba recordar en realidad no visitaban las tumbas de sus víctimas. Les invité a dejar pasar una semana.

Aún estaba en Chicago cuando la policía vigilaba el cementerio, y sabía que si no conseguían nada me enfrentaría a su ira. Las vigilancias son aburridas, incómodas, aunque sea en las mejores condiciones. Son todavía peores en un cementerio y de

noche.

La primera noche no sucedió nada. Fue pacífica y tranquila. Sin embargo, en algún momento durante la segunda noche, el equipo de vigilancia creyó oír algo. Se acercaron a la tumba con cuidado de no ser vistos. Oyeron la voz de un hombre de una edad aproximada a la que pronosticó el perfil.

El sujeto estaba lloroso, a punto de sollozar.

—Lo siento —se lamentó—, no quería hacerlo. ¡Fue un accidente! —Estaba suplicando perdón a la niña muerta.

«Dios, Douglas debe de tener razón», pensaron. Se abalanzaron sobre él.

¡Un momento! El nombre que usaba no era el de Mary.

El tipo tuvo un susto de muerte. Cuando finalmente la policía miró bien, vieron que estaba ante la tumba contigua a la de Mary.

Dio la casualidad de que junto a Mary Kellerman estaba enterrada la víctima de un accidente de tráfico sin resolver con el conductor huido, y el involuntario asesino había regresado para confesar el crimen.

Cuatro o cinco años después, el departamento de policía de Chicago usó la misma estratagema con un asesinato sin resolver. Dirigidos por el coordinador de formación del FBI, Bob Sagowski, empezaron a dar información a la prensa cerca del aniversario del asesinato. Cuando la policía detuvo al asesino junto a la tumba, se limitó a comentar: «Me preguntaba por qué tardabais tanto».

No atrapamos al envenenador del Tylenol así. De hecho, no atrapamos al asesino. Detuvimos a un sospechoso y fue condenado por extorsión relacionada con los asesinatos, aunque no había pruebas suficientes para juzgarlo por ellos. Encajaba en el perfil, pero estaba fuera de la zona de Chicago cuando la policía realizó la vigilancia en el cementerio. Sin embargo, una vez estuvo en la cárcel, no hubo más envenenamientos.

Por supuesto, dado que no hubo juicio, no podemos decir que tuviéramos la certeza legal de que fuera nuestro hombre, pero está claro que un determinado porcentaje de los autores de asesinatos sin resolver en realidad están en la cárcel sin que lo sepan los agentes y detectives que investigan los casos. Cuando un asesino en activo para de repente, hay tres explicaciones sólidas aparte de la simple decisión de retirarse. La primera es que se haya suicidado, que puede ser cierto en algunos tipos de personalidades. La segunda es que se haya marchado de la zona y en realidad esté ejerciendo su actividad en otro sitio. Con la base de datos del VICAP (Programa de Detención de Criminales Violentos, por sus siglas en inglés) del FBI trabajamos para evitar que eso ocurra facilitando que miles de jurisdicciones policiales del país puedan compartir información. La tercera explicación es que el asesino fuera detenido por otro delito, por lo general robo o atracos, y esté cumpliendo condena por un cargo menor sin que las autoridades lo hayan relacionado con los delitos más graves.

Desde el caso del Tylenol, había habido numerosos incidentes de alteración de

productos, aunque la mayoría estaban motivados por impulsos más tradicionales. En los casos domésticos, por ejemplo, el asesinato de un cónyuge podía manipularse para que pareciera una intoxicación por un producto. Al evaluar ese tipo de caso, la policía debe tener en cuenta la cantidad de incidentes registrados, si eran localizados o estaban repartidos, si el producto se consumía cerca de donde en principio se alteró, y qué relación había entre la víctima y el individuo que denunciaba el crimen. Como en otros homicidios de los que se sospecha que se deban a causas personales, deberían buscar un historial de conflictos y recabar toda la información que puedan sobre el comportamiento anterior y posterior a la agresión.

Un crimen que en la superficie parece que no vaya dirigido a ninguna víctima en concreto podría tener en realidad un objetivo específico. Y lo que parece un crimen de rabia y frustración general en realidad puede esconder una motivación tan tradicional como querer salir limpio de un matrimonio o el deseo de cobrar un seguro o una herencia. Tras la publicidad del caso del Tylenol, una esposa mató a su marido con Tylenol envenenado pensando que se atribuiría al asesino original. El montaje era evidente y los detalles distintos, así que no engañó a nadie. En esos casos, las pruebas forenses suelen apuntar al agresor. Por ejemplo, los laboratorios pueden analizar el origen del cianuro o de otros venenos.

Ese mismo tipo de análisis hace que en una investigación sea relativamente fácil detectar que alguien ha alterado un producto con la intención de cobrar por daños y perjuicios, como poner un ratón muerto en un bote de salsa para espaguetis, una rata en una lata de refresco o una aguja en una bolsa de aperitivos. Las empresas a menudo quieren zanjar cuanto antes el asunto para evitar la mala publicidad y no llegar a los tribunales, pero la ciencia forense ha evolucionado hasta tal punto que si la empresa alberga una sospecha firme de que se ha alterado un producto, se niega a la compensación y lleva el caso al FBI, hay muchas opciones de encontrar y acusar al adulterador. Asimismo, un buen investigador reconocerá un acto de falso heroísmo, así como escenarios montados por un individuo para obtener el reconocimiento de sus iguales o de la sociedad.

El caso del Tylenol, por horroroso, fue una suerte de anomalía. No parecía una extorsión. Para que un extorsionador logre su objetivo, primero debe determinar que tiene la capacidad de cumplir su amenaza. Los extorsionadores que amenazan con alterar productos suelen adulterar una botella o un paquete del producto, marcarlo de alguna manera y dejar un aviso mediante una llamada o una nota. El envenenador del Tylenol, en cambio, no empezó con amenazas. Pasó directamente a matar.

Para ser extorsionador, no era sofisticado. Por la tosquedad de la adulteración (después de esos asesinatos, Johnson & Johnson se gastó una fortuna en desarrollar un envoltorio eficaz contra las alteraciones), sabía que no era un tipo muy organizado. Sin embargo, con los que amenazan se pueden usar algunas de las pautas que se aplicarían al análisis de una amenaza política para determinar si esa persona es de veras peligrosa y capaz de hacer realidad sus intenciones.

Lo mismo ocurre con los que ponen bombas. Si se recibe una amenaza de bomba, siempre se toma en serio, pero enseguida, para que la sociedad no se detenga, las autoridades deben averiguar si la amenaza es real. Los bombarderos y extorsionadores suelen usar el «nosotros» en las comunicaciones para dar la impresión de que hay un gran grupo observando en la sombra. En realidad, la mayoría de esa gente son solitarios suspicaces que no se fían de los demás.

Los que ponen bombas suelen encajar en una de las siguientes tres categorías. Los hay motivados por el poder y atraídos por la destrucción. Hay personas que ponen bombas con una misión, atraídos por la emoción de diseñar, hacer y colocar los dispositivos. Y hay los tipos técnicos, que obtienen la satisfacción por la brillantez e inteligencia del diseño real y la construcción. En cuanto a la motivación, va desde la extorsión hasta disputas laborales, la venganza o incluso el suicidio.

Nuestra investigación sobre las personas que ponen bombas muestra un perfil general que se repite. Suelen ser hombres blancos, cuya edad va determinada por la víctima o el objetivo. Suelen tener una inteligencia como mínimo media, a menudo bastante superior, pero sin explotar. Son limpios, ordenados y meticulosos, planifican con cuidado, huyen de los enfrentamientos, no son deportistas y tienen una personalidad cobarde e inadaptada. El perfil surge de la evaluación del objetivo o la víctima y el tipo de dispositivo (si es más explosivo o incendiario, por ejemplo), del mismo modo que elaboramos el perfil de un asesino en serie a partir del escenario del crimen. Tenemos en cuenta los factores de riesgo asociados tanto a la víctima como al agresor, si la víctima es aleatoria o definida, hasta qué punto es accesible, en qué momento del día se produce el ataque, el método de transporte (por correo postal, por ejemplo), además de las cualidades únicas o la idiosincrasia de los componentes o la habilidad demostrada en la bomba.

Al inicio de mi carrera de especialista en perfiles psicológicos tracé el primer perfil del ahora célebre Unabomber (del nombre en código del FBI Unabom), que debe su apodo al hecho de escoger como objetivo universidades y profesores.

La mayoría de información sobre los que ponen bombas la obtenemos de sus comunicaciones. Cuando Unabomber decidió comunicarse con el público a través de sus cartas a los periódicos y el manifiesto de miles de palabras, había dejado un rastro de tres muertes y veintitrés heridos en una carrera de diecisiete años. Entre otras hazañas, logró ralentizar temporalmente toda la industria de la aviación comercial con su promesa de poner una bomba en el aeropuerto internacional de Los Ángeles.

Como la mayoría de personas que ponen bombas, hizo referencia a un grupo («el Club de la Libertad») como responsable del terrorismo. Aun así, no hay dudas de que es el tipo de solitario que he descrito.

A estas alturas el perfil ya se ha publicado en multitud de ocasiones y no veo motivo para modificar mi opinión. Por desgracia, pese a la rompedora obra del doctor Brussel sobre el caso del Bombardero Loco Metesky, cuando Unabomber atacó por primera vez, las fuerzas de la ley no estaban tan dispuestas a usar nuestro tipo de

análisis como ahora. A la mayoría de esos tipos se los puede atrapar al principio de su carrera. El primer y el segundo crimen son los más significativos en cuanto a la conducta, la localización y el objetivo, antes de que empiecen a perfeccionar lo que hacen y a moverse por todo el país. A medida que pasan los años, también expanden su ideología más allá de rencores sencillos y elementales contra la sociedad que los motivan al principio. Creo que, de haber estado en 1979 el análisis de perfiles en la situación actual, Unabomber podría haber sido detenido años antes.

Casi siempre las amenazas de bombas son un medio de extorsión, dirigida contra un individuo o un grupo concreto. A mediados de la década de 1970, el presidente de un banco de Texas recibió una amenaza de bomba por teléfono.

En un largo y complicado guion, el extorsionador dijo que unos días antes, cuando Southwest Bell envió a unos técnicos al banco, en realidad era su gente. Colocaron una bomba que podía explotar con un interruptor por microondas, pero que no lo haría si el presidente atendía sus peticiones.

Ahí empezó la parte más aterradora. Dijo que tenía a la esposa del presidente, Louise. Que conducía un Cadillac, que iba aquí y luego allá todas las mañanas, etc. Presa del pánico, el presidente hizo que su secretaria llamara a su casa por otra línea porque sabía que su mujer estaría. Nadie contestó. Empezaba a creérselo.

El extorsionador hizo su petición económica: billetes usados, de diez hasta de cien. No podía ponerse en contacto con la policía porque reconocían fácilmente los coches. Que le dijera a su secretaria que iba a ausentarse del banco unos cuarenta y cinco minutos. Que no se pusiera en contacto con nadie. Antes de irse, debía encender y apagar las luces de la oficina tres veces. El grupo estaría esperando la señal. Tenía que dejar el dinero en su coche, aparcado en la calle en una zona concreta muy transitada, dejar el motor y las luces de posición en marcha.

En este caso concreto no había ni bomba ni rapto, solo un estafador listo dirigiéndose a la víctima más propicia. Todo en esta situación tenía un fin. El plan se basaba en cuándo había estado trabajando realmente la empresa telefónica en el banco para que parecieran que ellos habían puesto la bomba. Todo el mundo sabe que la empresa telefónica hace trabajos técnicos que nadie entiende ni se fija mucho en ellos, así que era bastante creíble que fueran impostores.

Consciente de que el presidente del banco llamaría a su esposa a casa, el extorsionador la llamó por la mañana diciendo que era de Southwest Bell y que había recibido una serie de quejas sobre llamadas obscenas en el barrio y estaban intentando rastrear al autor, así que le pedía que si el teléfono sonaba entre las doce y la una menos cuarto no lo cogiera.

Las instrucciones de dejar el dinero en el coche con las luces y el motor encendidos constituían tal vez la parte más ingeniosa del plan. El presidente creyó que las luces formaban parte de la señal, pero en realidad eran parte del sistema de huida del estafador. Pese a la advertencia de no ponerse en contacto con la policía, el extorsionador sabía que la víctima acudirá a ellos igualmente, y la fase más peligrosa

para el agresor siempre es el intercambio de dinero, cuando supone que será observado por la policía. En esa situación, si el estafador tiene la desgracia de que esta lo sorprenda en el coche, puede decir que iba caminando por la calle abarrotada, vio un coche con las luces encendidas y el motor en marcha y decidió ser un buen samaritano y apagarlo. Si la policía lo sorprende en ese momento, no tienen nada. Aunque lo pillen con el dinero, como ya ha dado un motivo justificado para estar en el coche, puede decir que se encontró la bolsa en el asiento y que iba a llevarla a la policía.

Para el extorsionador, es un juego de porcentajes. Tiene su guion escrito y lo único que tiene que hacer es rellenar los detalles. Si la víctima de hoy no cae, lo intentará con otra al día siguiente. Al final, alguno picará y acabará con un buen dinero por sus esfuerzos sin tener que secuestrar a nadie ni poner ninguna bomba. En esos casos, el guion suele ser una buena prueba porque el estafador lo guarda para futuros trabajos. Lo único que sabe es que, con unos cuantos preparativos sencillos, cualquiera puede ser su víctima.

Cuando por fin las autoridades descubrieron sus trucos, fue detenido, juzgado y condenado. Resultó ser un antiguo pinchadiscos que había decidido usar su don de gentes para un beneficio más a corto plazo.

¿Qué diferencia hay entre este tipo de individuo y uno que secuestre de verdad? Ambos lo hacen para sacar beneficio, así que ninguno quiere exponerse ante la víctima más de lo necesario porque el asesinato no forma parte del objetivo. La gran diferencia es que, por lo general, el auténtico secuestrador necesitará a alguien que le ayude a llevar a cabo su plan; mientras que el mero extorsionador es básicamente un estafador listo, el secuestrador es un sociópata. Matar a la víctima no es su intención, pero es evidente que está dispuesto a hacerlo para lograr sus objetivos.

Steve Mardigian participó en el caso de un vicepresidente de Exxon secuestrado delante de su casa en Nueva Jersey por un rescate. En la lucha, recibió por accidente un disparo en el brazo. Los secuestradores, un antiguo guardia de seguridad de la empresa y su esposa, siguieron adelante con el secuestro y retuvieron al hombre herido (que tenía una enfermedad cardíaca) en una caja, donde murió. La razón por la que usaron la caja, o su equivalente, era que los secuestradores tendrían así el mínimo contacto posible con la víctima para no tener que personalizarla. En este caso, los secuestradores mostraron su arrepentimiento por el resultado y la desesperación que los había llevado a cometer el crimen. Pero lo hicieron, y lo llevaron a cabo paso por paso sin dudar. Estaban dispuestos a que otra persona muriera por sus fines egoístas, y esa es una de las definiciones de la conducta de sociópata.

Por espeluznante que suene, a diferencia de otros delitos graves, el secuestro es un acto tan difícil del que escapar que un investigador tiene que estudiarlo con detenimiento y mirada escéptica, examinar el tipo de víctima y la conducta previa a la agresión. Pese a reconocer que cualquiera puede ser víctima, el investigador tiene que poder contestar a la pregunta: ¿por qué esta víctima en concreto?

Hace unos años recibí en casa una llamada urgente de noche. Un detective de Oregón me contó la historia de una mujer joven que iba al colegio en su distrito. Estaba siendo acosada, pero ni ella ni nadie era capaz de averiguar la identidad del acosador. Lo veía en el bosque, pero cuando su padre o su novio salían a mirar, no estaba. Llamaba a la casa, pero nunca había nadie más en el domicilio. La chica se estaba encerrando en su caparazón. Tras varias semanas inquietantes, cenaba en un restaurante con su novio. Se fue al lavabo de señoras. Cuando salía, alguien la agarró, se la llevó al aparcamiento; el agresor le metió salvajemente el cañón de una pistola en la vagina y la amenazó con matarla si iba a la policía y luego la soltó. Ella quedó emocionalmente traumatizada y no pudo dar una descripción.

Una noche fue raptada cuando salía de la biblioteca. El coche se encontró en el aparcamiento. No había habido comunicación y las cosas empezaban a ponerse feas.

Le pedí al detective que me hablara de la víctima. Era una chica guapa que siempre había ido bien en los estudios, pero el año anterior había tenido un niño y problemas con su familia, sobre todo con su padre, sobre la manutención. Últimamente sacaba unas notas horribles, sobre todo desde que empezó el acoso.

Le pedí que no le dijera nada al padre por si me equivocaba y la chica acababa muerta, pero me sonaba a fraude. ¿Quién iba a acosarla? Tenía un novio estable y ninguna ruptura reciente. Por lo general, cuando alguien que no es famoso sufre acoso, es de alguien que conoce a esa persona. Los acosadores no son tan buenos ni cuidadosos en lo que hacen. Si ella veía al acosador, su padre y su novio habrían podido verlo en alguna ocasión. Nadie más recibió las llamadas. Cuando la policía puso una trampa y rastreó la línea, las llamadas cesaron. También ocurrió que el secuestro tuvo lugar justo antes de los exámenes finales, algo que no era coincidencia.

Le propuse que la estrategia proactiva fuera que los medios de comunicación entrevistaran al padre, hicieran hincapié en lo positivo de su relación, dijera lo mucho que la quería y que deseaba que regresara y suplicara al secuestrador que la soltara. Si yo estaba en lo cierto, la chica aparecería al cabo de uno o dos días, apaleada y sucia, con una historia de secuestro y abusos, diciendo que luego la llevaron en coche y la dejaron en una cuneta.

Así ocurrió. Estaba bastante apaleada y sucia, y contó la historia de un secuestro. Les dije que el interrogatorio, en este caso en forma de declaración, debería centrarse en lo que nosotros creíamos que había pasado realmente. No tenía que ser una acusación, pero sí reconocer que la chica estaba teniendo muchos problemas con sus padres, que estaba sufriendo mucho estrés, traumas y dolor, que estaba aterrorizada por los exámenes y necesitaba una salida. Debían decirle que no era necesario castigarla, que lo que necesitaba era orientación y comprensión, y que las tendría. Cuando se lo dejaron claro, confesó el fraude.

No obstante, es uno de esos casos que te hacen sudar. Si te equivocas, las consecuencias son horribles, porque cuando el acoso es real puede ser un delito

aterrador y, con demasiada frecuencia, letal.

En la mayoría de casos, ya sea el acoso de un famoso o de una persona común, empieza con amor o admiración. John Hinckley «amaba» a Jodie Foster y quería que ella le correspondiera. Sin embargo, ella era una estrella de cine guapa que iba a Yale y él un don nadie inadaptado. Creía que debía hacer algo para compensar la situación e impresionarla. Y qué hay más «impresionante» que el acto histórico de asesinar al presidente de Estados Unidos. En sus momentos de mayor lucidez, debió de darse cuenta de que su sueño de una vida feliz juntos después no se iba a cumplir, pero con su actuación logró uno de sus objetivos. Se hizo famoso y, de un modo perverso, el inconsciente colectivo siempre lo relacionaría con Foster.

Como en la mayoría de casos, había un factor estresante inmediato con Hinckley. En la época en que disparó al presidente Reagan, su padre le había dado un ultimátum para que encontrara un trabajo y se ganara la vida.

El agente del servicio secreto Ken Baker hizo una entrevista en la cárcel a Mark David Chapman, el asesino de John Lennon. Chapman sentía un fuerte vínculo con el ex-Beatle y, en un nivel superficial, intentaba emularlo. Coleccionaba todas las canciones de Lennon y tuvo una serie de novias asiáticas para imitar el matrimonio de Lennon con Yoko Ono. Sin embargo, como ocurre con muchos de esos tipos, al final llegó un punto en que su inadaptación fue abrumadora. Ya no podía soportar la disparidad entre sí mismo y su héroe, así que tenía que matarlo. Una de las escalofriantes cosas que impulsó a Hinckley a cometer el crimen y hacerse famoso (en realidad «notable» es una palabra mucho mejor) fue el ejemplo de Chapman.

Entrevisté a Arthur Bremmer, que acosó y luego intentó asesinar al gobernador de Alabama, George Wallace, en Maryland, cuando se presentaba a presidente, y lo dejó paralítico y con dolores crónicos para toda la vida. Bremmer no odiaba a Wallace. Antes del disparo, acosó al presidente Nixon durante varias semanas, pero no pudo acercarse lo suficiente a él. Estaba desesperado por hacer algo que demostrara al mundo su valía, y Wallace era accesible; en esencia fue otra víctima en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Los casos de acoso que se han convertido en asesinato son alarmantes en cantidad. En el caso de figuras políticas, existe el constructo de una «causa» del asesinato, aunque prácticamente siempre es una tapadera para un profundo inadaptado que quiere ser alguien. En el caso de estrellas de cine y famosos como John Lennon, incluso esa excusa carece de sentido. Uno de los casos más trágicos es el asesinato de Rebecca Schaeffer, de veintiún años, delante de su piso de Los Ángeles en 1989. La joven actriz, guapa y con talento, conocida como la hija menor de Pam Dawber en la serie de televisión *My sister Sam*, recibió un disparo al abrir la puerta a Robert John Bardo, un desempleado de diecinueve años de Tucson cuyo trabajo más reciente había sido de portero en un restaurante de la cadena Jack in a Box. Como Chapman, Bardo había empezado como un fan que la adoraba. Su adoración se había convertido en obsesión, y si no podía tener una relación «normal»

con ella, tendría que «poseerla» de otra manera.

Como todos sabemos a estas alturas, los objetivos del acoso no se limitan a los famosos. Por supuesto, hay casos frecuentes de personas acosadas por excónyuges o amantes. Se llega a la fase mortal cuando el acosador al final piensa: «Si yo no puedo tener a esa persona, nadie la tendrá». Pero Jim Wright, el especialista de nuestra unidad con más experiencia en acoso y uno de los mayores expertos en el tema en las fuerzas de la ley, destaca que cualquiera que trate con el público, sobre todo las mujeres, puede ser vulnerable a los acosadores. En otras palabras, el objeto de deseo del acosador no tiene por qué salir en televisión o en el cine. Puede ser la camarera de un restaurante o el empleado del banco de la zona. O incluso puede trabajar en la misma tienda o empresa.

Eso le ocurrió a Kris Welles, una joven que trabajaba para Conlas Furniture Company en Missoula, Montana. Kris era eficiente y muy respetada, y ascendió en la empresa primero a jefa de ventas y luego, en 1985, a directora general.

En la misma época en que Kris trabajaba en la oficina, un hombre llamado Wayne Nance trabajaba en el almacén. Tendía a ser retraído, pero a Kris parecía gustarle, pues siempre se mostraba amable y simpática con él. La personalidad de Wayne pasaba de caliente a frío en un segundo, y el temperamento que ella percibía bajo la superficie la asustaba. No obstante, nadie tenía quejas sobre el trabajo de Wayne. Día tras día, trabajaba como el que más en el almacén.

Lo que no sabían Kris ni su marido, Doug, vendedor de armas, era que Wayne Nance estaba obsesionado con ella. La observaba todo el tiempo y tenía una caja de cartón llena de recuerdos de ella: fotografías, notas que había escrito en la oficina, cualquier cosa que le perteneciera.

Lo que tampoco sabían ni los Welles ni la policía de Missoula era que Wayne Nance era un asesino. En 1974 había agredido sexualmente y apuñalado a una niña de cinco años. Más tarde se descubrió que también había atado, amordazado y disparado a varias mujeres adultas, incluida la madre de su mejor amigo. Lo alarmante era que todo ello había ocurrido en condados cercanos a donde vivía ahora. Ni siquiera en la poco poblada Montana una jurisdicción policial tenía ni idea de la actividad criminal registrada en otra jurisdicción.

Kris Welles no supo nada de eso hasta la noche en que Nance entró en su casa, donde vivía con Doug, en las afueras de la ciudad. Tenía un golden retriever hembra, pero el perro no se le resistió. Con una pistola, disparó a Doug y lo ató en el sótano; luego obligó a Kris a subir al dormitorio, donde la amarró a la cama para poder violarla. Era evidente que ella lo conocía, así que no hizo amago de ocultar su identidad.

Entre tanto, en el sótano, Doug consiguió desatarse. Débil y a punto de perder la conciencia por el dolor y la pérdida de sangre, se arrastró hasta una mesa donde estaba instalado el cargador de un rifle. Consiguió cargar una ronda y luego, haciendo acopio de las fuerzas que le quedaban, subió, despacio y agonizando, la escalera del

sótano. Con todo el sigilo que pudo, subió la escalera hasta la segunda planta y, en el pasillo, con la mirada nublada, apuntó para disparar a Nance.

Tenía que darle antes de que este lo viera y fuera a buscar su pistola. Nance estaba ileso y disponía de más disparos. Doug no sería un problema para él.

Apretó el gatillo. Acertó, y Nance cayó de espaldas. Pero luego Nance se levantó de nuevo y fue a por él. El disparo no lo había matado. Nance avanzó hacia él, hacia la escalera. Doug no tenía a dónde ir y no podía dejar a Kris sola, así que hizo lo único que podía hacer: avanzó hacia Nance, usando el rifle vacío como porra. No paró de golpear al fuerte Nance hasta que Kris logró liberarse y ayudarle.

Hasta hoy, el caso de Welles sigue siendo uno de los pocos en los que las víctimas objetivo de un asesino en serie pudieron resistirse y matar al agresor en autodefensa. Su historia es milagrosa, y han ido en numerosas ocasiones a hablar en clases en Quantico. Esta modesta pareja ha podido darnos una visión insólita desde la perspectiva de víctimas que se convirtieron en héroes. Tras haber estado en el infierno esa noche, son una gente increíblemente amable, sensible y «unida».

Al final de una de sus presentaciones en Quantico, un agente de policía de la clase les preguntó:

—Si Wayne Nance hubiera seguido con vida y no hubiera pena de muerte, es decir, si aún compartiera el planeta con vosotros, ¿estaríais tan mentalmente serenos como ahora?

Se volvieron, se miraron y coincidieron en silencio en la respuesta:

—Casi seguro que no —dijo Doug Welles.

18
La batalla de los loqueros

¿Qué tipo de persona podría haber hecho algo así?

Durante nuestro estudio sobre asesinos en serie, Bob Ressler y yo estábamos en Joliet, Illinois, donde acabábamos de entrevistar a Richard Speck. Esa noche estaba en mi habitación de hotel viendo las noticias en la CBS cuando vi a Dan Rather entrevistando a otro asesino, llamado Thomas Vanda, que también estaba en el penitenciario de Joliet. Vanda estaba preso por matar a una mujer con múltiples puñaladas. Había entrado y salido de instituciones mentales durante gran parte de su vida, y siempre que lo «curaban» y salía cometía otro crimen. Antes del asesinato por el que estaba cumpliendo condena había matado una vez.

Llamé a Ressler y le dije que teníamos que hablar con él mientras estuviéramos allí. En la entrevista en televisión vi que era el tipo de inadaptado perfecto. Podría haber sido pirómano o asesino. O, si tuviera las herramientas y habilidades necesarias, podría haber puesto bombas.

Regresamos a la cárcel al día siguiente y Vanda accedió a vernos. Estaba intrigado por lo que estábamos haciendo, y no tenía muchas visitas. Antes de la entrevista, repasamos su expediente.

Era blanco, medía uno ochenta y estaba en mitad de la veintena. Tenía unas maneras suaves e inadecuadas y reía mucho. Incluso cuando sonreía tenía «esa mirada», los ojos no paraban de ir de un lado a otro, sufría sacudidas nerviosas y se frotaba las manos. A ese tipo no le darías la espalda con tranquilidad. Lo primero que quiso saber era cómo había estado en televisión. Cuando le dije que bien, se rio y se relajó. Una de las cosas que nos contó fue que en la cárcel se había unido al grupo de estudio de la Biblia y que pensaba que le ayudaba mucho. Podría ser cierto, pero he visto a muchos internos que se acercan a las evaluaciones para la libertad condicional uniéndose a grupos religiosos para demostrar que van por buen camino para ser liberados.

Se podría discutir sobre si ese chico debería estar en una cárcel de máxima seguridad o en un hospital mental, pero, después de la entrevista, quise ver al psiquiatra que lo trataba. Le consulté cómo estaba Vanda.

El psiquiatra, que rondaba los cincuenta años, me dio una respuesta positiva y me dijo que Vanda «estaba respondiendo muy bien a la medicación y la terapia». El psiquiatra mencionó el grupo de estudio de la Biblia como ejemplo y dijo que Vanda estaría listo para salir en libertad condicional si seguía progresando así.

Le pregunté si conocía los detalles de lo que Vanda había hecho.

—No, ni quiero saberlo —contestó—. No tengo tiempo, con la cantidad de internos que tengo que tratar. —Además, añadió que no quería que fuera una

influencia injusta en su relación con el paciente.

—Bueno, doctor, déjeme que le cuente lo que hizo Vanda —insistí. Antes de que pudiera protestar, empecé a explicar cómo esa personalidad asocial y solitaria se unió a un grupo de una iglesia y, después de una reunión y cuando todo el mundo se había marchado, le hizo una proposición a la mujer que celebraba el encuentro. Ella lo rechazó y Vanda no se lo tomó muy bien. Los chicos así no suelen tomárselo bien. La golpeó, fue a su cocina, volvió con un cuchillo y la apuñaló varias veces. Luego, mientras ella moría en el suelo, le metió el pene en una herida abierta en el abdomen y eyaculó.

Debo decir que me parece increíble. En ese momento ella era como una muñeca de trapo. El cuerpo estaba caliente, sangraba, él tuvo que mancharse de sangre. Ni siquiera pudo despersonalizarla. Y aun así pudo tener una erección y eyacular. Comprenderéis que insista en que es un crimen de rabia, no de sexo. Lo que le pasa por la mente no es sexo, es rabia y enfado.

Por eso no funciona castrar a los violadores reincidentes, por muy satisfactoria que a algunos nos parezca la idea. El problema es que eso no los detiene, ni física ni emocionalmente. La violación es un crimen de rabia. Si le cortas las pelotas a alguien, vas a tener a un hombre enfadado.

Terminé mi historia sobre Vanda.

—¡Es usted repugnante, Douglas! —exclamó el psiquiatra—. ¡Salga de mi despacho!

—¿Que yo soy repugnante? —repuse—. Usted estará en disposición de recomendar que Thomas Vanda está respondiendo bien a la terapia y puede ser liberado, y ni siquiera sabe de quién demonios está hablando cuando trata a esos internos. ¿Cómo se supone que va a entenderlo si no se ha tomado la molestia de observar las fotografías del escenario del crimen ni repasar las actas de la autopsia? ¿Ha consultado la manera como se cometió el crimen? ¿Sabe si fue planificado? ¿Entiende el comportamiento que desembocó en él? ¿Sabe cómo dejó el escenario del crimen? ¿Sabe si intentó eludir la justicia? ¿Intentó tener una coartada? ¿Cómo demonios sabe si es peligroso o no?

No tenía una respuesta y no creo que ese día consiguiera convertirlo, pero es algo que me afecta mucho. Es la base de lo que hacemos en mi unidad. El dilema, como he manifestado en multitud de ocasiones anteriores, es que gran parte de la terapia psiquiátrica se basa en los informes sobre sí mismos. Un paciente que llega a terapia en circunstancias normales tiene un interés firme en revelar sus verdaderos pensamientos y sentimientos. Un convicto deseoso de ser liberado cuanto antes, en cambio, tiene un interés firme en decirle a un terapeuta lo que este quiere oír. Si el terapeuta redacta el informe según la valoración en persona sin contrastarlo con otra información sobre el sujeto, puede producirse un auténtico fracaso del sistema. Ed Kemper y Monte Rissell, por nombrar solo dos, estaban haciendo terapia cuando cometieron sus crímenes, y tanto uno como otro lograron pasar desapercibidos. De

hecho, ambos «progresaban» para sus terapeutas.

Para mí, el problema es que topas con psiquiatras, psicólogos y trabajadores sociales jóvenes que son idealistas y que en la universidad han aprendido que ellos son los que van a cambiar las cosas. Luego se enfrentan a estos tipos en la cárcel y quieren sentir que los han cambiado. A menudo no entienden que, al intentar evaluar a esos convictos, en realidad están evaluando a individuos expertos en evaluar a gente. En poco tiempo, el convicto sabrá si el médico ha hecho los deberes y, si no los ha hecho, podrá restarle importancia al crimen y sus consecuencias en las víctimas. Pocos criminales están dispuestos a dar los detalles más escabrosos a alguien que no los conocer ya. Por eso una buena preparación es primordial en nuestras entrevistas en la cárcel.

Igual que ocurrió con el médico de Thomas Vanda, los profesionales que se dedican a ayudar a los presos no suelen querer tener prejuicios derivados de saber los detalles más cruentos de lo que hizo el criminal. Sin embargo, como siempre digo en mis clases, si quieres entender a Picasso tienes que estudiar su obra. Si quieres comprender la personalidad de un criminal, tienes que estudiar su crimen.

La diferencia es que los profesionales de la salud mental empiezan por la personalidad para luego inferir el comportamiento a partir de esa perspectiva. Mi gente y yo empezamos por el comportamiento e inferimos la personalidad desde esa óptica.

Por supuesto, existen diversas perspectivas en relación con el tema de la responsabilidad criminal. El doctor Stanton Samenow es un psicólogo que colaboró con el difunto doctor Samuel Yochelson en un estudio pionero del St. Elizabeth's Hospital, en Washington, D. C., sobre comportamiento criminal. Tras años de investigar de primera mano y desmontar poco a poco la mayoría de sus ideas preconcebidas, Samenow concluyó en su agudo y revelador libro *Inside the criminal mind*, que «los criminales piensan de forma distinta a la gente responsable». Samenow cree que el comportamiento criminal no es tanto cuestión de enfermedad mental como un defecto del carácter.

El doctor Park Dietz, que colabora con frecuencia con nosotros, ha afirmado: «Ninguno de los asesinos en serie que he tenido ocasión de estudiar o examinar estaban legalmente locos, pero ninguno era normal. Todos eran personas con trastornos mentales. Sin embargo, pese a sus trastornos, que tienen que ver con sus intereses sexuales y su carácter, eran personas que sabían lo que hacían, sabían que lo que hacían estaba mal, y aun así escogieron hacerlo».

Es importante recordar que la locura es un concepto legal, no un término médico o psiquiátrico. No significa que alguien esté «enfermo» o no. Tiene que ver con si esa persona es o no responsable de sus acciones.

Si creéis que alguien como Thomas Vanda está loco, de acuerdo. Creo que se puede hacer un caso de eso. Pero cuando uno examina los datos con detenimiento, creo que vemos que, sea lo que sea lo que tengan todos los Thomas Vanda de este

mundo, tal vez no se pueda curar. Si lo aceptáramos, no quedarían en libertad tan deprisa para seguir haciendo lo que hacen una y otra vez. Recordad que este no era su primer asesinato.

Últimamente se habla mucho del concepto de «enajenación criminal», y no es nuevo. Se remonta como mínimo a siglos atrás en la jurisprudencia angloamericana, al *Eirenarcha* de William Lambard, o «Del oficio de las justicias de paz» del siglo XVI.

La primera declaración organizada de demencia como defensa contra unos cargos criminales fue el caso M'Naghten de 1843, que debe su nombre a Daniel M'Naghten (a veces escrito McNaughten o McNaghten), que intentó matar al primer ministro británico sir Robert Peel y consiguió disparar al secretario privado de este, que, por cierto, era el responsable de organizar el cuerpo policial de Londres. Hoy en día, llamamos «bobbies» a los policías de Londres en su honor.

Cuando M'Naghten fue absuelto, la indignación social era tal que el presidente del Tribunal Supremo fue requerido por la Cámara de los Lores para explicar tal decisión. Los elementos básicos son que el acusado no es culpable si su estado mental le priva de la capacidad de saber de la injusticia de sus acciones o entender su naturaleza y calidad. En otras palabras, ¿sabía diferenciar entre el bien y el mal?

La doctrina de la locura evolucionó con los años hasta lo que a menudo se llama «la prueba de impulsos irresistibles», según la cual un acusado no es culpable si, debido a su enfermedad mental, es incapaz de controlar sus acciones o adaptar su conducta a la ley.

Sufrió una importante revisión en 1954 cuando el Tribunal de Apelaciones del juez David Bazelon se ocupó del caso Durham contra los Estados Unidos, que sostenía que un acusado no es legalmente responsable si el crimen es «producto de una enfermedad o defecto mental», y si no habría cometido el crimen de no ser por esa enfermedad o defecto.

El caso Durham, que llegó a abarcar tanto y en principio no se ocupaba de distinguir la diferencia entre el bien y el mal, no gozó de gran popularidad entre el personal de las fuerzas de la ley y muchos jueces y fiscales. En 1972, en otro caso del Tribunal de Apelaciones, Estados Unidos contra Bwaner, se abandonó en favor del Código Penal Modelo del Instituto Legal Estadounidense, que volvió a referirse a M'Naghten y el «impulso irresistible» diciendo que el defecto mental tenía que privar al acusado de la capacidad esencial de apreciar la injusticia de su conducta o adaptar su comportamiento a las exigencias de la ley. De una forma o de otra, a medida que pasa el tiempo este modelo de código penal va ganando popularidad en los juzgados.

Sin embargo, junto con este debate, que a menudo acaba en divagaciones sobre el sexo de los ángeles, creo que debemos manejar un concepto más básico: la peligrosidad.

Uno de los enfrentamientos clásicos de la batalla actual entre los loqueros fue el juicio al asesino en serie Arthur J. Shawcross en Rochester, Nueva York, en 1990.

Shawcross había sido acusado de los asesinatos de una serie de prostitutas de la zona y personas de la calle, cuyos cadáveres habían aparecido en zonas boscosas dentro y en los alrededores del desfiladero del río Genesee. Los asesinatos se habían prolongado durante casi un año, y los últimos cuerpos habían sido mutilados una vez muertos.

Después de trazar un perfil detallado, y, como al final se demostró, muy preciso, Gregg McCrary estudió la evolución del comportamiento del sujeto desconocido. Cuando la policía descubrió un cuerpo mutilado, Gregg se percató de que el asesino estaba regresando al lugar donde había abandonado los cadáveres para pasar tiempo con sus presas. Luego instó a la policía a peinar los bosques y localizar el cuerpo de una de las mujeres aún desaparecidas. Si lo encontraban y vigilaban el lugar en secreto, Gregg estaba seguro de que al final encontrarían allí al asesino.

Tras varios días de vigilancia aérea, la policía estatal de Nueva York encontró un cuerpo en Salmon Creek, junto a la carretera 31. Al mismo tiempo, el inspector John McCaffrey vio a un hombre en un coche aparcado en un puente bajo que cruzaba la corriente. La policía estatal y la municipal lo siguieron. El hombre era Arthur Shawcross.

Durante el interrogatorio de un equipo de la policía estatal encabezado por Dennis Blythe y Leonard Boriell, del departamento de policía de Rochester, Shawcross confesó varios de los crímenes. La clave en su juicio por diez asesinatos, objeto de una gran cobertura mediática, fue si estaba enajenado o no en el momento de los asesinatos.

La defensa subió al estrado a la doctora Dorothy Lewis, una célebre psiquiatra del Bellevue Hospital de Nueva York con un importante trabajo sobre los efectos de la violencia en los niños que estaba convencida de que la mayoría, si no todo, el comportamiento criminal violento era fruto de una combinación de abusos o traumas infantiles y puede que alguna dolencia física u orgánica, como la epilepsia, una herida o algún tipo de lesión, quiste o tumor. Por supuesto, está el caso de Charles Whitman, el estudiante de ingeniería de veinticinco años que en 1966 se subió a lo alto de la torre del reloj de la Universidad de Texas en Austin y abrió fuego contra los que pasaban por debajo. Antes de que la policía pudiera rodear la torre y matarlo casi hora y media después, dieciséis hombres y mujeres yacían muertos y otros treinta heridos. Con anterioridad al incidente, Whitman se había quejado de sufrir impulsos asesinos periódicamente. Cuando los médicos realizaron la autopsia, encontraron un tumor en el lóbulo temporal del cerebro.

¿Fue el tumor el causante de la conducta asesina de Whitman? No hay manera de saberlo, pero Lewis quería demostrar al jurado que, debido a un pequeño quiste benigno y contingente en el lóbulo temporal que aparecía en la resonancia de Shawcross, una forma de epilepsia que ella caracterizaba como «convulsión parcial compleja», el estrés postraumático de Vietnam y las diversas agresiones físicas y sexuales durante la infancia en manos de su madre, según ella, Arthur Shawcross no

era responsable de sus episodios de extrema violencia. De hecho, testificó que el asesino se encontraba en una suerte de estado de fuga cuando mató a las mujeres, y que el recuerdo de cada episodio estaba alterado o era inexistente.

Uno de los problemas de este razonamiento era que, semanas y meses después de los homicidios, Shawcross pudo explicar los asesinatos a Boriello y Blythe con todo lujo de detalles. En algunos casos, en realidad los condujo a los lugares donde había abandonado los cadáveres que la policía había sido incapaz de encontrar. Probablemente pudo hacerlo porque había fantaseado con cada uno tantas veces que los tenía frescos en la mente.

Intentó destruir algunas pruebas para que la policía no lo encontrara. Tras su detención, también escribió una carta más bien analítica a su amante (también tenía esposa), diciendo que esperaba una defensa basada en la locura porque cumplir pena en un hospital mental sería mucho más fácil que en la cárcel.

En ese ámbito, era evidente que Shawcross sabía de qué hablaba. Sus problemas con la ley empezaron en 1969, cuando fue condenado por robo y provocación de incendios en Watertown, al norte de Siracusa. Menos de un año después fue detenido de nuevo y admitió haber estrangulado a un niño y una niña pequeños. La niña también había sufrido abusos sexuales. Por esos dos crímenes, Shawcross fue condenado a veinticinco años de cárcel. Quedó en libertad condicional después de quince años en prisión. Eso, si lo recordáis del capítulo anterior, es uno de los motivos por los que Gregg McCray se había equivocado en la edad. Los quince años de Shawcross en la cárcel habían sido solo un patrón de retención.

Vayamos paso a paso. En primer lugar, si me preguntan a mí o a cualquiera de los miles de policías, fiscales y agentes federales con los que he trabajado a lo largo de mi carrera, el consenso será rotundo en que veinticinco años por acabar con la vida de dos niños ya es lo bastante obsceno en sí mismo. Pero, en segundo lugar, si dejas antes en libertad a ese tipo, debes tener en cuenta una de dos premisas opuestas.

Primera premisa: pese al pasado del tipo, la familia disfuncional, los supuestos abusos, la falta de una buena educación, su pasado violento y todo lo demás, la vida en la cárcel ha sido una experiencia tan maravillosa, espiritualmente edificante, iluminadora y rehabilitadora que Shawcross vio la luz, reconoció el error y, gracias a toda esa buena influencia en la cárcel, decidió empezar de nuevo y a partir de ese momento ser un ciudadano decente y respetuoso con la ley.

De acuerdo, si no aceptáis esa, a ver qué os parece la segunda premisa: la vida en la cárcel había sido tan horrible, tan desagradable y traumática todos los días, tan severa en todos los sentidos que, pese a su pasado y el constante deseo de violar y matar niños, no quisiera regresar nunca a ella y decidiera hacer todo lo posible por evitar volver.

De acuerdo, es igual de improbable. Pero si no aceptas una de las dos premisas, ¿cómo demonios dejas en libertad a alguien así sin tener en cuenta que hay muchas posibilidades de que vuelva a matar?

Está bastante claro que algunos tipos de asesinos tienden más a repetir sus crímenes que otros, pero en el caso de los asesinos en serie con motivación sexual, coincido con el doctor Park Dietz en que «cuesta imaginar una circunstancia en la que debieran quedar en libertad en sociedad de nuevo». Ed Kemper, que es mucho más listo y tiene muchas más habilidades personales que la mayoría de asesinos con los que he hablado, reconoce con ingenuidad que no debería quedar en libertad.

Ahí fuera hay demasiadas historias horrorosas. Richard Marquette, al que entrevisté y que tuvo una serie de cargos por conductas incontroladas, intento de violación y agresión y palizas contra él en Oregón cuando tenía veintipocos años, pasó a violar, matar y mutilar tras una experiencia sexual no satisfactoria con una mujer a la que recogió en un bar de Portland. Se marchó de la zona, entró en la lista de más buscados del FBI y fue detenido en California. Fue juzgado por asesinato en primer grado y condenado a cadena perpetua. Al cabo de doce años quedó en libertad condicional; mató y diseccionó a dos mujeres más antes de ser detenido de nuevo. ¿Qué demonios hizo que los responsables de la libertad condicional pensaran que ese tipo ya no era peligroso?

No puedo hablar por el FBI, el departamento de justicia ni nadie. Pero sí puedo decir a título personal que preferiría llevar en la conciencia mantener a un asesino en prisión que podría o no volver a matar que la muerte de un hombre, una mujer o un niño inocentes por haber liberado a ese asesino.

Es muy propio de los estadounidenses pensar que las cosas siempre mejoran, que siempre pueden seguir mejorando, que podemos hacer todo lo que nos propongamos. Sin embargo, cuanto más veo, más pesimista soy con la idea de rehabilitación para cierto tipo de agresores. A menudo su infancia fue horrible, pero eso no significa necesariamente que más adelante no se pueda reparar el daño. A diferencia de los que los jueces, abogados de la defensa y profesionales de la salud mental puedan querer creer, la buena conducta en la cárcel no necesariamente indica una conducta aceptable en el mundo exterior.

En casi todos los aspectos, Shawcross había sido un preso modelo. Era tranquilo, reservado, hacía lo que le decían y no molestaba a nadie. Pero mis colegas y yo hemos visto y hemos intentado desesperadamente hacer entender a los demás implicados en la psicología forense y en la cárcel que la peligrosidad es situacional. Si mantienes a alguien en un entorno ordenado donde no puede tomar decisiones, estará bien. Pero si lo devuelves al ambiente en que se comportó mal con anterioridad, su conducta puede cambiar muy deprisa.

Pensemos en el caso de Jack Henry Abbot, el asesino convicto que escribió *En el vientre de la bestia*, unas memorias conmovedoras y penetrantes de su vida en prisión. Al percatarse de su excepcional talento como escritor, y creyendo que alguien tan sensible y perspicaz como él debía ser rehabilitado, autoridades literarias como Norman Mailer hicieron campaña para que Abbot saliera en libertad condicional. Se convirtió en la estrella de Nueva York. Al cabo de unos meses de estar libre, discutió

con un camarero de Greenwich Village y lo mató.

Como dijo Al Brantley en una de sus conferencias, un antiguo profesor de ciencia del comportamiento que ahora forma parte de la Unidad de Apoyo a la Investigación: «El mejor pronóstico del comportamiento futuro, o de futuros actos violentos, es un historial de violencia».

Nadie acusaría a Arthur Shawcross de acercarse siquiera a la brillantez o el talento de Jack Henry Abbot, pero también fue capaz de convencer a los responsables de conceder la libertad condicional de que lo liberasen. Una vez fuera, Shawcross se instaló primero en Binghamton, donde una comunidad enfadada organizó una campaña contra él y al cabo de dos meses se marchó. Se mudó a la zona metropolitana de Rochester, más grande y anónima, donde trabajó preparando ensaladas en una empresa de distribución de alimentos. Un año después de su llegada, volvió a matar; esta vez las víctimas eran distintas, pero no menos.

Durante sus evaluaciones de Shawcross, Dorothy Lewis lo sometió a hipnosis en diversas ocasiones y le hizo «regresar» a fases anteriores de su vida en los que interpretó los episodios de abuso en los que su madre le insertó un mango de escoba por el recto. Durante esas sesiones grabadas, adoptó otras personalidades, incluida la de su madre, en una escena que recuerda de un modo escalofriante a *Psicosis*. (No obstante, la madre de Shawcross negó haber abusado de su hijo y lo denunció por perjurios).

En su trabajo en Bellevue, Lewis ha documentado algunos casos impresionantes de personalidad múltiple en niños que han sufrido abusos. Son tan pequeños que cuesta imaginarlos capaces de fingir eso. Sin embargo, como ha demostrado Lewis, los pocos casos de trastorno de la personalidad múltiple empiezan en los primeros años de vida, a menudo durante la fase anterior al habla. En los adultos, la única ocasión en que realmente alguien tiene un trastorno de personalidad múltiple es en un juicio por asesinato. Sin saber por qué, nunca aparece hasta entonces. Kenneth Bianchi, uno de los dos primos que a finales de la década de 1970 cometieron juntos los asesinatos del Estrangulador de la Colina en Los Ángeles, declaró tras su detención padecer trastorno de personalidad múltiple. John Wayne Gacy intentó la misma estrategia.

(Siempre hago la broma de que, si tuviera un agresor con personalidades múltiples, dejaría en libertad a las personalidades inocentes siempre y cuando pudiera encerrar a la personalidad culpable).

Para el juicio de Shawcross, el fiscal principal Charles Siragusa, que hizo un trabajo magistral, llamó a Park Dietz para presentar el otro bando. Dietz evaluó a Shawcross con la misma minuciosidad que Lewis, y Shawcross mencionó muchos detalles concretos de los asesinatos. Pese a que Dietz no declaró ningún juicio absoluto sobre la veracidad de las historias de abusos, pensaba que como mínimo sonaban plausibles. No obstante, no creía que Shawcross sufriera alucinaciones, no encontró pruebas de que padeciera lagunas o pérdida de memoria, no advirtió

relación entre su comportamiento y ningún hallazgo neurológico orgánico, y concluyó que, por muchos problemas mentales o emocionales que pudiera tener, Arthur Shawcross entendía la diferencia entre el bien y el mal y podía decidir si mataba o no. Como mínimo en diez ocasiones, y probablemente más, había decidido hacerlo.

Cuando Len Boriello le preguntó por qué había matado a esas mujeres, él se limitó a contestar:

—Estaba cuidando del negocio.

Los auténticos psicóticos, los que han perdido el contacto con la realidad, no suelen cometer delitos graves. Cuando lo hacen, normalmente son tan desorganizados y se esfuerzan tan poco en no ser descubiertos que por lo general los cogen bastante pronto. Richard Trenton Chase, que mataba a mujeres porque según él necesitaba su sangre para seguir vivo, era un psicótico. Si no conseguía sangre humana, se conformaba con lo que tenía a mano. Cuando ingresaron a Chase en una institución mental, seguía cazando conejos, los desangraba y se inyectaba la sangre en el brazo. Cazaba pájaros pequeños, les arrancaba la cabeza de un mordisco y se bebía la sangre. Ese sí era de verdad. Pero para que un asesino evite ser detenido y huya con diez asesinatos, tiene que ser bastante bueno. No cometáis el error de confundir un psicópata con un psicótico.

Durante el juicio, Shawcross siempre se mantuvo estoico e inmóvil, casi catatónico, ante el jurado. Era como si estuviera en estado de trance, incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo alrededor. Sin embargo, los agentes de policía que lo custodiaban y lo escoltaban afirmaron que en cuanto no lo veía ni lo oía el jurado se relajaba y se volvía hablador, y a veces bromeaba. Sabía que se jugaba mucho vendiendo la apelación de demencia.

Uno de los criminales más listos e ingeniosos y, debo decir, más encantador que he estudiado y entrevistado fue Gary Trapnell. Se había pasado la mayor parte de su vida adulta entrando y saliendo de la cárcel, y en un momento dado convenció a una mujer joven para que hiciera aterrizar un helicóptero en medio del patio de la cárcel para rescatarlo. Durante uno de sus notorios crímenes, un secuestro de avión a principios de la década de 1970, Trapnell estaba en el aparato en tierra, intentando negociar las condiciones de su huida. En medio de la conversación, levantó el puño para que lo vieran las cámaras y exigió:

—¡Liberad a Angela Davis!

—¿Liberad a Angela Davis? ¿Qué significa eso?

Fue una sorpresa para la mayoría de los miembros de las fuerzas de la ley que trabajaban en el caso. Nada en el pasado de Trapnell indicaba que tuviera ningún compromiso emocional de ningún tipo con las causas radicales de la joven profesora negra de California. Nada indicaba que tuviera algún tipo de posición política, y ahora una de sus exigencias era liberar de la cárcel a Angela Davis. Ese tipo debía de estar loco, era la única explicación lógica.

Más tarde, una vez se hubo rendido y fue condenado, cuando lo entrevisté en el centro penitenciario de Marion, Illinois, le pregunté por esa petición.

Dijo algo parecido a: «Cuando vi que no iba a salir de esa, supe que pasaría una mala época. Se me ocurrió que, si los hermanos negros pensaban que era un preso político, tenía menos posibilidades de que me violaran en la ducha».

Además de estar en plenas facultades en ese momento, Trapnell estaba anticipando casi lo opuesto a estar loco. De hecho, escribió sus memorias, tituladas *The fox is crazy too*. Esa información también nos dio una visión fantástica de las negociaciones. Si de pronto aparece una petición del todo desmesurada, podría significar que el agresor ya ha pasado mentalmente a la siguiente etapa y el negociador puede reaccionar en consecuencia.

Trapnell me dijo algo que me pareció muy, muy interesante. Dijo que, si le daba un ejemplar de la edición actual del *DSM*, el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, y señalaba cualquier dolencia, al día siguiente podría convencer a cualquier psiquiatra de que sufría esa enfermedad. De nuevo, Trapnell tiene bastante más luces que Shawcross, pero, igual que no hace falta mucha imaginación para saber que tienes más opciones de conseguir la libertad condicional si le dices al loquero que te encuentras mucho mejor y ya no sientes interés por acosar a niños pequeños, es lógico que una explicación de enajenación mental funcione mejor si el jurado te ve en una especie de trance.

Durante mucho tiempo, la comunidad de las fuerzas policiales intentó basarse en el *DSM* para orientarse y definir qué constituía un trastorno mental grave y qué no. Sin embargo, a la mayoría ese libro de referencia nos parece que sirve de poco en lo que hacemos. Fue uno de los motivos por los que creamos el *Manual de clasificación de crímenes*, publicado en 1992. La estructura básica del libro salía de mi tesis doctoral. Ressler, Ann Burgess y su marido, Allen, profesor de gestión en Boston, colaboraron como coautores. Otros miembros de la Unidad de Apoyo a la Investigación de la Unidad de Ciencia del Comportamiento, entre ellos Greg Cooper, Roy Hazelwood, Ken Lanning, Gregg McCrary, Jud Ray, Pete Smerick y Jim Wright, trabajaron con nosotros como colaboradores.

Con el *Manual de clasificación de crímenes, CCM,* pretendíamos organizar y clasificar los crímenes graves por sus características del comportamiento y explicarlos de un modo que un enfoque estrictamente psicológico como el del *DSM* nunca pudo hacer. Por ejemplo, en el *DSM* no está el tipo de escenario de asesinato del que se acusaba a O. J. Simpson. Lo encontraréis en el *CCM*. Lo que intentábamos hacer era separar el grano de la paja en cuanto a pruebas del comportamiento y ayudar a los investigadores y a la comunidad legal a centrarse en qué consideraciones son relevantes y cuáles no.

No es de extrañar que los acusados y sus abogados argumenten todo lo posible para evitar asumir la responsabilidad de sus acciones. Entre la lista de factores que el equipo de Shawcross insinuó que habían contribuido a su locura estaba el estrés

postraumático por Vietnam. La investigación señalaba que Shawcross no había visto ni un combate. Pero no era nada nuevo, se había usado en multitud de ocasiones anteriores. Duane Samples, que la noche del 9 de diciembre de 1975 destripó a dos mujeres en Silverton, Oregón, argumentó en su defensa que sufría estrés postraumático. Solo murió una de las mujeres, pero he visto las fotografías del escenario del crimen. Ambas parecen autopsias. Robert Ressler descubrió que pese a sus declaraciones Samples tampoco había visto acción en Vietnam. No obstante, el día antes de la agresión Samples había escrito una carta en la que explicaba su eterna fantasía de destripar a mujeres guapas desnudas.

En 1981, Ressler fue a Oregón para ayudar a los fiscales a explicar por qué el gobernador no debería persistir en su intención de concederle la libertad condicional. Funcionó, aunque se la concedieron diez años después.

¿Está loco Samples? ¿Estaba temporalmente enajenado cuando rajó a esas dos mujeres? La tendencia natural sería decir que todo el que es capaz de hacer algo tan horrible y perverso tiene que estar «enfermo». No discrepo, pero ¿sabía que lo que estaba haciendo estaba mal? ¿Decidió hacerlo igualmente? Para mí, esas son las preguntas importantes.

El juicio de Arthur Shawcross en el juzgado municipal de Rochester duró más de cinco semanas, durante las cuales el fiscal Siragusa mostró un conocimiento más profundo y completo de la psiquiatría forense de la que he visto prácticamente en ningún otro médico. Durante el juicio, televisado hasta el último minuto, se convirtió en un héroe local. Cuando, tras los argumentos finales, por fin se entregó el caso al jurado tardaron menos de un día en llegar a un veredicto de culpabilidad por asesinato en segundo grado en todos los cargos. El juez se aseguró de que Shawcross no tuviera oportunidad de repetir sus acciones. Lo condenó a doscientos cincuenta años en la cárcel estatal.

Eso me lleva a otro aspecto de la defensa por enajenación que mucha gente no advertirá: a los jurados no les gusta y no suelen aceptarla.

Creo que no la aceptan por dos motivos. Uno es que refuerza la creencia de que los asesinos múltiples se ven tan impulsados a cometer sus crímenes que no tienen otra opción. Pensad que ningún asesino en serie, según mi experiencia, se sintió tan impulsado a matar como para hacerlo en presencia de un agente de policía uniformado.

El segundo motivo por el que los jurados no aceptan la defensa por enajenación es aún más básico. Una vez desglosados todos los argumentos legales, psiquiátricos y académicos, cuando se trata de deliberar sobre el destino del acusado, los miembros del jurado reconocen por instinto que esos tipos son peligrosos. Sea lo que sea que los hombres y mujeres decentes de Milwaukee puedan creer intelectualmente sobre la locura o no locura de Jeffrey Dahmer, no creo que quisieran confiar su futuro (y el de su comunidad) a una institución mental de cuya seguridad y sentido común al tenerlo ingresado no pudieran fiarse. Si lo encarcelan, tenían más probabilidades de que su

peligrosidad estuviera controlada.

No insinúo que la mayoría de psiquiatras o profesionales de la salud mental estén deseosos de liberar a delincuentes peligrosos de la cárcel y devolverlos a situaciones en que pueden hacer más daño. Lo que sugiero es que, en la mayoría de casos, a juzgar por mi experiencia, esa gente no ve suficientes situaciones como las que vemos nosotros para emitir juicios informados. Aunque tengan experiencia forense, a menudo se limita a un ámbito concreto, en el que luego se basarán.

Uno de mis primeros casos como especialista en perfiles fue el asesinato de una anciana, Anna Berliner, en su casa de Oregón. La policía local había consultado a un psicólogo clínico sobre el tipo de sujeto desconocido que buscaban. La anciana presentaba cuatro heridas profundas de lápiz clavado en el pecho. El psicólogo había realizado entrevistas con casi cincuenta hombres acusados de o condenados por homicidio. La mayoría de esas evaluaciones se habían hecho en la cárcel. Basándose en su experiencia, pronosticó que el agresor sería alguien con mucho tiempo en la cárcel a la espalda, probablemente traficante de drogas, porque solo en la cárcel un lápiz afilado se considera un arma letal. La gente del exterior, argumentó, no pensaría en usar un lápiz normal y corriente para atacar a alguien.

Cuando la policía se puso en contacto conmigo, le di la opinión contraria. Pensaba que la edad y vulnerabilidad de la víctima, la exageración del asesinato, el hecho de que fuera un crimen de día y que no faltara nada de valor apuntaba a un agresor joven e inexperto. No creía que analizara con atención el uso del lápiz como arma. Estaba allí y lo utilizó. El asesino resultó ser un joven de dieciséis años sin experiencia que había ido a casa de la víctima pidiendo una aportación a una caminata en la que realmente no participaba.

El rasgo clave de ese escenario del crimen era que todas las pruebas del comportamiento me sugerían un agresor inseguro. Un exconvicto que atacara a una anciana en su casa se sentiría muy seguro de sí mismo. Con una sola prueba (como el cabello afroamericano en el caso de Francine Elveson) no te puedes hacer una idea global. De hecho, en el asesinato de Anna Berliner podría haber conducido por el lado contrario a la verdad.

La pregunta más difícil que nos hacen a todos los que nos dedicamos a esto es si un individuo concreto es, o será, peligroso. A los psiquiatras a menudo se les formula en términos de si constituye «una amenaza para sí mismo o para los demás».

Hacia 1986 el FBI recibió una consulta sobre un carrete enviado desde Colorado a un laboratorio fotográfico para que lo revelara. En las imágenes aparecía un hombre que rozaba la treintena, vestido de camuflaje, colocado en la plataforma trasera de su todoterreno con un rifle y una muñeca Barbie que había sido sometida a diversas torturas y mutilaciones. No se había infringido ninguna ley, y yo le dije que seguramente el tipo no tenía antecedentes. Pero también le advertí de que, a su edad, la fantasía que interpretaba con la muñeca ya no le resultaría satisfactoria durante mucho tiempo. Evolucionaría. Por las fotografías no podía saber hasta qué punto era

importante en su vida, pero para meterse en la preparación y los problemas que suponía, alguna importancia debía de tener. Les dije que había que vigilar e interrogar al tipo porque era un caso de peligrosidad a la espera de que se produzca. No estoy seguro de que todos los psiquiatras fueran de la misma opinión.

Por extraño que suene el incidente, se me ocurren varios «casos de muñeca Barbie» que me han llegado a lo largo de los años, todos con hombres adultos. Un sujeto del medio oeste clavaba agujas en cada centímetro de la muñeca y la dejó en el terreno del hospital psiquiátrico de la zona. De vez en cuando se ven este tipo de cosas con cultos satánicos, vudú o gente que cree hacer brujería, pero ahí no había nada de eso. Tampoco le puso nombre a la muñeca que apuntara a una persona en concreto. Era una tendencia sádica general, propia de alguien que tiene un verdadero problema con las mujeres.

¿Qué más podemos decir de ese individuo? Que probablemente experimentó torturando a animales pequeños y tal vez lo hiciera con regularidad. Tenía dificultades para relacionarse con gente de su edad, hombres y mujeres. De joven acosaba o tenía una actitud sádica con los niños más pequeños. Y está o pronto llegará a la etapa en que no le bastará con fingir sus fantasías. Se puede discutir si está «enfermo» o no, pero me preocupa de verdad su peligrosidad.

¿Cuándo es probable que se produzca esa conducta peligrosa? Este tipo es un perdedor inadaptado. En su mente, todo el mundo intenta acabar con él y nadie reconoce su talento. Si los factores estresantes de su vida se vuelven insoportables, irá un paso más allá en su fantasía. En el caso de un mutilador de muñecas, el paso más allá no significa ir a por alguien de su grupo de edad, sino a por alguien más joven, débil o desprotegido. Es un cobarde. No irá a por un igual.

Eso no significa necesariamente que vaya a agredir a niños. Barbie representa a una mujer madura y desarrollada, no a una niña prepúber. Por muy retorcido que sea, lo que desea es el contacto con una mujer madura. Si mutila o abusa de una muñeca bebé, tendremos otro tipo de problemas.

Pese a que el hombre que clava agujas a la muñeca y la deja en el hospital será bastante disfuncional, no tendrá permiso de conducir y destacaría entre la multitud como un bicho raro. El tipo vestido de camuflaje será mucho más peligroso. Tiene un trabajo porque tiene dinero para comprarse un rifle, un coche, una cámara. Puede desenvolverse y funcionar «con normalidad» en sociedad. Cuando salta, alguien tiene problemas serios. ¿Confío en que la mayoría de psiquiatras o profesionales de la salud hicieran esa distinción? No. No tienen el bagaje o la orientación necesarias. No han verificado sus averiguaciones.

Uno de los aspectos clave de nuestro estudio sobre asesinos en serie era la idea de comprobar lo que nos decían estudiando las pruebas tangibles. De lo contrario, te estás fiando del relato del protagonista, que en el mejor de los casos es incompleto y en el peor científicamente inútil.

La evaluación de la peligrosidad cuenta con varios usos y aplicaciones. El viernes 16 de abril de 1982, unos agentes del servicio secreto estadounidense se reunieron conmigo debido a una serie de cartas escritas por el mismo individuo que empezaron en febrero de 1979 en las que amenazaba de muerte al presidente (la primera tenía como objetivo a Jimmy Carter, todas las demás a Ronald Regan), y otras figuras políticas.

La primera carta había llegado a los servicios secretos de Nueva York con el remite de «Solo y Deprimido». Era de dos páginas, manuscrita en papel de libreta, y amenazaba con «disparar y matar al presidente Carter o a otra persona con poder».

Entre julio de 1981 y febrero de 1982 se sucedieron ocho cartas más. Tres llegaron al servicio secreto de Nueva York, una al FBI en Nueva York y una al FBI en Washington, una al *Philadelphia Daily News* y dos directamente a la Casa Blanca. Estaban manuscritas por el mismo «Solo y Deprimido», pero iban firmadas por «C.A.T.». Se habían enviado desde Nueva York, Filadelfia y Washington. Las cartas expresaban su intención de matar al presidente Reagan, al que se hacía referencia como «el mal de Dios» o «el Diablo». Otros políticos que apoyaban al presidente Reagan también fueron amenazados. El escritor, además, se refirió a John Hinckley, y prometió terminar su misión fallida.

Hubo más cartas, y la lista de correo se amplió al congresista Jack Kemp y al senador Alfonse D’Amato. A los servicios secretos les preocupaba en particular la inclusión de fotografías del senador D’Amato y el congresista Raymond McGratk de Nueva York. Tomadas de muy cerca, demostraban la capacidad de C.A.T. de acercarse lo suficiente para cumplir sus amenazas.

Finalmente, el 14 de junio de 1982, la decimocuarta carta fue enviada al editor del *New York Post*. En ella declaraba que todo el mundo sabría quién era cuando acabara con el presidente, al que se refirió como «el Diablo». Se lamentaba de que nadie le escuchara y todo el mundo se burlara de él, lo que no me sorprendió.

Sin embargo, en el texto también daba «permiso» al periódico para hablar con él una vez cumplida su histórica misión. Esa era la grieta que esperábamos. C.A.T. estaba dispuesto, probablemente ansioso, por dialogar con el editor del periódico. Podíamos ofrecérselo.

Por el lenguaje y los giros de las cartas, así por como desde dónde se enviaban y a quién, estaba bastante seguro de que el tipo era de la ciudad de Nueva York. Tracé el perfil de un hombre blanco soltero de veintitantos años o treinta y pocos, neoyorquino de nacimiento que vivía en las afueras de la ciudad, seguramente solo. Tenía una inteligencia media y estudios de secundaria, tal vez más estudios en ciencias políticas y literatura y probablemente era el hijo menor o único en su familia. Sospechaba que en épocas anteriores había consumido muchas drogas o alcohol, pero ahora sería solo consumidor ocasional. Se consideraría a sí mismo un fracaso por no haber cumplido nunca los sueños de sus padres o de otras personas, y tendría una lista eterna de tareas y objetivos incumplidos. Con veintitantos años, esperaba que

estuviera psicológicamente agotado por un estrés incontrolado, tal vez relacionado con el servicio militar, un divorcio, una enfermedad o la pérdida de un familiar.

Se especulaba mucho con qué significaba o simbolizaba «C.A.T.». Les dije a los servicios secretos que no invirtieran mucho tiempo en eso, porque quizá no significara nada en absoluto. Se suele tender a interpretar demasiado cada detalle cuando, en realidad, tal vez al sujeto desconocido solo le gustaba cómo sonaba o cómo quedaba escrito.

El problema para los servicios secretos, como siempre, era si ese tipo era peligroso de verdad o no, pues mucha gente que hace amenazas y despotrica en cartas nunca las cumplen. Les expliqué que las personalidades como esa siempre buscan algo. Acuden a grupos políticos o religiosos, y no lo encuentran. Los demás creen que son raros y no se los toman en serio, así que con el tiempo el problema empeora. Se centran en una misión que dé significado a sus vidas. Es la primera vez que experimentan cierto control, les gusta la sensación y eso hará que busquen oportunidades más frecuentes y de mayor envergadura. La gente que se arriesga es peligrosa.

Supuse que estaba familiarizado con las armas y prefería un ataque de cerca, aunque supusiera que no podría escapar. Dado que su misión podría ser suicida, escribía un diario para la posteridad, con objeto de que el mundo conociera su historia. A diferencia de una personalidad como la del envenenador del Tylenol, C.A.T. no quería permanecer en el anonimato. Cuando el miedo a la vida superara el miedo a la muerte, cometería su acto violento. Parecería muy tranquilo justo antes de hacerlo. Se camuflaría y se confundiría con el entorno. Charlaría con los agentes de policía o de los servicios secretos que tuviera cerca, y parecería normal e inofensivo.

En ciertos aspectos, era del mismo tipo que John Hinckley, cuyo caso y juicio fue muy cubierto por la prensa. También parecía obsesionado con Hinckley, del que sabía bastante. Pensé que tal vez le gustaría oír el veredicto o la sentencia del juicio y propuse a los servicios secretos que fueran al Ford’s Theatre de Washington, donde dispararon a Abraham Lincoln y que era el lugar que visitó Hinckley antes de disparar al presidente Reagan. También les dije que vigilaran el hotel donde Hinckley se había alojado. Si alguien pedía la habitación de Hinckley, podía ser él.

El hotel sí tuvo una solicitud de esa habitación en concreto. Los agentes de los servicios secretos entraron y registraron a una pareja de ancianos que habían pasado su noche de bodas en esa habitación y habían vuelto en varias ocasiones.

En agosto, los servicios secretos recibieron dos cartas más firmadas por «C.A.T.» dirigidas a «Oficina del Presidente, Washington, D. C.». Ambas llevaban un sello de Bakersfield, California. Dado que muchos asesinos recorren el país acosando a su presa, había una preocupación real de que el tipo estuviera viajando. En las cartas decía: «En plenas facultades mentales y físicas he decidido organizar a la mayor cantidad de ciudadanos estadounidenses que pueda para levantar las armas y exterminar de mi país a los enemigos desde dentro».

En una divagación larga y paranoide, hablaba de la «tortura e infierno» que había pasado y reconocía la posibilidad de morir «en mis intentos de llevar ante la justicia a la escoria de arriba».

Leí con atención las cartas y deduje que se trataba de un imitador. Para empezar, estaban escritas en minúscula, en vez de en mayúscula como las cartas anteriores. Se referían al presidente Reagan como «Ron» en vez de «el Diablo» o «el Viejo». Me pareció probable que la autora fuera una mujer y, por muy desagradables que fueran los sentimientos y amenazas expresados, no creía que fuera peligrosa.

El auténtico C.A.T. era otra historia. Pensé que la mejor estrategia era una «parada táctica» y dialogar con él hasta que pudiéramos localizarlo. Un agente de los servicios secretos se hizo pasar por el editor del periódico y le instruimos sobre qué decir y cómo expresarse. Hice hincapié en que deberíamos intentar que C.A.T. se abriera a él para contar «toda su historia». Una vez construido el nivel de confianza, el «editor» le propondría una reunión, pero de noche, en un lugar apartado, porque el editor estaba aún más preocupado que C.A.T. por mantenerlo en secreto. Pusimos un anuncio clasificado muy pensado en el *New York Post*, al que C.A.T. contestó. Empezó a tener conversaciones regulares con nuestro hombre. Pensé que llamaría desde un lugar público como la estación Grand Central o de Pensilvania, o una biblioteca o un museo.

Hacia la misma época, el FBI recibió otra evaluación del doctor Murray Miron, el destacado experto en psicolingüística de la Universidad de Siracusa. Murray y yo habíamos colaborado en investigaciones y artículos sobre evaluaciones de amenazas, y para mí era uno de los mejores. Cuando empezó el diálogo por teléfono, Murray escribió un análisis para el FBI en el que afirmaba que ya no consideraba peligroso a C.A.T., sino un fraude en busca de notoriedad que estaba manipulando a personas muy importantes. Murray pensaba que había que detenerlo, pero no lo consideraba una amenaza como yo.

Poco a poco pudimos mantenerlo más tiempo al teléfono para rastrearlo y detenerlo. El 21 de octubre de 1982, un equipo conjunto de los servicios secretos y el FBI lo detuvo en una cabina telefónica en Penn Station mientras hablaba con el «editor». Se llamaba Alphonse Amodio Jr., veintisiete años, blanco, nacido en Nueva York y con estudios de secundaria.

Agentes del FBI y de los servicios secretos fueron a su piso, pequeño e infestado de cucarachas, en Floral Park. La familia parecía bastante disfuncional, y cuando interrogaron a la señora Amodio, la descripción que dio de su hijo encajaba con el perfil. «Odia al mundo y siente que el mundo lo odia a él», les dijo a los agentes. Describió sus violentos cambios de humor. Llevaba años coleccionando noticias y tenía dos archivadores llenos de carpetas etiquetadas con nombres de diversos políticos. De pequeño tartamudeaba tanto que se retrasó su inicio en el colegio. Aparte de varias referencias a sí mismo en el diario como «gato callejero», los agentes no encontraron una lógica ni una explicación para el alias C.A.T.

Amodio fue ingresado en un psiquiátrico de Bellevue. Antes del juicio, el juez del distrito David Edelstein solicitó un informe de un psiquiatra social, que consideró que el acusado estaba gravemente enfermo emocionalmente y por tanto suponía un peligro serio para el presidente y otros miembros del gobierno.

Amodio confesó ser C.A.T. Los agentes que lo interrogaron no advirtieron ningún componente político en su pensamiento. Lo hacía solo por conseguir poder y atención.

Ya no está ingresado. ¿Sigue siendo peligroso este tipo de persona? No creo que sea una amenaza inmediata, pero si se crean de nuevo los factores estresantes y no encuentra la manera de superarlos, yo me pondría nervioso otra vez.

¿Qué busco? Una de las claves es el tono. Si veo una serie de cartas dirigidas a un político, una estrella de cine, un deportista o un famoso en la que el tono aumenta en rigidez y urgencia («¡No estás contestando a mis cartas!»), me las tomo en serio. Es mental y físicamente agotador mantener esa rigidez obsesiva-compulsiva. Con el tiempo, el individuo empezará a desmoronarse. Una vez más, puede decirse que el comportamiento es una forma de enfermedad mental, pero lo que debe preocuparme es hasta qué punto es peligroso.

Pese a que hemos entrevistado a mujeres como las asesinas potenciales y simpatizantes de la familia Manson Lynette «Squeaky» Fromme y Sarah Jane Moore, nuestro estudio en prisiones solo incluía a hombres. Si bien ocasionalmente surge un tipo de asesino mujer, en todos los casos de asesinos en serie o asesinatos por motivación sexual que he mencionado el agresor es un hombre. Nuestro estudio ha demostrado que casi todos los asesinos en serie proceden de orígenes disfuncionales de abusos sexuales o físicos, drogas o alcoholismo o cualquiera de los problemas relacionados. Las mujeres vienen del mismo entorno y, en todo caso, las chicas aún sufren más abusos o agresiones que los chicos. Entonces ¿por qué hay tan pocas mujeres que cometan el mismo tipo de crímenes que los hombres? Una sospechosa de ser una asesina en serie como Aileen Wuornos, acusada de matar a hombres en carreteras interestatales de Florida, es tan poco frecuente que enseguida llama la atención.

Sin embargo, es un terreno pantanoso, pues no se han realizado estudios que contesten a esa pregunta de forma definitiva. Como han especulado muchos, puede tener una relación directa con los niveles de testosterona o tener una base hormonal y química. Lo único que podemos decir como autoridad en experiencia es que las mujeres asimilan sus factores estresantes. En vez de atacar a los demás, tienden a castigarse a sí mismas con alcoholismo, drogas, prostitución y suicidio. Algunas pueden repetir el maltrato psicológico o físico en sus propias familias, como en principio hizo la madre de Ed Kemper. Desde el punto de vista de la salud mental, es muy perjudicial. Sin embargo, el hecho es que las mujeres no matan de la misma

manera ni se acercan remotamente a los números de los hombres.

Entonces ¿qué se puede hacer con la peligrosidad? ¿Cómo podemos intervenir en casos de inestabilidad mental o defectos del carácter antes de que sea demasiado tarde? Por desgracia, la respuesta no es rápida ni sencilla. En muchos casos, las fuerzas de la ley se han convertido en la línea de frente del orden y la disciplina, en vez de serlo la familia. Es una situación peligrosa para la sociedad porque cuando intervenimos ya es demasiado tarde para conseguir nada. Lo mejor que podemos hacer es evitar que se haga más daño.

Si estáis pidiendo que las escuelas sean la respuesta, también es mucho pedir. Si sacas a un niño de un mal ambiente y esperas que los profesores sobrecargados en siete horas al día los transformen, puede que ocurra, o puede que no. ¿Y las otras diecisiete horas del día? La gente nos pregunta a menudo si, gracias a la investigación y a la experiencia, ahora podemos pronosticar cuándo es probable que un niño sea peligroso más adelante. La respuesta de Roy Hazelwood es: «Claro. Igual que cualquier buen maestro de primaria». Y si logramos someterlos a un tratamiento intensivo temprano, puede significar un cambio. Un adulto de referencia sólido durante los años de formación puede ser la clave.

Bill Tafoya, el agente especial que ejercía de «futurólogo» en Quantico, defendía un mínimo compromiso de diez años de dinero y recursos de la misma magnitud de lo que enviamos al golfo Pérsico. Solicita una restauración a gran escala del proyecto Head Start, uno de los programas contra el crimen a largo plazo más eficaces de la historia. No cree que la respuesta sea más policía; más bien crearía «un ejército de trabajadores sociales» para ayudar a mujeres maltratadas, familias sin hogar con hijos, a encontrar buenas casas de acogida. Y lo respaldaría todo con programas de incentivos fiscales.

No estoy seguro de que sea la respuesta total, pero sin duda sería un buen principio. Lo triste es que los loqueros pueden luchar todo lo que quieran, y mi gente y yo podemos usar la psicología y la ciencia del comportamiento para ayudar a atrapar a los criminales, pero para cuando podemos intervenir, ya se ha hecho mucho daño.

19
A veces gana el dragón

Cuando en julio de 1982 se encontró el cadáver de una chica de dieciséis años en Green River, en las afueras de Seattle, nadie pensó mucho en ello. El río, que unía el monte Rainier con Puget Sound, era un vertedero ilegal muy popular, y la víctima era una joven prostituta. La policía no dio importancia al hallazgo hasta avanzado ese verano, cuando el 12 de agosto se encontró a otra mujer muerta en el río, y tres días después se descubrieron otras tres. Las edades y razas de las víctimas eran distintas, pero todas habían sido asfixiadas. Algunas estaban hundidas en un aparente esfuerzo por esconderlas. Todas estaban desnudas, y en dos casos encontraron piedrecitas dentro de la vagina de la víctima.

Se hizo evidente que se trataba de una serie de crímenes y evocaba recuerdos de los últimos asesinatos en serie de Seattle, el secuestro y asesinato en 1974 de por lo menos ocho mujeres de la zona por parte de un sujeto conocido solo como «Ted». Los casos estuvieron sin resolver durante cuatro años hasta que un joven guapo y educado llamado Theodore Robert Bundy fue detenido por una serie de brutales asesinatos en una hermandad de Florida. Para entonces había cruzado el país y matado como mínimo a veintitrés chicas hasta ganarse una plaza permanente en la cámara de los horrores de nuestra memoria colectiva.

Richard Kraske, de la división de investigaciones criminales del condado de King, había dirigido esa operación y quería aplicar lo aprendido, así que recurrió al FBI para que le ayudara a trazar un perfil psicológico del «asesino de Green River». Pese a que los investigadores del grupo operativo recién creado y multijurisdiccional estaban divididos sobre si todos los casos estaban relacionados, había un factor común claro: todas las mujeres muertas eran prostitutas que trabajaban en SeaTac Strip, la autopista de la costa del Pacífico cerca del aeropuerto internacional de Seattle-Tacoma. Y ahora había más chicas jóvenes desaparecidas.

En septiembre, Allen Whitaker, el agente especial al cargo de Seattle, estaba en Quantico para una formación y nos presentó un informe detallado de los cinco casos originales. Como solía hacer cuando quería estar concentrado y lejos de las constantes interrupciones de empleados y el teléfono, me retiré al piso superior de la biblioteca, donde podía estar solo, mirar por la ventana (siempre una novedad agradable para los que trabajábamos en sótanos) y meterme en la mente del agresor y las víctimas. Pasé un día revisando el material: informes y fotografías del escenario del crimen, actas de autopsias y descripciones de víctimas. Pese a la variedad de edad y razas y modus operandi, los parecidos eran lo bastante firmes para indicar que todos los asesinatos eran obra del mismo sujeto.

Tracé un perfil detallado de un hombre blanco físicamente poderoso, inadaptado,

subempleado, cómodo en el río y que no sentía remordimientos por lo que hacía. Al contrario, era un hombre con una misión que había sufrido experiencias humillantes con mujeres y ahora había salido a castigar a todas las que pudiera de las que consideraba las de más baja estofa. Al mismo tiempo, advertí a la policía que, debido a la naturaleza de los crímenes y las víctimas, mucha gente encajaría en ese perfil. A diferencia de Ed Kemper, por ejemplo, no era un portento mental. Los crímenes eran poco sofisticados y de alto riesgo. Había que hacer hincapié en técnicas proactivas que impulsaran al sujeto desconocido a ponerse en contacto con la policía. Whitaker se llevó el perfil cuando regresó de Quantico.

Ese mismo mes apareció el cadáver muy descompuesto de otra mujer joven en la zona de casas clausuradas cercana al aeropuerto. Estaba desnuda y tenía un par de calcetines negros de hombre atados al cuello. El médico forense calculó que había muerto aproximadamente a la misma hora que las víctimas del río. Tal vez el asesino había cambiado el modus operandi tras enterarse de que el río estaba vigilado.

Tal como se explica en *The Search for the Green River killer*, un relato bien documentado de Carlton Smith y Thomas Guillen, el sospechoso más sólido era un taxista de cuarenta y cuatro años que encajaba en el perfil en casi todos los aspectos. Se había entrometido pronto en la investigación, llamó a la policía con pistas para encontrar al asesino y recomendarles que buscaran a otros taxistas. Pasaba mucho tiempo con prostitutas y gente de la calle en esa zona, era noctámbulo, conducía compulsivamente, bebía y fumaba como sugería el perfil y mostraba su preocupación por la seguridad de las prostitutas. Había pasado por cinco matrimonios fallidos, se crio cerca del río, vivía con su padre viudo, conducía un coche viejo y de corte clásico que no estaba en muy buen estado y seguía con atención lo que la prensa decía sobre el caso.

En septiembre la policía lo convocó para un interrogatorio y me llamaron para que les aconsejara una estrategia. Por aquel entonces viajaba a un ritmo febril, saltaba por todo el país casi todas las semanas intentando estar al día de mis casos. Cuando llamó la policía, estaba fuera de la ciudad. Hablaron con Roger Depue, el jefe de la unidad, que dijo que yo volvería en unos días y les recomendó que no lo interrogaran hasta que no pudieran hablar conmigo, ya que de momento el sujeto había cooperado y no pensaba abandonar la zona.

No obstante, la policía siguió adelante con el interrogatorio, que duró todo un día y se convirtió en un enfrentamiento. Visto desde el presente, tal vez se podría haber hecho de manera distinta. Los resultados del polígrafo fueron ambiguos y, pese a que la policía lo puso bajo una vigilancia extrema y siguió reuniendo pruebas circunstanciales, nunca pudieron construir un caso contra él.

Dado que no intervine personalmente en esa parte de la investigación, no puedo decir si ese individuo era un sospechoso prometedor o no. Pero la falta de coordinación y orientación dificultó mucho la investigación en las primeras fases, cuando el sujeto suele ser más fácil de atrapar. Estaba preocupado, no sabía qué

esperar y el «factor aterrador» estaba en su punto álgido. A medida que pasaba el tiempo y el tipo desconocido veía que no le sucedía nada, se sentía más cómodo. Se consolidó, pulió su modus operandi.

Al principio de este caso, la policía local ni siquiera tenía ordenador. A medida que la investigación fue avanzando, al ritmo al que procesaban las pistas, habrían tardado cincuenta años en evaluar correctamente lo que tenían. Si hoy en día se iniciara una investigación como la de Green River, espero y confío en que la organización inicial sería más eficaz y la estrategia más definida. Aun así, sería un trabajo muy arduo. Las prostitutas llevaban una existencia nómada. Solía ocurrir que, cuando un novio o un proxeneta denunciaba una desaparición, ella había desaparecido por propia voluntad o simplemente se había instalado en otra zona arriba o abajo de la costa. Muchas usaban apodos, de manera que la identificación de los cuerpos y el rastreo de los casos se convertía en una pesadilla, Así, era difícil localizar y certificar los historiales médicos y dentales. Además, la relación y la colaboración entre la policía y la comunidad de prostitutas siempre había sido escasa, en el mejor de los casos.

En mayo de 1983 se halló a una joven prostituta completamente vestida en una escena montada con esmero: tenía un pez colocado encima de la garganta, otro sobre el pecho izquierdo y una botella de vino entre las piernas. Había sido estrangulada con un cordón fino o una cuerda. La policía atribuyó su muerte al asesino de Green River. Yo, sin embargo, pensaba que la última víctima encontrada en tierra estaba relacionada, pero esta me parecía un homicidio por causas personales. No era aleatoria, había demasiada rabia. El asesino conocía bien a su víctima.

A finales de 1983, el número de cadáveres había ascendido a doce, y siete denuncias de desaparición. Una de las mujeres fallecidas estaba embarazada de ocho meses. El equipo operativo me pidió que les diera consejos sobre el terreno. Como he señalado, estaba intentando gestionar varias etapas del caso Wayne Williams en Atlanta, el Asesino del calibre 22 en Búfalo, el Asesino del Sendero en San Francisco y el caso Robert Hansen en Anchorage, un pirómano en serie antisemita en Hartford y más de cien casos activos más. La única manera de mantenerlos todos al día era obligarme a soñar con ellos de noche. Sabía que estaba en la cuerda floja, pero desconocía hasta qué punto ni a qué velocidad. Cuando el equipo de Green River me dijo que me necesitaba, supe que tenía que meterme también en eso.

Confiaba en que mi perfil encajara con el asesino, pero también sabía que encajaría con mucha gente, y a estas alturas podría estar implicado más de uno. Cuanto más durara aquello, más opciones había de que hubiera más asesinos implicados, ya fueran imitadores o por el territorio y las víctimas. La franja de Sea-Tac era fácil para un asesino. Si tienes voluntad de matar, es el tipo de sitio al que irías. Las prostitutas estaban disponibles y, dado que muchas de ellas ejercían en todo el corredor de la costa oeste, desde Vancouver hasta San Diego, cuando una chica desaparecía a menudo nadie la echaba de menos.

Pensé que las técnicas proactivas eran más importantes que nunca. Podían incluir desde convocar reuniones municipales sobre los asesinatos en escuelas rurales, para luego repartir hojas para firmar y anotar las matrículas de los asistentes, utilizar los medios de comunicación para presentar a un investigador como «superpolicía» para instar al asesino a ponerse en contacto con él, artículos que personalizaran a la mujer embarazada para intentar fomentar en el asesino remordimientos y otras visitas, vigilancia de vertederos no conocidos, el uso de agentes de policía de señuelo y muchas otras posibilidades.

Me llevé a Blaine McIlwain y Ron Walker, dos de los especialistas en perfiles más recientes, al viaje a Seattle de diciembre, pensando que sería un buen caso para que adquirieran algo de experiencia sobre el terreno. Fue una buena decisión, como si Dios o algún orden cósmico lo hubieran planeado. Me salvaron la vida.

Cuando rompieron la puerta, cerrada con pestillo y cadena de la habitación del hotel, me encontraron inconsciente y con convulsiones en el suelo, estaba a punto de morir de la fiebre que me estaba comiendo el cerebro.

Cuando finalmente me recuperé y volví a trabajar, en mayo de 1984, el asesino de Green River aún seguía suelto, como en el momento de redactar este texto más de una década después. Seguí haciendo de consultor con la unidad operativa, que se convirtió en una de las cacerías de un hombre más grandes de la historia americana. Cuanto más duraba la investigación, a medida que iban aumentado el número de cadáveres, cada vez estaba más convencido de que había varios asesinos en serie que compartían algunos rasgos parecidos, pero cada uno actuando por su cuenta. La policía de Spokane y Portland me llevaba grupos de prostitutas asesinadas y desaparecidas, pero yo no encontraba un vínculo claro con los asesinatos de Seattle. La policía de San Diego pensaba que otro grupo de su ciudad podría estar relacionado. En total, la unidad operativa de Green River estaba investigando más de cincuenta muertes. Más de mil doscientos sospechosos habían quedado reducidos a una lista de ochenta. Iban desde novios y proxenetas de las mujeres fallecidas a un cualquiera de Portland del que había huido una prostituta tras amenazas de tortura y un cazador residente en Seattle. A veces, incluso miembros de los cuerpos policiales eran considerados posibles sospechosos. Pero nada de eso era suficiente para cerrar el caso. En ese momento, estaba convencido de que había como mínimo tres asesinos, posiblemente más.

El último impulso proactivo importante llegó en diciembre de 1988 con un programa en directo de dos horas en un canal nacional titulado *Manhunt… Live* y presentado por la estrella de *Dallas* Patrick Duffy. El programa ofrecía información sobre la búsqueda del asesino o asesinos y una serie de números gratuitos para que los espectadores aportaran consejos y pistas. Volé a Seattle para aparecer en el programa y formar a agentes de policía sobre cómo filtrar las llamadas y formular enseguida las preguntas pertinentes.

La semana siguiente de la emisión, la empresa telefónica calculó que más de cien

mil personas habían intentado llamar, pero menos de diez mil habían conseguido ser atendidas. Al cabo de tres semanas no había ni recursos económicos ni voluntarios para seguir atendiendo las líneas. Al final, fue un símbolo de muchos otros aspectos del caso de Green River: mucha gente entregada haciendo enormes esfuerzos, pero al final, demasiado poco y demasiado tarde.

Durante años, Gregg McCrary tenía una viñeta colgada en el tablón de anuncios de su despacho en la que aparecía un dragón que escupía fuego sobre un caballero prostrado. Debajo decía simplemente: «A veces gana el dragón».

Es una realidad que no se nos puede olvidar jamás. No los atrapamos a todos, y como los que sí cogemos ya han matado, violado, torturado, bombardeado, quemado o desfigurado, a ninguno lo pillamos a tiempo. Es cierto hoy, igual que lo era hace más de un siglo, cuando Jack el Destripador se convirtió en el primer asesino en serie en cautivar la imaginación popular.

Por irónico que parezca, aunque la emisión de *Manhunt* no solucionó los asesinatos de Green River, ese mismo año aparecí en otro programa de televisión nacional en el que determiné, a través del perfil, la posible identidad del asesino en serie más infame de todos. Estaba programado para coincidir con el centenario de los asesinatos de Jack el Destripador en Whitechapel, lo que significaba que mi perfil llegaba un siglo demasiado tarde para servir de nada.

Los brutales asesinatos de prostitutas tuvieron lugar en las calles y callejones iluminados con farolas de gas del Londres victoriano, en el duro y abarrotado East End, entre el 31 de agosto y el 19 de noviembre de 1888. En aquella época, el salvajismo de los asesinatos y la mutilación post mortem fueron a más. A primera hora de la mañana del 30 de septiembre, mató a dos mujeres en una hora o dos, un acto insólito en aquellos tiempos. La policía recibió varias cartas de burla, publicadas en prensa, y los horrores se convirtieron en un gran acontecimiento mediático. Nunca atraparon al destripador, pese a los ingentes esfuerzos de Scotland Yard, y desde entonces su identidad es objeto de especulaciones. Como la «verdadera» identidad de William Shakespeare, la selección de sospechosos a menudo revela más de la gente que especula que del misterio en sí.

Entre las opciones preferidas y más fascinantes a lo largo de los años está el príncipe Albero Víctor, duque de Clarence, el nieto mayor de la reina Victoria y, por parte de su padre, Alberto Eduardo, príncipe de Gales (que se convirtió en Eduardo VII tras la muerte en 1901 de Victoria), el siguiente sucesor al trono. Teóricamente el duque de Clarence murió en la gran epidemia de la gripe de 1892, pero muchos teóricos del destripador creen que falleció de sífilis o posiblemente envenenamiento a manos del médico real para eliminar la mancha del escándalo de la monarquía. Sin duda es una posibilidad intrigante.

Otros candidatos sólidos fueron Montague John Druit, profesor de una escuela de chicos que encajaba con las descripciones de los testimonios; el doctor William Gull, médico real jefe; Aaron Kosminski, un inmigrante polaco pobre que había entrado y

salido de instituciones mentales de la zona, y Roslyn D'Onstan, periodista avezada en la magia negra.

Se ha dado una gran importancia al hecho de que los asesinatos del destripador pararon de golpe, lo que llevó a especular con que podría haberse quitado la vida, que el duque de Clarence estaba en un viaje oficial, que uno de los otros sospechosos podría haber muerto. Visto desde lo que sabemos ahora, me parece igual de probable que lo detuvieran por otro delito menor, como les ocurre a muchos, y por eso pararon los asesinatos. Otro tema era el hecho de que las víctimas estuvieran «destripadas». Uno de los motivos para centrarse en alguien con formación médica era el grado de destripamiento de las últimas víctimas.

El objetivo del programa *La identidad secreta de Jack el Destripador*, emitido en todo el país en octubre de 1988, era presentar todas las pruebas disponibles en el caso y que luego expertos de distintas disciplinas presentaran sus análisis sobre quién era realmente Jack y solucionar «de una vez por todas» ese acertijo que duraba ya un siglo. Roy Hazelwood y yo fuimos invitados al programa, y el FBI pensó que era una buena oportunidad de dar publicidad al trabajo que hacíamos sin comprometer ninguna investigación ni juicio en curso. La presentación en directo de dos horas estaba dirigida por el actor, escritor y director británico Peter Ustinov, que realmente se metió en el misterio a medida que avanzaba el programa.

Cualquier ejercicio de este tipo tiene las mismas normas y estructuras que una investigación real, es decir, nuestro producto solo puede ser tan bueno como las pruebas y datos de los que disponemos para trabajar. Hace cien años, la investigación forense era primitiva según los estándares modernos. Pero pensé que, basándonos en lo que sabíamos de los asesinatos del destripador, si nos presentaran un caso así hoy en día se podría solucionar, así que consideré que debíamos aprovecharlo. Cuando haces este tipo de trabajo, en realidad es como un deporte o un relax cuando lo único que hay en juego si te equivocas es quedar en ridículo en la televisión nacional en vez de que muera otra víctima inocente.

Antes de que se emitiera el programa, tracé un perfil como lo haría para un caso moderno, con el mismo estilo:

SUJETO DESCONOCIDO; ALIAS JACK EL DESTRIPADOR
SERIE DE HOMICIDIOS
LONDRES, INGLATERRA
1888
NCAVC-HOMICIDIO (ANÁLISIS DE INVESTIGACIÓN CRIMINAL)

La última línea, NCAVC, se refiere al Centro Nacional de Análisis del Crimen Violento, el programa general establecido en Quantico en 1985 para incluir la Ciencia del Comportamiento y las Unidades de Apoyo a la Investigación, la base de datos informática de criminales violentos y otros equipos y unidades de respuesta rápida.

Como en una consulta real, cuando tuve el perfil nos dieron los posibles

sospechosos. Por muy atractivo que fuera el duque de Clarence desde el punto de vista teatral, tras analizar todas las pruebas Roy y yo decidimos cada uno por su cuenta que Aaron Kosminski era nuestro mejor candidato.

Igual que en caso del Destripador de Yorkshire noventa años antes, estábamos convencidos de que las cartas de burla a la policía las escribía un impostor, alguien que no era el «auténtico» Jack. El tipo de individuo que cometía esos crímenes no tendría la personalidad adecuada para lanzar un desafío público a la policía. La mutilación apuntaba a un perturbado mental, una persona sexualmente inadaptada con una rabia generalizada hacia las mujeres. El estilo de ataque fugaz en todos los casos también nos decía que era un inadaptado en el plano personal y social. No era alguien que se pudiera defender verbalmente. Las circunstancias físicas de los crímenes nos decían que era alguien que podía confundirse con el entorno y no levantar sospechas ni provocar miedo en las prostitutas. Era un solitario tranquilo, no un macho, que merodeaba de noche por las calles y regresaba a los escenarios del crimen. Sin duda, durante su investigación la policía lo había interrogado. De todas las posibilidades que presentamos, Kosminski encajaba en el perfil mucho mejor que los demás. En cuanto a los supuestos conocimientos médicos necesarios para la mutilación y disección post mortem, no eran más que conocimientos básicos de carnicería. Hace tiempo que hemos aprendido que los asesinos en serie no necesitan más que la voluntad de cometer las atrocidades que quieran con un cadáver. Para Ed Gein, Ed Kemper, Jeffrey Dahmer, Richard Marquette, por nombrar unos cuantos, la falta de formación médica no supuso un impedimento.

Tras presentar este análisis, ahora tengo que dar marcha atrás en mi declaración original porque debido al punto de vista que da analizarlo cien años después, no puedo tener la certeza de que Aaron Kosminski fuera el destripador. Solo era uno de los que nos ofrecieron, pero puedo afirmar con un alto grado de seguridad que Jack el Destripador era alguien como Kosminski. Si ese análisis criminal tuviera lugar hoy en día, nuestra aportación ayudaría a la policía y a Scotland Yard a reducir el centro de atención y dar con la identidad del sujeto desconocido. Por eso digo que, según los estándares modernos, este caso se podría resolver.

En algunos casos nuestros métodos apuntan a un tipo de sospechoso, pero no conseguimos pruebas suficientes para una detención y una acusación. Uno de esos casos fue el «Estrangulador BTK» en Wichita, Kansas, a mediados de la década de 1970.

Empezó el 15 de enero de 1974 con el asesinato de la familia Otero. Joseph Otero, de treinta y ocho años, y su esposa, Julie, estaban atados y estrangulados con cuerdas de cortinas venecianas. Su hijo de nueve años, Joseph II, fue hallado atado en su dormitorio, con una bolsa de plástico en la cabeza. Josephine, de once años, estaba colgada del cuello de una tubería en el techo del sótano, vestida solo con camiseta y

calcetines. Todas las pruebas apuntaban a que no era un acto impulsivo. Las líneas de teléfono estaban cortadas y la cuerda no pertenecía al escenario.

Diez meses después, el editor de un periódico local recibió una llamada anónima que lo dirigió a un libro en la biblioteca pública. Dentro había una nota del sujeto desconocido en la que se atribuía los asesinatos de los Otero, prometía más y explicaba que «las palabras clave para mí serán atarlos, torturarlos, matarlos». (BTK, según las iniciales de estos verbos en inglés).

Se sucedieron varios asesinatos de chicas jóvenes durante los tres años siguientes, tras lo cual una carta a una televisión local reveló mucho acerca de la psique de ese sujeto desconocido, que se había asignado un apodo con esmero: «¿A cuántos tengo que matar para ver mi nombre en los periódicos o tener un poco de atención nacional?».

En una de sus comunicaciones publicadas, comparó su obra con la de Jack el Destripador, el Hijo de Sam y el Estrangulador de la Colina, todos perdedores oscuros que se habían hecho famosos en los medios gracias a sus crímenes. Atribuyó sus actos a un «demonio» y un «factor X», lo que provocó en la prensa una amplia especulación psicológica sobre su personalidad.

También incluyó dibujos de mujeres desnudas en diversas posturas atadas, violadas y torturadas. Esas deleznables imágenes no se publicaron, pero me dieron una buena imagen del tipo de persona que estábamos buscando. A partir de ahí, solo era cuestión de reducir la lista de sospechosos.

Como los de su héroe, Jack el Destripador, los asesinatos de BTK pararon de golpe. No obstante, en este caso creo que la policía lo había interrogado, él sabía que iban tras él y era lo bastante inteligente y sofisticado para detenerse antes de que pudieran reunir pruebas suficientes. Espero por lo menos haberlo neutralizado, pero a veces gana el dragón.

En ocasiones vence, también en nuestras vidas. Cuando un asesino mata a una persona, se lleva a muchas otras víctimas con ese individuo. No soy el único de mi unidad que pierde trabajo por cuestiones relacionadas con el estrés, ni mucho menos. Los ejemplos de problemas familiares y conyugales son demasiado numerosos para no resultar preocupantes.

En 1993, mi matrimonio con Pam se rompió tras veintidós años. Probablemente ambos daríamos versiones distintas de lo que ocurrió entre nosotros, pero algunos aspectos son innegables. Estuve ausente demasiado tiempo cuando nuestras hijas, Erika y Lauren, estaban creciendo. Mientras estaba en la ciudad, lo que hacía me consumía hasta tal punto que a menudo Pam se sentía madre soltera. Tenía que llevar la casa, pagar las facturas, llevar a las niñas al colegio, reunirse con los profesores, asegurarse de que hacían los deberes, y todo ello mientras seguía adelante con su carrera de profesora. Cuando en enero de 1987 nació nuestro hijo Jed había otros especialistas en perfiles trabajando conmigo y ya no viajaba tanto. Sin embargo, tengo tres hijos listos, cariñosos, encantadores, maravillosos y no creo que llegara a

conocerlos bien hasta poco antes de retirarme de la Agencia. A lo largo de los años invertí demasiado tiempo aprendiendo sobre el tipo de víctimas de niños muertos que me equivoqué y no aprendí lo suficiente de los míos, bien vivos.

Muchas veces Pam me explicaba algún típico problema menor con uno de los niños, digamos un corte o un rasguño por una caída en bicicleta. Con el estrés y la presión que sentía, ambos recordamos que a menudo replicaba describiendo los cuerpos mutilados de niños de la misma edad que había visto, y reprochándole si no veía que una caída de una bicicleta era normal y no era para estar preocupada.

Intentas no volverte del todo insensible a tantas cosas horribles que ves, pero acabas creando una inmunidad contra todo lo que no sea así de horrible. Un día, estaba cenando con los niños mientras Pam abría un paquete en la cocina. El cuchillo se le resbaló y se hizo un corte profundo. Soltó un chillido y todos acudimos corriendo. En cuanto vi que la herida no era mortal ni amenazaba una extremidad, recuerdo que me pareció interesante el patrón de la salpicadura de sangre y empecé a asociarlo mentalmente a patrones de sangre que había visto en asesinatos. No paraba de bromear para intentar mitigar la tensión. Me puse a comentarles a ella y los niños que se veía un patrón distinto cada vez que ella movía la mano, y esa era una de las maneras para saber qué había ocurrido entre un agresor y su víctima. No creo que los demás se lo tomaran con tanta naturalidad como yo.

Intentas desarrollar mecanismo de defensa para afrontar lo que ves en el trabajo, pero puedes acabar siendo un hijo de perra frío y distante. Si tu familia está intacta y el matrimonio es sólido, puedes asumir mucho de lo que ves en el trabajo. Pero si en casa hay algún punto débil, diversos factores estresantes pueden magnificarlo todo, igual que le ocurre a la gente que perseguimos.

Pam y yo acabamos con diferentes amigos. Yo no podía hablar de lo que hacía en su círculo, así que necesitaba a gente como yo alrededor. Cuando socializábamos fuera de la Agencia o de círculos policiales, a menudo me aburrían las preocupaciones mundanas que se comentaban. Por frío que suene, cuando te pasas el día metiéndote en la cabeza de asesinos, no resulta tan estimulante saber dónde deja el vecino la basura o de qué color pinta la valla.

Sin embargo, me complace decir que, tras un período en que ambos pasamos por una montaña rusa emocional, ahora Pam y yo somos buenos amigos. Los niños viven conmigo (Erika está en la universidad), pero Pam y yo pasamos mucho tiempo juntos, y ambos tenemos ahora un papel igual como padres. Agradezco que Lauren y Jed aún sean lo bastante jóvenes para disfrutar de algunos de sus años de crecimiento.

La unidad pasó a tener a más de diez personas después de contar con un único puesto a principios de la década de 1980, cuando yo era toda la plantilla a jornada completa que elaboraba perfiles en el FBI, ayudado, según les permitiera el tiempo, por Roy Hazelwood, Bill Hagmaier y unos cuantos más. Sigue sin ser suficiente para

gestionar el volumen de casos que se nos presentan, pero probablemente es tan grande como puede ser para mantener el contacto personal entre nosotros y con los departamentos locales, que se ha convertido en marca de la casa de nuestro propio modus operandi. Muchos jefes de policía y detectives que nos llaman a la unidad nos conocieron primero en las clases de la Academia Nacional. El sheriff Jim Metts se puso en contacto conmigo para encontrar al asesino de Shari Smith y Debra Helmick, y el capitán Lynde Johnston llamó a Gregg McCrary para que le ayudara a saber quién estaba matando prostitutas en Rochester porque ambos habían estudiado en la Academia Nacional.

A mediados de la década de 1980, la Ciencia del Comportamiento se había dividido en la Unidad de Investigación e Instrucción de Ciencia del Comportamiento y el grupo para el que trabajaba como jefe del programa de perfiles de personalidades criminales, la Unidad de Apoyo a la Investigación de Ciencia del Comportamiento. Las otras dos divisiones clave aparte de la mía en apoyo a la investigación eran VICAP, donde Jim Wright había tomado el relevo de Bob Ressler, y los Servicios de Ingeniería. Roger Depue era el jefe de Instrucción e Investigación, y Alan «Smokey» Burgess era el jefe de Apoyo a la Investigación. (No tiene relación con Ann Burgess, pero su marido, Allen Burgess, fue el coautor del *Manual de clasificación de crímenes*. ¿Lo pilláis?).

Por agotador y duro que fuera mi trabajo en muchos sentidos, había logrado una carrera importante y satisfactoria. Por suerte, había conseguido evitar el paso que casi todo aquel que quiere ascender en la organización debe dar: la administración. Eso cambió en la primavera de 1990. Estábamos en una reunión de la unidad cuando Smokey Burgess anunció que se retiraba como jefe de la misma. Más tarde, el nuevo subdirector, Dave Kohl, que había sido mi supervisor en Milwaukee y compañero en el equipo de élite, me llamó a su despacho y me preguntó qué intenciones tenía.

Le contesté que estaba tan quemado y tan harto de todo que tenía pensado solicitar un puesto de administración en crímenes violentos y terminar ahí mi carrera.

—No hagas eso —me dijo Kohl—. Ahí te perderás. Puedes aportar mucho más como jefe de la unidad.

—No sé si quiero ser jefe de la unidad —le dije. Ya estaba desempeñando muchas de las funciones de jefe de unidad y ejerciendo de memoria institucional por llevar allí tanto tiempo. Sin embargo, en esta etapa de mi carrera, no quería empantanarme en administración, y Burgess era un administrador excelente, versado en mediar para que los que trabajábamos para él pudiéramos hacer nuestro trabajo de forma eficaz.

—Quiero que seas el jefe de unidad —anunció Kohl. Es un tipo dinámico, enérgico, agresivo.

Me dijo que quería que siguiera trabajando en casos, estrategias judiciales, testimonios ante el tribunal y conferencias. Eso era lo que yo pensaba que se me daba bien. Kohl me aseguró que podría hacerlo y me nombró para el puesto.

Mi primera intervención como jefe de unidad, como he explicado en multitud de

ocasiones, fue «deshacerme de la CC» eliminando «Ciencia del Comportamiento» de nuestro nombre para llamarlo sencillamente Unidad de Apoyo a la Investigación. Quería trasmitir a la policía local y al resto del FBI un mensaje claro sobre de dónde veníamos y de dónde no.

Con la ayuda y el apoyo constante de Roberta Beadle, a cargo del personal, conseguí que VICAP pasara de tener cuatro a tener dieciséis empleados. El resto de la unidad también creció, y no tardamos en llegar a las cuarenta personas. Para aliviar parte de la carga administrativa que generaban estas nuevas dimensiones, creé un programa regional de gestión en el que agentes concretos eran responsables de una región concreta del país.

Para mí, todas esas personas merecían ser GS-14, pero la sede central solo estaba dispuesta a darnos cuatro o cinco. Conseguí que aceptaran que, dado que todos pasaban por una formación especializada de dos años, quedarían «consagrados» como expertos y reconocidos como agentes especiales supervisores con derecho a esa categoría y sueldo. El programa incluía hacer una auditoría de todos los cursos impartidos por la Unidad de Ciencia del Comportamiento en la Academia Nacional, asistir a dos cursos del Instituto de Patología de las fuerzas armadas, trabajar en psquiatría y derechos en la Universidad de Virginia (Park Dietz estaba allí en ese momento), asistir a la escuela de interrogatorios de John Reed, estudiar investigación de muertes con la oficina de medicina forense de Baltimore, acompañar a las unidades de homicidios de la policía de Nueva York y escribir perfiles bajo la tutela de uno de los jefes regionales.

También realizamos más trabajo internacional que nunca. El último año antes de jubilarse, por ejemplo, Gregg McCrary trabajó en importantes asesinatos en serie en Canadá y Austria.

Funcionalmente, la unidad iba bien. En cuanto a la administración, dirigía una especie de barco a la deriva, reflejo de mi personalidad. Cuando veía que alguien se quemaba, me saltaba las normas y reglas, los retiraba o les decía que se tomaran un tiempo de vacaciones. Al final eran mucho más eficientes que si, como indicaban las normas, los tenía trabajando. Cuando tienes a personas brillantes y no puedes compensarlas económicamente, tienes que ayudarlas de otras maneras.

Siempre me llevé bien con la plantilla de apoyo, y, cuando me jubilé, fueron los que más lamentaron mi marcha. Probablemente se debe a mi época en las fuerzas aéreas. Muchos dirigentes de la Agencia eran oficiales militares (y muchos, como mi último agente especial al cargo, Robin Montgomery, eran héroes de guerra condecorados), así que enfocaban las cosas desde una perspectiva militar. No tiene nada de malo, y los grandes organismos no funcionarían tan bien si la mayoría de administradores fueran como yo. Sin embargo, yo siempre me sentí muy identificado emocionalmente con la gente de apoyo, así que tenía más opciones de conseguir la ayuda que necesitaba que algunos de los demás jefes.

Mucha gente piensa en el FBI de la misma manera que pensaban en IBM: un

enorme organismo burocrático de hombres y mujeres brillantes de grandes méritos, aunque intercambiables y sin sentido del humor, vestidos con camisa blanca y traje oscuro. Sin embargo, yo he tenido la suerte de formar parte de un pequeño grupo de individuos verdaderamente únicos, donde cada uno destaca por derecho propio. A medida que fue pasando el tiempo y el papel de la ciencia del comportamiento fue creciendo en los cuerpos policiales, todos fuimos desarrollando de forma natural nuestros propios intereses y campos de especialización.

Desde los inicios de nuestro estudio, Bob Ressler se dedicó a la investigación y yo más a la parte operativa. Roy Hazelwood es el experto en violaciones y crímenes de motivación sexual. Ken Lanning es la autoridad en crímenes infantiles. Jim Reese empezó con los perfiles, pero su gran aportación fue en el campo de la gestión del estrés para agentes de policía y agentes federales. Tiene un doctorado en ese campo, ha escrito mucho sobre el tema, y está muy solicitado por su capacidad para orientar a toda la comunidad de las fuerzas de la ley. Cuando entró en la unidad, Jim Wright hizo la formación para nuevos especialistas en perfiles y además se convirtió en toda una autoridad en acoso, uno de los crímenes graves interpersonales que más aumentaba. Cada uno de nosotros ha establecido muchas relaciones personales con sedes locales, departamentos de policía, oficinas del sheriff y agencias estatales de todo el país, de modo que cuando alguien pide ayuda, conoce y confía en la persona con la que está hablando.

A veces resulta abrumador para los nuevos que entran en la unidad intentar mezclarse con tantas «estrellas», sobre todo después de la película *El silencio de los corderos*, que despertó un gran interés por lo que hacíamos. Nosotros intentamos decirles que el motivo por el que fueron seleccionados es que sabemos que tienen lo que hace falta para ser miembros del equipo como los demás. Todos cuentan con un importante bagaje en investigación y, una vez con nosotros, pasan por una formación de dos años mientras trabajan. A eso hay que añadir su inteligencia, intuición, diligencia, integridad y confianza en sí mismos, además de una capacidad para escuchar y evaluar las opiniones ajenas. A mi juicio, una de las cosas que ha convertido a la academia del FBI en una institución única en su especie en el mundo es que está formada por individuos, cada uno con sus propios intereses y talentos, al servicio de un fin común. Cada una de esas personas, a su vez, fomenta las mismas cualidades en los demás. Espero y confío en que el sistema de formación y apoyo mutuo que establecimos en la unidad sobreviva cuando los de la primera generación nos jubilemos.

En mi cena de jubilación en Quantico, en junio de 1995, mucha gente tenía cosas bonitas que decir de mí, lo que me pareció muy conmovedor y aleccionador. Sinceramente, estaba preparado para una buena crítica, pensaba que mi gente aprovecharía esta última oportunidad oficial para desahogarse de todo lo que se habían callado. Me encontré con Jud Ray en el lavabo de hombres después, y ya se estaba arrepintiendo de haberse reprimido. Una vez pasada su oportunidad, me tocaba

hablar a mí; no sentía obligación de contenerme y solté todas las ocurrencias con las que me había armado anticipándome a lo que ellos dirían. No tenía ningún consejo sabio que trasmitir esa noche, solo esperaba haber tocado la fibra con el ejemplo que había intentado dar.

Desde mi jubilación he regresado a Quantico para dar clases y participar en algunas consultas, y mis colegas saben que siempre estoy disponible para ellos. Sigo dando conferencias y hablando en público como siempre, desde la perspectiva de mis veinticinco años de experiencia escarbando en la mente de los asesinos. Estoy retirado del FBI, pero no creo que pueda dejar de hacer lo que me han enseñado. Por desgracia, la nuestra es una industria en crecimiento, y nunca nos faltan clientes.

La gente me pregunta a menudo qué se puede hacer con nuestras horribles estadísticas de crímenes violentos. Pese a que tienen y deberían tener aplicaciones prácticas, creo que la única opción de solucionar nuestro problema con el crimen es que haya suficiente gente que lo desee. Más policía, más tribunales y más cárceles, y mejores técnicas de investigación están bien, pero la única manera de reducir el crimen es que todos nosotros simplemente dejemos de aceptarlo y tolerarlo en nuestras familias, nuestros amigos y nuestros conocidos. Es la lección que extraemos de otros países con índices mucho menores que los nuestros. Solo este tipo de solución que ataca a las raíces, en mi opinión, será eficaz. El crimen es un problema moral. Solo se puede solucionar en el plano moral.

Durante todos mis años de experiencia investigando y tratando a agresores violentos, jamás me he encontrado con uno que procediera de lo que consideramos un buen entorno y una unidad familiar funcional y que ofrezca apoyo. Creo que la gran mayoría de agresores violentos son responsables de su conducta, tomaron sus decisiones y deberían asumir las consecuencias de lo que hicieron. Es ridículo decir que alguien no aprecia la gravedad de lo que ha hecho porque solo tiene catorce o quince años. A los ocho años, mi hijo Jed hace tiempo que sabe lo que está bien y lo que está mal.

No obstante, veinticinco años de observación me dicen también que los criminales «se hacen» más que «nacen», lo que significa que en algún momento alguien que ejerció una influencia profundamente negativa podría haber ejercido en cambio una profundamente positiva. Así que lo que creo de verdad es que, además de más dinero, policía y cárceles, lo que necesitamos es más amor. No es ser simplista, es el núcleo del problema.

No hace mucho me invitaron a hablar ante el público de Nueva York de los Escritores de Misterio de América. La charla fue muy concurrida y la recepción cálida y cordial. Aquellos hombres y mujeres que se ganaban la vida escribiendo historias de asesinatos y escándalos tenían un gran interés por escuchar a alguien que había trabajado en miles de casos reales. De hecho, desde Thomas Harris y *El silencio de*

los corderos, muchos escritores, periodistas y directores de cine han recurrido a nosotros para conocer la «historia real».

Enseguida me di cuenta de que, cuando contaba los detalles de algunos de los casos más interesantes y gráficos, mucha gente del público desconectaba y se iba. Sentían una gran repugnancia al oír lo que mi gente y yo veíamos todos los días. Vi que no les interesaba saber los detalles, así que en ese momento deberían haberse dado cuenta de que no querían escribir sobre cómo era en realidad. Me parece bien. Cada uno tiene su clientela.

El dragón no siempre gana, y hacemos lo que podemos para que cada vez gane menos. Pero el mal que representa, eso a lo que me he enfrentado a lo largo de toda mi carrera, no va a desaparecer, y alguien tiene que contar la verdad. Es lo que he intentado hacer con este libro, como yo lo viví.



Foto de Jack Douglas

La vida en la granja. Así pasé los veranos del instituto. Aquí poso con uno de mis primeros clientes.



Foto de Jack Douglas

El gran partido contra Wantagh High: la primera vez que intenté aplicar el «perfil psicológico» con un rival. Se me ve fácilmente en el banquillo de Hempstead con la máscara tipo Hannibal Lecter porque me había roto la nariz en un partido anterior.

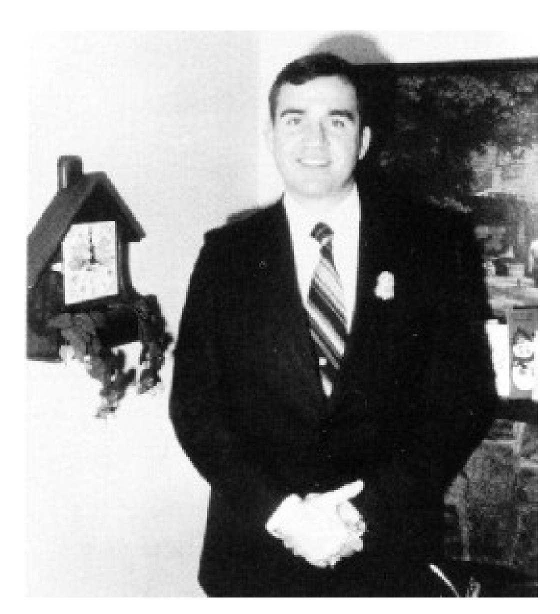


Foto de Jack Douglas

Retrato del agente adolescente. Mi primer viaje a casa tras entrar en la Agencia, posando con mi distintivo y uno de los trajes nuevos que me compró mi padre. Nótese el peinado típico del FBI. Fue uno de los escasos momentos en los que sonreí durante este viaje. Pasé la mayor parte de las vacaciones de Navidad de 1970 memorizando el manual de comunicación de la Agencia para el subdirector Joe Casper.



Foto del FBI

Graduación de la 107.ª edición de la Academia Nacional del FBI, 16 de diciembre de 1976. De izquierda a derecha: yo, Pam, el director del FBI Clarence Kelley, mi madre Dolores y mi padre Jack.

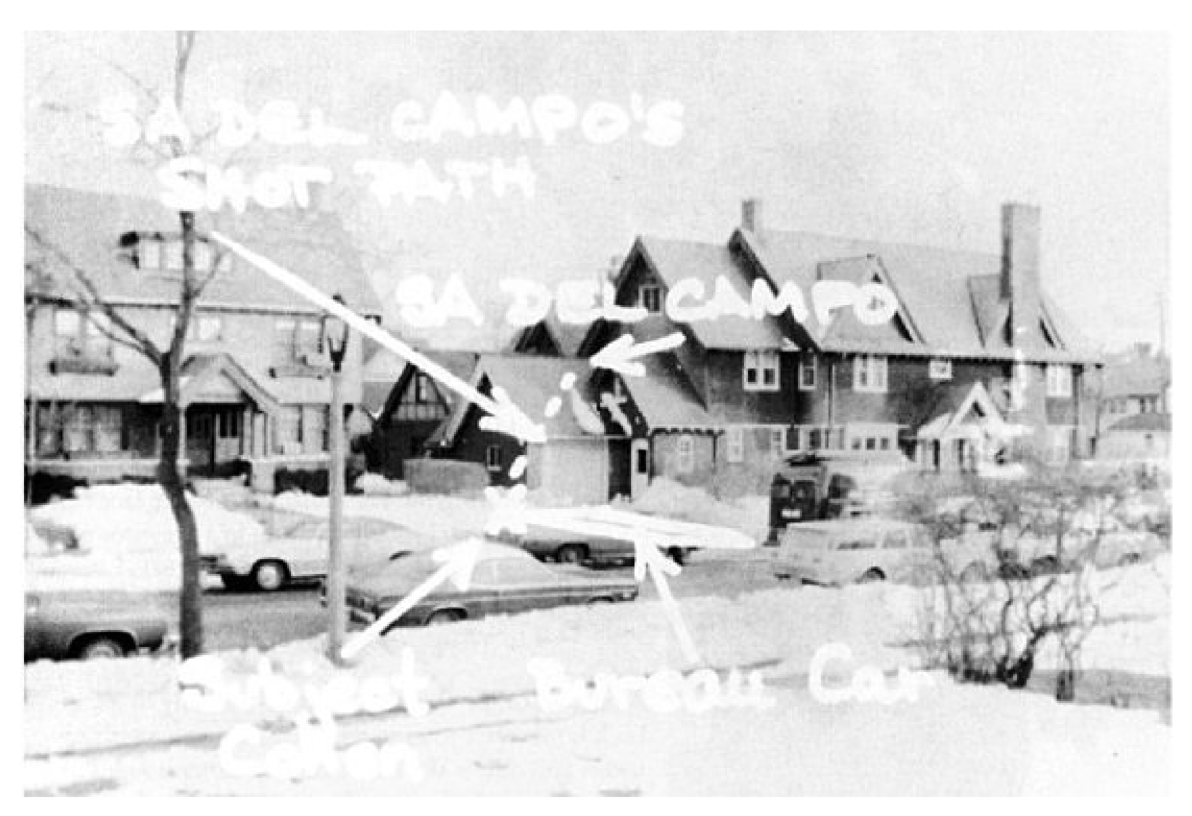


Foto de formación del FBI

Milwaukee. Fotografía utilizada en la patrulla de élite y la formación de rescate de rehenes con las posiciones en el momento en que Joe Del Campo disparó la bala que acabó con el drama con rehenes de Jacob Cohen.



Foto del FBI

La primera generación, enero de 1978. Siete meses después de entrar en la Unidad de Ciencia del Comportamiento de Quantico, posé con algunas de las leyendas vivas. De izquierda a derecha: Bob Ressler; Tom O’Malley, que enseñaba sociología; yo; Dick Harper, que también impartía sociología; Jim Resse, el especialista que se convirtió en nuestro experto en estrés; Dick Ault y Howard Teten, que enseñaban criminología aplicada e iniciaron el programa de perfiles del FBI.



Foto de Mark Olshaker

La siguiente generación, junio de 1995. La Unidad de Apoyo a la Investigación. De izquierda a derecha: Steve Mardigian, Pete Smerick, Clint Van Zandt, Jana Monroe, Jud Ray, yo (de rodillas), Jim Wright, Greg Cooper, Gregg McCrary. No aparecen Larry Ankrom, Steve Etter, Bill Hagmaier y Tom Salp.



El agente especial John Conway y yo entrevistamos a Edmund Kemper en Vacaville.



AP/Wide World Photo

Wayne D. Williams, durante su juicio por asesinato en 1982 en el caso de los asesinatos de niños de Atlanta. Asesoré al asistente del fiscal de distrito Jack Mallard sobre cuál sería la mejor estrategia para sacar a la luz una parte de la personalidad de Williams que conseguía ocultar al jurado.

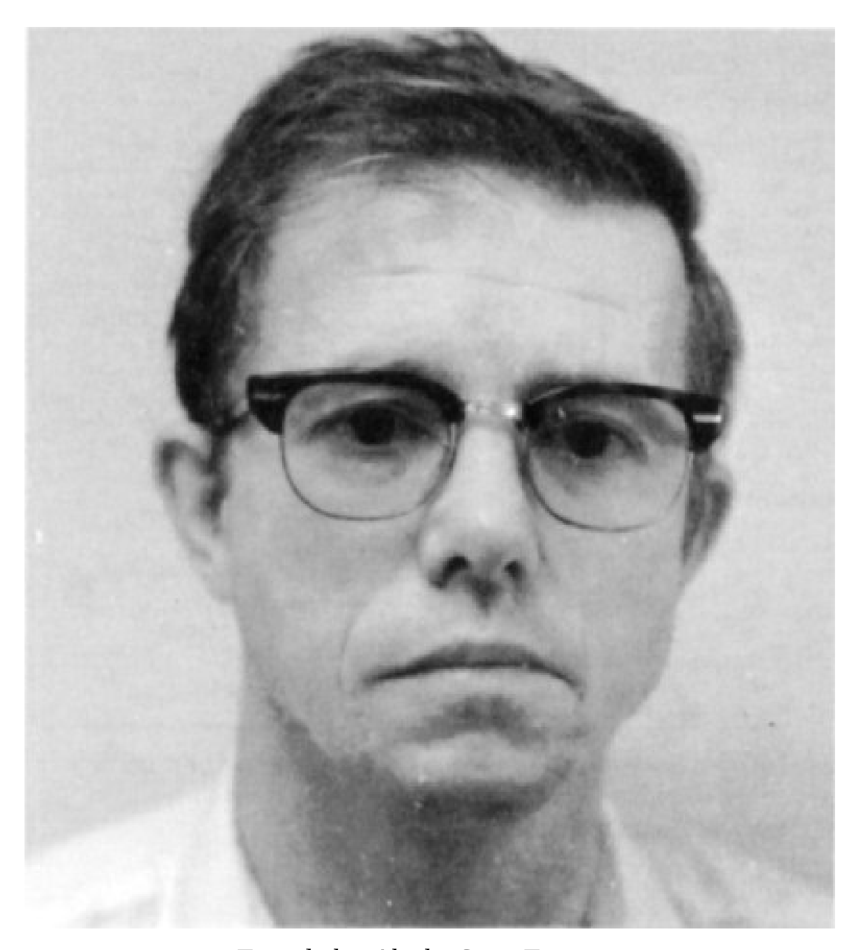


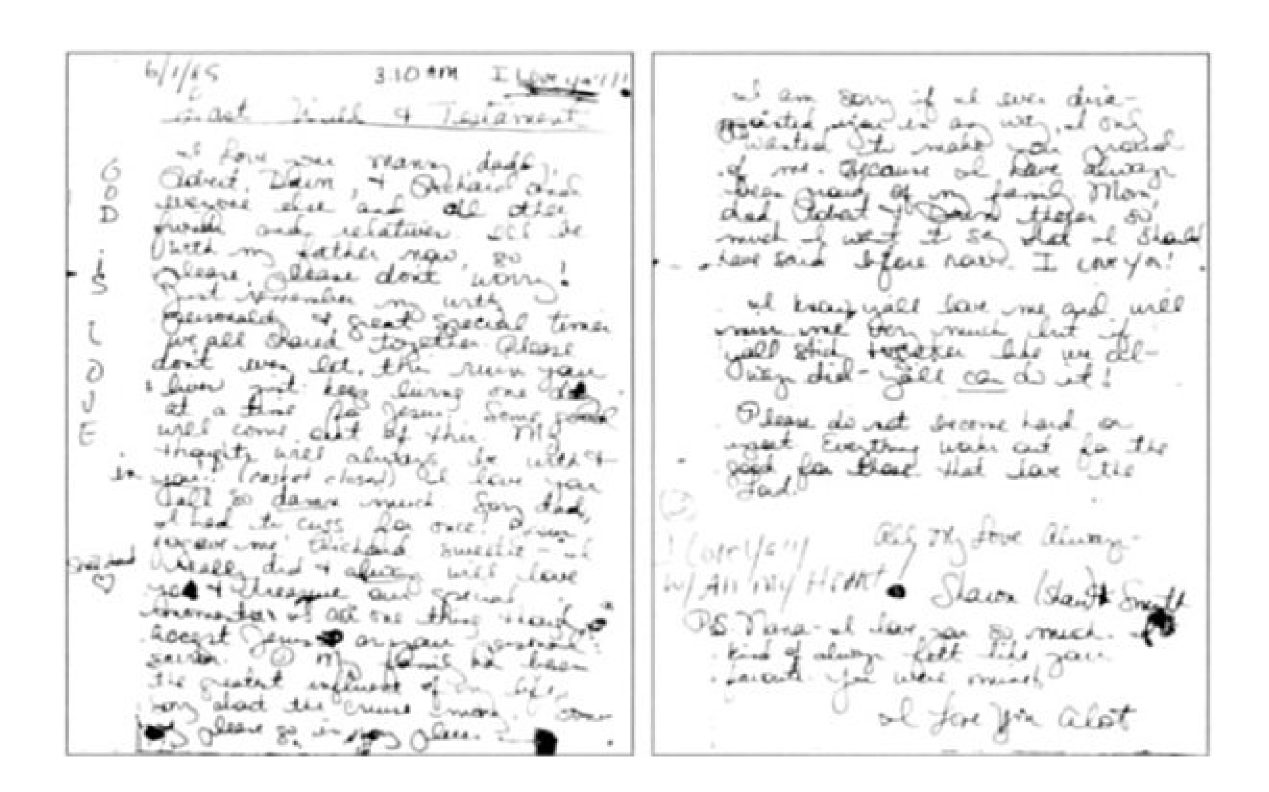
Foto de los Alaska State Troopers

Robert Hansen, el panadero de Anchorage, Alaska, que pasó de cazar animales a cazar prostitutas de la zona a las que raptaba y soltaba en el bosque.



Foto de los Alaska State Troopers

Sala de trofeos de Robert Hansen con sus presas antes de pasar a la caza humana.



6/1/85 3:10 AM I Love ya'll!

Last Will & Testament

I love you mom, dad, Robert, Dawn, & Richard and everyone else and all other friends and relatives. I'll be with my father now so please, please don't worry! Just remember me with memories & great special times we all shared together. Please don't ever let this ruin your lives just keep living one day at a time for Jesus. Some good will come out of this. My thoughts will always be with & in you. (casket closed) I love you all so damn much. Sorry dad, I had to cuss for once. Jesus forgive me. Richard sweetie — I really did & always will love you & treasure our special moments [illegible] remember all the things [illegible] accept Jesus as your personal savior. My family has been the greatest influence of my life. Sorry about the cruise money. [illegible] please go in my place.

G O D I S L O V E

I am sorry if I ever disappointed you in any way. I only wanted to make you proud of me. Because I have always been proud of my family. Mom, dad, Robert & Dawn there's so much I want to say that I should have said before now. I love ya!

I know y'all love me and will miss me very much but if y'all stick together like we always did — y'all can do it!

Please do not become hard or upset. Everything works out for the good for those that love the Lord.

All my love always —

I love y'all w/ all my heart!

Sharon (Shari) Smith

P.S. Nana — I love you so much. Kind of always felt like your favorite. You were mine.

I love you alot

Las «últimas voluntades y testamento» de Shari Faye Smith, de diecisiete años, probablemente el testimonio más conmovedor de coraje, fe y carácter que he visto en veinticinco años en las fuerzas de seguridad.



Foto del departamento del sheriff de Lexington County, South Carolina

Larry Gene Bell, condenado por matar a Shari Faye Smith y Debra May Helmick en Carolina del Sur. Cuando le entrevisté en el despacho del sheriff del condado de Lexington, Jim Metts, negó que «el Larry Gene Bell que está aquí sentado» pudiera cometer esos crímenes, pero admitió que «el Larry Gene Bell malo» sí.



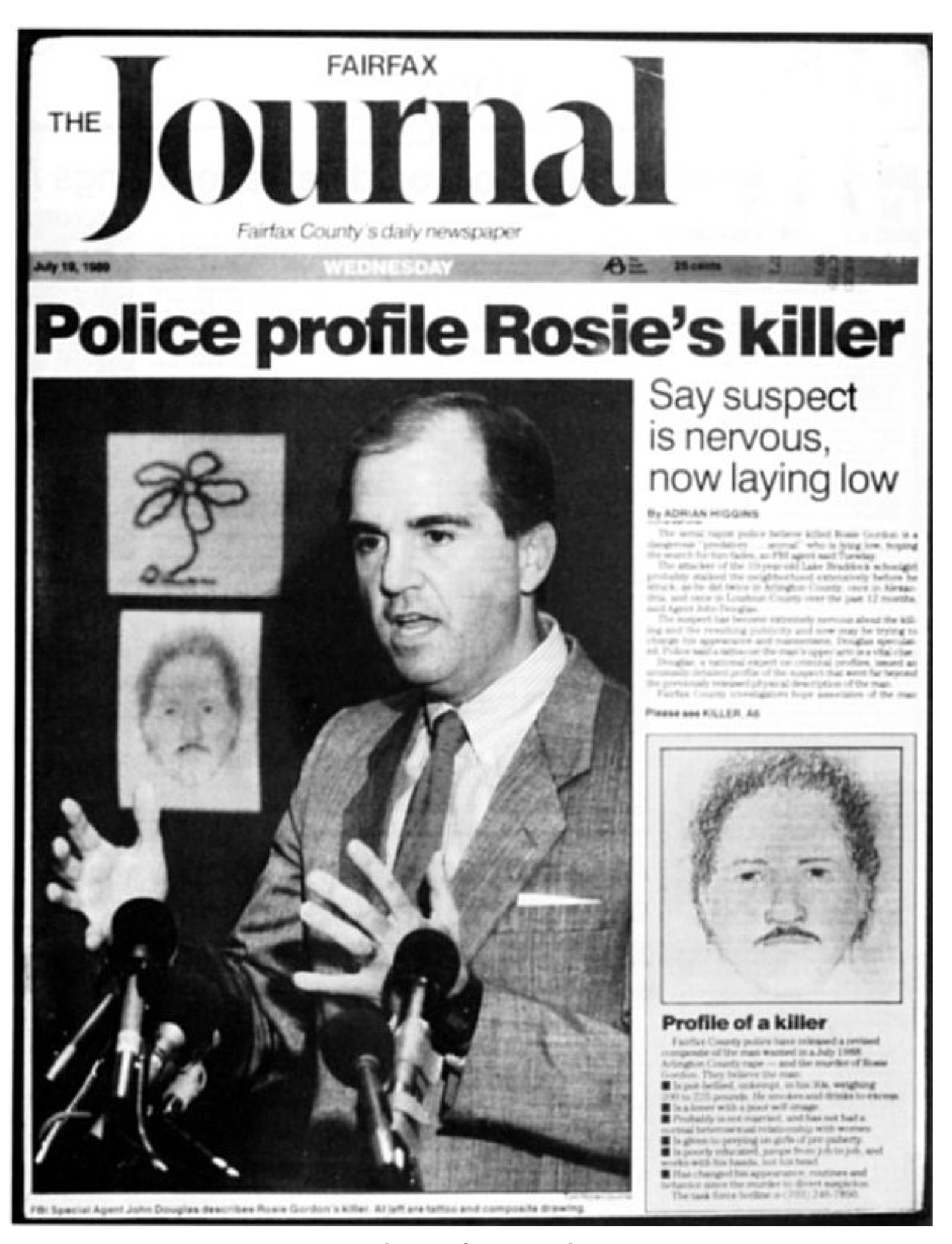
Foto de Mark Olshaker

Típico caso de consulta. Gregg McCrary presenta los detalles de la serie de asesinatos de prostitutas en Rochester, Nueva York, a colegas de la Unidad de Apoyo a la Investigación. Esta investigación y las estrategias proactivas de McCrary ayudaron a la policía estatal de Rochester y Nueva York a encontrar y detener a Arthur Shawcross, que fue juzgado y condenado por diez asesinatos. De izquierda a derecha, están Jim Wright, Gregg McCrary, yo y Steve Etter.



Foto del departamento de policía de Nueva York

En la organización de nuestro riguroso programa de formación para nuevos miembros de la Unidad de Apoyo a la Investigación contamos con la generosa colaboración de algunos forenses y organismos de las fuerzas de seguridad destacados. Aquí, Jud Ray y yo regalamos una placa conmemorativa al teniente Donald Stephenson, oficial al mando de la Unidad de Escenarios del Crimen del departamento de policía de Nueva York, por la ayuda prestada por el departamento en la formación de nuestra gente sobre el terreno.


FAIRFAX

THE Journal

Fairfax County's daily newspaper

July 19, 1989 WEDNESDAY 25 cents

Police profile Rosie's killer

Say suspect is nervous, now laying low

By ADRIAN HIGGINS

Please see KILLER, A6

Profile of a killer

FBI Special Agent John Douglas describes Rosie Gordon's killer. At left are tattoo and composite drawing.

The Fairfax Journal

Ejemplo de técnica proactiva. En determinados casos, tras desarrollar el perfil, a menudo «lo hacemos público» en los medios locales con la esperanza de que alguien reconozca la descripción del sujeto desconocido y acuda a nosotros.

Notas



[1] En inglés, la pronunciación del apellido «Siegal» es muy parecida a la de la palabra «seagull», que significa «gaviota». (*N. de la t.*) <<

[2] Consolidated Edison, Inc. es una de las empresas de energía más grande de Estados Unidos. <<